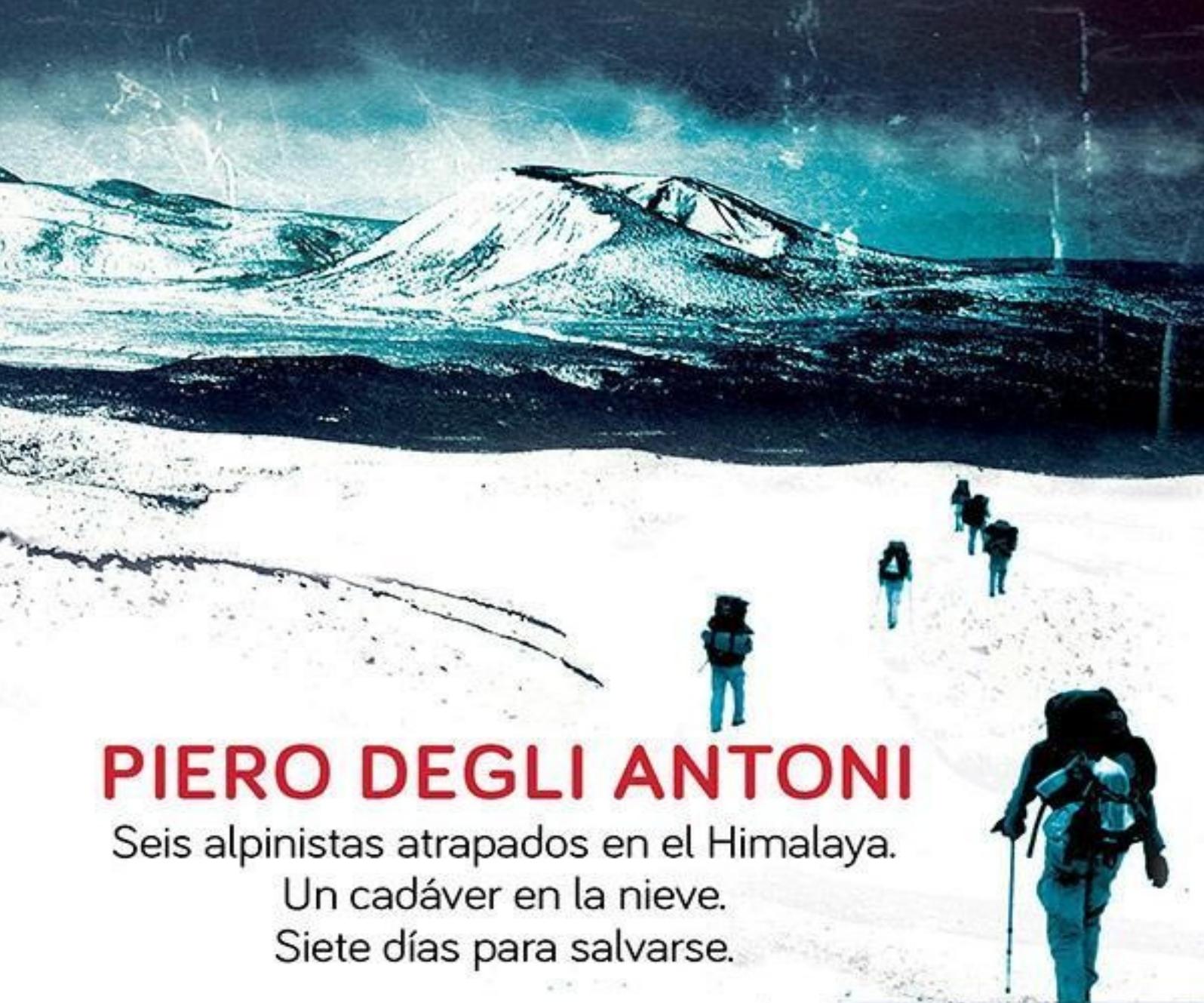


HIELO FRÁGIL



PIERO DEGLI ANTONI

Seis alpinistas atrapados en el Himalaya.

Un cadáver en la nieve.

Siete días para salvarse.

Lectulandia

La novela gira en torno a un suceso ocurrido diez años antes de la época en la que se desarrolla la trama. Los hermanos Jean-Pierre y Michel Leblanc, millonarios y leyendas del alpinismo, partieron juntos para ascender a una de las cimas más temibles del Himalaya, el Kinsoru. Solo regresó Michel y durante los 10 años transcurridos nadie había conseguido explicar lo que sucedió aquel día en el Kinsoru.

El testimonio de un alpinista sobre el avistamiento de un cadáver congelado en la nieve durante su ascensión al monte desata todo tipo de especulaciones y provoca que seis personajes coincidan en el Kinsoru con el propósito de averiguar si el cadáver corresponde a Jean-Pierre. Aislados en medio de la nieve, iremos conociendo detalles sobre las vidas de cada uno de los personajes, sus verdaderas intenciones, su relación con el fallecido y las diferentes versiones sobre lo que sucedió diez años antes.

Solo la aparición del cadáver de Jean-Pierre podría aportar luz sobre lo ocurrido, pero no se sabe muy bien quién está interesado en descubrir la verdad y quién en ocultarla. Comienza así un juego de intrigas y secretos, presidido por el odio, la venganza, la ambición, los remordimientos y los celos. Bajo una terrible tormenta, sin provisiones e incomunicados, tendrán que enfrentarse a sus propios fantasmas y a las mentiras y secretos alrededor de la muerte de Leblanc.

Lectulandia

Piero Degli Antoni

Hielo frágil

ePub r1.0

xelenio 05.11.13

Título original: *Ghiaccio sottile*
Piero Degli Antoni, 2005
Traducción: Patricia Orts García

Editor digital: xelenio
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Leonardo, dulcísimo pilluelo.
A Cecilia, adorable cabezota.
A Elisa Allegra, cuya sonrisa basta
para iluminar todo un día.

«La verdad es como el Everest: está compuesta de muchas rocas, cada una labrada a su manera. No obstante, ninguna de esas rocas puede jactarse de ser por sí sola el Everest».

Tendzing Dzang-Po

Lama supremo del monasterio de Tengboche

Gritaba

Las tres y media, caramba.

Tarde, demasiado tarde.

¿Cuántas horas llevaba de marcha? Doce, puede que trece. Había salido a las dos del último campamento, con el espantoso frío de las tinieblas himalayas; solo la lámpara frontal le indicaba el camino. No había logrado pegar ojo en toda la noche en el interior de la tienda. El viento soplaba a ciento treinta, ciento cincuenta kilómetros por hora. Arreciaba constantemente, sin darse una tregua. Se introducía por las grietas invisibles de la tienda y la hinchaba como un globo, dispuesto a arrancar los anclajes y hacerla salir volando hacia el este, en dirección al Manaslu. Unos minutos después, sin embargo, la aplastaba contra el suelo, como una mano gigantesca que comprime una lata vacía. Y además estaba el frío: un frío intenso, terrible, maligno. Un frío que subía desde los pies y las manos por las piernas y los brazos, hasta llegar al corazón. Jamás se habría podido imaginar que fuera posible sentir frío en el hígado, en los riñones, en los pulmones, en el corazón. El frío era una criatura que penetraba en el cuerpo y lo roía pedazo a pedazo. «Mueve las manos», se dijo, «mueve las manos y los pies, ininterrumpidamente, sin parar. Muévelos sin cesar o se congelarán».

Limpió las gafas de máscara con el guante. ¿Dónde estaba? Miró alrededor; la tormenta restringía la visión a unos cuantos metros. ¿Dónde se encontraba? En algún lugar de la cresta este, en... Hizo ademán de mirar el altímetro. Para hacerlo debía subirse la manga del anorak de plumas, puede que incluso quitarse los guantes. Era imposible. Ni pensarlo. Demasiado frío. Demasiada fatiga. Se hallaba en algún punto de la cresta este, a unos siete mil metros. El campamento no debía de quedar muy lejos, tenía que estar algo más abajo, a unos doscientos o trescientos metros. ¿Lo habrían esperado sus compañeros o habrían continuado la marcha para perder cota lo más deprisa posible, antes de que el frío y la altura acabasen con sus vidas?

Estaba solo en esa montaña inmensa. ¿Cómo se le había ocurrido escalar el Kinsoru, un monstruo semejante, compuesto de rocas, hielo y nieve? Nieve... Tarman Siregar habría sonreído si hubiese podido, si su rostro no se hubiera transformado hacía ya muchas horas en una máscara insensible de hielo. Sabía que en una situación de ese tipo la primera parte del cuerpo que se congelaba era la nariz: a algunos alpinistas se la habían llegado incluso a cortar. ¿Le sucedería lo mismo a él? Qué más daba; que le quitaran la nariz y también algún que otro dedo de las manos o de los pies. Todo, todo con tal de poder bajar de esa montaña, con tal de regresar a casa, a Yakarta, a ver el mar...

Tarman Siregar dio un paso como pudo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Con un nuevo esfuerzo se obligó a hacer aquello a lo que había renunciado hacía poco

tiempo. Levantó apenas la manga de su anorak y miró. Las cuatro y cuarto. Habían pasado casi tres cuartos de hora y, en cambio, le parecía que llevaba parado apenas cinco minutos. Se lo habían advertido durante el adiestramiento: con la altura se pierde la sensación del tiempo, además de muchas otras cosas. El cuerpo frena sus funciones, el cerebro se entorpece. A causa de la altura y la deshidratación, la sangre fluye con dificultad por las venas. Hay que beber continuamente, pero para beber es necesario un hornillo que derrita la nieve y él no lo tenía. Qué ironía: toda esa nieve alrededor y se estaba muriendo de sed...

Hasta hacía seis meses nunca había visto la nieve. El Gobierno indonesio había decidido organizar un ascenso de prestigio internacional a uno de los ochomiles himalayos y había confiado la preparación del mismo a un conocido alpinista polaco. Los futuros escaladores habían sido seleccionados en el ejército, entre los hombres más fuertes. Después habían enviado un centenar de ellos a Nepal para que realizasen un curso rápido de alpinismo y, sobre todo, para que se aclimasen. Tarman había visto entonces la nieve por primera vez. La había cogido con la mano, como si fuese un insecto desconocido. La sensación le había gustado, al igual que le había fascinado el panorama de los glaciares que se cernían sobre ellos.

Muchos eran eliminados durante el adiestramiento. En un principio habían quedado cincuenta, luego veinte, al final únicamente diez. Solo en el último momento el jefe de la expedición había elegido a los cinco que tratarían de alcanzar la cima. Pocas horas antes de la partida, Tarman se había enterado de que formaba parte del grupo. Habían subido ya varias veces hasta los siete mil metros, arriba y abajo del glaciar. Ya no le asustaba atravesar las grietas por las escalas, mientras los crampones chirriaban al entrar en contacto con el metal. Se había familiarizado con las manijas jumar, que le permitían ascender con seguridad por los tramos en los que se habían fijado cuerdas. Incluso se divertía cuando debía superar una oscilación clavando los piolets en el hielo. Qué extraño pasatiempo se habían inventado esos locos de los europeos. Pese a todo, se sentía a sus anchas en ese ambiente hostil y desconocido.

Pero allí arriba, a ocho mil metros de altitud, las cosas eran bien diferentes. Cuando te adentrabas en la zona de la muerte nadie se podía ocupar ya de ti. Estabas solo contigo mismo; mejor dicho, con la montaña. Un paso, otro, muchos más. No te estaba permitido pensar en otra cosa.

Habían llegado a la última cresta a eso del mediodía. El polaco, él y dos hombres más. A cien metros de la cumbre, Tarman se había tirado al suelo. No podía moverse. Ni un solo músculo. Tampoco lograba respirar. Levantando mínimamente la cabeza había logrado ver a sus compañeros, que en ese momento se dirigían hacia la cima, marcada por un trípode resplandeciente. Syamsir Azzam iba delante, Nasib Achmad detrás. Era evidente que Nasib estaba en dificultades. Tenía la mirada fija y los hombros hundidos y tardaba un minuto en dar un paso. Syamsir parecía encontrarse

en mejor forma, conseguía realizar una secuencia de seis, siete pasos antes de pararse para descansar. Luego, de manera del todo inesperada, Azzam se había hincado de rodillas a unos cincuenta metros de la cumbre y no había vuelto a moverse. Nasib, en cambio, al ver el trípode parecía haberse reanimado, movido por una reserva oculta de energía. Había avanzado a paso de marcha, poco menos que corriendo: se había precipitado hacia la cima como un soldado al asalto, con los brazos alzados al cielo.

El polaco, que ya había llegado a ella, lo había abrazado y luego los dos habían caído al suelo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces, en la más absoluta inmovilidad? Tarman no lo sabía. Lo único que quería era pararse a descansar: el viento, el frío, pero, por encima de todo, la cumbre le traían sin cuidado. Su único deseo era regresar. Le vino a la mente una frase: «Cuando alcanzas la cima eres tú el que pertenece a la montaña. La montaña solo te pertenece cuando logras regresar de ella».

Al cabo de un tiempo que no habría sabido cuantificar, el polaco y Nasib pasaron por su lado. Lo miraron con indiferencia, como si fuese un perro atado delante de una tienda. Poco después apareció Syamsir. Su compañero se detuvo. Se quitó la máscara de oxígeno y, tras alargar la mano en una dirección indefinida, le gritó algo que no pudo comprender a causa del viento. Syamsir cabeceó, como si se encontrase frente a un alumno apático, y empezó a bajar de nuevo serpenteando. A Tarman no le sorprendió que lo abandonasen: sabía que en la montaña, a ocho mil metros, no existen ni la solidaridad ni la comprensión, tampoco la piedad. A ocho mil metros solamente puedes —a duras penas— pensar en ti mismo.

Al final consiguió ponerse de pie y vio las nubes negras que ascendían desde el fondo del valle. Tal vez fueran las mismas que Syamsir le había señalado en vano. Las nubes se habían adensado en poco tiempo y subían hacia él. Presa de una sensación próxima al pánico, y pese al cansancio, empezó a bajar a buen paso siguiendo el rastro que habían dejado sus compañeros. Corría por el borde de la cresta, el canto que delimitaba los dos abismos de miles de metros. Un paso en falso, un error o una distracción y perdería la vida.

Al llegar al final de la cresta estalló la tormenta. No se lo esperaba. El viento, en caso de que aún fuese posible, se había intensificado y la tormenta casi lo aplastó contra el suelo, impidiéndole cualquier movimiento. Por suerte había llegado al tramo donde estaban las cuerdas: al menos ya no tenía que preocuparse por elegir la vía que debía recorrer. Bajó aferrado a ellas y hundiéndose hasta la cadera en la nieve fresca. Sabía que en el Himalaya podían caer varios metros de nieve en unas horas: sabía lo que era hundirse hasta el pecho, hasta el cuello. Nunca lograría regresar al campamento.

Al llegar al extremo final de las cuerdas se encontró en una pendiente muy pronunciada o, al menos, eso le pareció, porque no se veía nada. Arriba, abajo, a la

derecha, a la izquierda: ni siquiera distinguía ya las direcciones elementales. Con gran fatiga —empleó unos veinte minutos— sacó de la mochila la lámpara frontal y se la puso en la cabeza. Su única esperanza era encontrar las huellas de sus compañeros y seguirlos. Tarman dirigió aquí y allí el débil haz de luz y, por fin, descubrió el rastro. Con un brinco de alegría se precipitó hacia él. Pero un crampón cedió, o quizá él resbaló en una placa de roca oculta. No obstante, pudo detenerse antes de acelerar demasiado al caer, algo sumamente peligroso.

Y allí se encontraba, tumbado en la nieve, que iba aumentando alrededor de él como un muro blanco que pretendía enterrarlo vivo. Tenía que levantarse, se había hecho tarde. Incluso sin apretar el paso llegaría al campamento en una hora y media, puede que en solo una hora. Adelante, adelante, adelante...

Tarman se apoyó en el piolet y se puso de rodillas. Luego, haciendo un esfuerzo ímprobo, se levantó. Movié un pie. El que no debía. Sin ni siquiera darse cuenta de que había perdido el equilibrio, empezó a rodar por la pendiente, acompañado de una onda blanda de nieve que podía ser un alud. El instinto de supervivencia lo impulsó a golpear violentamente el terreno con el piolet. Era su última posibilidad. La hoja se clavó en el hielo y él sintió un tirón terrible en la muñeca a la que estaba atada la herramienta. La nieve lo cubrió y a continuación rodó hacia el abismo. Tarman esperó unos segundos conteniendo el aliento, hasta que se cercioró de que estaba parado. Solo entonces se limpió la cara con el guante y abrió los ojos.

Una cara.

Había una cara delante de él, a pocos centímetros.

La cara de un hombre. Sonreía.

Tenía los ojos azules. Abiertos.

Qué extraño. Los indonesios no tienen los ojos azules.

Tarman miró con mayor atención ayudado por la luz de la lámpara frontal, que hacía resaltar las facciones del desconocido en un claroscuro de sombras profundas.

Tenía la barba y el bigote rubios. Poco más de veinte años. El pelo largo, rubio también, incrustado de hielo. Era un rostro de expresión orgullosa y al mismo tiempo... irónica. Sí, irónica. Parecía estar burlándose de él. Para ser europeo tenía aire simpático. Lo escrutaba sin decir nada, como si no encontrase las palabras adecuadas a las circunstancias.

Tarman lo observó a la espera de un ademán de saludo, que no se produjo. Entonces comprendió. O, mejor dicho, su cerebro, embotado por el frío, el cansancio y el exceso de glóbulos rojos, empezó a entenderlo.

No era un hombre.

Era un cadáver.

A pesar de que Tarman había oído hablar mucho de los cuerpos congelados y sepultados en el hielo, jamás se habría imaginado que un día llegaría a tener una

visión similar. Era un soldado y, si bien nunca había combatido, estaba acostumbrado a la idea de la muerte.

Pero aquello resultaba diferente. Era una muerte que no era una muerte. Era una sombra, un fantasma, una aparición procedente del más allá.

Brincando como nunca se habría imaginado que podría hacer, Tarman se puso de pie. Bajó apresuradamente la montaña, dando grandes saltos, indiferente al hielo, a la nieve, a la roca, a los precipicios, a las grietas, a cualquier peligro.

Gritaba.

Entrevista – 1

Está a punto de emprender una de las aventuras alpinistas más difíciles de todos los tiempos. ¿Qué lo empuja a escalar las montañas?

—La esperanza de que, al menos a ocho mil metros, nadie me hará preguntas como esta.

—Puedo entender su ironía hacia los que se acercan al mundo del alpinismo en calidad de profanos. No obstante, creo que nuestros lectores sienten auténtica curiosidad por saber el motivo por el que un hombre decide arriesgar su vida en una hazaña tan peligrosa.

—Está bien, no puedo permitir que a sus lectores les corroan dudas de tal calibre. Trataré de explicarme. En pocas palabras, puedo decir que el alpinismo es una de las pocas formas de autodestrucción que aún se conceden a la sociedad moderna. Mire lo que ha ocurrido con la Fórmula Uno o con las carreras de motos. ¿Cuánto tiempo hace que no muere un piloto? También en la vida corriente se hace de todo para evitar esa eventualidad: ¿recuerda lo que aparece escrito en los paquetes de tabaco? ¡Y estamos hablando de un cigarrillo y no de tirarse desde una roca de cien metros de altura! Hasta la eutanasia está prohibida. No dejan en paz ni a los que están desahuciados: los conectan a un montón de cables y se obstinan en mantenerlos con vida cuando, en realidad, lo único que los pobres desean es irse tranquilamente al otro mundo. Como es natural, y lo digo *en passant*, nadie se preocupa de los venenos que sus industrias esparcen por el aire y el agua, ni de los cánceres que estos provocan. Qué le vamos a hacer. Por suerte el alpinismo es ajeno a todo esto: te permite subir a ocho mil metros y morir como mejor te parezca. Nadie pondrá objeción. Aún no se ha inventado un comité del alpinismo que expida permisos. Cualquiera puede subir a ocho mil metros, y llegar a esa altitud no difiere mucho de meter un proyectil en una pistola, girar el tambor, apoyar el cañón en la sien y apretar el gatillo. Pues bien: eso es lo que realmente me gusta del alpinismo.

—No me negará que la suya es una visión bastante curiosa.

—Escalar las montañas significa concederse la posibilidad de morir como uno quiere. ¿Y qué puede ser más hermoso para un hombre que elegir la manera de abandonar este mundo?

Primer día

Una hora más tarde dormían

Por suerte la tienda ya estaba montada.

Una manopla gris de lana se introdujo en la abertura y apartó la tela. El primero en aparecer fue un hombre que llevaba una cámara fotográfica en bandolera. Con él penetró una ráfaga terrible de viento y nieve. Caminó agachado hasta situarse al fondo, en el ábside. Inmediatamente después entró otra figura con la capucha del mono todavía atada a la cabeza y las gafas de máscara pegadas a los ojos. Parecía una momia. Con parsimonia desató la capucha, la tiró hacia atrás, hacia la nuca, se bajó las gafas al cuello y a continuación sacudió la cabeza como un caballo. Una masa oscura de pelo salió del mono y azotó el aire. Una mujer.

El último en llegar fue el sherpa, que cerró la abertura. Acto seguido, examinó la resistencia del maderamen y de las varas.

—¿Aguanta? —preguntó la mujer, que había observado la maniobra.

El sherpa no contestó y se limitó a dar un nuevo tirón al palo que estaba hundido en la nieve.

—¿Aguanta?

El sherpa permaneció en silencio.

—Vamos, Tenzing, dínos algo.

—Viento muy fuerte. Y tienda demasiado grande.

La mujer resopló.

—No aguanto en esas condenadas tiendecitas. Me ahogo.

—El viento sopla a ciento veinte kilómetros. La tienda no resiste mucho.

A semejanza de un representante que aguarda en la sala de espera a que lo llamen y que, por fin, oye su nombre, en ese momento una ráfaga más violenta que las demás se abatió sobre el refugio amenazando con arrancarlo. Otra ráfaga más débil, que había entrado a saber por dónde, despeinó a la mujer.

—¿Te pido hora en la peluquería, Fiona? —bromeó el dueño de la cámara fotográfica.

El sherpa había abandonado el examen de la estructura y se encogía de hombros con aire fatalista. Abrió la mochila que había dejado a la entrada y empezó a sacar una serie impresionante de objetos. Cogió un hornillo Epigas y lo colocó al fondo del refugio.

—¿Queréis té? Debemos beber mucho té caliente.

A continuación, el sherpa extrajo de la mochila un cazo de metal y una botella gris de gas. La encajó enroscándola en el hornillo. Cogió las cerillas e intentó encender la llama. El gas emitió un silbido y comenzó a escupir. Tenzing probó cuatro o cinco veces antes de conseguir que prendiera. Sacó un brazo fuera de la

tienda, cogió varios puñados de nieve y llenó el cazo con ellos. Lo puso al fuego.

Fiona gruñó.

—¿Cuándo podremos salir para continuar la exploración, Tenzing?

—Verano viajero poco puntual. Difícil saber horario de llegada. Quizá un día. Quizá dos. Tal vez cuatro. Estamos a finales de junio. La alta presión desaparece. Llegan monzones. Pero queda una última ventana de buen tiempo. Siempre, todos los años. Tenemos que estar preparados. Mejor pensar en bajar. Si nos quedamos aquí moriremos.

—¿Estás diciendo que podríamos estar aquí encerrados dos, tres o incluso cuatro días? Dentro de dos semanas tengo el avión para Londres. No puedo volver a casa sin haber encontrado lo que buscamos.

—Muchas veces el tiempo que se pierde es tiempo que se gana.

El fotógrafo se entrometió. Observaba perplejo el cazo que estaba en el fuego.

—¿Qué es eso?

El agua hervía y, al hacerlo, producía una espuma negruzca que se adensaba en las paredes del cazo y marcaba el nivel como una raya de lápiz. El sherpa se ensombreció.

—Mala señal.

—¿Debemos tirarlo todo y volver a empezar desde el principio? No tenemos muchas botellas.

—Si amigo de mi pueblo viera esto diría que los espíritus de la montaña se han enfadado con nosotros —observó el sherpa.

—Y dale con los espíritus de la montaña, Ten...

—Mi gente cree que la casa de los dioses está en la montaña.

—En ese caso deben de pagar una fortuna en calefacción.

—Para pacificar los espíritus mejor preparar té nepalés.

—Oh, no, Ten. No insistas.

—Este té es especial. Pequeña variante para amigo Iaan.

El sherpa rebuscó de nuevo en la mochila y extrajo un recipiente de plástico. Vertió un líquido blanquecino en el cazo y acto seguido lo mezcló con una cuchara. El vapor ascendía hacia lo alto de la tienda, donde se helaba de inmediato al entrar en contacto con la tela. También la respiración se condensaba. De hecho, la parte superior de la tienda estaba ya recubierta por un sutil estrato de hielo.

—¿Crees que lo encontraremos? —preguntó Iaan a Fiona.

—No he venido hasta aquí para nada. Ten, nos hiciste viajar a Nepal en abril, hace dos meses. Dijiste que comenzaba la buena estación. Pero hemos dedicado tres semanas a la marcha de acercamiento y luego hemos perdido un montón de tiempo subiendo y bajando del campamento base.

—Ya te lo he explicado —respondió el sherpa sin que su tono revelase una

posible irritación—. Imposible estar parados arriba demasiado tiempo. Fatigoso. Cuerpo cansado, muchísimo cansado. Hay que bajar y reposar. Cuando has reposado vuelves a subir.

Fiona no le hizo caso.

—Tenemos que conseguirlo en los próximos días...

—El indonesio dijo que lo había visto —la animó Iaan.

—Sí, pero escapó justo en el mejor momento. Aceptó los dos mil dólares sin parpadear. Nos siguió hasta el campamento base y después...

—Piensa en el choque que sufrió. Se encontraba de nuevo aquí, en el Kinsoru, donde hace siete meses sobrevivió por un pelo. Tuvo que ser terrible.

—Puede ser, pero a mí me produjo una impresión diferente... Parecía que alguien lo había asustado. Sí, asustado... En cualquier caso, ahora sabemos dónde buscar.

—Tal vez no sea él. Dicen que la montaña está llena de cadáveres.

—¿Rubio, ojos azules, veinte años y con ese equipo? Seguro que es él.

—Menuda impresión, si fuese cierto.

—Me gustaría ver la cara de Leblanc cuando se entere.

—Té listo —anunció el sherpa.

Utilizando el tapón del termo a modo de taza, el sherpa se sirvió y bebió sorbiendo ruidosamente. Después lo volvió a llenar y se lo ofreció a Iaan, que miró suspicaz el líquido humeante, jaspeado de estrías blanquecinas.

—¿Es el mismo de la última vez? Parece distinto.

—Pruébalo. Muy bueno.

Iaan no se decidía. Lo olfateó.

—Madre mía, qué horror... ¿Qué es?

—Té con leche rancia de yak. Aunque no lo creas, sirve para calmar a los espíritus. Bebe.

—¿Leche rancia de yak? No esperes que lo acerque a mis preciosos labios.

—La leche de yak es buenísima para los alpinistas. Disuelve la sangre, aleja las enfermedades. Bebe.

—Prefiero morir putrefacto que beber un solo sorbo de ese mejunje repugnante.

—¡Qué caprichoso eres, Iaan! —terció Fiona—. Cuando estás en un país extranjero debes probar los platos locales. No puedes comer siempre carne con patatas. —Con un ademán expeditivo, la mujer pidió que le pasasen la taza y dio un sorbo. No logró contener una mueca de disgusto—. Vaya, es realmente fuerte... —Tendió la bebida al fotógrafo—. Vamos, pruébalo.

—Antes querría hacer testamento.

—Pruébalo.

Iaan, temeroso, lo probó. Disgustado, volvió la cabeza para escupirlo.

—Dadme un poco de arsénico para enjuagarme la boca, por favor.

—No exageres, no es tan terrible. —El sherpa apuró el té. Fiona estaba preocupada—. Tenzing, ¿has podido enterarte de las previsiones meteorológicas?

—Radio no funciona. Nadie contesta. Conexión imposible con esta tormenta.

—Puede que ahora nos oigan. Vamos, vuelve a probar.

Sin decir una palabra, el sherpa se acercó a la mochila. Cogió un pequeño retransmisor y lo encendió. El altavoz emitía un rumor indistinto. Giró el botón para cambiar de canal a la vez que hablaba quedamente por el micrófono.

—Tenzing a campamento base. Tenzing a campamento base —repetía monótono. De improviso se oyó una voz quebrada.

—Qui... mpamen... ase... ing...

El sherpa sintonizó el aparato. Repitió:

—Tenzing a campamento base. Tenzing a campamento base. ¿Me oís?

—¿Qui campamento bas..., onde estáis...?

—Tenzing a campamento base. Cota siete mil. Estamos en C3. C3, ¿me oís?

—Firmativo...

—Tenzing a campamento base. ¿Cómo son las previsiones?

—Variable..., o superan las... nticuatro horas..., neis... ros prisa...

—Tenzing campamento base. Repetid.

—Neis daros prisa..., en una... mana el... mento base será... mantelado. ¿Tenéis... uda?

—Tenzing a campamento base. ¿En una semana campamento base desmantelado?

—Firmativo. En... ete... días... nadie. Volved... posible.

—Tenzing a campamento base, Tenzing a campamento base. ¿Cómo son las previsiones?

Pero el altavoz emitía tan solo un rumor. El sherpa trató en vano de restablecer la conexión. Al final apagó el aparato con expresión de desencanto.

—Demasiado frío, pilas consumen rápido. Mejor ahorrar para después. ¿Habéis escuchado? Solo siete días, después el campamento base cerrará. En cuanto el cielo nos sonría debemos bajar.

—De eso nada —respondió Fiona con dureza—. Hemos venido para buscar el cuerpo.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —dijo Iaan—. Ahora mismo os sacaré una bonita fotografía. Vamos, Fiona, ponte al lado de Tenzing.

La mujer obedeció de mala gana. Iaan sacó del bolsillo del pantalón las pilas y las metió en la cámara. Las llevaba siempre encima para evitar que se descargasen con el frío. Sacó cuatro o cinco imágenes, después se detuvo.

—Fiona, súbete la manga del anorak.

—¿Por qué?

—Para que se vea el altímetro. No querría que alguien pensase que las hemos

sacado en Saint Moritz.

—¿Crees que alguien lo notará?

—No conoces a los fotógrafos. Son capaces de captar hasta el menor detalle. —
En el interior de la tienda, el flas los cegaba—. Vamos, tratad de sonreír.

—No veo qué motivo hay para hacerlo.

—¿Ni siquiera si piensas en tu cara impresa en la página de una revista satinada?

La mujer le concedió una sonrisa a medias en tanto que el sherpa permanecía imperturbable.

—Seguro que son fotografías muy diferentes de las que sueles hacer en la Costa Esmeralda o en los alrededores de Buckingham Palace —observó. A continuación se apartó bruscamente del sherpa y se acurrucó en un rincón de la tienda—. Ahora basta, esto no es una excursión escolar. Detesto perder todo este tiempo.

El fotógrafo bajó la cámara.

—A propósito, Ten, quería enseñarte esta. —Iaan seleccionó una fotografía en la pantalla y se la mostró al sherpa—. La saqué esta mañana, antes de que se desencadenase el infierno. ¿Qué montaña es?

—Machapuchare.

—¿Machapuchare? Jamás la he oído mencionar. ¿Qué altura tiene?

—Más de siete mil, pero eso no es lo más importante.

—Ah, ¿no?

—Machapuchare es una montaña sagrada. La montaña donde viven los dioses. Nadie puede escalarla. Prohibido.

—¿Quieres decir que nadie ha subido nunca a la cima?

—Los americanos la llaman Fish Tail, cola de pez. ¿Ves qué forma tiene la cumbre?

—Tienes razón. Parece realmente la cola de un pez. Qué bueno. Pero ¿de verdad nadie lo ha intentado?

—Oh, no, prohibidísimo. Nadie obtiene el permiso. Ley castiga sacrilegio como ese. Cárcel.

—Un poco de silencio ahora. Tengo que trabajar —los reprendió Fiona. Extrajo de la mochila el colchón de espuma aislante y lo extendió en el suelo. Luego se metió en el saco de dormir Mountain Hardware. De un bolsillo del suéter polar sacó una minúscula grabadora digital—. Dieciocho de junio, dieciocho y treinta horas. Fiona Simmons, a siete mil metros de altitud en el Kinsoru, Himalaya. La tormenta arrecia en toda la zona y nos obliga a permanecer encerrados en nuestra tienda a la espera de una ventana (como se dice en la jerga) de buen tiempo. El viento sopla a doscientos kilómetros por hora y es una experiencia que no le deseo a nadie. A esta velocidad el aire se convierte en un muro compacto que trata de tirarte al suelo, una lengua gélida que penetra en los pulmones y los hincha hasta hacerlos reventar. Por suerte nuestro

guía nos ha preparado una sorpresa: una versión especial del té nepalés. Se trata de té con leche rancia de yak. Dicho así, puede sonar repugnante, pero os aseguro que a esta cota, en estas condiciones, es la mejor bebida del mundo. La leche rancia de yak recuerda a un yogur maduro, con un sabor menos ácido, pero casi... amargo, diría yo. Un gusto extraño para nosotros, los europeos, pero al que no resulta difícil habituarse. No es una simple cuestión de paladar: la leche de yak es un magnífico remedio contra el mal de montaña. De hecho, contribuye a que la sangre sea más fluida y, en general, a superar los problemas físicos que ocasiona la altura. Por eso nuestro guía nos ha preparado una buena dosis y nosotros nos hemos bebido con mucho gusto dos tazas por cabeza. Valía la pena venir hasta aquí, aunque solo fuera para descubrir esta bebida himalaya...

—Como embustera no tienes rival, Fiona —comentó Iaan desde el otro lado de la tienda—. O tal vez te guste creer que las cosas son como te las imaginas.

—Estoy trabajando. ¿Te importaría no molestarme? —Fiona concluyó su informe. Escuchó la grabación y luego, satisfecha, metió de nuevo el aparato en el bolsillo del forro polar para que las pilas no se descargasen. Se arrebujó en el saco de dormir a la vez que cerraba los ojos—. Me encantaría dormir a pierna suelta.

—Dormir en cota no sirve para nada. Cuerpo se cansa también mientras duerme —le advirtió Tenzing.

Los dos hombres se metieron en los sacos de dormir. Apagaron la lámpara frontal, que constituía su única fuente de luz, y se sumieron en una oscuridad total. Nadie conseguía conciliar el sueño. Las ráfagas de viento sacudían la tienda, la sangre zumbaba en las sienes y el estómago se encogía en una náusea ininterrumpida.

De repente Iaan se incorporó.

—¿Habéis oído?

Fiona se volvió en la oscuridad.

—¿Oído qué?

—Algo..., no sé..., un ruido.

—¿Además del viento, quieres decir?

—No era el viento. Era como el ruido de...

—¿De?

Iaan se demoró unos instantes.

—De un hombre.

Fiona se dio media vuelta al tiempo que bostezaba de manera ostentosa.

—De acuerdo, si no me creéis, allá vosotros, pero si dentro de cinco minutos la tienda se abre y entra un yeti no digáis que no os he advertido.

Fiona se rió quedamente. Luego los tres callaron conteniendo la respiración. Pero fuera únicamente se oía el estrépito del viento, imparable.

Una hora más tarde dormían.

Segundo día

No me gusta

¿Hay alguien ahí?

Una cabeza apareció en la entrada de la tienda. Una cara delgada, hundida, incrustada de hielo: en las cejas y en la barba entrecana se habían formado unas minúsculas estalactitas transparentes.

Fiona fue la primera en despertarse. Abrió los ojos y, casi a la vez, aferró el primer objeto que tenía al alcance de la mano: un cazo. Iaan no se había dado cuenta de nada. Seguía durmiendo profundamente envuelto en su caparazón de pluma caliente. También Tenzing permanecía inmóvil, pero si Fiona o cualquier otra persona se hubiese acercado a su cara se habría dado cuenta de que tenía los párpados entornados. Tal vez no había dormido.

—Buenos días. Pensábamos que la tienda estaba abandonada...

Fiona se había incorporado apoyándose en un codo y había sacado el cuerpo del saco de dormir. Era de día, por la mañana, en la tienda hacía un frío terrible y sintió deseos de envolverse enseguida en el calor del saco. Resistió la tentación. Con la mano derecha aún blandía el cazo. Experimentó una sensación indefinida de ridículo, pero aun así no soltó su presa.

—¿Quién eres? —preguntó, y sintió un fastidioso escozor en la garganta. A esa altitud las mucosas de la boca estaban permanentemente secas, era imposible aplacar la sensación de sequedad.

El hombre entró como si ella no hubiese hablado. Se metió en la tienda y, por su manera de moverse, resultó evidente que se trataba de alguien habituado a desenvolverse en situaciones de ese tipo. Se deslizó en el interior del refugio con un movimiento fluido, similar al de una serpiente. Tenía la cara afilada e intensa de un asceta, punteada por dos ojos penetrantes que parecían agujeros en una máscara de carnaval. Debía de tener unos cincuenta años, si bien su físico, flexible, manifestaba diez menos.

—¿Alguien ha preparado el té? —preguntó con descaro a la vez que se sentaba.

No había contado con Fiona. La mujer, furibunda, se incorporó. Cuando estaba a punto de contestarle, la tienda se abrió de nuevo y asomó otra cara. Tenía la tez clara y unos pómulos asiáticos. Los ojos eran de color azul pálido, casi albinos.

El recién llegado, que también tenía las cejas y la barba muy rubias y cuajadas de hielo, miró detenidamente el interior de la tienda sin mostrar el menor bochorno. Parecía una cámara de cine efectuando un lento trávelin. Primero enfocó el cuerpo de Iaan, que dormía plácidamente; luego el hornillo, las mochilas y, por último, la cara de Tenzing. Se demoró un buen tiempo en este último detalle, cruzando con el sherpa una mirada significativa. El asiático no contuvo una mueca de irritación. Tenzing, por

lo general impasible, manifestó esta vez su exasperación.

—*Tashi Delek* —dijo el sherpa a media voz, a modo de saludo, con un tono hostil.

No solo era evidente que los dos se conocían —en el mundo del alpinismo de alta cota se conocen todos—, sino que, además, se odiaban.

Al final la cámara de cine se posó en Fiona, en su cuerpo medio erguido y en la mano derecha alzada, que seguía empuñando el cazo. El hombre la escrutó durante un buen rato, con una insistencia llena de descaro. Ella no necesitó un diccionario de miradas para interpretar la del tipo en cuestión.

El hombre hizo amago de entrar. Antes de que tuviese tiempo de hacerlo, Fiona intervino:

—Alto ahí. Haced el favor de decirnos quiénes sois, qué hacéis aquí y qué queréis; en caso contrario, salid de la tienda e id a que se os hielen las orejas ahí fuera.

El primer hombre, el de la barba entrecana, le sonrió de través.

—No se preocupe. Sabremos recompensarles por la molestia.

—No estoy preocupada y no necesito ninguna recompensa. Lo único que quiero saber es quiénes sois y qué demonios hacéis en nuestra tienda.

El hombre se puso de rodillas e hizo una suerte de reverencia.

—Barón Hans von Reichlin, señora...

Ante una presentación tan poco acorde con las circunstancias, Fiona no pudo por menos que sonreír. Ignorando la invitación a revelar su nombre, se limitó a preguntar:

—¿Y el otro quién es?

—Permita que le presente a Anatoli Boroda. Uno de los mejores alpinistas vivientes. Ha conquistado los catorce ochomiles y siempre sin oxígeno. Si bien es originario de Kazajistán, después de la disgregación de la Unión Soviética se ha convertido en un ciudadano del mundo. En cuanto a mí, soy austriaco.

La forma de hablar de Von Reichlin, sofisticada y ampulosa, rayaba en lo grotesco: el barón se comportaba como si se encontrara en un café de Viena y no en una tienda de campaña a siete mil metros de altura, en el Himalaya. Pese a ello y por alguna razón inexplicable, a Fiona le fascinaron sus maneras. A lo largo de su vida había conocido a muchos aristócratas y la mayor parte de ellos habían resultado ser personas fatuas e inconsistentes, o mezquinas y arrogantes. En cambio, el barón austriaco hacía gala de unos modales verdaderamente refinados y de un gran dominio de sí mismo, que lo distinguían también en esas condiciones ambientales, en las que la rudeza era la única cualidad apreciable para sobrevivir.

—¿Y ahora permiten que entre nuestro buen Anatoli?

Fiona no respondió; el kazajo y el barón se miraron y al final el primero entró. Fiona contuvo una expresión de sorpresa. Boroda era enorme: debía de medir más de dos metros y tenía los hombros muy anchos. Entró con cierta dificultad y, apenas lo

hizo, la tienda pareció más pequeña.

Iaan abrió los ojos en ese momento. Miró a los desconocidos sin dar muestras del menor asombro, embotado por el cansancio.

—Iaan, te presento al barón Hans von Reichlin y a su compañero Anatoli Boroda —dijo. Luego, dirigiéndose a los recién llegados, añadió—: Me llamo Fiona.

—¿Les importa si nos estrechamos las manos más tarde? Temo que si saco un brazo caerá al suelo congelado.

—Le agradezco sinceramente su hospitalidad, señora Fiona —dijo el barón—. Ha faltado poco para que nos muriéramos de frío ahí fuera.

—El barón y su compañero nos estaban explicando el motivo de su presencia.

El barón ignoró la pregunta.

—¿Puedo saber por qué han montado una tienda tan grande?

—Claustrofobia. Un engorro, a esta altitud —respondió Iaan. Fiona lo fulminó con la mirada.

—Siendo así —dijo el barón en tono conciliador—, la circunstancia nos favorece.

Fiona sintió que se calmaba la irritación que le había producido la entrada sumamente arrogante del barón e hizo un esfuerzo para recuperar las buenas maneras, como si tratase de encontrar una brújula enterrada en el fondo de la mochila.

—¿Puedes preparar un poco de té, Tenzing?

El sherpa salió del saco de dormir con un movimiento tan rápido y coordinado que casi resultó imperceptible. En unos segundos pasó de estar tumbado en él a acuclillarse junto al hornillo. Tenzing miró fijamente a Fiona, quien percibió su perplejidad.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

La mujer siguió la mirada del sherpa y vio lo que estaba observando.

—El cazo...

El cazo que aún empuñaba, en una pose que resultaba ya ridícula. Avergonzada, se lo tendió. El sherpa salió de la tienda para llenarlo de nieve y después se dispuso a encender el hornillo. El gas escupió un par de veces antes de que la llama cobrase vigor.

—Un té normal, por favor —dijo Fiona.

Cuando estuvo listo, el sherpa lo vertió en las tapas de tres termos vueltas del revés. Ofreció una al barón, otra a Fiona y la última a Iaan, quien la rechazó con la pretensión de que Tenzing bebiese antes que él.

El barón dio varios sorbos sin pronunciar una sola palabra; la satisfacción que sentía iba dulcificando sus rasgos. Tras apurar la taza se la tendió a Tenzing para que la volviese a llenar. El sherpa le sirvió más té y el barón bebió de nuevo hasta la última gota. Solo pasó la taza a Boroda después de que el sherpa le sirviese por tercera vez.

El calor y la energía que procuraba la bebida habían disipado la desconfianza.

—Así pues, ¿qué hacíais ahí fuera? —inquirió Fiona.

—Estamos preparando una expedición para el mes de octubre. Llegamos al campamento base hace un par de semanas.

—No os vimos.

—Tuvimos un desagradable contratiempo con el transporte del material. Como, por desgracia, suele tener por costumbre la mano de obra local, los portadores se detuvieron a mitad del recorrido. Cuando los *regional officers* se alejaron, los sherpas nos anunciaron que tenían intención de regresar a menos que les doblásemos la paga.

Fiona miró a Tenzing, pero el nepalés no se inmutó.

—Siempre hacen lo mismo —terció Boroda.

Era la primera vez que abría la boca. En lugar de la voz cavernosa y estentórea que cabía imaginar en una complexión tan robusta, el kazajo hablaba en tono alto, casi chillón.

—¿Qué ocurrió después?

—Es la práctica habitual —respondió el barón—. Pretenden cobrar el doble y, al día siguiente, el doble del doble.

—Que, en cualquier caso, es la mitad de lo que ganamos nosotros en una hora de trabajo —comentó Iaan.

El barón hizo caso omiso de la interrupción.

—Si cedes una vez estás acabado. Exigen unas cifras fuera de lo normal y luego roban la mitad del material. Así pues, tuvimos que recurrir a la intervención de Anatoli.

—Pues sí —asintió el kazajo riéndose sarcásticamente—. Les di una pequeña tunda.

—Por eso no nos visteis. Perdimos varios días. Es probable que cuando llegamos al campamento base os hubieseis marchado ya.

—Habéis corrido un buen riesgo subiendo con esta tormenta —observó Fiona.

—Abajo no parece tan terrible. Las previsiones eran favorables. Subimos desde el segundo campamento en tres horas sin el menor problema. La tormenta está aquí arriba.

Iaan miró con inquietud a Fiona, pero no dijo nada.

—De manera que habéis venido para preparar la expedición —remachó la mujer.

—Queremos preparar con antelación una nueva vía de ascenso.

—¿Pensabais hacerlo hoy?

—La temporada ha concluido, los próximos clientes no llegarán hasta otoño. De manera que decidimos inspeccionar la zona.

El kazajo había acabado de beber el té. Dado que el sherpa estaba ocupado rebuscando en su mochila, Boroda tendió la taza vacía a Fiona. La mujer alargó

instintivamente la mano, pero cuando sus dedos aferraron la tapa del termo, el alpinista no la soltó. Fiona se vio obligada a dar un tirón. Anatoli soltó la presa de golpe y la mujer cayó hacia atrás. El hombre le dirigió una sonrisa impertinente.

—Hemos dejado las mochilas delante de la tienda —explicó el barón—. ¿Podemos meterlas dentro? —Sin aguardar la respuesta, salió acompañado de Boroda.

Apenas se encontraron a solas, Iaan susurró a Fiona:

—¿Quieres que los eche?

—Hay tormenta, no podemos hacerlo.

—Menos mal. Habría necesitado la ayuda de Cassius Clay.

—Qué tipos más extraños, ¿no te parece? El barón, sobre todo.

—Parece salido de un anuario nobiliario del siglo XIX. ¿No lo has notado?

—¿A qué te refieres?

—A la barba y a las cejas incrustadas de hielo.

—¿Y qué? Hay tormenta.

—Dijeron que salieron hace apenas tres horas del segundo campamento y la tormenta está aquí, en cota, y no abajo. Si lo que dicen es cierto, no les ha dado tiempo a procurarse una colección de carámbanos como esa.

—¿Crees que nos han mentido?

Fiona se volvió instintivamente hacia Tenzing y tuvo la impresión de que el sherpa hacía un imperceptible ademán de asentimiento. Era poco menos que imposible adivinar lo que pensaba.

—¿Por qué deberían haberlo hecho?

—Sé leer las imágenes, no los pensamientos. Intentemos descubrirlo. Por el momento, sugiero que nos mantengamos alerta. Esos dos tienen algo entre ceja y ceja que, además, quieren ocultarnos. No me gusta.

La expedición se estaba complicando cada vez más

Fiona e Iaan seguían confabulando cuando el barón metió la cabeza en la tienda.

—¿Les interrumpo?

Sin aguardar la respuesta, depositó la mochila en el interior y a continuación se volvió para coger la que el kazajo le estaba pasando. Luego entraron. La tienda estaba al límite de su capacidad.

—Las pondré al fondo —dijo Von Reichlin. Dejó su mochila al lado de la del sherpa y colocó la otra encima—. No parece que el tiempo vaya a cambiar —añadió.

Fiona observaba a los recién llegados sin saber muy bien qué pensar de ellos. Quizá Iaan tenía razón: los dos ocultaban algo. Era evidente que Boroda tenía el aire de ser un tipo poco recomendable. No obstante, había algo en el barón, algo que se le escapaba y que, al mismo tiempo, la fascinaba.

Después de poner en orden sus cosas, Von Reichlin se acurrucó en un lado de la tienda. Sonrió.

—Y a ustedes ¿qué les ha traído a esta montaña? Veo que no son profesionales. ¿Son clientes suyos? —preguntó alzando la barbilla en dirección a Tenzing. Era la primera vez que daba muestras de notar la presencia del sherpa.

—Bueno, hemos venido por... —dijo Iaan aferrando la cámara fotográfica como si exhibiese una prueba ante un tribunal.

Pero no pudo concluir la frase. Fiona se inclinó hacia delante y, sin darle tiempo a reaccionar, lo besó en la boca. El fotógrafo hizo ademán de recular, pero al final se rindió.

—Hemos venido... —explicó la mujer tras separarse de su compañero—, de luna de miel.

Iaan no pudo disimular su asombro, pero el barón y Boroda, igualmente sorprendidos, hicieron caso omiso de su expresión.

—Una meta a decir poco inusual —comentó Von Reichlin.

—Nuestros amigos conocen la pasión que sentimos por la montaña, así que nos hicieron este regalo.

El barón escudriñó las manos de Iaan y Fiona y acto seguido dijo:

—No llevan las alianzas.

El fotógrafo abrió la boca para replicar, sin saber muy bien qué. Fiona se le adelantó.

—Con el frío los anillos se estrechan —explicó—. Temíamos que nos cortasen la circulación.

—¿Han subido alguna vez a esta altitud? Podría ser peligroso.

Iaan y Fiona se miraron y después ella habló:

—Hemos escalado varias cimas en los Alpes y, además, nos han dicho que si permanecemos a siete mil metros no debería sucedernos nada.

—¿Les ha organizado todo Steve, de la Mountain Wilderness, o...?

—No, nadie —atajó Fiona—. Estábamos haciendo *trekking* en el valle y se presentó la ocasión.

El sherpa escuchaba en silencio, sin mover un solo músculo.

Boroda abrió la boca —enorme, como el resto de su cuerpo— y esbozó una sonrisa maligna.

—Si es vuestra noche de bodas, acomodaos. Nos daremos media vuelta.

Se rió groseramente de su ocurrencia mientras los demás permanecían impasibles.

—Puede que mi compañero haya abordado el tema de manera un poco burda, pero lo cierto es que más tarde será necesario ver cómo nos organizamos esta noche, dado que estamos bloqueados aquí.

—Trataremos de que todos tengan su sitio. ¿Verdad, Tenzing? —dijo Fiona.

El sherpa movió la cabeza haciendo un gesto milimétrico que podía ser afirmativo.

—Sea como sea, ahora tengo hambre —proclamó Boroda. Sin preocuparse por los demás, se tumbó en la tienda y cogió la bolsa. Sacó un tarro de cristal que contenía pepinillos en aceite. El ruso intentó abrir la tapa, pero, a pesar de la fuerza portentosa que irradiaban sus manos, no logró forzarla—. Hielo —dijo a modo de explicación.

Todo sucedió de repente, antes de que los demás se pudiesen dar cuenta.

Boroda agarró el tarro, extendió el brazo y después, como si fuese la cosa más natural del mundo, lo golpeó violentamente contra su cabeza.

El recipiente se hizo añicos. Los pepinillos volaron por toda la tienda. Con suma calma, el kazajo se quitó los fragmentos de cristal de la cabeza como si estuviese apartando unos copos de nieve. Acto seguido, cogió los pepinillos con una mano y empezó a comérselos metiéndoselos en la boca como si fueran cerezas.

—Odio esperar cuando tengo hambre.

Mientras Tenzing barría las esquirlas del tarro que se habían desperdigado por toda la tienda, Fiona e Iaan se miraron de nuevo sin hablar. Ella intuía los pensamientos de él. La expedición, que ya se había visto obstaculizada por la tormenta, se estaba complicando cada vez más.

Me ha parecido ver una sombra

¿Habéis oído?

Iaan había girado la cabeza. De no haber sido por las reducidas dimensiones de la tienda, se habría puesto de pie. En cambio, se limitó a encogerse de hombros, como si se dispusiera a enfrentarse a un peligro.

El barón y Boroda no dieron importancia a la alarma. Consideraban a Iaan un aficionado molesto, poco habituado a enfrentarse a las insidias de la montaña. Despreciaban la inseguridad que transmitía.

Por el contrario, Fiona, que lo conocía bien, sabía que Iaan no se asustaba por cualquier menudencia. Por eso, cuando percibió la ansiedad de su compañero, se inquietó.

—¿Qué pasa?

Iaan apoyó el dedo índice en vertical en la punta de la nariz imponiendo silencio. Contuvo la respiración. Al cabo de un instante volvió a preguntar:

—¿Has oído?

Si bien Fiona había tratado de entrar en sintonía con sus sensaciones entornando los ojos como él y volviendo la cabeza en la misma dirección, no había percibido nada.

Sacudió la cabeza.

—Solo es el viento.

El fotógrafo hizo una mueca de decepción. Pese a que no estaba muy seguro de haber oído algo, a lo largo de los años había aprendido a fiarse de su instinto. En ciertos casos es necesario olvidarse del cerebro.

—Hay alguien ahí fuera.

La frase retumbó clamorosa en el interior de la tienda. El barón esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Se lo advertí: la altitud puede ofuscar la mente. Hasta Maupassant lo escribió en un maravilloso relato que, a buen seguro, habrán leído. Durante el invierno el joven guardia de un refugio, aislado durante meses, va perdiendo poco a poco el equilibrio mental hasta el punto de que llega a confundir los gemidos de su perro, que rasca la puerta atrancada, con los de un fantasma. Él está dentro, aterrorizado, y no abre al pobre animal. Cuando comienza la primavera llegan unas personas a sustituirlo y encuentran el cadáver del animal fuera de la entrada y, en el interior, al hombre, enloquecido y con el pelo completamente cano.

Boroda se mostraba indiferente al posible peligro. Seguía engullendo sus pepinillos, uno a uno. El sherpa, tras haber limpiado el cazo con un pañuelo de papel, usó este para absorber la mancha de aceite que había dejado el tarro de pepinillos al

fondo de la tienda.

Iaan se encogió de hombros y se acercó a la entrada.

—¿Adónde vas? —preguntó Fiona.

—A echar un vistazo, nada más. Pura curiosidad.

—Yo en su lugar no saldría solo con este tiempo —le advirtió el barón.

Iaan no le prestó atención y se puso el anorak. Se encasquetó el gorro de lana y se ató la capucha. Encendió la llama del hornillo y calentó encima de ella la parte inferior de las botas para reblandecerlas. A continuación se las puso con cierta dificultad.

—No lo hagas, Iaan. Es demasiado peligroso.

—Es justo la misma frase que me decían en Cannes cada vez que pedía un plato de marisco.

Sin mayor dilación, abrió la tienda y salió.

—Cerrad antes de que nos helemos todos —ordenó el barón.

En un abrir y cerrar de ojos, Boroda extendió el brazo y cerró la tela.

—Tu socio debe de estar en forma —observó el kazajo dirigiéndose a Fiona—. Yo me habría puesto los crampones.

La mujer bajó la mirada y se percató de que los crampones de Iaan estaban tirados en un rincón.

—Muchas gracias —contestó ella con acritud.

A continuación se puso a toda prisa el anorak y las botas. Sacó los pies fuera de la tienda y montó los crampones y luego se ató a la cintura los de Iaan.

—No te olvides de la frontal.

Furiosa por haber sido pillada en falta, Fiona hurgó en la mochila, cogió la Petzl y se la encasquetó en la cabeza.

Nada más salir se dio cuenta de que la sugerencia de Anatoli había sido preciosa. La nieve que se arremolinaba a su alrededor había reducido la visibilidad a un par de metros. Fiona tuvo la impresión de que se encontraba en una de las montañas rusas a las que la llevaba su padre cuando era niña, cuando no sabía cómo ocupar el tiempo que pasaban juntos. Pese a que no se movió, se sintió sacudida de un lado a otro. Encendió la frontal y, por fin, la luz le dio una sensación de profundidad. Una vez recuperado el equilibrio, dio el primer paso, siguiendo las huellas de su compañero.

—¡Iaaaaannnn! —gritó desgañitándose.

Se dio cuenta de que era inútil: en el estruendo que causaba el viento Iaan no la podría oír, ni siquiera a cinco metros de distancia.

Moviéndose con prudencia, siguió las huellas de su amigo metiendo los pies en ellas. De cuando en cuando dirigía el haz de luz hacia la derecha o la izquierda: tal vez Iaan la divisase y retrocediese. Si bien era consciente de que lo que hacía era inútil, debía llamarlo. Quizá lo hacía únicamente para darse ánimos.

Las huellas en la nieve seguían una dirección precisa, sin titubeos ni desviaciones. La longitud de los pasos daba a entender que Iaan caminaba a un ritmo constante. Fiona debía hacer un esfuerzo para meter sus botas en las pisadas. Llegado un momento, tuvo la impresión de que las zancadas eran más amplias, como si Iaan hubiese echado a correr. Por suerte, en ese tramo el viento la empujaba por la espalda, como un padre que enseña a andar a un hijo. Pero, de improviso, el viento giró y unas ráfagas gélidas le azotaron la cara. Fiona se arrepintió de haber seguido a Iaan, aunque enseguida se arrepintió de haberse arrepentido. Odiaba a los cobardes. Apretó el paso maldiciendo para sus adentros.

De repente una ráfaga más fuerte que las demás le trajo un grito.

No le cupo la menor duda: era la voz de Iaan, estaba justo delante de ella.

Las botas, los crampones y la nieve alta le impedían correr, pero, aun así, Fiona aceleró el paso en la medida de lo posible sin dejar de gritar:

—¡Iaan!

El mono de plumas entorpecía sus movimientos y un gesto más brusco que los demás hizo que la lámpara frontal saliese volando. De repente, su campo de visión se redujo a apenas un metro, en tanto que los gigantescos copos de nieve levantaban alrededor de ella un muro impenetrable. Fiona se inclinó para buscar la lámpara, tanteando el terreno, pero la frontal debía de haberse hundido en la nieve y el haz de luz era invisible. Volvió a lanzar una imprecación y echó de nuevo a andar siguiendo las huellas de Iaan, que distinguía a duras penas, una pisada tras otra.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, era ya demasiado tarde.

Las huellas de Iaan desaparecían repentinamente como si un pájaro gigantesco lo hubiese aferrado con sus garras.

Fiona se detuvo, incapaz de resolver el misterio.

Solo comprendió lo que había ocurrido cuando sintió que la nieve se hundía bajo sus pies.

Una grieta.

Con un movimiento torpe intentó agarrarse a algo, y en ese momento cayó en la cuenta de que ni siquiera había cogido el piolet. Maldita estúpida.

Cerró los ojos, lista para amortiguar el golpe contra el hielo. En una fracción de segundo deseó salir ilesa o bien morir en el acto. No podría aguantar una larga agonía con las piernas rotas.

Justo cuando empezaba a caer sintió que la agarraban por detrás, por el cuello del anorak: un abrazo fuerte y tenaz impidió que se precipitase y la arrastró hacia atrás a la vez que la tiraba sobre una blanda capa de nieve fresca.

Tumbada de espaldas, Fiona abrió los párpados. Vio una figura delante de ella y supuso que era Tenzing.

—Gracias...

El sherpa no dijo nada. No era momento para agradecimientos o explicaciones. Moviéndose como un robot programado para la supervivencia, Tenzing clavó todo el mango del piolet en el terreno.

—Siéntate —ordenó a Fiona al tiempo que le enseñaba la punta que sobresalía en la nieve. Al ver que ella no lo comprendía, repitió—: Siéntate. —Luego, sin tantos cumplidos, la aferró por debajo de las axilas y la empujó hacia el piolet a fin de que pudiera acomodarse encima de él—. No te muevas.

A continuación cogió la cuerda que había atado a la herramienta y, con un movimiento rapidísimo, se metió en la grieta. Fiona, sentada en el saliente, podía percibir, incluso a través de la ropa, la tensión de la cuerda que sostenía el peso del sherpa. De improviso la tracción pareció aflojarse.

—Tenzing... —lo llamó Fiona, pero con un hilo de voz, como si no quisiese molestarlo o prefiriese no saber la verdad. ¿Se habría caído el sherpa?

Transcurrieron varios minutos interminables en los que Fiona, por primera vez en su vida, se sintió fuera de lugar. ¿Debía seguir sentada en el piolet confiando en que el sherpa estuviese a salvo? ¿O bien debía correr al campamento para pedir auxilio?

De repente le pareció divisar una sombra en el borde de la hendidura.

Una cabeza.

Emergió una cabeza, seguida de un cuerpo.

La sombra apoyó una rodilla en el borde del agujero de hielo y se izó para salir de él.

Iaan.

Con la mirada alucinada y la boca pastosa de miedo, el fotógrafo intentó explicarle lo que había ocurrido.

—Lo vi en el último momento..., me detuve, pero luego... el vértigo..., la cabeza empezó a darme vueltas..., no sé...

Inmediatamente después apareció el sherpa.

—Venid. Volvamos —dijo Tenzing. Sin añadir nada más, empezó a avanzar siguiendo las huellas, solo que en sentido contrario.

La lámpara frontal del sherpa los iluminaba. Al andar mantenía el equilibrio de tal forma que el haz de luz ni siquiera oscilaba. Fiona e Iaan debían esforzarse para seguirle el paso.

—Espera...

Pero el sherpa no aminoró la marcha. En menos de un cuarto de hora vislumbraron la tienda. Fuera los esperaba Von Reichlin.

—Estaba a punto de ir a buscarles —dijo.

No obstante, a Fiona y a Iaan les bastó una ojeada para constatar que el austriaco no había montado los crampones.

La mujer entró en primer lugar, seguida de Iaan y, a continuación, del sherpa.

Cuando el barón se disponía a imitarlos, algo lo obligó a volverse de golpe.

—¿Qué pasa? —le preguntó Fiona—. Von Reichlin no contestó, había aguzado las orejas en el viento, como un perro que busca su presa. —¿Ha oído algo? —insistió Fiona.

El barón mantuvo unos segundos más la posición ancestral de caza. Luego entró en la tienda cabeceando.

—Por un instante me ha parecido ver una sombra...

El cuerpo del hermano de Michel Leblanc

Estaban bloqueados sin remedio en el interior de la tienda. A intervalos regulares, Tenzing controlaba los tirantes, reforzaba algún que otro nudo, ajustaba los palos. Boroda se había tumbado de costado: en apariencia dormía. Iaan, echado al lado de Fiona, leía un libro pequeño a la luz de una Petzl. De cuando en cuando la acariciaba como haría un tierno marido. Pero la periodista, que no podía relajarse, cambiaba de posición constantemente en el saco de dormir entre gruñidos y maldiciones sobre la tormenta.

El barón cogió su mochila y rebuscó dentro de ella. Sacó un par de calcetines. Con un ademán rápido —a fin de exponer lo menos posible las extremidades al hielo—, se quitó primero los botines interiores y después los calcetines. Los sustituyó por los limpios y acto seguido se calzó de nuevo.

El movimiento le llevó escasos segundos y lo ejecutó en un rincón de la tienda. Pese a ello, Fiona notó un detalle.

Von Reichlin tenía los dedos del pie derecho amputados.

Ella sabía que sucedía con frecuencia a los alpinistas de alta cota. Los dedos se congelaban con facilidad, se tornaban primero blancos, luego azules y, por último, negros. El único remedio era la mutilación.

El barón interceptó su mirada y, sin dar muestras de incomodidad, le explicó:

—Es muy importante cambiarse de calcetines en la montaña. Hay que tener los pies secos. —Von Reichlin cerró de nuevo la mochila y la colocó en un rincón. Acto seguido se dirigió a Iaan—: Han subido a una cota excesiva para ustedes. No están suficientemente aclimatados. Puede ser bastante peligroso.

El fotógrafo bajó el libro que estaba leyendo.

—¿Qué quiere decir?

—A esta altitud es fácil sufrir alucinaciones. Muchos alpinistas han sido engañados por su propia mente. La falta de oxígeno, la sangre densa, la deshidratación, la luz fortísima, todos esos elementos hacen que el cerebro acabe creyendo en los espejismos más extraños.

—¿Por ejemplo?

—A mí me ocurrió, estando a unos ocho mil metros, encontrarme con un hombre idéntico a mí. Un auténtico doble. Mi gemelo se hallaba a unos veinte metros, me escrutaba. Desvié la mirada y seguí subiendo, esforzándome por no prestarle atención. Sabía que se trataba de una alucinación y, sin embargo, era tan real... Debía ignorarlo, sin más. Desaparecería solo. Pero de vez en cuando no podía resistirlo y me daba la vuelta de golpe. Mi doble me pisaba los talones sin pronunciar palabra. Se limitaba a clavarme los ojos, en los que se leía una silenciosa desesperación. Apreté

el paso, pero fue inútil. Cuando ya se veía la cima me volví de nuevo: el hombre había desaparecido. Pero el alivio que sentí duró bien poco. Al alzar una vez más la cabeza, mi gemelo apareció de nuevo ante mí, justo en la cumbre de la montaña. Estaba de pie, plantado en el viento que soplabá a doscientos kilómetros por hora, y me miraba con una expresión enigmática..., abatida, diría. Hice acopio de la fuerza suficiente para acelerar el paso y, sin volver a pararme, me encaminé hacia la cima. Mi gemelo estaba allí, inmóvil, me esperaba: ni él ni yo teníamos escapatoria. Cuando, por fin, pisé la cima nos quedamos cara a cara sin pronunciar una sola palabra... Sin pronunciar una sola palabra, pero ¿qué estoy diciendo?... Era tan solo una alucinación..., no se habla con las alucinaciones. La presencia de ese doble me resultaba intolerable..., más que un doble era una mitad. Me había partido en dos, ¿comprenden? Me veía a mí mismo a través de sus ojos..., doctor Jekyll y mister Hyde, solo que no sabía cuál de los dos era yo... Al final no pude soportar la tensión y...

El barón se interrumpió. No lograba proseguir su relato, el recuerdo lo había paralizado.

—Cogió el piolet y lo golpeó. —Todos se volvieron hacia Boroda. El kazajo había asumido su habitual expresión socarrona—. Cogió el piolet y lo golpeó. Eso fue lo que sucedió, ¿verdad, Hans?

El barón inspiró hondo y se retorció las manos. Asintió con la barbilla.

—Lo herí en la espalda, porque él se había dado media vuelta. No para escapar, sino para no tener que mirarme a la cara. De su cuerpo manaba una considerable cantidad de sangre, parecía que nunca se iba a acabar. La nieve que nos rodeaba se iba tiñendo de rojo y la mancha se extendía cada vez más. En ese momento perdí el conocimiento. —El viento aumentó su intensidad y sacudió la tienda como si un gigante hubiese cogido los palos y los estuviese agitando para divertirse—. Cuando lo recuperé, mi gemelo se había evaporado. La nieve volvía a ser blanca, y en la cima solo se veían mis huellas. Cogí el piolet: la punta seguía manchada de sangre.

Los demás miraban fijamente al barón conteniendo el aliento. En la tienda se había formado otro tipo de hielo.

Von Reichlin se desentumeció y se apresuró a concluir la historia.

—No obstante, cuando regresé al campamento la punta estaba inmaculada. ¿La había limpiado la nieve durante el descenso o había sido una alucinación?

Se quedaron absortos, concentrados en el misterio que el austriaco acababa de contarles. Se preguntaban si un día tendrían que enfrentarse también al gemelo que todos llevamos dentro.

—Yo nunca he visto gemelos —dijo Boroda—. Únicamente enanos. A menudo, cuando estoy sobre hielo, me veo rodeado por un ejército de enanos de la hostia. Son miles y me la tienen jurada. Me gritan, me insultan, me hacen gestos obscenos.

Entonces empiezo a darles patadas, los tiro por las grietas, a alguno lo mato con un golpe de pico..., pero ellos escapan sin dejar de reírse. No tienen miedo.

—Alucinaciones —concluyó el barón—. Simples alucinaciones.

—Nosotros las llamamos *Norgal ki lawaa* —intervino Tenzing.

—¿Qué significa? —preguntó Fiona.

—*Norgal ki lawaa* significa «siervos de Norgal». Norgal es el dios de la montaña. Mentiroso y traicionero. Se burla de los hombres. Vosotros lo llamáis alucinaciones, nosotros *Norgal ki lawaa*. Siervos de Norgal disfrazados. Él los manda para que engañen a las personas. Cuanto más subes, más numerosos son. Norgal no quiere que los hombres lleguen a la cima de las montañas, no quiere que entren en su casa. Pero algunas veces Norgal también es bueno. Hombres valientes le gustan. Así que Norgal manda a sus siervos, no para engañar, sino para ayudar.

—Tenéis razón. Yo también he visto espejismos —comentó Iaan—. En este momento, sin ir más lejos, tengo la impresión de tener delante de mí a unos auténticos embusteros.

—Se lo advierto, señor Iaan —replicó Von Reichlin enojado—. Sus palabras son ofensivas.

—¿Por qué, mi querido barón? Dos hombres con las barbas incrustadas de hielo dicen que vienen de los pies de la montaña, pese a que allí no hay ninguna tormenta. ¿Usted qué pensaría?

—No se atreva...

Fiona lo interrumpió. Detestaba que le tomasen el pelo, sobre todo cuando el que lo intentaba era un hombre.

—¡Basta ya, Hans! Puede que no seamos unos alpinistas experimentados, pero tampoco somos unos ingenuos. Nos han contado una buena sarta de mentiras.

El barón se volvió hacia Boroda, que había mantenido una media sonrisa en los labios. Como si hubiese recibido el tácito acuerdo del kazajo, su expresión de dureza se dulcificó.

—De acuerdo, señora Fiona, tiene razón. Es cierto, no estamos organizando ninguna expedición.

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Pensaba que se lo habría imaginado. —Miró alrededor, a la manera de un actor que busca la atención del público antes de pronunciar una frase decisiva—. Hemos venido a buscar el cuerpo del hermano de Michel Leblanc.

No me lo habéis preguntado

En la cara de la mujer se dibujó una expresión de asombro culpable, como sucede cada vez que alguien menciona a un amigo desaparecido que hemos olvidado temporalmente. Al ver su reacción, Von Reichlin le preguntó:

—¿Lo conoce?

—¿Conocer... a quién?

—¡A Michel Leblanc, por supuesto!

Fiona parecía decepcionada.

—Ah, Michel...

—¿Lo conoce?

—No...

—No me sorprende. Después del accidente que tuvo con su hermano, no volvió a relacionarse con nadie. Escaló solo sus ochomiles, incluso en invierno. Cuando uno se cruzaba con él en Katmandú o en el Tíbet, ni siquiera se paraba a saludar. Iba siempre por su cuenta.

—Algún periodista debe de haber intentado entrevistarlo.

—Los periodistas... Sí, alguno lo intentó. Llegaron hasta aquí pensando que lo pillarían por sorpresa. Pero incluso en Katmandú había dejado de frecuentar sus hoteles habituales, dormía a saber dónde, con toda probabilidad en casa de algún sherpa. La verdad es que solo se relacionaba con la población local: compraba el material en sus tiendas...

—¿Y en Europa?

—Los periodistas que osaron llamar a la puerta de su castillo no obtuvieron respuesta. Algún que otro fotógrafo trató de tenderle una emboscada, pero todos acabaron de mala manera. Leblanc los agredió y les rompió la cámara. Lo han condenado en un par de ocasiones, pero no le importa. Como sabrá las únicas imágenes en circulación son las que sacó él mismo durante las escaladas. Es un misántropo, aunque le interesa vender sus libros...

—Los he leído todos. Pero no hay nada...

—Sobre su hermano. Sí, lo sé. Jamás ha contado lo que sucedió en esta montaña hace diez años.

Iaan se acercó y abrazó afectuosamente a Fiona. Ella, sin embargo, pareció no darse cuenta: estaba rumiando las palabras del barón, cribándolas para descubrir alguna agarradera útil, al igual que hace un alpinista cuando escala una pared difícil.

—¿Y ahora dónde está?

—Creo que en algún lugar de Argentina. Cuando renunció a la montaña dijo que quería cruzar la Antártida a pie. Solo, sin perros ni trineos, ni aviones que lo

aprovisionen. Un suicidio anunciado. Hace más de cuatro años que habla de ello, pero creo que nunca lo hará. No quiere jugarse el pellejo: como cualquiera, puede que incluso más. —Von Reichlin alzó la mirada en dirección a Tenzing—. Él, por otra parte, lo sabe de sobra.

Sorprendidos, Fiona e Iaan se volvieron a la vez hacia el sherpa, que traínaba con la mochila.

—¿Lo conoces? No nos lo has dicho...

Tenzing respondió sin interrumpir lo que estaba haciendo.

—No me lo habéis preguntado.

Temblaba

¿Cuándo lo conociste?

Tenzing seguía arreglando sus cosas, indiferente. No se volvió.

—Hace doce años.

—¿Entonces su hermano todavía estaba vivo!

—Por supuesto —terció el barón—. Conoció también a Jean-Pierre.

Fiona se desasíó del abrazo de Iaan y se acercó a Tenzing como si pretendiese presionar psicológicamente a un testigo reacio a declarar.

—Dime, ¿qué tipo de persona era?

—Alpinista muy bueno.

La mujer resopló.

—Vamos, Tenzing, cuéntanos algo más.

Von Reichlin se entrometió en la conversación, que más bien parecía un interrogatorio.

—Eran amigos, escalaban juntos. Se conocieron en el Himalaya, en el curso de un par de expediciones que, al final, fracasaron. Además, los hermanos Leblanc invitaron a Tenzing a visitarlos en Europa.

—¿Es eso cierto, Ten?

El sherpa se limitó a asentir con la cabeza sin mirarlos.

—Y fue allí donde ocurrió, ¿verdad? —remachó el barón.

El sherpa dejó de trajinar con la mochila. Sabía hasta qué punto podían ser molestos los occidentales cuando se les metía algo en la cabeza. Respuestas, respuestas, respuestas..., siempre querían tener una respuesta para todo. En un sinfín de ocasiones había tratado de explicarles que no existe una sola respuesta, sino muchas respuestas distintas a la misma pregunta. Que no sirve de nada esforzarse, porque la verdad se escapa de las manos como el agua de un arroyo. El problema era que ellos se negaban a aceptarlo.

—Sí —dijo sin más.

—Vamos, Tenzing, no te hagas de rogar. Cuéntanos.

—Conozco a Michel durante la primera tentativa en Everest. Él es muy hábil. Nos hacemos amigos. Michel me dice que los Alpes son muy bonitos, muy diferentes del Himalaya. Me habla de los Dolomitas... Dice que yo también soy un gran alpinista, que tengo que ir a Europa. Puedo ganar mucho dinero si los escaladores europeos me conocen. Así que me marchó. Hacemos muchos ascensos. Monte Blanco, Grossglockner, Eiger, Cervino... Cervino muy bonito, parece Machapuchare.

—¿El Fish Tail? —preguntó Iaan.

—Fish Tail, sí.

—El Fish Tail y el Cervino están consideradas las montañas más bonitas del mundo —explicó el barón en tono didáctico.

Fiona lo interrumpió irritada.

—Dejadlo hablar. ¿Y qué ocurrió, Tenzing?

—Un día subimos al Eiger. Michel, Jean-Pierre, dos amigos y yo. Tiempo malo, pero también calor. Viento del sur: *Föhn*. Hielo frágil. Peligroso. Pero nos sentíamos fuertes y lo intentamos de todas formas. A medio camino Jean-Pierre se encuentra mal. Así que lo acompaño abajo. Los demás siguen avanzando. No sé más.

Fiona protestó.

—¿Cómo que no sabes más? ¡Vamos, Tenzing!

El sherpa sacudió la cabeza.

—Yo no estaba allí. No puedo decir nada. Tú preguntas a un ciego que describa una cara, pero él solo puede pasar los dedos por los ojos, la nariz, la boca.

—En ese caso, yo os contaré lo que acaeció aquel día —intervino el barón con el tono de un fiscal en el alegato final—. Jean-Pierre no se encontraba bien. Tal vez había comido algo en mal estado, quizá había tomado una medicina la noche anterior. Sea como fuere, Tenzing lo acompañó abajo y Leblanc se quedó con sus dos amigos, Rudolf Terziev, un húngaro, y Robert Heinemann, un austriaco. El accidente se produjo cuando les faltaba muy poco para alcanzar la cima: un clavo cedió. Heinemann y Terziev cayeron, en tanto que Leblanc, que se había asegurado a un *friendo*, se salvó. Como no podía ser menos, Leblanc bajó de inmediato en doble para socorrer a sus amigos que, por suerte, se habían parado en un reborde rocoso. Cuando llegó se percató de que la situación era grave. Heinemann tenía una pierna fracturada: el hueso había desgarrado la carne y asomaba por el muslo. Pese a ello, el austriaco seguía consciente. Terziev estaba peor: tenía muchos huesos rotos y probablemente una o varias hemorragias internas. Se había desmayado y estaba muy pálido. —Tenzing oía el relato como si no le concerniese. Fiona e Iaan escuchaban con suma atención a Von Reichlin. Boroda dormía en un rincón—. Mientras tanto, las nubes se habían adensado en toda la montaña e impedían la visibilidad. Se iba a desencadenar una tormenta. Leblanc era consciente de que no disponía de mucho tiempo. Tenía que moverse deprisa, no podía esperar a que llegase la ayuda. Tardaría demasiado y, además, ningún helicóptero iba a poder volar debido al mal tiempo. Gracias a su experiencia, Leblanc podía bajar un cuerpo hasta la mitad del ascenso, donde se abría un agujero excavado en la roca. Un agujero que conducía al túnel del tren.

Fiona no pudo evitar exhortar al barón.

—¿Y entonces?

—Leblanc se enfrentó a un dilema terrible. Podía tratar de salvar a uno de sus amigos, pero, por descontado, no a los dos. Quizá lograría bajar a uno hasta el túnel, pero luego no podría volver a subir para auxiliar al otro. Así que debía elegir a quién

podía salvar y a quién iba a tener que abandonar.

Tenzing cabeceó en señal de desaprobación. ¿Por qué el pasado resultaba tan importante para ellos? ¿Por qué no pensaban en el futuro? Su karma era como un globo paralizado por el lastre. Sería tan fácil cortar los hilos para volver a volar, pero ellos ni siquiera veían los hilos...

—Vamos, Hans, no nos tenga en ascuas. ¿Cómo acabó la historia?

—Michel tomó una decisión que nunca aclaró. Ató una cuerda al arnés de Heinemann, el herido menos grave, y empezó a bajarlo. En cambio, abandonó a Terziev, que estaba agonizando. Con cuatro o cinco tirones Leblanc logró llevar a Heinemann a la galería que conduce al túnel del tren: es una vía de salida que utilizan muchos escaladores cuando se encuentran en dificultad en el Eiger. Desde allí se llega al bar que da al valle. Por suerte un médico prestó los primeros auxilios a su amigo. Después lo trasladaron al hospital con el tren.

—¿Y?

—Se salvó. Tuvo que someterse a varias operaciones y transfusiones, pero se salvó. Hoy está en perfecto estado de salud.

—¿Y el otro, el...?

—¿Terziev? Es una historia interesante. Escuchen. Tras dejar a Heinemann en manos del médico, Michel regresó al agujero y subió a la pared del Eiger. El tiempo era terrible, no se veía nada a medio metro, pero aun así logró escalar por la roca cubierta de hielo friable. Sin lugar a dudas, una hazaña sensacional. Así pues, Leblanc empezó a subir de nuevo. Consiguió llegar al lugar de la desgracia, donde Terziev yacía inmóvil.

—¿Aún estaba vivo?

—Apenas Leblanc se acercó a él, comprendió que la situación era desesperada. Terziev casi no respiraba. Las fracturas le habían causado varias hemorragias. Leblanc vio que el alpinista estaba inmerso en un charco de sangre helado. Lo ató también al arnés y empezó a bajarlo, pero Terziev murió cuando dio el primer tirón.

Nadie habló durante unos segundos. El soplo del viento superaba el espanto que sentían Fiona e Iaan. La mujer trató de replicar al barón.

—Todos saben que en la montaña ese tipo de situaciones son bastante frecuentes. El riesgo es demasiado alto: tarde o temprano hay que elegir entre la vida y la muerte. Leblanc se vio forzado a tomar una decisión tremenda. No me habría gustado estar en su lugar. No puedo criticarlo.

—De eso nada —respondió sardónico Von Reichlin—. Quizá no sepa quiénes eran Terziev y Heinemann. Terziev era un amigo de la infancia de Leblanc. Habían empezado a escalar juntos cuando eran jóvenes. Muchos lo consideraban el tercer hermano Leblanc.

—Eso no significa nada. Tal vez Michel pensó que Terziev estaba desahuciado. Si

hubiese intentado bajarlo, el otro montañero habría muerto y al final no habría salvado a nadie. Estoy...

El barón la interrumpió.

—Heinemann, en cambio, era su financiador.

—Está diciendo una sarta de estupideces, barón. Todos saben que Michel Leblanc es muy rico.

—*Su padre, Henri*, era riquísimo, señora Fiona. Pero había cerrado el grifo a sus hijos. Desde que tuvo lugar el accidente de montaña...

—¿Qué accidente?

—En algún lugar de los Dolomitas. Estaban juntos, él, Jean-Pierre y Michel. Se quedó parálítico y luego vivió con el terror de que a uno de sus hijos le pudiese ocurrir algo similar. Era viudo, ¿comprenden? Así que había permitido a Michel, a quien consideraba el más prudente, que continuase con el alpinismo, en tanto que Jean-Pierre debía dedicarse a las empresas. El problema es que los dos hermanos hicieron lo que les dio la gana y siguieron escalando. Henri no se lo perdonó y dejó de pasarles dinero.

—Así que Michel y Jean-Pierre...

—Necesitaban dinero, como cualquiera. Más tarde, justo el día anterior al ascenso al Kinsoru, el padre murió, pero en ese momento carecían de disponibilidad financiera. Habían conocido a Heinemann en el curso de un ascenso a la Aiguille Verte y el austriaco se había enamorado de ellos. En sentido alpinista, claro está. De hecho, estaban proyectando con él la famosa expedición al Himalaya. ¿Lo entiende ahora? Entre su mejor amigo y su socio comercial, Leblanc prefirió salvar a este último. Fue capaz de abandonar a Terziev, que era como un hermano para él, por dinero.

Turbada, Fiona se dirigió a Tenzing.

—¿Es cierto? ¿Fue así?

—No sé. No estaba allí. En cualquier caso, recuerda: Michel arriesgó vida para salvar otro hombre. Vosotros, los europeos, juzgáis a los hombres por resultados. Haced lo mismo con él.

Fiona apremió al sherpa. Alzó la voz.

—¿De verdad sucedió lo que acaba de contarnos Hans, Ten? Dímelo.

—Conozco a muchos americanos. Ellos dicen: antes de juzgar a un hombre hay que ponerse en su piel —contestó Tenzing.

—Solo espero que no nos dé por confiar nuestras valoraciones morales a un sherpa —terció el barón en tono despreciativo.

Fiona hizo oídos sordos.

—¿Y luego? —preguntó al sherpa—. ¿Qué hiciste, Ten?

—Día siguiente volví a casa. Europa muy bonita. Muy rica. Michel y Jean-Pierre

tienen razón: Alpes muy bonitos. Pero yo no me adapto. Cuando bajo del avión en Katmandú siento que recupero mi alma. Se había quedado aquí.

Fiona se abatió. Iaan, pese a que no comprendía el motivo de semejante turbación, se acercó a ella y la abrazó. Sintió que, bajo las plumas, temblaba.

Estaba ahí fuera

—No soporto estar encerrada aquí dentro —resopló Fiona.

Habían pasado un par de horas desde que Von Reichlin y Tenzing habían finalizado su relato. Boroda dormía en el saco de dormir y roncaba de manera exasperante. El barón había sacado de la mochila una pequeña libreta de notas de tapa rígida, de piel, y había empezado a garabatear en ella con un lápiz. De vez en cuando se detenía y se quedaba absorto, como si se estuviese esforzando por hacer un cálculo complicado. Luego reiniciaba sus trazos más deprisa que antes. Tenzing había dispuesto todo a la perfección, de manera que las mochilas y el resto de los objetos ocupasen el menor espacio posible, y ahora estaba descansando. Iaan se hallaba abrazado a Fiona y, con toda probabilidad, se había adormecido.

—Iaan —lo llamó. Él apenas se movió—. Iaan...

Su compañero bostezó.

—¿Qué pasa?

—No logro estar de brazos cruzados. Probemos la radio.

—¿Con este tiempo? ¿No es mejor esperar? —Ella lo miró con intención y él comprendió—. De acuerdo, probemos esa bendita radio. Quizá logre oír lo último de Oasis.

Moviéndose con dificultad en el interior de la tienda, procurando no tropezar con los demás y, en particular, con Boroda, se pusieron el mono de plumas y las cubiertas de las botas. Dentro de la tienda siempre iban calzados con los botines interiores para evitar que se les enfriasen los pies. Si se los hubieran quitado a esa temperatura, los pies se habrían tornado tan duros y frágiles como el cartón: habría sido imposible ponérselos de nuevo. En ese caso, nada habría podido impedir que sus pies se congelasen.

Fiona se acercó al saco de Tenzing para coger la radio. Se movía con precaución para no despertarlo, pero, a pesar de ello, cuando alargó sigilosamente la mano el sherpa se le adelantó.

—Radio inútil con este tiempo —dijo sin abrir los ojos.

—Solo queremos probar, Ten. Una vez. No descargaremos las pilas. —Tenzing soltó su presa, extrajo la radio del saco y se la tendió—. Gracias, Ten.

Fiona e Iaan salieron. Las ráfagas de aire eran terribles. A veces, el viento se detenía durante unos instantes y entonces la visual se extendía varias decenas de metros. Pero, acto seguido, un golpe más fuerte que los demás volvía a azotarlos como si pretendiese tirarlos al suelo, igual que a un árbol con las raíces podridas.

—¿Estás segura? —gritó Iaan a Fiona, que, sin embargo, estaba prácticamente a su lado.

La periodista miró alrededor: las huellas que habían dejado hacía unas horas habían desaparecido.

—Avancemos un poco más. Quiero hablar contigo —gritó ella.

Valiéndose de la pala que habían encontrado fuera de la tienda, excavaron una cueva en la nieve a una decena de metros del campamento. Se acurrucaron dentro. Cuando el viento soplaba más fuerte ni siquiera vislumbraban el perfil de la tienda. En el refugio que habían improvisado lograron hablar por fin sin forzar excesivamente la voz.

—¿Te lo crees? —preguntó Fiona.

—¿El qué?

—Lo que nos ha contado Von Reichlin. Es evidente que el barón tiene una rencilla personal contra Leblanc. Lo odia.

—Yo tampoco me fío del barón, pero Tenzing corroboró lo que había dicho.

—Tenzing es un sherpa, depende del dinero de los occidentales. No sé si podemos fiarnos por completo de él.

Iaan cabeceó o, al menos, lo intentó, porque el viento les impedía hasta mover los músculos del cuello.

—En mi opinión, Ten es un buen hombre. Un poco ingenuo, si quieres... Los espíritus, el alma... A saber lo que le pareció Europa cuando viajó allí con Leblanc... Sea como sea, no me parece capaz de mentir. Al menos no por dinero.

—No lo sé, hay algo que no me convence... A propósito: no exageres con la historia de la parejita en luna de miel. Te llevo siempre pegado como una lapa.

—No crearás de verdad que me has convertido a la heterosexualidad. ¡Ah, la presunción de las mujeres!

En ese momento sopló una nueva ráfaga, luego el viento se calmó. De repente el cielo adquirió una luz diferente, más intensa: los rayos de sol intentaban horadar las nubes. En unos segundos la cortina de nieve y niebla se retiró como un mayordomo que, tras anunciar al recién llegado, se inclina y desaparece caminando hacia atrás.

Fiona e Iaan contemplaron el panorama que se abría ante ellos: la extensión blanca y resplandeciente del glaciar y la ladera de la montaña, que ascendía escarpada. De improviso, a través del agujero que se había abierto en la niebla, en el horizonte apareció la cima de un macizo.

—¿Te saco una foto? —propuso Iaan, que jamás abandonaba su aparato.

Fiona resopló, pero aceptó. Confiaba en la habilidad de su compañero.

Este introdujo las pilas y ajustó la cámara. Indicó a Fiona dónde debía colocarse. La quería con el cielo al fondo, justo en el lugar en el que se abría el agujero en las nubes que permitía distinguir la cumbre a lo lejos.

—Así..., estupendo... —dijo mientras disparaba—. Acércate un poco..., ahora inclínate..., no, hacia el otro lado..., muy bien..., sonríe o, al menos, inténtalo...

Fiona obedecía sin rechistar. Sabía que Iaan, al igual que todos los fotógrafos, necesitaba decenas de poses para encontrar la buena. Mientras obedecía sus consejos miraba alrededor distraída.

Iaan la enfocaba en el visor. Debido a la nieve, al paisaje sin sombras, necesitaba una figura humana que diese el sentido de las proporciones. Accionó el zum para acercar el encuadre y la cara de Fiona se le vino encima invadiendo el campo visual. El fotógrafo percibió que la expresión de su amiga había cambiado. Ya no manifestaba aburrimiento, como hacía apenas unos instantes, sino una evidente sorpresa.

—¡Iaan! —exclamó apuntando el dedo índice hacia algo que se encontraba a espaldas del fotógrafo.

Éste apartó el ojo del visor y se dio media vuelta sin dejar de empuñar la cámara. Con el instinto propio de su profesión, mantuvo el dedo sobre el botón mientras se volvía y sacó una secuencia de imágenes.

Pero, de repente, el viento volvió a soplar y empujó hacia ellos una cortina de niebla. Empezó a nevar de nuevo, y los copos eran tan grandes como trozos de algodón.

Fiona se precipitó hacia él, agitada.

—Volvamos dentro —le apremió.

Iaan metió la cámara en la funda. Cuando alzó los ojos, Fiona había recorrido ya medio camino. Le costó darle alcance, jadeaba debido a la altitud.

Tras quitarse los crampones entraron en la tienda.

El barón apenas alzó los ojos del cuaderno en que seguía escribiendo.

—¿Entonces? ¿Funciona la radio?

Fiona negó con la cabeza y lo hizo de forma que quedase bien claro que no se estaba refiriendo al aparato.

—Lo he visto —anunció la chica. El barón la escrutó sorprendido—. Jean-Pierre estaba ahí fuera.

Cuando su hermano murió

El barón rompió a reír sin poder contenerse. Por un momento había creído de verdad que había sucedido algo grave, de manera que la hilaridad aplacaba la tensión.

—¿En serio que lo ha visto? Lástima que muriera hace diez años.

Las voces habían despertado a Boroda, que se giró en el saco de dormir farfullando algo en su idioma.

Fiona perdió los estribos. No estaba acostumbrada a que la tomasen por visionaria.

—*Dicen* que murió hace diez años, pero nadie encontró su cadáver, un piolet, una huella. ¡Nadie!

Von Reichlin intentó sosegarla.

—Incluso admitiendo la posibilidad de que haya visto algo, o a alguien, ¿por qué debería ser justo Jean-Pierre?

Fiona apretó los puños. Por un momento sintió el impulso de pegar al barón. No sería la primera vez que golpeaba a un hombre.

—¿No lo entendéis? ¡Lo he reconocido!

El silencio invadió de golpe la tienda.

—¿Lo ha *reconocido*? —preguntó el barón—. ¿Significa eso, señora Fiona, que conocía a Jean-Pierre Leblanc?

Fiona sacudió la cabeza.

—No..., claro que no. He visto las fotografías. Los reportajes. Era él, su cara, su barba, sus ojos. Estoy segura.

Von Reichlin estaba perplejo. Cerró el cuaderno y metió el lápiz en el ojal de cuero que unía las tapas.

—¿Está segura?

—Al cien por cien. Os digo que ahí fuera está Jean-Pierre Leblanc.

—Le recuerdo, mi querida Fiona, que Jean-Pierre Leblanc murió hace diez años. Su hermano y él partieron juntos para escalar la cima del Kinsoru, pero solo regresó Michel. Nadie sabe lo que ocurrió ahí arriba. Leblanc nunca ha querido explicarlo. Eso sí, una cosa es segura: Jean-Pierre está muerto.

—No sería la primera vez que una persona decide desaparecer sin dejar rastro. En el mundo abundan las historias de ese tipo.

—En este caso las circunstancias son, cuando menos, inusuales, supongo que estará de acuerdo conmigo. ¿Qué necesidad había de escalar una montaña de ocho mil metros? Bastaba ir a Bangkok.

Fiona no replicó, a duras penas podía contener la rabia. Estaba furiosa, sobre todo consigo misma. Los fantasmas no existían. Si otro hubiese sostenido que había tenido

esa extraña visión, ella le habría dirigido los mismos comentarios irónicos. Por eso se hallaba tan enfadada: no podía perdonarse una debilidad tan típicamente femenina como un ataque de nervios. Porque eso era, ni más ni menos, lo que pensaba el barón: la consabida mujercita que pierde el equilibrio. Y lo bueno era que tenía razón. Sin embargo..., sin embargo, había visto a Jean-Pierre ahí fuera. Si bien había sido solo por un instante, le había bastado. Trató de revivir en la memoria la imagen fugaz, al igual que un médico de urgencias intenta reanimar a un moribundo. Podía ver su cuerpo, vuelto parcialmente hacia ella, las gafas encasquetadas en el pelo... ¡Claro, ahora entendía su actitud! Jean-Pierre estaba escapando de algo. Por eso se encontraba medio girado. Se había dado cuenta de que la tormenta había cesado por un momento y había pensado que alguien podía verlo. Ella lo había sorprendido en ese instante. Pero la cara..., la cara se le escapaba como un nombre que hemos oído solo una vez y no logramos recordar. Los ojos... azules, por supuesto: ¿cómo olvidarlos? La barba... rubia, más bien larga, descuidada. Pero los pómulos..., la frente..., el cuello... Las piezas iban y venían sin encajar, como si se tratase de un retrato robot equivocado. Era él, se repitió enérgicamente. El cuerpo que vi era el de Jean-Pierre Leblanc.

—Fantasma o no —terció Iaan—, espero que, al menos, sonriera cuando saqué la fotografía.

—¿Cómo? —preguntó el barón—. ¿Ha fotografiado a ese hombre? —Procuraba no nombrar a Jean-Pierre para no apoyar la absurda tesis de la mujer. ¡Jean-Pierre vivo, menuda tontería!

—Estaba retratando a Fiona cuando ella señaló algo detrás de mí. Seguí disparando mientras me volvía.

—En ese caso, ¿a qué está esperando?

Iaan sacó la cámara de la funda y en ese mismo instante, de forma del todo inesperada, Tenzing alargó la mano para coger el aparato. Pese a que no había comprendido el ademán, Iaan se lo dio. El sherpa lo aferró y lo observó durante un segundo; luego se lo devolvió.

—Es inútil. Ahí dentro no se ve nada.

—Te equivocas. Las fotografías están ahí, Ten. Una bonita secuencia.

El sherpa se encogió de hombros y se retiró a un rincón como un profeta al que nadie escucha y que, pese a ello, aguarda con placidez a que se realicen sus predicciones. El barón, Iaan, Fiona e incluso Boroda se agruparon detrás del fotógrafo, que encendió la cámara.

—Aquí están.

La pantalla se iluminó. Iaan hizo pasar rápidamente las imágenes de Fiona posando en el hielo. Boroda lanzó un silbido.

—Lástima que no estemos en la playa. Me gustaría verte en biquini.

—Cállate, Toli —lo reprendió el barón.

Por fin llegaron a la primera de la secuencia de fotografías del «fantasma» de Jean-Pierre.

La miraron por un instante; luego el fotógrafo apretó el botón para pasar a las siguientes. La segunda, la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta...

Boroda se apartó del grupo con aire decepcionado.

—Bah..., mi sobrino de diez años las saca mejor...

También los demás se alejaron de Iaan, insatisfechos. El fotógrafo contemplaba con aire desconsolado la última imagen.

Tenzing se acercó a él.

—Fotografías a Fiona en primer plano con el tele —explicó el sherpa—. Diafragma muy abierto, profundidad de campo cero. Luego te vuelves, contra la luz. Ninguna foto puede salir de esa forma.

El sherpa cogió la cámara y la manipuló con aire experto. Tenzing examinó la pantalla. Las imágenes que había capturado Iaan habían quedado reducidas a una serie de tarjetas de un blanco cegador. En el centro se podía distinguir, no sin cierta dificultad, una manchita gris. Tenzing aproximó los ojos a la pequeña pantalla, pero resultaba imposible distinguir algo. La manchita podía ser un hombre, pero también un montón de nieve, una roca, un copo en primer plano..., cualquier cosa.

—Para ser un buen hombre, algo ingenuo, que se ha pasado la vida en estos valles perdidos, me parece que Ten entiende bastante de fotografía —observó Fiona.

—Tengo que reconocerlo, Ten. Me has dejado realmente asombrado, te felicito. ¿Me aceptas como ayudante?

—Bueno, basta ya de hablar de fotografía, ¿no os parece? —Fiona atajó la conversación—. ¿Queréis que vayamos a ver si Jean-Pierre está de verdad ahí o no?

—No estoy dispuesto a arriesgar mi vida por un fantasma —dijo Boroda.

—¿Alguien quiere hacerlo?

Nadie aceptó la invitación de Fiona, que, furibunda, hizo amago de salir de la tienda.

—Espere. —El barón la retuvo aferrándola de un brazo.

—Me las arreglaré perfectamente sola. Suélteme. Es evidente que el misterio de los Leblanc solo me interesa a mí.

—Yo no diría eso —sugirió Boroda.

—¿Qué quieres decir? Os he dicho que Jean-Pierre está ahí fuera y, por lo que veo, os trae sin cuidado.

—Jean-Pierre no puede estar fuera, se lo garantizo —afirmó el barón.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo puede estar tan seguro? ¿Lo enterró con sus propias manos?

—Casi.

—¿Qué significa casi?

El barón no contestó. Anatoli sonreía.

—Él estaba allí —explicó el kazajo.

—¿Él estaba allí? ¿Qué significa eso?

—Hans estaba con Michel Leblanc cuando su hermano murió.

El hombre que destrozó mi vida

—Cuando Michel *dejó morir* a su hermano, querrás decir —lo corrigió el barón.

—Entonces es cierto, usted estaba allí —dijo Fiona.

La actitud huidiza de Von Reichlin la irritaba. Lo único que buscaba eran hechos: hechos claros, incontrovertibles. Por eso había subido hasta allí. Pero hasta ese momento la verdad se había mostrado tan escurridiza como las nubes que los circundaban.

—No les descubro nada nuevo. Lo escribieron en muchos artículos, también en algún que otro libro. ¿No lo sabía?

—Las tragedias en alta montaña no son una de mis lecturas preferidas.

—No se diría, a juzgar por la manera en que se ha comportado hace unos minutos. Ha estado a punto de salir en medio de una tormenta por la única razón de que le parecía haber entrevistado algo o a alguien que se asemejaba a Jean-Pierre Leblanc. Curioso, ¿no cree?

Fiona se mordisqueó una uña. El barón estaba demostrando ser un adversario más hostil de lo que se había imaginado.

—Vi a un hombre en el hielo y me pareció reconocer a Jean-Pierre Leblanc, a quien dieron por muerto hace diez años. Impresiona.

—*Me pareció...* ¿Significa eso que ya no está tan segura?

—*Era Jean-Pierre*, caramba. Oiga, Hans, deje de dar tantos rodeos. ¿Estuvo o no en esa maldita expedición?

—Estuve en ella, sí.

—Entonces sabrá lo que ocurrió.

—Sé más que los demás, pero no todo. De no ser así, no estaría aquí.

—¿Qué es lo que sabe?

—¿Por qué le interesa? Siga disfrutando de su extravagante viaje de novios en la alta montaña y deje de preocuparse por cosas que no le atañen. En cuanto mejore el tiempo nos marcharemos.

—Quiero saber lo que sucedió en esta montaña hace diez años.

—Oiga, no tengo ganas de contárselo a dos desconocidos con los que me he topado por casualidad. Lo siento, mi querida Fiona, pero es así. ¿Quiénes son ustedes? ¿Unos alpinistas aficionados a quienes se les ha antojado hacer un *trekking* en alta cota? No me interesa, gracias. Mi mundo es otro.

—Se lo ruego, barón. —Esas palabras le costaron un gran esfuerzo—. Dígame algo más.

—Solo esto, dado que Michel Leblanc le interesa tanto: Él es muy distinto de como se lo imagina. No es el héroe irreprochable que conquista solo las cimas de las

montañas más altas del mundo. No, querida. Michel Leblanc es el ser más mezquino, egoísta y cínico que he conocido en mi vida. Es el tipo de persona que se apodera de lo que quiere sin preocuparse por los sentimientos de los demás. Es un hombre que no sabe lo que es el agradecimiento.

Fiona observaba al barón, que se había encolerizado. Se quedó sorprendida. Lo que presenciaba era el desahogo de un hombre que odiaba con todas sus fuerzas.

El barón notó la mirada de Fiona y se dominó. No debía permitir que Leblanc le envenenase de nuevo la existencia. No ahora, que estaba tan cerca de obtener el resultado que esperaba. El mundo no tardaría en saber la verdad sobre su adversario.

Von Reichlin pronunció una última frase, pero lo hizo en tono moderado, casi melancólico.

—Michel Leblanc es el hombre que destrozó mi vida.

Mientras preparamos la cena

Dormían, o, al menos, lo intentaban, casi todos, cuando Iaan sacó la cabeza del saco de dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó Fiona, aún agitada por la discusión que había tenido con Von Reichlin.

—¿Lo oís?

El barón, Boroda y Tenzing no se movieron. La mujer probó a contener la respiración unos segundos. Sacudió la cabeza.

—No oigo nada.

—Precisamente. El viento ha cesado.

Fiona se concentró. Era cierto: las ráfagas habían disminuido y ella no se había dado cuenta. Estaban inmersos en un silencio total, casi oprimente.

—¿Está cambiando el tiempo? —preguntó, pero nadie le contestó.

Salió del saco, abrió la cremallera y se asomó afuera. Se quedó sin aliento.

Una niebla tan densa como la leche los rodeaba. Parecía que quisiese penetrar en el interior de su refugio como el tentáculo de un monstruo impalpable. Estaban envueltos en el silencio más absoluto, inmersos en una niebla opalescente que les impedía ver. Si antes era al menos posible distinguir algo a tres o cuatro metros, ahora la visibilidad era nula, como en una noche sin luna. En lugar de la oscuridad, una luz uniforme lo igualaba todo. Fiona alargó un brazo fuera de la tienda y tuvo la impresión de que lo sumergía en algodón húmedo. Sus dedos desaparecieron, amputados por esa sustancia misteriosa y desconocida. La mujer probó a extender y retraer la mano un par de veces, y pensó que parecía un domador metiendo un brazo en la boca de un león. La niebla borraba las distancias, no se apreciaba qué quedaba arriba, abajo, a la derecha o a la izquierda. Si hubiese estado del revés no habría notado la diferencia.

—Ten... —dijo, pero en voz baja, como si no quisiese molestar. El sherpa salió del saco de dormir con su habitual agilidad y se acercó a ella—. Es..., es increíble —se maravilló Fiona.

Tenzing se asomó para observar el fenómeno atmosférico que ya había visto en otras ocasiones.

—Piensa cuando tomas una decisión importante —le dijo—. Cierras los ojos. Pues bien, para encontrar el buen camino debes hacer lo mismo: cerrar los ojos. Quizá niebla te ayude.

Fiona lo escrutó tratando de interpretar su expresión enigmática. Había aprendido ya a reconocer el tono con que pronunciaba sus máximas de sabiduría. Por lo general no les prestaba atención: la pretensión de resumir todo en fórmulas simplificadoras la

irritaba. El mundo era demasiado complicado para reducirlo a una suma algebraica de buenos sentimientos. Podía servir a la gente que vivía en esos valles, pero en Trafalgar Square no, desde luego.

No obstante, en ese momento Fiona escuchó con atención las palabras de Tenzing. Como sucede siempre con las frases ambiguas, la interpretó amoldándola a su situación. *Para elegir el buen camino debes cerrar los ojos...* Si hubiese estado en su despacho de Londres, delante del ordenador, habría liquidado el tema con una risotada. Pero allí, a siete mil metros de altitud, todo cambiaba de aspecto. En realidad, la niebla que veía en ese instante, materializada ante ella, la había circundado siempre desde... ¿cuándo? Vamos, dílo. Desde hacía diez años, reconoció por fin. Desde hacía diez años la niebla le impedía tanto avanzar como retroceder. La había bloqueado en una posición fija. Por eso había subido hasta allí, a siete mil metros. Debía encontrar la fuerza necesaria para horadarla y ver de nuevo la luz.

Fiona se volvió hacia el interior de la tienda y, de improviso, comprendió que el barón estaba allí por la misma razón. Puede que incluso Boroda. Y tal vez, sí, también Tenzing. No habían encontrado la niebla que los envolvía en el Himalaya, no: la habían llevado consigo.

Turbada por esa revelación, la periodista hizo ademán de salir de la tienda. Necesitaba respirar aire fresco.

—Espere.

El barón se había desprendido del saco de dormir.

—La acompañaré.

Salieron juntos, pero apenas dieron unos pasos. Se mantenían muy próximos para combatir la niebla que los asediaba y que, de cuando en cuando, lograba interponer un tentáculo entre ellos.

—Es increíble —dijo Fiona al tiempo que tendía una mano como si estuviese buscando algo a tientas en un trastero oscuro.

—No es la primera vez que me encuentro en una situación de este tipo —contestó Von Reichlin, y se pegó aún más a ella. Sus cuerpos y sus manos se rozaban—. Pero siempre me sorprende. Tengo que hacer un esfuerzo de voluntad para acordarme de que estoy a siete mil metros, en el Himalaya, rodeado de montañas y glaciares.

«Es verdad», pensó Fiona. En ese momento habría podido estar en el Támesis, en Ontario o en Bellagio, a orillas del lago de Como: sitios, todos ellos, en los que se había visto inmersa en una niebla impenetrable. Un sinfín de recuerdos se asomaban a su mente, semejantes a los espectadores que contemplan una carrera ciclista detrás de las barreras. Los hizo retroceder.

—Cuidado —le advirtió el barón. No acabó la frase. Fiona resbaló; hacia atrás, o puede que hacia abajo, ni siquiera ella lograba saberlo.

Von Reichlin le agarró una mano y la sujetó. A continuación le rodeó la espalda

con el otro brazo y la sostuvo.

Se encontraron cara a cara, como dos bailarines de claqué. Sus caras se rozaban, estaban a escasos centímetros de distancia, y tenían las manos fuertemente entrelazadas.

Fiona escrutó el rostro del hombre que, si bien ya no era joven, seguía siendo atractivo y vigoroso. De repente comprendió por qué la fascinaba tanto. Su padre. El barón le recordaba a su padre. Irradiaba la misma energía, medida y viril. Y las manos..., las manos eran las mismas que, cuando era niña, la lanzaban por los aires y la cogían al vuelo... Y en ese instante, al cabo de veinticinco años, experimentaba la misma sensación de reconfortante dulzura.

—Tiene los mismos ojos —murmuró él mirándola intensamente.

—¿Qué...?

—Tiene los mismos ojos..., la misma tonalidad de verde...

Fiona se dio cuenta de que en la mente del barón se estaban proyectando viejas imágenes rayadas. La emoción los estaba abrumando.

Súbitamente, Von Reichlin se separó de ella y se irguió.

—¿Qué ha dicho...? —preguntó ella.

Él cabeceó, como si una mosca zumbase alrededor de él.

—Nada. —Las puertas estaban de nuevo cerradas y los guardias habían vuelto a entrar en las garitas—. Volvamos.

Fiona lo siguió de cerca, pero el contacto que habían establecido entre ellos se había interrumpido. Antes de entrar el barón se dio media vuelta.

—¿Aún quiere saber lo que sucedió ese día en la montaña? —Fiona no tuvo necesidad de responder—. Entre conmigo. Se lo contaré mientras preparamos la cena.

He encontrado unas huellas

Tenzing encendió el hornillo. El gas escupió un par de veces y salió silbando de la botella. Por fin, prendió. El sherpa se asomó fuera de la tienda y llenó el cazo de nieve. Cuando esta se hubo derretido, añadió verduras liofilizadas.

A continuación, Tenzing empezó a remover la sopa con un ritmo lento, constante. Un cronometrador habría podido verificar que los giros duraban exactamente lo mismo, ni una milésima de segundo más o menos. El vapor acuoso que ascendía hacia lo alto se congelaba enseguida al entrar en contacto con la tela.

Los cinco habían formado un corro alrededor del hornillo. La llama proyectaba unas sombras oscilantes a sus espaldas. El aroma de la sopa los había reanimado y había difundido en el interior de la tienda un clima de golosa expectativa.

Tenzing la probó con la punta de la cuchara. Apagó el hornillo y empezó a comer sirviéndose directamente del cazo. Cuando acabó su porción, tendió el recipiente a Fiona, que estaba sentada a su derecha. Durante los primeros días a Fiona le había turbado esa costumbre montañera. Pero la rigurosa economía, indispensable en una expedición a alta cota, no permitía lujos como los platos, los tenedores o los lavados frecuentes. El que cocinaba comía en primer lugar y después pasaba el resto a los demás: esa era la regla.

Boroda miraba con avidez el cazo esperando el próximo turno. El barón estaba sentado con las piernas cruzadas y con el mismo aire de aburrida condescendencia que habría adoptado en la mesa de un restaurante de Marienbad. Iaan tenía retortijones.

Nada más terminar, Fiona pasó la sopa a Boroda. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se dirigió a Von Reichlin.

—Cuéntenos la historia, barón. Las condiciones son ideales: mal tiempo fuera y cinco amigos que no tienen nada que hacer. Adelante.

—Dígame qué es lo que le interesa y procuraré satisfacer su curiosidad.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que se habían marchado?

—Me desperté a las dos de la madrugada. A esa altura me resulta muy difícil dormir; otros, en cambio —miró a Boroda—, se hunden en un estado catatónico. Depende del metabolismo, creo, o quizá de la aclimatación.

—Deje las explicaciones para después, se lo ruego.

—Pues bien, me despierto de golpe, con la sensación de que algo terrible va a suceder. Me vuelvo hacia un lado y me doy cuenta de que el saco de dormir de Jean-Pierre se encuentra vacío. También falta su mochila. Hace un frío terrible, treinta bajo cero. Me levanto haciendo un esfuerzo, me calzo las botas y salgo en medio de la noche. Es invierno, no lo olvide: era el primer ascenso invernal a esta montaña. Una

empresa que muchos consideran una locura.

—No iban muy desencaminados, dado cómo acabó la cosa.

—La historia del alpinismo está escrita por chiflados que han logrado realizar sus sueños.

—Prosiga.

—Entro en la tienda contigua y veo que también Michel ha desaparecido. Pero su saco de dormir aún está tibio. Debe de haber salido hace apenas unos minutos. De manera que me apresuro a volver a mi tienda, me pongo el anorak, meto en la mochila lo mínimo indispensable, cojo el piolet y echo a andar. Iluminándome con la frontal, logro seguir el rastro. Es profundo, irregular: lo ha abierto Jean-Pierre, y Michel ha entrado en él. La pista ya está batida y, de hecho, avanzo sin mayor problema. Por suerte conozco la zona: los días anteriores habíamos subido muchas veces a unos trescientos o cuatrocientos metros. Habíamos estudiado el camino. Y siempre habíamos regresado, ya que había demasiadas cornisas de nieve fresca, un peligro excesivo.

—En fin, que camina solo y de noche. ¿Por qué?

—Quería salvar la expedición, que ya era, cuando menos, aventurada. Partir así, de buenas a primeras, sin haber programado nada, no hacía sino aumentar el riesgo de la tentativa. Además, Jean-Pierre había tenido algunas molestias los días precedentes.

—Mira tú por dónde, el buen samaritano del Himalaya... —observó Iaan.

—En ese tipo de expediciones es indispensable que exista una gran armonía entre todos los miembros; de no ser así es imposible obtener el resultado previsto.

—Di también que te fastidiaba el hecho de que tal vez Michel y Jean-Pierre podían llegar a la cima mientras tú roncabas plácidamente en la tienda.

—Piensen lo que quieran. No son unos profesionales, de manera que no lo pueden entender.

—No le haga caso —terció Fiona—. Continúe, Hans.

—Camino a buen ritmo durante una hora. Por fin diviso una mancha de luz. Aprieto el paso y logro darle alcance. Es Michel, que sigue las huellas de su hermano.

—¿Cómo reaccionó al verlo llegar?

—Se molesta. Ni siquiera se detiene. Me mira y me pregunta: «¿Qué quieres?». Yo le digo que hay que volver. Que Jean-Pierre y él están poniendo en peligro la expedición. Sin embargo él no me hace caso, da la impresión de que no me escucha. Sigue el rastro de su hermano a un ritmo muy sostenido. Lo zarandeo y lo obligo a volverse. Michel está furibundo. «¡Déjame andar!», dice. «Si quieres venir con nosotros, hazlo. Si no, vuelve con los demás y no molestes». Le recuerdo que las previsiones meteorológicas son pésimas, que la noche anterior él mismo vio el cohete amarillo que dispararon desde el campamento base.

—¿El cohete?

—Las comunicaciones con el campamento eran difíciles. Así pues, llegamos a un acuerdo: un cohete azul si las previsiones daban buen tiempo, uno amarillo en caso de que fuese malo. Y la noche anterior habían disparado uno amarillo.

—¿Y Michel...?

—Hace oídos sordos. El cohete le trae sin cuidado. Se desase de mí y echa de nuevo a andar. Me veo obligado a seguirlo, otra vez, a volver a aferrarle la chaqueta para detenerlo. «Tu hermano y tú no podréis llegar solos a la cima. Si Jean-Pierre no te ve llegar, regresará también», le digo. Pero Michel no me escucha, llega incluso a amenazarme con el piolet. «Él se ha marchado», me dice, «y yo iré con él. Tengo que darle alcance. Solo no lo conseguiré». Se suelta dando un tirón y se va.

Guardaron silencio, igual que cuando finaliza un salmo en la iglesia.

—¿Y luego? —apremió Fiona.

—Me quedo mirando la luz de su lámpara, que se va debilitando en la noche hasta desaparecer. Regreso. Proseguir en esas circunstancias equivale a un suicidio. El resto ya lo sabe. El informe oficial habla de un alud que, según parece, habría arrollado a Jean-Pierre en el camino de regreso, mientras que Michel se salvó. Asunto concluido.

—En su opinión, ¿por qué se marcharon solos Jean-Pierre y Michel?

—Llevo diez años dándole vueltas y no he llegado a ninguna conclusión. No sé lo que ocurrió esa noche. Jean-Pierre salió en primer lugar, no lo olvide. Michel, al menos una hora más tarde. Es evidente que Jean-Pierre partió sin avisarlo. Michel lo siguió. No habían decidido alcanzar juntos la cima.

—Pero para ellos era muy importante llegar a ella...

—Lo era para todos nosotros. Se trataba de una expedición del club alpino austriaco y ellos eran los únicos extranjeros. Dos jóvenes muy prometedores, aunque aún muy infantiles. Un verdadero alpinista es otra cosa. La aventura invernal los habría hecho famosos, claro está.

Iaan, que había dado buena cuenta de su ración de sopa y había pasado el cazo al barón, intervino:

—Ha dicho que Jean-Pierre no estaba bien.

—Hacía un par de días que le dolía la cabeza. Vomitaba. Y, sobre todo, estaba muy débil.

—Ya... —observó Fiona con la mirada perdida en el vacío.

—Los clásicos síntomas del mal de montaña. Debería haber descendido enseguida a cotas más bajas, se lo dijimos. Pero él se empeñó, repetía que debía llegar a la cumbre como fuese, que la montaña le pertenecía. Decía que la montaña era suya.

—¿Y ustedes dos se llevaban bien?

—En una expedición nacen siempre amistades y antipatías, es inevitable. En

cualquier caso, si es eso lo que quiere saber, por aquel entonces Michel y yo teníamos una magnífica rel...

Von Reichlin no pudo acabar la frase.

Oyeron un chasquido seco, fortísimo.

A continuación un estruendo sordo sofocó cualquier otro ruido. Duró unos segundos, luego fue disminuyendo poco a poco.

—Un alud —afirmó el barón—. Muy cerca.

—Pero si Ten dijo que aquí estábamos seguros.

—Nada es seguro en esta montaña.

Boroda se arrastró hasta la entrada. Por primera vez, el kazajo parecía inquieto.

—Voy a echar una ojeada. Quedaos aquí y procurad no meteros en ningún lío. Vuelvo enseguida.

Dicho esto, se calzó las botas y salió.

En la tienda nadie tenía ya ganas de hablar. La curiosidad sobre los enigmas del pasado es superflua cuando la propia vida se encuentra en peligro.

Boroda estuvo fuera más tiempo del previsto. Hans, Tenzing, Fiona e Iaan aguardaban nerviosos sin saber qué hacer. No conseguían echarse en los sacos de dormir. Leer o escribir era imposible. Se miraban preocupados a la luz de la frontal que estaba encendida. Fiona sintió el impulso de vestirse y salir, pero hizo lo que pudo para dominarse. Boroda tenía razón: dadas las circunstancias, lo único que conseguiría sería meterse en un apuro.

Al cabo de casi una hora, la tienda se abrió y apareció la cabeza de Anatoli. La expresión angustiada no había desaparecido de su rostro; al contrario, ahora era más intensa.

—Ha caído bastante, justo aquí al lado. No he podido verlo bien, pero parece que arriba aún hay mucha nieve.

El barón sacudió la cabeza. Lo que faltaba. La nieve fresca era la asechanza más peligrosa.

—Pero eso no es todo —añadió el kazajo. Todos contuvieron la respiración—. Ahí fuera he encontrado unas huellas.

No tenía ningunas ganas de quedarse sola en la tormenta

Iré a echar un vistazo.

El barón miró a Fiona con la expresión propia de un niño testarudo.

—Es inútil y, sobre todo, peligroso, con todos esos aludes que no ven la hora de enterrarnos.

—Me importa un comino. Tengo que ver esas huellas.

La mujer se calzó las cubiertas de las botas y se puso la chaqueta de plumas. Mientras trajinaba con la capucha Boroda le dijo:

—Espera, iré contigo. Te enseñaré dónde están las huellas y, sobre todo, evitaré que tengas algún problema.

A Fiona no le gustaba el kazajo, pero en ese momento lo necesitaba. Pese a que había ocultado a los demás la inquietud que sentía, la intranquilizaba la perspectiva de salir sola en medio de la tormenta. Si Boroda quería acompañarla para aprovechar la ocasión de quedarse a solas con ella, que lo hiciese. También ella se aprovecharía de él: en más de una ocasión había sacado partido de la fascinación que ejercía en los hombres y jamás se había sentido culpable por ello. Los hombres eran fuertes, pero también estúpidos.

—¿Estás listo?

—Qué prisas. La nieve no cae tan rápido, de manera que no borra enseguida las huellas.

Salieron. La tormenta arreciaba, las ráfagas eran violentas. Fiona dobló imperceptiblemente el cuerpo hacia delante para vencer la resistencia del viento.

Anatoli le indicó la dirección con una mano: era imposible hablar. Se adelantó para abrirle camino y ella lo siguió.

Mientras andaba, concentrada tan solo en sus pasos, se dio cuenta de lo grande que era Boroda. Su cuerpo, de casi dos metros, la protegía del viento. Debido a su peso, el kazajo se hundía en la nieve hasta la rodilla. Por eso ella prefería avanzar sin apoyarse en sus pisadas: dado que era menuda, al caminar la nieve solo le llegaba a los tobillos.

No comprendía cómo lograba orientarse el kazajo. Durante cierto tiempo había seguido sus propias huellas, pero después se había desviado por completo a la derecha, como si estuviese embocando un atajo. En apariencia, se movía con un dominio total de sí mismo. Fiona era incapaz de comprender qué dirección habían tomado: al cabo de unos minutos ya no sabía dónde se encontraba la tienda. Solo podía regresar siguiendo las pisadas en sentido contrario. Boroda, en cambio, avanzaba sin titubear. Fiona había leído en una ocasión que los alpinistas de alta cota desarrollan un sentido especial de la orientación basado en el viento, la luz y el

equilibrio interno. O tal vez únicamente sobreviven los que lo tienen de antemano.

Boroda caminaba deprisa. Demasiado deprisa. Pese a que hacía un gran esfuerzo, ella no lograba mantener el paso. El perfil del kazajo era cada vez menos nítido. De improviso sopló una ráfaga de viento y la niebla se lo ocultó por completo. Al cabo de unos instantes reapareció, aún más lejos.

—¡Anatoliiiiiii! —gritó. La figura volvió a desvanecerse, engullida por las nubes y la nieve.

Fiona se paró, jadeante. Necesitaba descansar un poco. La sangre le latía en las orejas, tenía ganas de vomitar. Salir con ese tiempo había sido una locura...

—¿No puedes?

La mujer alzó la mirada y vio al kazajo inclinado sobre ella, gritándole en los tímpanos. ¿Cuándo había vuelto? ¿Cómo había podido moverse con tanta rapidez?

Fiona sacudió la cabeza, orgullosa.

—Es mejor que volvamos, no puedes más.

Ella repitió el gesto y enderezó la espalda.

—Quiero seguir —gritó en el viento—. Tengo que saber.

—Olvídalo..., es demasiado peligroso.

El viento le entraba en el mono, bajo la capucha. Hacía un frío espantoso.

—Él está aquí, estoy convencida... Tengo que encontrarlo.

Sin preocuparse de Boroda, lo apartó y echó de nuevo a andar. No sabía adónde se dirigía. El alpinista la adelantó con facilidad y marcó de nuevo el camino.

Cuando llevaban andando unos veinte minutos, Boroda se detuvo de repente. Irguió la cabeza, como un lobo cuando olfatea el viento. A continuación se movió de nuevo con circunspección, dando pequeños pasos. Avanzó durante unos segundos, retrocedió y eligió una nueva dirección. Era la correcta: Anatoli alargó el paso. Sabía lo que estaba haciendo. Fiona lo seguía de cerca. Boroda no le gustaba, pero se fiaba de él: pondría su vida en manos de ese hombre. De hecho, lo estaba haciendo.

Anatoli se paró. Se movió hacia un lado como si pretendiese cederle el paso. Fiona miró hacia delante: en medio de la nieve que se arremolinaba logró distinguir, a un par de metros de ella, unas huellas. No se trataba de Boroda, las del kazajo eran más profundas. Los copos de nieve las habían cubierto, pero solo en parte, unos tres o cuatro centímetros; así pues, no debía de haber transcurrido mucho tiempo desde que el desconocido había pasado por allí.

Fiona contemplaba las huellas como si estas pudiesen confirmarle la presencia de Jean-Pierre en la montaña.

—¿Será él? —gritó a Boroda para que la reconfortase. El kazajo se encogió de hombros—. Sigámoslas —lo apremió ella.

El hombre se llevó la punta del dedo índice a la sien: ¿estás loca?

—Tengo que saber si se trata de Jean-Pierre. Yo sigo.

El kazajo intentó detenerla, pero ella se desasíó. Tras dar unos pasos, Fiona miró a sus espaldas con el rabillo del ojo. Por suerte, Boroda había echado a andar en pos de ella: sin él se habría perdido.

La luz de la frontal iluminaba las huellas y ponía en evidencia su profundidad. Se trataba de un hombre de andar ligero. Un paso, otro, otro más... Y luego...

Fiona se detuvo, turbada. A un par de metros de ella se abría un precipicio. El viento ascendía, procedente del valle, más allá del borde del abismo, iracundo, proyectando penachos de nieve a varias decenas de metros de altura.

Las huellas de Jean-Pierre se dirigían resueltas hacia el precipicio. Se interrumpían justo en el borde: casi parecía que el alpinista había seguido andando en el aire, como un personaje de dibujos animados.

Fiona las observó inquieta.

—¿Se habrá caído? —preguntó a Boroda gritándole en los oídos.

El kazajo se encogió de hombros.

—Todo es posible en esta montaña —le respondió con voz chillona—. Pero si de verdad es Jean-Pierre, es imposible que haya cometido un error como este.

—Parecen... parecen las huellas de un fantasma.

—Él, su fantasma o su cadáver, me trae sin cuidado. Lo único que quiero es encontrar algo. Me haré rico.

«¿Rico?», pensó Fiona. ¿Qué tenía que ver toda esa historia con el dinero? Hasta ese momento no había tomado en consideración la posibilidad de que el hallazgo de Jean-Pierre Leblanc pudiese enriquecerlos.

—Von Reichlin me ha prometido un montón de pasta si encontramos el cadáver de Jean-Pierre, o la cámara fotográfica. Si, además, está vivo, como aseguras tú, mejor que mejor.

La mujer lo escuchó estupefacta. Así pues, el interés del barón era tan fuerte como había sospechado, casi tanto como el suyo. ¿Por qué?

No tuvo tiempo de formular una hipótesis. El kazajo se dirigía ya hacia la tienda y ella no tenía ningunas ganas de quedarse sola en la tormenta.

Todos fuera

Había oscurecido. Era una noche muy diferente de las que Fiona había aprendido a amar en el Himalaya. No era una mujer que se dejase conmover por los espectáculos naturales: no tenía tiempo. Pero hacía cuatro semanas se había quedado estupefacta ante el grandioso panorama que se abría ante sus ojos. Mientras la noche invadía el fondo del valle como un río negro, en lo alto las cimas continuaban brillando con el sol. Su resplandor había durado tanto que había tenido la impresión de que nunca se iban a apagar, como las velas permanentemente encendidas de una catedral.

Habían pasado al menos veinte años desde la última vez. Tenía trece años cuando se quedó fulgurada por la visión de su padre bajando con los esquís por una pista, en algún lugar de Suiza. Esquiaba con elegancia y desenvoltura, tan alegre y sonriente como siempre. Parecía un bailarín en la nieve. Fiona recordaba cuánto había deseado poseer la misma soltura, que, luego, nunca había logrado conquistar. Su padre..., que había desaparecido a saber dónde, a saber con qué mujer. Mientras yacía en el saco de dormir, Fiona se acordó de repente de que, entre los muchos deportes que había practicado, también había sido un buen alpinista aficionado. Qué extraño, jamás lo había pensado.

Fuera de la tienda el viento soplaba con rabia y, sin duda alguna, en ese momento no era posible distinguir las cimas encendidas de las montañas. Para cenar Ten había calentado arroz con una salsa cuya composición Iaan había preferido ignorar.

—Cállate, Ten, o no comeré.

Habían dado buena cuenta de la comida a la luz de una frontal, en silencio. El cazo pasaba de mano en mano sin un «por favor» ni un «gracias». Boroda era el único que tenía hambre. A esa altitud todo se frenaba, incluso los impulsos vitales. La idea de comer algo más consistente que una sopa les producía náuseas. A siete mil metros el caldo de verduras es tan solo una manera aceptable de dar un poco de sabor al agua que necesita el cuerpo.

Al final, Von Reichlin había devuelto el cacito al sherpa para que lo lavase.

—Mañana intentaremos echar un vistazo a los alrededores. El cadáver de Jean-Pierre, porque Jean-Pierre murió en esta montaña hace diez años, no debe de estar lejos. Fuese cual fuese la línea de subida, debía pasar de todas formas por el cerro.

Fiona interpeló al sherpa.

—¿Tú qué dices, Ten?

—La montaña enseña su lección, pero vosotros sois alumnos poco atentos. Apenas posible tenemos que bajar. Aquí arriba pierdes energías incluso cuando duermes.

—Ni hablar, Ten. Me niego a volver con las manos vacías.

El sherpa se encogió de hombros.

—Como quieras. De nada sirve preocuparse. No puedes cambiar el destino.

—¿Qué quieres decir?

—El destino es un mar; vosotros, los occidentales, pensáis que os deslizáis por la superficie con lancha de motor. Imaginaos, en cambio, que vais en balsa sin velas ni timón. Lo único que podéis hacer es esperar. Quizá lleguéis a una playa con cocoteros, puede que acabéis chocando contra escollos. Balsa no se puede guiar. Así que de nada sirve atormentarse. Si hay una solución, ¿por qué preocuparse? Y si no la hay, ¿por qué preocuparse?

Las palabras de Ten habían irritado a Fiona. Dejarse llevar..., ella nunca lo había conseguido. Siempre había luchado para adueñarse del timón y de la palanca del gas de su motora. A los que no les gustaba los tiraba por la borda. Lo haría también esta vez. Vacilaba entre el instinto de supervivencia, que la empujaba a dirigirse lo antes posible al campamento base, y el deseo de resolver de una vez por todas el misterio de Jean-Pierre.

Jean-Pierre... Mientras se giraba con dificultad en el saco de dormir pensaba en el alpinista. ¿De verdad había creído verlo ahí fuera, en medio de la tormenta? Las huellas que había encontrado Anatoli, entonces... Podía tratarse de un alpinista que intentaba llegar a la cima, o que regresaba, aunque le parecía improbable: la temporada había terminado. No obstante, los ojos, la cara, la barba, el cuerpo... eran inconfundibles.

Extrajo la minúscula grabadora portátil del bolsillo del forro polar. Se puso el auricular en la oreja y escuchó lo que había grabado antes de volver a entrar en la tienda.

«Por segundo día consecutivo estamos bloqueados en la tienda, a casi siete mil metros de cota y sin posibilidad de conectar con el campamento base. No obstante, incluso en esta aparente inmovilidad pueden ocurrir cosas inesperadas. Por ejemplo, ¿qué diríais si vieseis en medio de la tormenta unas huellas misteriosas...? No, espera».

La grabación se interrumpía y, al escucharla de nuevo, Fiona se enfadó consigo misma. ¿Qué le había pasado? ¿Cómo se le había ocurrido contar sus fantasías, hablar de Jean-Pierre redivivo, de lo que había sucedido hacía diez años? Se morirían de risa.

«Mientras esperamos en la tienda a que el tiempo mejore, es inevitable recordar el misterio del Kinsoru, el enigma más apasionante de la historia del alpinismo».

Así estaba mejor: secretos, suspense, enigmas. Eso era lo que le gustaba a la gente.

«¿Qué ocurrió hace diez años en esta montaña? En la noche del nueve de enero

los dos hermanos Leblanc partieron, desde unos siete mil quinientos metros de cota, en un desesperado intento por alcanzar la cima solos y, por primera vez, en invierno. Durante siete días no se supo nada de ellos. Sus compañeros de expedición y varios equipos de auxilio los buscaron por la montaña sin poder dar con su paradero. Solo encontraron unas huellas que los continuos aludes habían borrado en parte. Era imposible saber adónde habían llegado. Al cabo de siete días, se produjo el milagro: en un pueblecito situado al otro lado del Kinsoru, anidado en un valle desconocido al que solo se puede llegar a lomos de yak, encuentran a Jean-Pierre Leblanc. Está al límite de sus fuerzas, su cuerpo se encuentra deshidratado, tiene los labios hinchados y los ojos cegados por la luz intensa del glaciar. No recuerda nada. Es incapaz de decir lo que le ha ocurrido a su hermano. Michel Leblanc ha desaparecido en la montaña sin que... ¡Coño!».

Fiona escuchó el taco que acababa de soltar y con un involuntario ademán de la cabeza aprobó la manifestación de malhumor. ¡Había confundido los nombres! El que había desaparecido había sido Jean-Pierre, no Michel... Estaba cansada, demasiado cansada. Tenzing tenía razón: a esa altitud no se podía reposar de verdad. Metió el aparato en el bolsillo y se volvió de lado a la vez que se iba hundiendo en la inconsciencia. O, al menos, eso le pareció.

De improviso, abrió los párpados. ¿Había dormido? Miró el reloj. Apenas habían pasado veinte minutos. No era la primera vez que experimentaba la alteración del sentido del tiempo que se producía en alta cota. A veces tenías la impresión de que habían pasado horas, cuando en realidad eran tan solo unos cuantos minutos. Otras creías que acababas de parpadear y, en realidad, había transcurrido una noche. En cualquier caso, se levantaban debilitados, carentes de energía. Solo recuperaban las fuerzas cuando encontraban el valor suficiente para salir del saco de dormir y bebían una taza de té.

Jean-Pierre... Lo llamó por última vez y luego se durmió de verdad. Tuvo un sueño en el que la realidad circunstancial —las montañas, los glaciares, la tienda, Boroda y el barón— se mezclaba con los viejos recuerdos: su padre, el esquí... Mal que bien había disfrutado de varias horas de serenidad. Seguía soñando cuando la tela de la tienda se abrió de improviso.

Fiona apenas tuvo tiempo de abrir los ojos mientras trataba, no sin cierta dificultad, de diferenciar el sueño de la realidad.

En el refugio entró una ráfaga gélida de viento y nieve.

A continuación, se asomó una cabeza.

—¡Rápido! —gritó una voz—. ¡Todos fuera!

Tercer día

Bienvenido del más allá

¡Todos fuera!

El desconocido se vio obligado a repetir la exhortación, dado que en la tienda nadie había reaccionado. Se produjo un instante de total inmovilidad, igual que cuando se encasquilla el proyector en el cine y en la pantalla queda fija la imagen de un fotograma. Luego la máquina volvió a girar: a doble velocidad.

En un segundo Tenzing salió del saco de dormir y se precipitó hacia ella. Fiona no alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo. ¿Quién era el tipo que había gritado? Debido a la capucha y a las gafas de máscara que llevaba, no había podido distinguir su fisonomía. Le había dado tiempo a darse cuenta de que la noche había tocado a su fin: la luz del día penetraba en el interior del refugio. Después, no había tenido tiempo de pensar en nada más. Sin demasiados miramientos, Tenzing le estaba poniendo el mono de plumas. Boroda ya estaba listo, con las botas atadas en los pies. Pese a que desdeñaba cualquier manifestación de frenesí, el barón se movía con idéntica rapidez. Solo Iaan seguía disfrutando del calor del saco de dormir, incapaz de abandonar el jergón.

El desconocido había desaparecido. Boroda se escabulló fuera de la tienda para averiguar qué había sucedido y al cabo de unos minutos asomó la cabeza.

—¡Daos prisa! —dijo sin alzar la voz, a pesar de que la urgencia era evidente. Sin decir una palabra, el barón abrió el saco de dormir de Iaan y aferró a este por las axilas. Lo levantó sin la menor consideración, como si fuese un fante.

—Despiértese y salga. Enseguida.

Algo se movió de repente en la mente del fotógrafo. La adrenalina puso fin al anterior torpor. Iaan se transformó en una máquina biológica que solo pensaba en su supervivencia. Se vistió a toda prisa y antes de salir tuvo tiempo de coger la cámara fotográfica.

En menos de un minuto todos estaban fuera, en medio de la tormenta de nieve, que seguía arreciando.

—¡Por aquí!

Fiona comprendió que la voz procedía del desconocido, cuyo contorno apenas se podía divisar. Sin pensárselo dos veces, se encaminó en esa dirección.

Cuando apenas había dado unos pasos, percibió a sus espaldas un rumor, seguido de un silbido prolongado. Se volvió a tiempo de ver emerger de la niebla el frente de un alud de una anchura de varias decenas de metros. La nieve resbalaba hasta el valle como si fuese arena, rapidísima y polvorienta. Lamió la tienda, que resistió tan solo por unos segundos, antes de que los palos se doblaran y cedieran. La tela y el resto de la estructura fueron arrastrados por la marea blanca.

El viento húmedo que había alzado la onda los alcanzó y los empapó completamente. El alud tardó aún unos segundos en pasar y dejó en la montaña un rastro considerable; parecía una lágrima gigantesca. Iaan, que se había despertado ya por completo, sacó varias fotografías.

Contemplaron el vacío incluso después de que el montón de nieve hubiese desaparecido al otro lado de un salto de roca. Por mucho que varios de ellos estuviesen acostumbrados a espectáculos similares, la exhibición de la fuerza de la naturaleza era tan salvaje y violenta que conservaba intacta su fascinación.

Fiona se las arregló para desviar los ojos de la estela que había dejado el alud. Se volvió hacia atrás, hacia el desconocido que los había salvado. Se encontraba a unos veinte metros de ella, encima de un saliente rocoso. El hombre tiró la capucha hacia atrás.

El corazón de Fiona se detuvo.

Abrió desmesuradamente los ojos, incrédula.

Tendió una mano.

Dio un paso, a continuación otro, tratando de correr.

—Jean-P...

Se interrumpió de golpe. La voz murió en su garganta.

Sintió que su cuerpo se aflojaba. Sus hombros se curvaron. No podía alzar la mirada. Su semblante manifestaba una honda decepción.

Von Reichlin salió al encuentro del desconocido esbozando una sonrisa altiva.

—Bueno, bueno..., así que eres tú el misterioso fantasma. Bienvenido del más allá.

Qué ha venido a hacer aquí y por qué

Se habían agrupado en círculo instintivamente, como animales que intentan guarecerse de un peligro. El hombre que había ido a advertirles se puso las gafas de máscara en la frente. Fiona se sobresaltó ligeramente. No era tan corpulento como Boroda ni como el barón. Tenía un cuerpo esbelto y ágil que se movía con la poderosa ligereza de los felinos. Pero, por encima de todo, le habían impresionado sus ojos azules. Si hubiese tenido que describirlos en un artículo habría dicho que eran... flameantes. Sí, unos ojos flameantes.

El barón se había dirigido al recién llegado con tono arrogante: no parecía importarle mucho que hubiese salvado sus vidas.

—¿Nos estabas espiando? —le preguntó.

Era evidente que se conocían desde hacía mucho tiempo. El rencor acre. El desconocido no reaccionaba a las provocaciones del barón. Permanecía plantado en la nieve, inmóvil y silencioso. Se sacudía de encima los duros comentarios de Von Reichlin, igual que un perro que acaba de salir del agua se quita de encima las últimas gotas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Iaan.

La energía que había demostrado el fotógrafo hacía unos momentos lo había abandonado y en ese momento se sentía exhausto, como le sucede al que ha eludido un grave peligro.

—Este señor se dio cuenta de que el alud nos amenazaba. Quizá vio alguna grieta en la nieve, algo más arriba, y se apresuró a avisarnos —explicó el barón—. Una óptima terapia contra los sentimientos de culpa, diría.

El desconocido permaneció en silencio, sin moverse. Estaba a unos cuantos pasos de ellos, en la ladera de la montaña. Los dominaba desde lo alto. Parecía un alienígena, imponente y enigmático.

Von Reichlin había perdido el aire irrisorio. Su ironía se había consumido como la cabeza de una cerilla que se ha usado en exceso. Solo quedaba espacio para un lúgubre resentimiento. Volvió al ataque con la intención de resquebrajar la coraza de mutismo de su antagonista.

—Nos estás vigilando a escondidas desde ayer. Pero es inútil. Esta vez no podrás ocultar las pruebas.

Por un instante dio la impresión de que el desconocido iba a reaccionar, pero al final no se movió: lo único que Fiona logró distinguir fue el leve estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—¿Pensáis seguir charlando mucho tiempo? —preguntó Boroda—. A este paso no tardaremos nada en quedarnos congelados.

—Tiene razón —terció Tenzing—. O bajamos al campamento base o recuperamos la tienda. No existe una tercera alternativa.

De la tienda no había ni rastro. El alud la había arrastrado y la había sumergido en la nieve.

Boroda sacudió la cabeza.

—Yo no me voy de aquí. Tengo que encontrar lo que he venido a buscar.

El desconocido puso la mochila en el suelo y sacó de ella una pala de plástico de color azul traslúcido con el mango de aluminio. Encajó las dos piezas con un rápido movimiento. Sin decir una sola palabra, se aproximó al punto en que habían montado la tienda y empezó a excavar. Cuando apenas había dado unos golpes, el barón le hizo detenerse.

—Déjalo. No quiero verme obligado a darte las gracias.

El hombre le pasó la herramienta y el barón comenzó a trabajar furibundo, como si tuviese que saldar una cuenta con la nieve. Al cabo de unos diez minutos asomó un palo. Boroda se acercó al barón y juntos lograron sacarlo. Después Von Reichlin pasó la pala al kazajo, que se puso a trabajar a la velocidad de una excavadora. Cada golpe que daba abría un gran agujero. En poco tiempo apareció la tela naranja de la tienda. El alpinista aceleró el ritmo ampliando su radio de acción, pero al final también tuvo que pararse; se había quedado sin aliento. A siete mil metros era imposible trabajar a esa velocidad durante más de unos minutos.

Entonces le tocó al sherpa. Tenzing era mucho menos robusto que Anatoli, y sus golpes menos profundos. Pese a ello trabajaba con una precisión cinética que le permitía ahorrar energías. Cada gesto se componía exclusivamente de los movimientos indispensables. Pero Tenzing también se cansó al final. La pala pasó entonces a manos de Iaan, que apenas pudo cavar unas cuantas veces.

Fiona se adelantó. Era su turno y no tenía ninguna intención de eludirlo, pero, antes de que pudiera hacer nada, una mano apareció detrás de ella y se apoderó de la herramienta con determinación.

Era el desconocido. Sin pronunciar una sola palabra, el hombre se puso manos a la obra. El barón se estremeció. Quería intervenir, pero al final se contuvo. A esa cota cualquier esfuerzo se transformaba en una batalla contra el propio cuerpo, hambriento de oxígeno. No tenían ni tiempo ni energías para las cuestiones personales. Se trataba simplemente de sobrevivir.

El desconocido empezó a cavar a un ritmo insostenible para los demás: ni siquiera Boroda lo habría superado. Como si la altitud no fuese un problema, trabajó durante más de una hora, en tanto que los demás permanecían tumbados en la nieve a su alrededor, boqueando para recuperar las fuerzas. Dos palos se habían doblado bajo la presión de la masa de nieve y el hombre se vio obligado a golpearlos con el piolet para enderezarlos. Además, se habían roto unas cuantas varillas. El desconocido sacó

de su mochila una navaja multiusos con el mango rojo. Trabajó sobre los muñones para que encajaran y acto seguido los unió con varias vueltas de cinta adhesiva americana.

El barón se limitaba a mirarlo, confiando en que un contratiempo lo forzase a detenerse. Pero en pocos minutos la tienda estaba de nuevo en pie.

Mientras el hombre trabajaba bajo la mirada atenta del kazajo y del barón, Fiona se apartó del grupo unos pasos a la vez que, con un ademán, pedía a Iaan que la siguiese.

—¿Has visto? —le preguntó susurrando.

—¿Qué? ¿La tienda?

—¡Claro que no! Él.

—¿El salvador enviado del cielo? Menudo guapetón, diría yo.

—¿No lo has reconocido?

—¿Y cómo? No frecuento los clubes alpinos.

—¿De verdad no te has dado cuenta de quién es?

—...

—Es Leblanc. Michel Leblanc.

—¿El hermano del otro...?, ¿de Jean-Pierre?

—Precisamente.

Iaan hizo amago de empuñar la cámara fotográfica, pero Fiona le apoyó una mano en el brazo para impedirselo.

—Ahora no. Tal vez más tarde. Por ahora limitémonos a observar. Quiero entender qué ha venido a hacer aquí y por qué.

Soy yo el que te necesita

Estaban parados delante de la tienda, sin saber muy bien qué hacer. A pesar de que era más grande que las dobles que, por lo general, se utilizaban a esa altitud, parecía imposible que pudiesen caber todos. Pero, sobre todo, los frenaba lo incómodo de la situación. Nadie quería dar el primer paso. El viento barría iracundo el cerro, pese a lo cual permanecían inmóviles, sufriendo el azote de las ráfagas.

—Siempre en solitario, ¿eh? —dijo el barón dirigiéndose a Leblanc—. Por lo demás, después de la que organizaste hace diez años, ¿quién querría hacer aún una cordada contigo?

Leblanc miró a Von Reichlin sin replicar. Más que odio, sus ojos revelaban una sombría resignación.

—Vete —insistió el barón—. No necesitamos tu ayuda. Prefiero tenerte lejos.

—Un momento, Hans —intervino Fiona, resuelta—. Leblanc nos ha salvado la vida. Pienso que, al menos, se merece un puesto en la tienda.

—No sabe lo que dice —silbó el barón—. No se da cuenta del peligro que eso supone y, en cualquier caso, él no lo necesita. Siempre se las arregla para salir bien parado. —El barón se dirigió de nuevo a Leblanc—: Vete, Michel. Lárgate de aquí.

—¡Espere! —Fiona se interpuso entre los dos hombres—. ¿Cómo se atreve, Von Reichlin? La tienda es nuestra: mía, de Iaan y de Tenzing. Nos corresponde a nosotros decidir quién puede quedarse.

Sin decir una palabra, ignorando la pequeña discusión que se había entablado entre el barón y la periodista, Leblanc se dio media vuelta y echó a andar. Al cabo de unos segundos, la tormenta había desdibujado ya su figura.

—¡Espera! —Fiona dio tres pasos en pos de él, pero se tuvo que detener enseguida, jadeante. El aire se negaba a bajar a sus pulmones, tan vacíos como un garaje del centro de una ciudad el domingo por la mañana—. ¡Espera! —volvió a gritar, más fuerte. Leblanc siguió avanzando, imperturbable. Movida por la frustración, Fiona echó a andar lo más deprisa que pudo y al final logró darle alcance. La sangre le latía en las sienes y su campo de visión estaba tachonado de unas manchas rojas e intermitentes—. Espera —dijo por última vez con un hilo de voz. Alargó una mano y le agarró un brazo.

Todo sucedió muy deprisa.

Leblanc se volvió de golpe, con la expresión de un loco homicida. Se zafó de ella con un movimiento del brazo, tan enérgico que lanzó a Fiona a un par de metros de distancia. La periodista cayó en la nieve blanda sin hacerse daño.

Tras recuperar el control, Michel se acercó a ella. Fiona se protegió instintivamente la cabeza cruzando los brazos sobre la cara, igual que hacen los niños

cuando temen que los peguen. Pero le bastó echar una ojeada al rostro del francés para comprender que el repentino arrebató de locura había pasado. Leblanc tendió una mano y la ayudó a ponerse de pie.

Fiona recuperó la suficiente sangre fría para decirle:

—Quédate. Por favor. Te necesito.

Él cabeceó.

—No —dijo. Tras tomar aliento añadió—: Soy yo el que te necesita.

Están muy enfadados con nosotros

Después de la incorporación de Michel Leblanc, la tienda se encontraba al límite de su capacidad. Los seis estaban hacinados, pegados unos a otros. Solo Boroda se había tumbado al fondo del refugio, en el ábside. La tela superior estaba incrustada de hielo: doce pulmones producían una considerable cantidad de vapor acuoso. Pasar la noche allí iba a ser un problema. Pero, por el momento, lo único que les preocupaba era la relación entre Leblanc y el barón. La atmósfera de atenta concordia que habían logrado construir había saltado de nuevo por los aires. La animosidad que existía entre Von Reichlin y el alpinista francés era palpable. A Fiona no le cabía ya la menor duda: Michel era el hombre que había entrevisto en la niebla y que había confundido con Jean-Pierre. Se sentía desengañada, poco menos que frustrada. Algo insólito, en su caso.

—Las huellas que vi ahí fuera eran tuyas, ¿verdad?

Leblanc hizo un esfuerzo para mirarla.

—Es posible.

—Nos estabas espiando. Te vi durante unos segundos en la niebla. Eras tú y nos estabas espiando. ¿Por qué?

—No espiaba a nadie. La vía de subida pasa por aquí.

El barón presenciaba el diálogo con creciente exasperación.

—Memeces. ¡Otra vez las memeces de siempre! —estalló Von Reichlin—. Gracias a usted, señora Fiona, tendremos que dormir con un... —Se interrumpió a la vez que miraba con odio a Leblanc.

—Dilo, Hans. Me intriga. —El francés parecía estar divirtiéndose.

Von Reichlin cerró los ojos tratando de dominarse. En vano.

—Un bribón.

—¿Un bribón? Piensa en mí, entonces: tendré que dormir con un impostor.

Por un instante dio la impresión de que Von Reichlin iba a reaccionar, pero una palabra de Fiona fue suficiente para detenerlo.

—Basta ya, Hans. Michel y tú ajustaréis cuentas en otro momento.

Sin percatarse, la mujer había dejado de dirigirse formalmente a Von Reichlin y lo había tratado como a los demás, con brusca camaradería. El barón era el único que no lograba superar el legado de su educación.

—Le ha dicho que se quede sin pedirme opinión —le reprochó Von Reichlin en tono quejumbroso.

—Si no te gusta el régimen de media pensión, búscate otro refugio.

Fiona estaba acostumbrada a imponerse a los hombres. Disfrutaba cuando conseguía dominarlos. Con el tiempo había descubierto que no era tan difícil.

El barón se agazapó de nuevo rabioso en su rincón. No solo estaba encolerizado por la afrenta que había sufrido: en parte había interpretado una comedia. Lo que más le molestaba era que la llegada repentina de Leblanc había alterado sus planes. Ya no iba a poder inspeccionar la montaña como le habría gustado hacerlo. Su peor enemigo lo vigilaría. Debía encontrar la forma de desmarcarse de él.

Miró a Boroda, que yacía al fondo de la tienda. Tal vez podría valerse del kazajo y enfrentarlo a Leblanc. ¿Qué relación había entre este y Michel? No lo sabía. Desde que el francés había llegado, Toli no se había pronunciado.

Von Reichlin sopesó a los demás. Iaan era un blandengue inofensivo, no debía preocuparse por él. Tenzing, un sherpa: con esto estaba todo dicho. Y Fiona..., no alcanzaba a comprender de qué parte estaba. Era la mujer más fuerte que había conocido en su vida. Le recordaba a Eustacia, la protagonista de *El regreso del nativo...* Por eso la encontraba tan seductora. La mujer más seductora que había conocido desde que...

Leblanc se dirigió al sherpa.

—¿Y tú, Ten? ¿Tú también tienes miedo de mí?

—Las montañas son como hombres. Si los conoces, sabes dónde estar peligros y cómo evitarlos.

—Siempre igual, el bueno de Ten. Tan sabio y sereno como un pequeño Buda. ¿Todavía no te has hartado de acompañar por el Himalaya a americanos viejos y gordos que ni siquiera pueden subir la escalera de su casa?

Fiona se sorprendió del tono burlón con el que Leblanc se dirigía al sherpa, que no replicó.

—Es bonito cuando dos amigos se reencuentran —observó el fotógrafo.

—Tienes razón..., Iaan. Te llamas así, ¿verdad? No obstante, algunos amigos te plantan de buenas a primeras y vuelven a casa sin ni siquiera darte una razón. ¿Verdad, Ten?

El sherpa insistía en permanecer callado.

La voz de Boroda, con su tono desagradable, llegó desde el fondo de la tienda.

—No le hagas caso, no es más que un muerto de hambre. Intenta ganar unos dólares con los recién casados.

—¿Viaje de novios? —preguntó Leblanc asombrado.

—Más o menos —respondió Fiona ligeramente abochornada.

—No te preocupes —prosiguió Boroda—, no tardarán en quitarse de en medio solos, sin ayuda de nadie. Él ya se ha caído en una grieta y ella casi se ha quedado tesa en la tormenta. Se le metió entre ceja y ceja seguir tus huellas.

Michel se encogió de hombros y se acurrucó. Cerró los ojos. Iaan se acercó a Boroda, que estaba al fondo de la tienda. Fiona empezó a trajinar con un mapa de la zona. Lo extendió en el suelo tratando de orientarse.

—Oye, Ten —dijo—, ¿sabes decirme dónde...? —Pero el sherpa la interrumpió con un tono de voz insólitamente severo.

—Mejor no hacerlo.

La mujer alzó la cabeza. Michel y el barón la imitaron. Tenzing, contrariado, miraba fijamente a Boroda y a Iaan desde el otro lado del refugio.

Iaan sujetaba una cuchara llena de comida y estaba a punto de metérsela en la boca. Al oír la advertencia de Tenzing, detuvo el gesto a la mitad. Boroda, que estaba echado a su lado, pescaba con los dedos dentro de una lata abierta. El kazajo sonrió con aire burlón.

—Mejor no hacerlo —insistió el sherpa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Iaan.

—A comer carne de caballo.

—¿Por qué? ¿Hace daño al metabolismo?

—Algunos aseguran que sí: a estas alturas proteínas difíciles de digerir y cuerpo trabaja muchas horas. Pero eso no es todo. En Nepal pensamos que comer carne en la montaña ofende a dioses.

—No me digas que tú también lo crees, Ten.

—¿Qué haces en Inglaterra cuando vas a casa de amigos? ¿Das una patada a la puerta y le tocas pierna a la dueña o limpias zapatos en felpudo y pides permiso?

Iaan miró perplejo el contenido de la cuchara. En ese instante el viento lanzó un rugido aterrador. De improviso, una parte de la tienda cedió y un lado se plegó hacia dentro.

—Debe de haber saltado un tirante —observó Leblanc—. Voy a arreglarlo.

Iaan echó una última mirada a la comida antes de volver a meterla en la lata.

—Okey, la verdad es que ni siquiera me apetecía.

Boroda se echó a reír y devoró la carne.

—A la salud de Buda —dijo sarcástico.

Tenzing estaba turbado.

—La tormenta tardará en amainar —murmuró—. Si espíritus de montaña existen, están muy enfadados con nosotros.

Ahora no tendrá escapatoria

Después de comer, Boroda se quedó dormido. También Iaan dormitaba, en tanto que Tenzing había asumido la consabida expresión imperturbable: resultaba difícil saber si tenía los ojos cerrados o abiertos. Se habían ovillado como habían podido. Cuando uno quería estirar una pierna o un brazo, su movimiento obligaba a los demás a cambiar de posición. Fiona escuchaba de nuevo las grabaciones con los auriculares. Michel señaló el hilo que acababa en el bolsillo del forro polar.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un MP3. Para la música, ya sabes. No puedo estar sin él.

Michel parecía menos brusco. Quizá fuese el momento apropiado para averiguar la verdad, a pesar de que Fiona había dejado de creer en la existencia de una verdad absoluta. La periodista se quitó el auricular.

—El barón me ha contado una historia interesante.

—Sabe unas cuantas —contestó Leblanc—. Las mejores se las inventa.

—Hans, habíamos llegado al momento en que la luz de la frontal de Michel desapareció en la noche y tú regresaste.

—¿Todavía esa, Hans? Creía que en estos diez años habrías encontrado algo mejor para atraer la atención de las jóvenes.

—Quizá tú puedas contarnos algo más interesante —replicó el barón—. Por ejemplo: ¿a qué se debe que hayas vuelto de repente al Himalaya, sin decírselo a nadie, después de tantos años de ausencia?

—Nostalgia.

—Me gustaría echarme a reír, si no fuera porque te conozco demasiado bien.

—Necesitaba volver a ver estas montañas.

—Dijiste al mundo que nunca lo volverías a hacer.

—¿Quieres denunciarme por perjurio?

—Vamos, Michel, ahórrame la comedia. Sé de sobra por qué estás aquí.

—Pues sí, Michel —terció Fiona—. ¿Por qué has regresado?

—El cuerpo —explicó el barón.

—¿El cuerpo?

—El cuerpo de su hermano.

—¿Jean-Pierre?

—Un alpinista vio un cadáver hace ocho meses aquí, en Kinsoru. En octubre, al final de la temporada. —Von Reichlin escrutó a Leblanc, que no abrió la boca—. Dio una descripción bastante precisa del mismo. Según parece, se trata de Jean-Pierre.

—El indonesio se había perdido en una tormenta —lo interrumpió Michel—. Se encontraba aterido, sufría las alucinaciones propias de la altitud, estaba deshidratado,

en hipoxia. Su relato es irrelevante.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué te apresuraste a viajar hasta aquí apenas finalizaron los monzones?

—Para evitar que los buitres como tú especulen con la historia. Quiero encontrar el cadáver, es cierto, pero para demostrar que no es Jean-Pierre.

—¿Cómo...? —intervino Fiona—. ¿No esperas encontrar el cadáver de tu hermano?

Michel negó con la cabeza sin añadir nada más. El barón exultaba de satisfacción.

—Está más claro que el agua. Esa noche, hace diez años, yo regresé, mientras Jean-Pierre y Michel continuaban hacia la cima. Nadie sabe lo que sucedió a partir de ese momento, a menos que nuestro amigo Leblanc decida explicárnoslo...

—Sabes que no puedo contar nada porque he perdido la memoria. Solo conservo algunas imágenes confusas, frases aisladas. Recuerdo muy bien que me diste alcance. A Jean-Pierre y a mí, en la cima. Pero después...

—Ah, sí, la amnesia. Michel reapareció al cabo de siete días en un pueblo minúsculo, en un valle que se encuentra al otro lado de la montaña. Eso significa que no solo llegó a la cima, sino que además realizó una escalada oblicua. Una hazaña extraordinaria.

—¿Es cierto, Michel? —preguntó Fiona.

Éste se encogió de hombros.

—Yo se lo explicaré —prosiguió el barón—. Michel fue víctima de un alud, presentaba las marcas características, pero no recuerda dónde sucedió ni cuándo. Según él, el accidente le causó un choque terrible y la amnesia. Ni siquiera sabe explicar cómo llegó a ese pueblo.

—¿Y Jean-Pierre?

—Murió en algún lugar de la montaña. Nadie sabe ni dónde ni cómo. Por desgracia, los hermanos Leblanc habían perdido la cámara fotográfica.

—Se me resbaló y cayó en una grieta mientras sacaba una fotografía a Jean-Pierre. De eso sí que me acuerdo.

—En ese caso, si encontramos la cámara bastará mirar las imágenes para comprender lo que sucedió. De cualquier forma, las personas que los socorrieron en la cima del Kinsoru encontraron algo decisivo. Dos guantes. Dos guantes izquierdos. Uno era de Michel, el otro de Jean-Pierre. Era evidente que los habían dejado allí para demostrar que habían llegado a la cima.

—Llegamos a la punta, de eso estoy seguro... —repitió Michel con la mirada extraviada.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —apremió Fiona al barón.

—Para empezar, no se entiende por qué Michel y Jean-Pierre, en caso de que, de verdad, llegaran a la cima, decidieron bajar después por el otro lado.

—Lo he repetido mil veces: antes de partir estudiamos las fotografías del Kinsoru y llegamos a la conclusión de que en caso de emergencia el descenso por el otro lado era el más rápido. —La voz de Michel se iba crispando.

—Usted entiende poco, señora Fiona, pero le aseguro que desde un punto de vista alpinista lo que dice es totalmente absurdo. Hace diez años el otro lado de la montaña aún no había sido explorado. Pero bueno, ahora, por suerte, tenemos el cuerpo.

—¿Qué tiene que ver el cuerpo? —preguntó ella.

Antes de contestar, el barón miró fijamente a Leblanc sonriendo como un jugador que mueve la pieza que le permitirá dar jaque mate a su adversario.

—Si, como creo, el cuerpo que vio el indonesio es el de Jean-Pierre, todo cambia. Eso significaría que Jean-Pierre murió en esta parte de la montaña y que jamás llegó a la cima. —Carraspeó, como un abogado en la sala de un tribunal—. Eso probaría que durante estos años Michel no ha hecho sino contar una sarta de mentiras. Pero ahora no tendrá escapatoria.

Un tipo que abandonó a su hermano

Dormían, o, cuando menos, lo intentaban. La tela se había desgarrado debido al alud, pero Michel la había reparado con la cinta americana. Mal que bien, la reparación resistía el azote del viento. Tras anochecer, habían buscado la manera de estar todos dentro de ella. Iaan había propuesto a Fiona dormir en el mismo saco y la mujer, reprimiendo un gesto de irritación, se había visto obligada a aceptar.

—Las manos quietas, te lo advierto —le había susurrado.

—¿Solo las manos? —le había preguntado el fotógrafo que, por toda respuesta, había recibido un codazo.

Leblanc se había tumbado al lado de la entrada, como si estuviese preparando una fuga apresurada. Solo se había cambiado los calcetines y una camiseta después de haberse metido en el saco de dormir. Una forma extraña de pudor, había pensado Fiona sin prestarle, no obstante, demasiada atención. El barón se había colocado en el lado opuesto de la tienda. En medio estaban Iaan y Fiona. Tenzing ocupaba el otro extremo.

Mientras intentaba conciliar el sueño, Fiona pensaba en el viento. Parecía que las ráfagas habían amainado: quizá fuese un buen momento para salir y buscar el cuerpo. Pero con la única luz de las frontales, Iaan y ella no podrían avanzar en la nieve fresca. Sintió el impulso de despertar a alguien, pero ¿a quién? ¿A Leblanc o al barón? Se daba cuenta de que estaba entre dos polos opuestos de atracción y aún no había decidido por qué corriente dejarse influir.

Michel, Jean-Pierre, Hans... Qué trío extravagante debían de haber formado hace diez años... Tan diferentes entre sí. Todos le atraían por alguna razón..., y por alguna razón desdeñaba a todos. Los guantes, el alud, el cuerpo... No hacía sino dar vueltas al relato de Hans. Un relato, precisamente, igual que la versión de Michel. Dos versiones que no coincidían. ¿Averiguaría alguna vez la verdad?

Fiona contuvo la respiración para escuchar la de los demás. Era indudable: dormían. Extrajo la pequeña grabadora del bolsillo del forro polar y se acercó el micrófono a la boca a la vez que se acurrucaba en el saco de dormir. Empezó a susurrar:

«Tercer día, seguimos bloqueados en la tienda a siete mil metros. Hoy ha aparecido en la montaña, sin que nadie sospechase su presencia en el Himalaya, Michel Leblanc. Leblanc, la leyenda viviente del alpinismo mundial, el que ha conquistado solo, sin la ayuda de nadie y, sobre todo, sin oxígeno, los catorce ochomiles. Alto, rubio, fuerte y guapo como un actor...».

Fiona se interrumpió un par de segundos antes de proseguir:

«Alto, rubio y fuerte, con toda probabilidad ha salvado a los miembros de nuestra

expedición de una muerte segura. Llegó al amanecer para avisarnos de que un alud se cernía sobre nuestra tienda y uno a uno nos ayudó a refugiarnos, como un arcángel... No, como un Noé de las nieves. ¿Por qué Michel Leblanc ha reaparecido de repente, diez años después de la tragedia del Kinsoru, en esta montaña? Es probable que Leblanc esté interesado en la noticia, que se produjo hace ocho meses, del hallazgo de un cadáver aprisionado en el hielo. Según la descripción del testigo ocular que avistó el cuerpo, podría tratarse de su hermano, Jean-Pierre. Así pues, el alpinista francés habría actuado movido por piedad hacia los restos de su hermano. Según voces más críticas, en cambio...».

Fiona se interrumpió. ¿Voces más críticas...? ¿Qué le habían enseñado en la escuela de periodismo? Si tienes una fuente, cítala.

«En opinión del barón Von Reichlin, que en el pasado era amigo de los Leblanc y que era, además, uno de los miembros de la famosa expedición de hace diez años, las intenciones del francés son de naturaleza bien diferente. La posición del cadáver, de hecho, podría indicar que la versión que en su momento dio Leblanc sobre la tragedia no era del todo cierta...».

Fiona se calló una vez más. Eso era lo que hacía falta: peleas, polémicas, acusaciones cruzadas, barro que salpicara todo... No obstante..., eran unas acusaciones graves que, además, no se apoyaban en ninguna prueba. Cabeceó y retomó el discurso desde el principio.

«Según algunos alpinistas, la versión de Leblanc no corresponde del todo a la verdad. Por eso mismo hace diez años que se discute acerca de ella. Sobre el tema se han escrito algunos libros que, en su mayoría, han criticado duramente a Michel Leblanc. La opinión de muchos alpinistas autorizados es que la decisión de partir solos, de noche, y descender por el otro lado de la montaña fue una auténtica locura. Pero, por otra parte, no hay que olvidar que Michel Leblanc no tiene una relación cordial —mejor dicho, no tiene ninguna relación— con el mundo oficial del alpinismo mundial. Son célebres sus arrebatos de ira contra algunos escaladores, a los que acusa de valerse de medios poco deportivos para alcanzar sus objetivos. Al respecto, no hay que olvidar el episodio en que Michel Leblanc, encolerizado por las dimensiones colosales de una expedición coreana que lo había obstaculizado en el curso de una subida, cortó por la noche los anclajes de las tiendas de los asiáticos... Muchos sostienen que Michel Leblanc es una persona poco equilibrada, que en ciertos momentos pierde el dominio de sí mismo».

Se paró de nuevo. Volvió a escuchar la última frase y la borró.

«Solo el hallazgo del cadáver —siempre y cuando se trate de verdad de Jean-Pierre Leblanc— podrá revelarnos lo que sucedió hace diez años en esta montaña. Además...».

Se interrumpió. Oyó que alguien suspiraba en la oscuridad absoluta que reinaba

en la tienda. ¿Michel? Tal vez estaba despierto. Tal vez...

Fiona probó a salir del saco sin despertar a Iaan. Su compañero emitió un gruñido soñoliento y después recuperó la respiración regular del sueño. Lo había conseguido... Trató de recordar la disposición de los cuerpos. No quería despertar a Tenzing o, peor aún, a Boroda...

Arrastrándose entre los atadidos de carne dormidos que ocupaban el fondo de la tienda, logró avanzar hacia la entrada. Era imposible reconocer a ninguno de ellos, o distinguir los colores del saco de dormir. Solo podía confiar en la memoria. Ése debía de ser Michel. Alargó una mano a ciegas para comprobarlo. Si lograba acariciar la barba...

—¿Qué pasa? —Antes de que pudiese tocarlo, Michel le había agarrado la muñeca y ahora la apretaba con firmeza. Según parecía, podía ver también en la oscuridad—. ¿Qué buscas?

—No puedo dormir. Quería hablar un poco. Estoy preocupada.

—No estés ahí fuera, te quedarás congelada.

Por un momento Fiona temió que la invitase a entrar en su saco de dormir. En cambio, notó que algo suave le apretaba el cuerpo.

—Tápate con mi mono. Te calentará.

Tras moverse a duras penas en el angosto interior del refugio se echó al lado de Michel.

—¿Es verdad lo que contó Hans?

—Es cierto, si eso es lo que prefieres pensar.

—Me parece extraño, estar aquí contigo... Eres el alpinista más famoso del mundo y ahora...

—¿Qué quieres? —la interrumpió él.

—¿...?

—¿Qué quieres? ¿Por qué has venido aquí?

—Para practicar el senderismo, ya te lo he dicho. Iaan y yo...

—Memeces. Nadie hace senderismo a siete mil metros. En cualquier caso, me refería a otra cosa: ¿por qué has venido aquí, ahora? ¿Qué estás buscando?

—Nada..., ya te lo he dicho, no podía dormir. No dejo de darle vueltas a lo que nos contó Hans y, dado que te conozco...

—¿Me conoces?

—He leído muchos artículos sobre ti. Me había hecho una idea, pero ahora...

—¿El ídolo se ha roto en mil pedazos? Basta un poco de pegamento para recomponerlo. Te lo repito: ¿qué quieres de mí?

—Hablar, sin más.

—¿De verdad? Y la grabadora, ¿dónde la has escondido?

—¿La grabadora...?

—La grabadora. La que llevas en el bolsillo del forro.

—Te he dicho que es un MP3.

Sin darle tiempo a reaccionar, Michel alargó rápidamente una mano en la oscuridad y sacó el aparato del bolsillo. Pulsó la tecla *play*. En la tienda retumbó la voz de Fiona, distorsionada por el minúsculo altavoz.

«Michel Leblanc. Leblanc, la leyenda viviente del alpinismo mundial, el que ha conquistado solo, sin la ayuda de nadie y, sobre todo, sin oxígeno, los catorce ochomiles. Alto, rubio, fuerte y guapo como un actor...».

Fiona enrojeció, si bien, dada la oscuridad que reinaba en la tienda, nadie habría podido notarlo. La periodista tendió la mano hacia la grabadora.

—¡Dámela!

Leblanc le entregó el aparato. Ella, agitada, se apresuró a apagarlo.

—Basta ya de esta comedia. Es patética —dijo el francés.

—Yo no...

—Te reconocí enseguida. Eres Fiona Simmons. La periodista de prensa amarilla más famosa de Londres.

En la tienda se oyó una risita ahogada. Era Iaan.

—Te ha pillado, Fiona.

—Calma, que también te reconocí a ti. Iaan Svarbard, uno de los fotógrafos más conocidos de la profesión. Tus imágenes del príncipe Carlos y de Camilla han dado la vuelta al mundo.

—Tocado y hundido.

—Así pues, se acabó el pitorreo. Vosotros dos estáis aquí porque esperáis lograr la exclusiva de vuestra vida. Es vuestro oficio, pero os aconsejo que no os entrometáis.

Fiona estaba furibunda. Pocas veces la habían desenmascarado de una manera tan clamorosa. Si hubiese podido ver algo habría abofeteado a Leblanc. En cambio, no le quedaba más remedio que contenerse. La rabia se transformó en una cólera fría.

—Te advierto que nosotros también sabemos de sobra quién eres: un tipo que abandonó a su hermano.

Entrevista – 2

Y ahora hábleme de su expedición.

—Hemos elegido el Kinsoru porque, a pesar de que no es el ochomil más alto, sí que es el más difícil. ¿Sabe que fue el último ochomil que se escaló? Fueron necesarias ocho expediciones y dieciséis tentativas para lograrlo. Además, es de una gran belleza: una pirámide blanca de una altura de cuatro mil quinientos metros. Más o menos la altura del Monte Blanco, del mar a la cima.

—¿En qué se diferencia su expedición de las anteriores?

—Muy sencillo: nosotros queremos subir en invierno. La nieve será un buen obstáculo. Por no mencionar el frío, las tormentas y el resto. A ojo de buen cubero, no creo que tengamos más de un diez por ciento de posibilidades. Además, queremos subir al estilo alpino occidental. ¿Sabe lo que significa?

—No.

—Estaba seguro. El estilo alpino occidental es una definición que acuñó Hermann Buhl. No le preguntaré si lo conoce, porque sé la respuesta de antemano. Hermann Buhl es, quizá, el mejor alpinista de la era moderna. En 1953 conquistó solo el Nanga Parbat, después de haber hecho vivaque a ocho mil metros de altura. ¡Piense que en la visita de enrolamiento lo habían descartado porque era demasiado menudo! Algunos afirman que tomó alguna sustancia para lograrlo, lo que hoy llamaríamos dopaje, pero, pensándolo bien, ¿qué hay de malo? Sea como sea, en opinión de Hermann Buhl las montañas, incluso las del Himalaya, hay que escalarlas con un estilo especial, el estilo alpino occidental, precisamente. Esto es: nada de portadores de alta cota. Los alpinistas deben transportar todo el material necesario y equipar solos los campamentos; eso supone subir y bajar innumerables veces la montaña, cosa que, por otra parte, les permite aclimatarse. En lugar de las faraónicas expediciones de los años cincuenta en las que los sherpas transportaban toneladas de material, él prefería las expediciones más ligeras y rápidas. Las consideraba una manera más deportiva y leal de afrontar la montaña.

—Supongo que para lograrlo es necesario un buen entendimiento entre los participantes.

—No crea. Hermann Buhl alcanzó solo la cima del Nanga Parbat, desobedeciendo las órdenes del jefe de la expedición. Usted imagina a los alpinistas como un grupo de buenos chicos dispuestos en todo momento a darse la mano y a ayudarse unos a otros. Lamento decirle que no es así. Los alpinistas son los seres más envidiosos del universo, cada uno de ellos se considera mejor que sus compañeros. Muchas expediciones acaban con unas peleas furibundas, con acusaciones recíprocas de haber abandonado o engañado a los demás miembros de la expedición, o incluso

de no haber llegado realmente a la cima. Cada uno para sí mismo y Dios para todos. Cesare Maestri se vio obligado a escalar dos veces el Cerro Torre para demostrar que había llegado de verdad, y la segunda vez dejó como prueba en la cima el compresor que le había servido para excavar los agujeros en la roca donde debía colocar los clavos. En alta cota nadie espera a nadie. No hay amistad o hermandad que resista: por encima de los ocho mil metros de altitud todos piensan exclusivamente en sí mismos.

Cuarto día

Él, en cambio, quiere esconderlo

Tengo hambre.

La voz de Boroda llegaba desde el fondo de la tienda. Si bien aún no había amanecido, en la tienda nadie dormía. El frío, el miedo y la rabia vencían cualquier tipo de cansancio.

—Preparad algo, tengo hambre —repitió el kazajo.

Tenzing se deslizó fuera del saco de dormir y se dispuso a encender el hornillo.

—Déjalo —dijo Fiona—. Yo lo haré.

El sherpa le cedió el puesto. Pese a que hasta ese momento había cocinado él, no pareció sorprenderse de la inesperada inversión de papeles. Hacía ya mucho tiempo que frecuentaba a los occidentales como para no saber que su alma era víctima de impulsos repentinos sobre los que era inútil indagar. A menudo, el Himalaya producía en ellos un efecto tranquilizador: la majestuosidad inmutable de las montañas lograba transmitirles una sensación de paz que resultaba imposible encontrar en sus ciudades. Pero Fiona acababa de llegar: el demonio del progreso aún dominaba su corazón.

La periodista —con las manos cubiertas con unos ligeros guantes negros de microfibra para protegerse del frío— encendió una cerilla y la acercó a la boquilla del gas. Se produjo un silbido y la llama se apagó. Probó una segunda vez, y una tercera. En vano. Exasperada, la mujer cogió la cuarta cerilla. Leblanc se aproximó a ella.

—Deja, lo intentaré yo.

—Ni se te ocurra. Soy perfectamente capaz de hacerlo.

El fósforo encendió la llama y Fiona no pudo contener una sonrisa de complacencia. Cogió el cazo, lo limpió con un trozo de papel y lo llenó de nieve.

—Me gustaría un buen filete poco hecho —dijo Boroda desde su saco de dormir, y soltó una sonora carcajada. Tenzing no se inmutó.

—En cambio, te tendrás que contentar con la sopa de verduras de siempre —le contestó secamente la mujer. El kazajo no replicó.

El agua hervía. Fiona abrió un sobre y vertió su contenido. Removió poco a poco con una cuchara de hierro procurando hacer caso omiso de las incrustaciones de suciedad que había en el recipiente. Un olor denso se difundió por la tienda. La periodista cocinaba en tanto que los hombres esperaban tumbados la comida: una imagen que hasta hace poco tiempo la habría horrorizado, pero que en ese momento, por algún motivo que ni siquiera ella lograba comprender, le procuraba cierta satisfacción.

Se inclinó hacia la sopa hirviendo, hundió la cuchara y la probó.

—Está lista.

Como si estuvieran en un cuartel, los hombres se movieron todos a la vez, pero, a

diferencia de lo que sucedía en los dormitorios, allí dentro era muy difícil ir de un sitio a otro. Había que respetar las precedencias. El barón y Leblanc evitaron rozarse.

Se sentaron en corro. Fiona estaba flanqueada por Iaan y el barón. Agarró el cazo y, violando los usos de la montaña, se lo ofreció en primer lugar al francés, que se había sentado enfrente de ella.

—Por favor. El señor está servido.

Leblanc se quedó petrificado, puso una expresión de profundo asombro. Por lo visto, Fiona había cometido una infracción de las reglas de urbanidad alpinistas —ella debería haber comido en primer lugar—, pero no tan extraña como para provocar una reacción de asombro semejante.

—El señor está servido —repitió pronunciando la frase de manera intencionada.

—¿Cómo..., cómo lo sabes? —murmuró Leblanc, confuso.

IIaan los observaba sin entender una palabra. Boroda estaba atónito. Incluso Tenzing dio muestras de genuino estupor. El único que sonrió fue el barón, como el jugador que comprende de antemano un farol en una mesa de póquer.

Sin acabar de sobreponerse a su asombro, Leblanc alargó un brazo de forma automática y cogió el cazo. Agarró también la cuchara y empezó a comer en silencio.

—Bueno, bueno —comentó enigmático el barón—, justo lo que me imaginaba.

Leblanc había terminado su ración. Pasó el cazo a Boroda, quien engulló la comida ruidosamente. A continuación se la ofreció al barón, pero Von Reichlin rechazó tanto el cazo como la cuchara y se los tendió a Fiona.

—Déjese de ceremonias, Hans —espetó ella con brusquedad.

—En ciertas ocasiones las formas cuentan más que la sustancia. Si bien aquí dentro no todos son capaces de apreciarlo.

Leblanc miraba hacia otro lado de forma ostentosa.

—Si te refieres a mí —intervino Iaan—, tienes toda la razón. Piensa que una vez ni siquiera respondí a una tarjeta que decía «s. r. c.» Imperdonable.

—Mi querido amigo, no es necesario que haga el payaso a toda costa.

—La culpa no es mía. Cuando era niño me cayó en la cabeza un libro de Jerome K. Jerome y aún no me he repuesto.

—Sea como sea, hay otra persona que tiene algo bien diferente que reprocharse. —La acusación era evidente. No fue necesario pronunciar el nombre—. La ambición es un sentimiento que corrompe más que el dinero. Con tal de obtener un resultado, las personas son capaces de cometer las acciones más infames.

Leblanc volvió la cabeza hacia el barón.

—Habla claro, Hans. Creo que con uno como Ten, que nos tortura cada cinco minutos con su budismo de supermercado, tenemos más que suficiente.

—Dado que me lo pides, seré explícito. Dejaste morir a tu hermano.

—Ya estamos, otra vez. Lo tuyo es una obsesión.

—Esos días Jean-Pierre se encontraba mal, todos lo sabían. Quizá decidió partir de repente hacia la cima porque había comprendido que era su última ocasión. Tú le diste alcance y subisteis juntos, pero, llegado un momento, él no pudo continuar.

—¿Te lo contó mi hermano?

—Quizá trataste de arrastrarlo un rato, pero al final Jean-Pierre estaba exhausto. ¿A qué distancia os encontrabais de la cima? ¿Cuatrocientos, trescientos metros? ¿Menos? Piense, Fiona: el primer hombre que escala la montaña más difícil del Himalaya solo. Artículos de periódicos, entrevistas, canales de televisión, conferencias, libros... Su carrera estaba a punto de dar un vuelco: habría podido entrar en el exclusivo club de los alpinistas de alta cota, o regresar a Megève a trabajar como profesor de esquí.

—Nadie sabe lo que sucedió en realidad —le reprochó Fiona. Pero el barón no le prestó atención.

—Entre él y la cima solo restaba un obstáculo: Jean-Pierre. La alternativa era muy sencilla: o socorrerlo y llevarlo de nuevo al campamento o abandonarlo e intentar llegar solo a la cumbre. —Von Reichlin se volvió hacia Leblanc—. ¿Qué decidiste, Michel? Nadie puede saberlo excepto tú. Pero ahí está el significativo precedente de lo que sucedió en los Alpes, Tenzing también es testigo.

El sherpa desvió la mirada, como si se sintiese molesto o apurado.

Leblanc esbozó una sonrisa.

—Tengo que reconocer que tu elocuencia ha mejorado con los años, Hans. Antes eras más rudo.

—Usa si quieres la ironía, es la última arma que te queda. Creo que abandonaste a tu hermano para alcanzar solo la cima.

—¿Y los guantes? —inquirió Fiona—. No te olvides de que encontraron dos en la cima.

—No es difícil procurarse un guante. Hasta es posible quitárselo a un cadáver.

—Deberías escribir novelas policíacas, Hans —dijo Leblanc—. Quizá serías mejor escritor que alpinista. Por otra parte, no hace falta mucho...

—Yo, al menos, nunca he abandonado a un compañero.

—Es cierto, has hecho cosas peores. —Leblanc se dirigió a Fiona—: ¿Te ha contado lo del cohete?

—¿Qué tiene que ver el cohete...? —dijo Von Reichlin.

—¡Claro que sí, el cohete! ¿No te acuerdas, Hans? El cohete amarillo, el cohete azul... ¿Te recuerdan algo?

Von Reichlin miró a Fiona.

—Trata de confundirle las ideas con viejas historias que no interesan a nadie.

—Viejas historias... Creía que te gustaban las viejas historias, Hans.

—¿Qué cohete? ¿De qué está hablando? —insistió Fiona.

Von Reichlin se ruborizó, pero no abrió la boca. Leblanc sonrió.

—Nada, Fiona. Viejos resentimientos entre alpinistas...

La periodista comprendió que era inútil porfiar. Le sacaba de quicio la actitud huidiza del barón y de Leblanc. Tenían una cuenta que ajustar y no querían que nadie se entrometiese. Ella, en cambio, se sentía con derecho a saber lo que había ocurrido. Quería conocer todos los detalles, es más, tenía la intención de hacerlo. No existían secretos que no se pudiesen contar. Los secretos, sobre todo, debían contarse.

—De cualquier forma, todas estas discusiones no sirven para nada —afirmó el barón—. Cuando encontremos el cadáver de Jean-Pierre...

—Si es el cadáver de Jean-Pierre —lo atajó Leblanc.

—No te preocupes, Michel, lo encontraremos. Y entonces todo se aclarará.

—La montaña está llena de cuerpos. El que vio el indonesio podría ser uno cualquiera.

—Es cierto, Michel —terció Fiona—. De nada sirve discutir ahora.

—Ah, claro. Tú también estás en esto, ¿verdad? —Michel se había vuelto hacia ella—. Creo que el cuerpo de mi hermano también te interesa. ¿Cuánto vale una exclusiva de ese tipo? Un artículo sobre el hallazgo del cadáver de Jean-Pierre Leblanc acompañado de un bonito reportaje fotográfico de nuestro artista, aquí presente. Ya veo los carteles en la calle: «¡Desvelado por fin el gran misterio del alpinismo!». ¿A cuánto podríais venderlo en el mercado de la prensa amarilla?

Fiona enrojeció de rabia.

—Solo hago mi trabajo.

El barón se volvió hacia ella.

—¿Qué significa eso? Ha dicho...

—Ya está bien. Sí, Hans, soy periodista...

—Y menuda periodista —intervino Michel—. ¿De verdad nunca has oído hablar de ella, mi pobre Hans? ¿O es que solo lees el *Wiener Zeitung*? Fiona Simmons, nacida en Canadá, si no me equivoco, es una de las escritorzuelas más famosas de Londres.

—¿Es cierto? —preguntó Von Reichlin en tono amenazador—. ¿Es cierto?

—¡Claro que es cierto! ¿De verdad pensabas que estaba aquí de luna de miel?

—¡Ah! ¿Ya no estamos de luna de miel?

—Iaan, por favor.

—Pero nuestra Fiona no escribe para *The Times* —prosiguió Leblanc—. Oh, no, mi querido Hans, ¿sabes esos asuntos de reinas, príncipes, diarios secretos y confesiones embarazosas? Pues bien, Fiona está especializada en ese tipo de temas.

—¿E Iaan?

—Es un experto del ramo. Fotografía a los famosos. Por lo general, subido a un árbol.

—No quiero parecer inmodesto —dijo Iaan—, pero una vez escondí la cámara fotográfica bajo la corbata, después de haberla agujereado. Por desgracia, era de Hermès.

—Os guste o no —retomó Fiona—, soy periodista, así que voy a la caza de noticias.

—Una magnífica coartada, diría —comentó Leblanc—. ¿Y qué me dices del tipo que se suicidó al enterarse de que su mujer estaba liada con el caballero? «Yo no tengo la culpa: la noticia se disparó sola».

Von Reichlin estaba aturdido. Fiona... Había confiado demasiado en ella. Por un momento había pensado que, después de tanto tiempo... Pero, en el fondo, la presencia de una periodista podía ser de ayuda. Lo que más necesitaba era dar publicidad al hallazgo del cadáver. Claro que debía procurar ser él quien lo descubriera. Fiona le haría una entrevista e Iaan sacaría las fotografías. Alzó la mirada para escrutarla. Le habría gustado expresar desdén e irritación, pero los ojos de ella volvieron a obrar un milagro. Era tan guapa...

—En fin —concluyó Leblanc—, por lo visto todos estamos aquí por la misma razón. Esperamos a que terminasen los monzones y nos apresuramos a venir. He de reconocer que la compañía no está nada mal.

—No es cierto —dijo Hans.

—¿Quieres decir que no somos una bonita compañía?

—No es cierto que hayamos venido por la misma razón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fiona.

—Nosotros queremos encontrar el cadáver de Jean-Pierre. Él, en cambio, quiere esconderlo.

Creo que he tenido un pequeño contratiempo en los retretes

La tormenta arreciaba y sacudía la tienda. Eran prisioneros del Kinsoru. La montaña no los dejaba marcharse, y quizá no se lo permitiría hasta que no hubiesen llegado al final de su camino. No podían salir, no podían irse de allí, no podían separarse. Lo único que podían hacer era permanecer allí dentro, hacinados, despedazándose unos a otros. Debían quedarse allí hasta que todo terminase.

Iaan exhaló un suspiro de dolor a la vez que se masajeaba la barriga.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Fiona.

—No..., no es nada. Ya se me ha pasado.

—No se preocupen —les dijo el barón—, es normal tener alguna molestia a esta altitud.

—A propósito: ¿alguien ha visto mi intestino de recambio?

—Abajo los dolores pasan —explicó el sherpa—. Aquí arriba a todos les duele la barriga.

—Gracias por los ánimos, Ten. ¿Sabes que tienes una cara realmente interesante? Si no me encontrase tan mal, me gustaría retratarte con la cámara.

—Conozco tus fotos. Eres muy famoso.

—¿Pero...? —El sherpa no contestó—. En tu frase había un pero, Tenzing.

—Sabes fotografiar muy bien a las personas, pero cuando fotografías paisajes falta el alma.

—No sabía que también los paisajes tienen alma.

—Un alma no, muchas. Un alma para cada persona que los mira. Cuando los fotografías falta tu alma. Debes escuchar a la naturaleza, escuchar su voz. A los europeos os resulta muy difícil: para escuchar hay que estar callados.

—Okey, Tenzing, uno a cero a tu favor. ¿Algo más?

—Debes fotografiar los paisajes como a las personas, y a las personas como los paisajes.

—Te juro que no he entendido nada.

—Dentro de cada paisaje hay un alma, dentro de cada alma hay un paisaje. El paisaje en que la persona nace, crece, vive. La fotografía debe incluir todo eso.

—¿Sabes una cosa, Ten? Tú y yo tenemos que hablar más a menudo.

—Aquí dentro no —los advirtió Boroda.

—Ayyyy... —El fotógrafo se quejó de nuevo apretándose la barriga con las manos. Su cara se deformó en una mueca de dolor.

—¿Estás mal? —le preguntó Fiona inquieta.

—Yo... creo que sí. Tengo que salir.

—¿Es por la altura? —inquirió la mujer dirigiéndose al barón.

—No es el mal de montaña, pero las molestias intestinales son bastante frecuentes en Nepal. Nuestros organismos no están acostumbrados a las bacterias locales.

—Quizá ha sido el maldito té con leche de yak —susurró Iaan con un hilo de voz, a la vez que trataba de contenerse.

—El té nepalés bueno para las enfermedades. Si bebes té con leche de yak no te pones enfermo —aseguró Tenzing irritado.

—Tengo que salir. Dejadme pasar.

Con la ayuda de Fiona, Iaan se puso la chaqueta y las botas. A continuación se arrastró hasta la entrada.

—No te olvides de los crampones —le dijo Boroda en tono irónico.

—Espera. Te acompaño —propuso Leblanc.

Salieron.

Fiona no dejaba de rumiar sobre lo que acababa de descubrir. Hablaba al barón como si este fuese un álter ego de sí misma.

—Pese a todo, me cuesta creer que Michel abandonase a Jean-Pierre. Comprendo que pueda ocurrir entre desconocidos..., pero ¡ellos eran hermanos!

—Usted, señora Fiona, ¿ha conocido alguna vez a dos hermanos que se quieran de verdad? Los italianos tienen un dicho cómico. *Fratelli coltelli*, hermanos cuchillos, en pocas palabras. Lo dice todo, ¿no cree?

—¿Y por qué habría efectuado la escalada oblicua para aparecer al otro lado de la montaña?

—¡Era evidente que no podía volver para contar que había abandonado a Jean-Pierre! Un alud, el choque, la amnesia: ¿qué mejor coartada para callar la verdad? Sin contar, mi querida Fiona, que en este asunto hay otro detalle curioso...

Pero el barón no pudo concluir la frase. La tienda se abrió e Iaan asomó la cabeza. Junto a los copos de nieve un hedor espantoso invadió la tienda. El fotógrafo se reía.

—¿Tenéis un poco de champú? Disculpad si no es muy elegante, pero creo que he tenido un pequeño contratiempo en los retretes.

Que hubiese realmente un asesino

¡Los alpinistas como vosotros deberían quedarse en casa! —Boroda estaba iracundo—. Primero te olvidas los crampones y caes en una grieta, y ahora...

El kazajo se volvió hacia Iaan, que apretó los dientes para no soltar una carcajada. El fotógrafo se había encasquetado una bolsa de plástico en la cabeza, anudada a ambos lados. Parecía un gorro de baño enorme.

Pese a todo, a Fiona también le pareció divertido. Conocía a Iaan desde hacía mucho tiempo y sabía que era capaz de verse envuelto en las situaciones más increíbles. Gracias a su simpatía, sin embargo, salía siempre airoso.

—¿Cómo ha ocurrido? —le preguntó Fiona.

—Por culpa del mono.

Boroda puso los ojos en blanco y lanzó una imprecación en su idioma.

—¿Qué tiene que ver el mono?

—Me encontraba mal, como pudisteis ver. Me parecía tener dentro de la barriga un par de Krakatoa a punto de estallar. Así pues, con la ayuda de Michel me alejé un poco, pero la verdad es que no podía mantenerme en pie. A propósito: según parece, la tormenta de ahí fuera no tiene la menor intención de parar.

—Olvida la tormenta. ¿Y luego?

—Michel tuvo la amabilidad de dejarme solo para que no me sintiera incómodo. El retrete estaba libre, de manera que no perdí tiempo. El problema es que mi mono no tiene la cremallera detrás.

—Aficionados —susurró una vez más Boroda con desprecio.

—En fin, que solo pude bajar la mitad —prosiguió Iaan haciendo oídos sordos—. El frío era terrible. Enrollé con mucho cuidado el mono alrededor de los tobillos. No quería que se ensuciase.

—¿Y entonces? —lo apremió Fiona.

—Hice todo como debía. Me agaché y... he de reconocer que fue una gozada. Por fin me sentía mejor. Después me erguí y me subí la cremallera. Cuando estaba disfrutando de la tibieza de las plumas hice el último gesto fatal: me puse la capucha...

—Principiantes —silbó Anatoli.

—Por desgracia la capucha no estaba del todo vacía. Había cometido un pequeño error de puntería —concluyó Iaan riéndose de nuevo.

—Oye, fotógrafo de mierda —gruñó Boroda—, no tengo la menor intención de ahogarme con esta peste. Sal de aquí.

—Lamentablemente olvidé el champú en la maleta. Tendréis que soportarme en estas condiciones un poco más.

—Es una pequeña molestia, nada más —terció Fiona—. Con la bolsa en la cabeza casi no se nota el olor.

—El hielo secará todo —afirmó el barón—. El frío elimina los olores.

Leblanc y Tenzing habían ignorado el accidente. Parecía que no fuese con ellos. A Fiona, en cambio, le había sorprendido la reacción desproporcionada de Boroda: la índole del kazajo era imprevisible.

Para aplacar la tensión y, por encima de todo, para poder retomar el tema que realmente le interesaba, Fiona se dirigió a Von Reichlin. Iaan empezó a rebuscar en la mochila algo con que lavarse el pelo.

—¿Qué estabas diciendo antes de que Iaan diese el espectáculo? Dijiste que había un detalle curioso.

Leblanc hizo una mueca, pero permaneció en silencio.

—Bueno —prosiguió el barón—, según muchos de los informes que escribieron los oficiales nepaleses, pero también de acuerdo con los relatos de varios extranjeros, Michel llegó al pueblo en unas condiciones físicas de extrema debilidad. Cualquiera otro, en su lugar, habría muerto. Y, a saber cómo, había conseguido transportar su mochila.

—¿Y?

—Atada a ella había un piolet. Pero, y esto es lo extraño, no se trataba de su piolet, sino del de Jean-Pierre.

—Cómo es posible...

—Nadie lo sabe, Fiona. Nadie salvo él, claro está. ¿Qué sucedió hace diez años en esta montaña? ¿Por qué Michel regresó y Jean-Pierre no? ¿Por qué tenía Michel el piolet de su hermano? Pero, sobre todo: ¿llegó Jean-Pierre a la cima o no?

Al igual que una serpiente que ha engullido una presa demasiado grande, a Fiona le costaba digerir la información. Cuando había decidido viajar al Himalaya todo le parecía muy sencillo: debía encontrar el cadáver de Jean-Pierre Leblanc, sin más. Pero, a medida que el viaje avanzaba, las cosas parecían cada vez menos simples, cada vez más confusas...

—Michel —le preguntó en voz baja—, ¿qué sucedió ese día?

Leblanc sacudió la cabeza.

—No recuerdo nada, a excepción de algunas imágenes sueltas, carentes de significado. Solo sé que llegamos a la cima, Jean-Pierre y yo. Ésta es otra de las razones por las que he vuelto al Himalaya. Quizá aquí, en el Kinsoru, pueda recordar todo.

Michel bajó la mirada, como un culpable en la sala de un tribunal.

Fiona se sintió decepcionada. A pesar de sus arrebatos de locura, había sentido de inmediato una simpatía instintiva por ese hombre. Le había parecido sincero. Había deseado creerle desde el principio... No obstante, debía razonar. Von Reichlin odiaba

a Leblanc, pero lo que había contado era demasiado detallado y preciso para ser completamente falso. Ese día, hacía diez años, había ocurrido algo terrible en esa montaña. Pero ¿qué? Era ella la que debía descubrirlo: tenía ante sí los fragmentos que componían la verdad, pero no lograba encajarlos. Hans tenía razón: todo se aclararía cuando hallasen el cadáver.

—¿Qué estás haciendo?

De repente, Michel parecía haberse despertado de su ensimismamiento. Más que una pregunta había emitido un gruñido. Tenía los músculos del cuerpo tensos, listos para saltar en cualquier momento.

Fiona volvió la cabeza para comprobar a quién se había dirigido. A sus espaldas Iaan trajinaba con el piolet que había cogido de la mochila. Leblanc estaba enojado con él.

—¿Qué haces? —rugió de nuevo.

Antes de que alguien pudiese entender, cuando menos, lo que estaba ocurriendo, el francés se abalanzó sobre Iaan y lo tiró a un rincón. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Con violencia arrancó el piolet de las manos del fotógrafo y lo blandió con la derecha por encima de su cuerpo.

«Ya está», pensó Fiona. «Ahora lo matará».

Por un instante todos contuvieron el aliento, incapaces de reaccionar, dada la rapidez con que Leblanc se había movido. Después Michel, haciendo un auténtico esfuerzo para contenerse, bajó poco a poco la herramienta.

—El protector —dijo estremeciéndose—. El protector. —Agarró el protector rojo de goma, que se había caído al suelo sin que Iaan se diese cuenta, y con la meticulosidad de un cirujano lo puso en la punta del piolet. Tras asegurarse de que estaba bien colocado, se lo devolvió al fotógrafo—. Debes poner siempre el protector al piolet —le reprochó con acritud—. ¡Siempre! ¿Me has entendido?

Iaan asintió con un rápido ademán de la cabeza. Temeroso, alargó el brazo para recuperar la herramienta. Leblanc la dejó caer en sus manos.

El francés estaba completamente desfallecido. Parecía luchar con un demonio interior que no le daba tregua. Estaba a miles de kilómetros de ellos.

Sin decir nada, Leblanc abrió la tela de la tienda y salió.

Fiona e Iaan se miraron y, por primera vez, ella tomó en consideración la hipótesis de que allí, en la tienda donde estaba prisionera, hubiese realmente un asesino.

Se ha dado cuenta

Von Reichlin no lograba contener una sonrisa de complacencia.

—¿Qué les había dicho? Los diarios lo describieron como un héroe, pero lo cierto es que Leblanc es un hombre terrible. Mientras siga con nosotros estaremos en peligro.

Hasta tres días antes la frase le habría parecido ridícula, pero en esas circunstancias a Fiona no le pareció tan absurda. Ni la presencia del barón ni la de Tenzing bastaban para tranquilizarla. Quizá por primera vez en su vida sintió el impulso de escapar, solo que por el momento era imposible.

Al cabo de una hora la tienda se abrió de nuevo y Leblanc se asomó. Toda la tensión que antes reflejaba su rostro se había desvanecido y este había recuperado la serena determinación con la que había aparecido en el glaciar, cuando lo había divisado en medio de la tormenta.

—El viento se ha intensificado —dijo en tono aséptico—. Los tirantes no resistirán mucho. Si no los ajustamos, la tienda no tardará en salir volando.

Tenzing se dirigió a coger sus botas. Boroda alzó los ojos hacia Von Reichlin, que le devolvió una mirada de asentimiento. Acto seguido se levantaron a la vez.

—Te echaremos una mano —afirmó el barón—. No puedes hacerlo solo.

—Esperad, yo también iré —dijo Iaan a la vez que hacía amago de ponerse el mono.

—Tú no —le ordenó Fiona reteniéndolo por una manga—. Aún no estás bien. Podría ser peligroso.

Boroda, que estaba saliendo en ese instante, se volvió hacia ellos.

—Mamita tiene razón. Quédate aquí, bien calentito. Además, solo causarías más desastres.

Cuando se quedaron a solas, Iaan señaló al kazajo, que acababa de salir.

—Un tío simpático. Apuesto a que en el KGB lo usaban para asestar el golpe de gracia.

—Vigila —le intimó Fiona.

—¿Por qué?

—Porque quiero echar un vistazo por aquí.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Iaan alarmado—. No puedes ponerte a registrar con esos tipos ahí fuera, pueden entrar en cualquier momento. Si nos descubren se rifarán el honor de despellejarnos.

—Vamos, Iaan, no seas miedica.

—Un vietcong parecería un caballero al lado de ese..., del tal Boroda. Se me pone la piel de gallina cada vez que me mira.

—Haz lo que quieras. Yo empiezo a buscar.

Fiona se dirigió a la mochila de Leblanc. Iaan la observaba pasmado, incapaz de moverse.

—No querrás de verdad...

—¡Muévete!

El fotógrafo no se lo hizo repetir dos veces. Se arrastró hasta la entrada de la tienda y sacó la cabeza.

—Todo en orden —le dijo volviéndose—. Por el momento están ocupados con un palo. ¡Pero date prisa, te lo ruego!

Fiona no necesitaba que la animasen. Había abierto ya la mochila de Leblanc y estaba examinando su contenido. Ropa interior y calcetines de recambio, una brújula, un par de frontales, guantes de reserva, conservas alimentarias, un trozo de cuerda, clavos de hielo, *friends*, crampones, mosquetones, otros indumentos, la navaja multiusos con el mango rojo de la que Leblanc nunca se separaba..., nada interesante. La mochila de un alpinista corriente. Fiona volvió a meter todo en su sitio a toda velocidad y la cerró.

Faltaban los bolsillos laterales. Abrió el primero: un mapa de la zona, varias fotos de la montaña en las que aparecían trazadas las posibles vías de ascenso y una guía. Fiona lo cerró y abrió el del otro lado. Encontró una revista con varias páginas arrancadas. Las desdobló y esbozó una sonrisa de satisfacción. Era el mismo artículo que había leído hacía unos meses. El recorte hablaba del salvamento del alpinista indonesio y de lo que este había referido en el hospital: que allí, en algún lugar de la montaña, se encontraba el cadáver de Jean-Pierre Leblanc.

Fiona volvió a sonreír. De manera que estaban en lo cierto. Michel había viajado al Himalaya por la misma razón que ellos: encontrar el cuerpo de su hermano. ¿Para encontrarlo o para esconderlo? Tal vez Von Reichlin tuviese razón. Debía estar atenta.

—¡Date prisa! —le urgió Iaan en voz baja.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Fiona a la vez que cerraba el segundo bolsillo de la mochila.

—Están ajustando un tirante, pero no sé cuánto tiempo les llevará. ¡Date prisa!

Cuando la mujer periodista estaba a punto de poner en su sitio la mochila de Leblanc, notó un minúsculo bolsillo en la parte posterior. Abrió la cremallera y metió dos dedos. Dentro había algo parecido a un folio de papel, solo que más duro...

Una fotografía.

Se la acercó.

Una mujer. No muy joven, pero aún muy guapa. Pelo largo, negro. Ojos verdes. Una leve sonrisa, que resaltaban dos hoyuelos, y alguna que otra arruga no demasiado marcada. Una mirada inusual: a pesar de la sonrisa, la mujer tenía aire melancólico.

La fotografía estaba arrugada. Leblanc debía de llevarla allí desde hacía muchos

años. Fiona la miró fijamente, intrigada. ¿Quién era la mujer que tanta importancia tenía para Leblanc, hasta el punto de llevarla consigo a siete mil metros de cota?

—Han acabado. ¡Muévete! —le imploró Iaan.

De mala gana, Fiona volvió a poner la imagen en su sitio. Le habría gustado pedir a Iaan que la fotografiase, pero no tenían tiempo.

—¿Vuelven? —le preguntó.

Iaan asomó la cabeza.

—No. Se han puesto a trabajar con otro tirante. —Luego, al ver que la periodista se dirigía a las restantes mochilas, exclamó—: ¡Estás loca! Nos van a descubrir.

Fiona hizo caso omiso y abrió la mochila de Boroda.

—Te lo ruego —le suplicó el fotógrafo—, esa no. Al menos, no nos torturarán.

—Cállate y vigílalos.

La mujer hundió una mano en el interior de la mochila de Anatoli. Además de los indumentos y de las herramientas había varias botellas de gas. Profundizó y notó algo rígido y blando al mismo tiempo. Agarró el objeto y lo sacó.

Una caja.

Medicamentos.

Fiona leyó la composición.

Morfina.

Rebuscó de nuevo en la mochila y encontró más cajas, más fármacos.

Excitantes, analgésicos, opiáceos: la mochila de Boroda contenía una auténtica colección de estupefacientes.

—Mira esto —dijo a Iaan enseñándole las cajas.

Volvió a poner todo en su sitio. No le sorprendía demasiado. Sabía que parte de la historia del alpinismo se había escrito también gracias al uso de fármacos prohibidos. Cuando el cuerpo es un bloque de mármol que desoye las órdenes, o cuando el dolor se torna insoportable, un excitante o un analgésico son la manera más rápida de poder reemprender la subida. Porque lo único que cuenta es llegar a la cima.

—Okey, no hay moros en la costa —indicó Iaan aliviado al ver que Fiona ponía en su sitio la mochila de Boroda.

—¡No te muevas! Todavía debo echar un vistazo a la de Hans.

—Déjalo ya, te lo suplico. Piensa en mi madre.

—Tu madre murió hace cinco años.

—Precisamente: piensa que ahora podría sucederme lo mismo.

—Deja de protestar y vigila. Me daré prisa.

Iaan volvió a hacer guardia, inquieto. Fiona abrió la mochila de Von Reichlin. También en ella encontró ropa, una brújula, un altímetro, varios mapas, cuerdas y clavos. Pero esta vez sabía lo que estaba buscando. Y al final lo encontró en el fondo del saco.

El cuaderno. La extraña libreta encuadernada en piel que Hans tenía siempre al alcance de la mano y en la que escribía durante horas y horas.

Fiona sacó el lápiz que mantenía unidas las dos tapas y lo abrió. Las páginas estaban cubiertas con la caligrafía menuda y ordenada del barón: casi parecían escritas a máquina. La periodista lo hojeó a toda velocidad, pero, a excepción de las fechas, no comprendió nada. Caramba, no lo había pensado: el barón se expresaba con ellos en un inglés perfecto, apenas empañado por el eco de un acento. Ahora bien, cuando debía escribir lo hacía en su lengua madre, el alemán. Y ella no lo sabía.

La periodista pasó, una a una, las páginas de apuntes con la furia del que ha logrado rozar la solución del problema y se ve burlado en el último momento. Allí dentro podía estar oculta la explicación de la desaparición de Jean-Pierre, o la del odio que sentía Hans hacia Michel, pero ella no era capaz de descifrarla. Escudriñaba con resentimiento las largas palabras compuestas, típicas de la lengua, que le resultaban totalmente incomprensibles. Las similitudes con el inglés eran demasiado vagas como para entender algo.

Cuando llegó al final de la parte que estaba escrita, volvió a empezar desde el principio, resuelta a examinar también las primeras páginas, que se había saltado. En la cuarta o quinta hoja encontró algo que, por fin, pudo interpretar. Algo que jamás habría podido imaginar. Un nombre.

Fiona Simmons.

Y una fecha.

Katmandú, quince de noviembre de mil novecientos noventa y cuatro.

La periodista contuvo la respiración. No era una fecha cualquiera. A pesar de que había encontrado la coartada del periodismo, de una bonita historia que contar, de un misterio apasionante que, a buen seguro, atraería la atención de sus lectores, pese a todo ello Fiona, en el fondo de su corazón, sabía la verdad. Había cogido un avión en Londres, había viajado a bordo de un jeep durante tres días y luego en helicóptero durante cinco horas, había subido a siete mil metros y ahora estaba arriesgando su vida por una única razón. Esa fecha: Katmandú, quince de noviembre de mil novecientos noventa y cuatro. Ese día había acaecido lo que, diez años después, la había llevado hasta allí.

Hasta ese momento Fiona estaba convencida de que nadie más conocía su secreto. La nota del cuaderno, el nombre y los números escritos en medio de centenares de otras frases incomprensibles demostraban, en cambio, que el barón estaba al corriente de todo. Ella se sintió indefensa, como si alguien le hubiese arrancado el bañador en medio de una playa atestada de gente.

Hizo ademán de cerrar la libreta y en ese momento algo resbaló fuera de ella y planeó hasta el fondo de la tienda, donde cayó boca arriba. Lo recogió.

Una fotografía.

Fiona le dio la vuelta y se volvió a quedar atónita.

La imagen representaba a la misma mujer de la fotografía que había encontrado en la mochila de Leblanc.

No obstante, en este caso aparecía más joven, el pelo era más brillante, las tenues arrugas aún no habían aparecido en las comisuras de la boca y, sobre todo, los ojos no tenían aire melancólico. Aun así era indudable que se trataba de la misma mujer, fotografiada quince años antes de la otra imagen.

Fiona contempló la instantánea como si tuviese que robar la fórmula de una poción secreta.

—¡Date prisa, vienen hacia aquí! —Iaan se había vuelto de golpe hacia ella y la había sorprendido ensimismada, con el cuaderno abierto y la mirada extraviada—. ¿Qué estás haciendo? ¡Guárdala, por lo que más quieras!

Fiona se sobrepuso. Metió la fotografía dentro del cuaderno. A continuación intentó introducir el lápiz en los ojales, pero se le resbaló de los dedos y rodó al fondo de la tienda, a la parte más oscura. Se tumbó boca abajo, alargó una mano y la buscó a tientas. Iaan la miraba horrorizado.

—¡El barón está aquí!

El fotógrafo comprendió que Fiona no iba a poder arreglar todo a tiempo. Sin pensárselo dos veces se arrodilló y salió de la tienda.

Una vez fuera estuvo a punto de tropezar con Hans, que se inclinaba ya hacia la entrada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Von Reichlin con desconfianza a la vez que apartaba la cara para evitar el hedor que seguía emanando del pelo de Iaan—. ¿Otro ataque de gastroenteritis?

A sus espaldas estaba Boroda: el kazajo se movía siempre como si tuviese que proteger la retaguardia de su amo. Tenzing se encontraba algo más lejos, pero se detuvo en cuanto vio a Iaan. Leblanc seguía trajinando con uno de los tirantes, en medio de la tormenta.

—No, yo..., me gustaría hablar con usted.

Von Reichlin lo miró titubeante, sospechando la enésima broma. Pero el aire circunspecto del fotógrafo disipó su perplejidad.

—De acuerdo —respondió, y se volvió a la vez que con un ademán indicaba a Iaan que lo siguiese. El kazajo abrió la tela de la tienda.

—Con él también —dijo Iaan refiriéndose a Anatoli. Von Reichlin hizo una señal a su compañero, que cerró la tienda y se acercó a ellos.

Giraron alrededor del refugio y se dirigieron hacia el lado opuesto al lugar donde se encontraba Leblanc. Gracias a la tormenta, que arreciaba, era posible hablar sin que el alpinista francés no solo no pudiese comprender una palabra, sino que ni siquiera los pudiese oír.

—¿Y bien? —preguntó el barón casi gritando al oído de Iaan. El hecho de que el fotógrafo quisiese hablar con él de repente había picado tanto su vanidad como su curiosidad.

—El caso es que... —Iaan se demoraba. ¿Tendría tiempo Fiona de encontrar el lápiz, meterlo en el ojal de cuero y dejar todo en su sitio? No había pensado de antemano en lo que iba a decir al barón: se dejó llevar por la intuición.

—El caso es que... no me fío de ese hombre. —Alzó la barbilla en dirección a Leblanc, una sombra en la tormenta—. Tengo miedo —añadió—. Temo que pueda hacernos daño, a Fiona o a mí. Somos dos periodistas: los testigos más incómodos para una persona como él.

—No se preocupe. —El tono del barón era tranquilizador—. Anatoli y yo tenemos tantas ganas de averiguar la verdad como ustedes y, cuando llegue el momento, su presencia será preciosa para dar a conocer al mundo al verdadero Michel Leblanc.

—Pero la tormenta...

—No tema. Conozco bien estas montañas. Las tormentas pueden durar dos, tres, cuatro o incluso cinco días. Luego cesan con la misma rapidez con la que se han iniciado. La alta presión no tardará nada en llegar. Mañana o, como mucho, pasado mañana volveremos a disfrutar de buen tiempo.

—Pero Leblanc...

—Todo irá bien. —El barón había adoptado el tono propio de un jefe de expedición—. Tengo una idea para detenerlo.

—Yo...

—No puede hacer nada. Eliminarlos sería demasiado arriesgado incluso para él, sobre todo en presencia de dos testigos como Toli y yo. Nosotros nos encargaremos de encontrar el cuerpo de Jean-Pierre.

—Pero... —Iaan intentaba ganar tiempo desesperadamente.

—No hay por qué preocuparse. Toli sabe mantener a raya a quien sea, se lo garantizo. Y ahora volvamos.

Sin dar tiempo a Iaan a poner más objeciones, el barón se encaminó hacia la entrada de la tienda. Anatoli le dio alcance y Von Reichlin le susurró algo al oído. Iaan no tuvo más remedio que seguirlos. Leblanc aún estaba luchando contra el viento para arreglar un cable.

Al entrar en la tienda Iaan vio a Fiona tumbada al fondo, envuelta en el saco de dormir: dormía. O, al menos, fingía dormir. Boroda y Von Reichlin se quitaron las botas. Iaan echó una ojeada a las mochilas: estaban de nuevo en su posición original. Nada hacía sospechar que alguien las había tocado.

Así pues, se descalzó también y se arrastró hacia su saco de dormir. Apenas se metió en él la tienda se abrió y apareció la cabeza de Leblanc. El alpinista, que tenía

la barba y las cejas cubiertas de nieve, se deslizó dentro. Mientras empezaba a quitarse el mono algo llamó su atención. Se arrastró por la tienda en dirección a su mochila. Cogió algo del suelo y lo sopesó en una mano. En ese instante Iaan se percató de lo que era.

La navaja multiusos con el mango rojo.

Leblanc la metió en la mochila sin decir nada. Luego miró a Fiona, aparentemente dormida.

«Maldición», pensó Iaan. «Se ha dado cuenta».

Lo vi todo

Estoy harto.

Había pasado poco menos de una hora desde que habían salido para reforzar los anclajes de la tienda. Leblanc parecía dormitar. Boroda se incorporó.

—Estoy harto de estar aquí parado, esperando —gruñó el kazajo—. Se supone que hemos venido a hacer un trabajo, ¿no? Entonces ¡hagámoslo! No será un poco de viento lo que me lo impida.

—No me parece prudente, Toli —replicó el barón—. Quizá nos convenga esperar un poco más.

—¿Quieres estar al calorcito en compañía de la señora? Por mí no hay problema, Hans. Pero yo no aguanto más.

Sin añadir palabra, Boroda se calzó las botas, arrastró la mochila hasta la entrada y salió. El barón miró a Fiona cohibido.

—Digamos que... de vez en cuando Toli es un poco impulsivo. Pero no puedo permitir que vaya solo.

Con unos pocos movimientos Von Reichlin se puso el mono y se ató las botas. Fiona lo observaba, incrédula y encolerizada. Le costaba creer que Hans la estuviese abandonando en compañía de un hombre tan peligroso como Leblanc.

—Iré a buscarlo e intentaré hacerle razonar —explicó el barón antes de salir—. No se muevan. Es demasiado arriesgado, dada la cantidad de nieve fresca que ha caído. Tenzing se ocupará de ustedes hasta que volvamos. —Cuando hablaba ignoraba a Leblanc de manera ostentosa.

—Hans... —dijo Fiona. Pero no añadió nada más. Nunca había suplicado a un hombre y no estaba dispuesta a empezar a hacerlo en ese momento. El barón se despidió de ella con un ademán de la cabeza y salió.

La periodista se asomó al exterior. La tormenta había amainado. Tal vez Ten y Leblanc tuvieran razón: la última ventana de alta presión se estaba aproximando. La visibilidad era de varios centenares de metros. Boroda era un puntito minúsculo en la nieve. Avanzaba seguro y rápido por la extensión blanca. El barón lo seguía con parsimonia. Los dos hombres dejaban unas huellas profundas al andar.

—¿Qué hacemos, Ten?

A pesar de la confianza en sí misma que demostraba, Fiona necesitaba que la sostuviesen.

El sherpa se levantó en su rincón.

—No podemos salir. Demasiado peligroso.

Tenzing se envolvió en el saco. Cogió una cerilla y trató de encender el hornillo. La llama prendió al primer intento pero, al cabo de unos segundos, se apagó. El

sherpa probó una vez más, en vano.

—Botella agotada. Cogeré otra.

Hurgó en su mochila, igual que un oso mete una pata en la colmena en busca de miel. Pero no encontró nada.

—¿Qué sucede? —le preguntó Fiona, que había notado su expresión de perplejidad.

—Había dos botellas. Desaparecidas.

—¿No las habrás puesto en otro sitio?

Bastó un rápido registro de la tienda para constatar que no estaban allí.

—Yo debería tener una.

Leblanc había abierto por fin los ojos. Se volvió hacia su mochila y la abrió. Introdujo con decisión una mano: sabía de sobra dónde buscar. Pero la expresión de confianza no tardó en desaparecer de su rostro. Rebuscó al azar unos segundos.

—La mía también ha desaparecido.

Miró a Fiona con suspicacia. Ella le contestó molesta:

—Puedes buscar en mi mochila, si es eso lo que piensas. No la he cogido.

—Quizá te hayas equivocado —dijo Iaan.

Fiona cogió su mochila y volcó todo su contenido.

—Comprobadlo vosotros mismos.

Las botellas no estaban. Echaron un vistazo a las mochilas de Iaan y Tenzing. Nadie se fiaba ya de nadie. No encontraron las botellas. Quedarse sin gas a esa cota significaba la muerte.

—Voy a buscarlos —anunció Leblanc.

Se vistió en unos segundos. Metió los pies dentro de las cubiertas congeladas de las botas hasta que cedieron. Fiona seguía sin entender lo que había sucedido. Antes de que pudiese llegar a una conclusión, el francés estaba preparado.

—No te preocupes. Suceda lo que suceda, Ten es capaz de arreglárselas —dijo antes de desaparecer.

Nada más salir examinó las huellas que habían dejado Boroda y Von Reichlin. Eran muy profundas. En algunos puntos el kazajo se había hundido hasta la ingle. Andar en esas condiciones era muy fatigoso para el que iba abriendo el camino: así pues, no tardaría mucho en darles alcance.

Caminaba a buen paso y el esfuerzo le ayudaba a aplacar la crispación que sentía. Si hubiese llegado enseguida al lado del barón y del kazajo no habría podido controlarse.

Las huellas dibujaban una línea que partía en dos el glaciar. Se encontraban en una suerte de meseta denominada el Cerro: la última parada para los que intentaban llegar a la cima. Leblanc conocía la zona como la palma de su mano. Sabía que en el fondo del Cerro se abría un abismo de casi dos mil metros, prácticamente vertical.

Tras alcanzar la cumbre solo se podía seguir en dos direcciones: había que decidir entre subir o bajar. En los bordes de la montaña no había el compromiso: mientras se ascendía por los peldaños escalados en el hielo se caminaba con la muerte al lado. Un solo error suponía el final de todo. Muchos alpinistas llamaban con desprecio a los escaladores del Himalaya los «pisoteadores de nieve» y a las vías de ascenso «pistas de yak», dada su aparente facilidad. No hacía falta ser muy hábil para escalar el Himalaya: hasta la gente más inexperta podía subir a lo alto de un ochomil. Lo que hacía que la empresa resultase desesperada eran las condiciones físicas. El campamento base estaba más alto que la cima del Monte Blanco. Era imposible distraerse durante los miles de pasos que había que dar para llegar a la cima. Si uno no quería perder la esperanza de regresar con vida debía mantener la concentración del principio al final. Leblanc estaba acostumbrado a esa tensión constante, su cerebro parecía desdoblarse. Por una parte reflexionaba sobre lo que había ocurrido con Hans, Boroda, Fiona y Svarbard, a la vez que trataba de tomar la decisión más conveniente. Por otra, seguía el rastro sopesando el peligro a cada instante.

Al cabo de una decena de minutos divisó a los otros. El barón y Boroda se habían reunido y se dirigían al borde del Cerro. Cuando llegasen allí enfilaban con toda seguridad la vía del ascenso: el cuerpo que había visto el indonesio se encontraba a una cota superior.

Leblanc aceleró el ritmo sin aparente esfuerzo. Quienes lo habían visto durante un ascenso se habían quedado impresionados por la velocidad a la que caminaba. Lo divisaban en el fondo del valle y en unos minutos lo tenían a su lado. Los superaba a un ritmo espantoso, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecía en lo alto, detrás de una cornisa de nieve. Nadie era tan rápido como él, con o sin oxígeno.

Las figuras del barón y del kazajo se agrandaban deprisa. Leblanc podía distinguir ya los detalles de las chaquetas, las gafas, los lazos azules de los crampones. Acababan de embocar la vía de ascenso. Como atraídos por su mirada, los dos se volvieron casi a la vez y lo vieron. Tras confabular unos segundos, se detuvieron a esperarlo.

«Bien», pensó Leblanc. No tenía ganas de agotarse con una persecución inútil, en parte porque Tenzing tenía razón: el tiempo no tardaría en empeorar. Leblanc conocía muy bien esas montañas: la forma de las nubes que las rozaban y la cota a la que se habían estancado no auguraban nada bueno. Los alpinistas las llamaban los «gatos»: si bien eran socarronas y permanecían inmóviles, en realidad solo aguardaban el momento de lanzarse al ataque. La alta presión aún no había llegado.

—¿Nos hemos olvidado de algo? —preguntó el barón apenas Michel estuvo delante de ellos.

—De dejar las botellas de gas.

El barón pareció sorprenderse.

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes de sobra. Habéis cogido todas las botellas de gas.

Von Reichlin se volvió hacia Boroda.

—¿Es cierto?

El kazajo sonrió con aire de escarnio.

—A fin de cuentas tienen pensado bajar, ¿no? Nosotros las necesitamos más.

El barón se volvió hacia Leblanc.

—Te aseguro que no sabía nada.

—Me importan un carajo tus aseguramientos. Dadme las botellas, luego podéis iros al infierno.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó el kazajo con la misma sonrisa.

Leblanc no contestó. Sin dar tiempo al otro a reaccionar le dio un puñetazo en la barriga. Pero la mano enguantada se hundió en la chaqueta de plumas de Boroda y no le hizo daño. Éste, que no se esperaba el ataque, vaciló más por la sorpresa que por el golpe. El francés aferró con rapidez el pie en que se apoyaba Anatoli a la vez que lo empujaba con una mano. Boroda perdió el equilibrio y cayó rodando al precipicio que estaba justo debajo de ellos. En el último momento, sin embargo, alargó su desmesurado brazo y logró agarrar el anorak de Leblanc. El francés trató de resistir, pero el peso del kazajo lo arrastró. Con los cuerpos enredados en la lucha empezaron a rodar por la pendiente, en dirección al Cerro.

El barón corrió en pos de ellos, bajó dando largos saltos. Boroda y Leblanc rodaban cada vez más rápido, cada vez más lejos, envueltos en una nube de nieve en polvo que impedía verlos. El desnivel desapareció. Frenaron antes de pararse del todo. Von Reichlin se detuvo a observar la figura que formaban los dos hombres pegados. Por un instante se quedaron quietos. Luego un puntito se separó y se puso de pie, en tanto que el otro seguía en el suelo. El barón forzó la vista. Se quitó incluso las gafas de glaciar. En vano: no lograba comprender quién era el hombre que se había levantado y quién se había desmayado.

Se paró, titubeante. Boroda era mucho más robusto y fuerte que Leblanc, no podía sucumbir, por descontado. Pero... ¿y si por casualidad hubiese sobrevivido el francés? El barón miró hacia arriba, a sus espaldas. No podía continuar. Solo jamás lograría encontrar el cadáver y bajarlo. Así pues, no le quedaba más remedio que descender y confiar en la suerte.

A medida que se iba acercando a las figuras intentaba identificarlas. Todas sus esperanzas radicaban en saber quién había salido ileso. Diez años de espera podían desvanecerse en unos segundos. Observó de nuevo al hombre que estaba de pie y al que yacía en la nieve..., pero así, a contraluz, con la reverberación cegadora del glaciar, resultaba imposible saber quién se había salvado, Toli o Leblanc.

Se acercó a ellos poco a poco.

—Vamos, Hans. Tu amigo necesita ayuda.

Oyó la voz antes de distinguir la cara. Una vez más ese maldito había conseguido salir bien parado.

El barón recorrió la distancia que los separaba. Boroda yacía en el suelo, desmayado. Leblanc estaba de pie con las manos apoyadas en los costados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Von Reichlin.

El francés se inclinó sobre Anatoli y le alzó la cabeza. Acto seguido se volvió hacia el barón.

—Mira. —Volvió a levantar la cabeza de Boroda: justo bajo la nuca sobresalía un cilindro de metal—. Ha tenido mala suerte —comentó—. Se ha golpeado la cabeza con una botella de oxígeno abandonada.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Es tu amigo, ¿no? Piénsalo tú.

—Solo no puedo hacer nada.

Sin contestarle, Leblanc se inclinó sobre el kazajo. Sacó una cuerda de la mochila y le ató las manos sobre la barriga. Boroda parecía una momia.

—Coge una pierna, yo agarraré la otra. Juntos deberíamos lograrlo.

—¿Estás bromeando? Toli pesa más de cien kilos.

—En ese caso llama a una ambulancia.

Von Reichlin observó el corpachón inmóvil del kazajo. Michel tenía razón: era lo único que podían hacer.

Se inclinó para coger la bota derecha de Boroda. Levantó la pierna y se la colocó bajo la axila izquierda. Mientras tanto Leblanc hacía lo mismo al otro lado. Tiraron juntos y el cuerpo se movió dejando tras de sí un largo rastro en la nieve. Fue menos fatigoso de lo que temían. El anorak resbalaba sin oponer resistencia y el peso de Boroda, distribuido de esa forma, no resultaba excesivo. Parecían dos yaks arrastrando un trineo nepalés, pensó el barón en un arranque de humor negro.

Cuando, dos horas más tarde, llegaron a la tienda, estaban agotados. Los oídos les zumbaban debido al esfuerzo y tenían el estómago contraído por la náusea. Fiona, que había hecho guardia durante todo ese tiempo, les salió al encuentro.

—¿Qué ha sucedido?

—Exceso de oxígeno —respondió Leblanc.

Ayudados por Tenzing y por Iaan, lograron arrastrar a Boroda dentro de la tienda. Lo metieron en el saco de dormir y, jadeantes, se dejaron caer al suelo. A esa altitud un esfuerzo semejante podía ser mortífero.

Mientras tanto las nubes se habían vuelto a adensar. El viento arreció de nuevo. Las ráfagas golpeaban la tienda tensándola e hinchándola. La tormenta reiniciaba con más fuerza que antes. Tenzing echó un vistazo al exterior; después cerró la cremallera de la entrada con aire fatalista. Se volvió hacia Fiona.

—En mi valle dicen: «¿Adónde va el viento cuando no sopla?».

Fiona preparó el té. Valiéndose de una cuchara lo vertió gota a gota en la boca de Boroda. La bebida caliente y el azúcar causaron efecto. Al cabo de media hora el kazajo reabrió los ojos. Los miró alucinado.

—¿Dónde estoy?

Miraba en derredor, sin reconocer la tienda, y puede que tampoco a ellos. El barón se aproximó a él.

—Tranquilo, Toli. Solo te has dado un golpe en la cabeza.

De improviso, Boroda pareció recuperar la memoria de lo que había acaecido, como si alguien le hubiese tirado en el cerebro un pozal de recuerdos.

Torció el cuello hasta que identificó a Leblanc. Dobló la boca en una mueca.

—Aquí está n... —No pudo acabar la frase, un acceso de tos lo interrumpió. Fiona le levantó la cabeza y le ofreció una cucharada de té. El kazajo bebió y se mojó los labios con la lengua—. Nuestro héroe.

—No te esfuerces en hablar —le advirtió Fiona, pero él no le hizo caso.

—Michel Leblanc, la leyenda del alpinismo mundial... —Volvió a toser—. Puedes engañar a todos los presentes, salvo a mí. —El francés se hacía el sordo. Se volvió hacia el otro lado dándole la espalda—. Te repugno, ¿eh, gran hombre? —Boroda trataba de gritar, pero la voz se le quebraba en la garganta—. Pero ahora tendrás que escucharme, tanto si quieres como si no. Porque yo sé la verdad. Ese día estaba presente. Lo vi todo.

Los hombres te castigarán

¿Qué es eso de que lo viste todo?

El barón se abalanzó sobre Anatoli. Lo aferró por la pechera del forro polar y le sacudió la cabeza. El gigantesco kazajo no tenía fuerzas para defenderse. Fiona intervino.

—Déjalo. ¿No ves que está mal?

—Apártate, Fiona, no es asunto tuyo.

En el ímpetu, el barón la había tuteado.

Boroda había perdido el conocimiento. La mujer cogió un puñado de nieve y se la restregó por la frente. El kazajo volvió en sí. Von Reichlin apenas podía contener la rabia.

—Hace ocho años que trabajas para mí. ¿Por qué no me habías dicho nada?

Anatoli esbozó una sonrisa forzada.

—Me daba igual. No soportaba al capullo de Jean-Pierre, él y sus delirios de grandeza. Nos consideraba moscas en un pedazo de mierda. El único alpinista de verdad era él... a ti también, Michel: en su opinión no eras más que un pobre gilipollas. —Leblanc permaneció echado con los ojos cerrados—. Un día nos dimos una buena tunda... —Boroda se interrumpió para inspirar. Seguía mirando alucinado—. Fue en Katmandú. Me pilló por sorpresa, por la espalda... Acabé en el hospital. Querido Michel, tu hermano era un auténtico cabrón...

Se rio entre dientes, como si la cosa le pareciese divertida.

—¿Y luego? —insistió Von Reichlin—. ¿Por qué no has dicho una palabra hasta hoy?

—Leblanc me importaba un carajo, ¿comprendes? ¿Michel había dejado morir a su hermano? ¡Fantástico! Jean-Pierre se lo merecía. Durante estos años Michel ha tenido toda mi simpatía. Tuvo el valor de hacer lo que debería haber hecho yo hace muchos años.

Fiona le preguntó:

—¿Por qué lo odiabas?

Boroda cerró los ojos haciendo acopio de todas sus fuerzas para contestar.

—Era él el que me odiaba a mí.

En la tienda se instaló el silencio, punteado por las violentas ráfagas de viento. Von Reichlin no estaba satisfecho.

—Vamos, cuenta. ¿Qué viste?

—Ese día me encontraba en otra montaña. La inspeccionaba para una expedición. Estaba a unos seis mil quinientos metros. Era un día estupendo... —Anatoli se paró y tosió. Fiona tuvo que intervenir de nuevo, haciéndole beber cuatro o cinco cucharadas

de té, para que pudiese continuar—. La visibilidad era perfecta. El viento había barrido el cielo, se podían distinguir las montañas hasta donde alcanzaba la vista... El Dhaulagiri, el Manaslu, el Annapurna..., la claridad era total. Pues bien, me paro a descansar en un resalte y cojo los prismáticos. No es fácil que se produzcan días como ese en el Himalaya...

—Un momento —lo interrumpió Fiona—. Hans, ¿no dijiste que las previsiones del tiempo para ese día eran pésimas?

—Las previsiones sí..., pero no siempre aciertan. Aquí el tiempo es muy variable.

—Sigue, Toli. Cogiste los prismáticos ¿y...?

—Los enfoqué hacia el Kinsoru; estudiaba la vía de salida para otra expedición en la que, tal vez, iba a participar más tarde. Y lo vi.

—¿A quién?

—A él, a Michel.

En ese momento sucedió algo del todo inesperado. Tenzing saltó como un muelle desde el rincón en el que estaba acurrucado. Era tan menudo que podía ponerse de pie en el interior de la tienda. Se arrojó sobre Boroda como si pretendiese agredirlo.

—Tú... ¿qué hiciste?

Temblaba horrorizado. Ni Fiona ni Leblanc lo habían visto nunca en ese estado. El sherpa había perdido los estribos.

Tenzing alargó una mano hacia el cuello de Boroda. Von Reichlin hizo amago de intervenir, pero el sherpa recuperó el control. Bajó poco a poco los brazos, temblando.

Boroda sonrió complacido.

—¿Qué pasa, ojos de almendra? ¿Te ha sentado mal la leche de yak?

—Tú..., tú... —El sherpa temblaba de indignación.

—Dadle un calmante al salvaje, no quisiera que le diese un ataque.

Un acceso de tos le impidió hablar. Le llevó unos minutos recuperar la respiración normal. Entretanto Tenzing se había encerrado en una cúpula de silencio. Se había retirado al fondo de la tienda y no había vuelto a pronunciar una sola palabra. Fiona se prometió que indagaría sobre el motivo de esa reacción tan alterada. Más tarde. Lo único que le interesaba en ese instante era lo que el kazajo tuviera que decir.

—Entonces, Toli, acaba tu historia. Parece interesante —lo animó el barón.

—Vi a Michel a una cota un poco por debajo de los ocho mil doscientos. Lo reconocí enseguida. Tiene una forma inconfundible de andar... Rápido. Muy rápido. Reconocí la chaqueta, la mochila, el mensaje del patrocinador. No llevaba el oxígeno. Era él.

—Y... ¿qué más?

—Estaba solo. Jean-Pierre no iba con él.

—¿Estás seguro?

—Lo observé durante algo más de una hora. Michel avanzaba a toda prisa hacia la cumbre. No había nadie más. Ni delante ni detrás de él. Estaba solo en esa pared.

—¡Mientes! —Leblanc se había sobrepuesto de su aparente torpor y se volvió de golpe hacia Boroda. Apretaba la mandíbula rabioso—. Estás contando una sarta de mentiras. Quieres vengarte de lo que sucedió hace un rato.

—Ya tendré tiempo de vengarme. Lamentarás todo. Pero esta es la verdad... —Tosió—. He decidido contarla porque eres tan capullo como tu hermano. No te mereces nada.

Leblanc se dirigió a los demás.

—Se ha dado un golpe en la cabeza. No sabe lo que dice.

—A mí me parece muy lúcido —estimó el barón—. Y, en el fondo, no ha hecho sino confirmar lo que demostrará el cadáver cuando lo encontremos. Tu hermano murió en este lado de la montaña. Jamás llegó a la cima. Durante todos estos años no has hecho más que mentir.

Fiona observaba a Michel en silencio. Le habría gustado que el alpinista reaccionase, que proclamase su inocencia, que se echase a gritar, a imprecicar, a amenazar, a prometer. En cambio, Leblanc parecía ser presa de una furia impotente. La rabia del culpable.

—¿Tú también, Fiona? ¿Tú también le crees? —La periodista le devolvió la mirada sin contestarle. Michel bajó los ojos—. En ese caso...

Recogió sus cosas y las metió en la mochila. Se puso la chaqueta y las botas. Abrió la tienda y una ráfaga de viento lo embistió, la caricia de un gigante.

Salir con ese tiempo era un suicidio. Ni siquiera Leblanc podía sobrevivir solo a una tormenta de ese tipo. Pero nadie intervino. Parecían paralizados.

Michel se ató la capucha, encendió la frontal y desapareció en la tormenta. Nadie dijo nada. Sentían una mezcla de alivio y culpa. El único que no había perdido la fuerza para hablar era Tenzing. Balanceaba la cabeza a la vez que emitía una especie de lamento continuo, como si recitase un mantra. De repente apuntó con un dedo a Boroda.

—Has cometido grave sacrilegio. No sé si existe un dios de la montaña, pero incluso si no es así los hombres te castigarán.

Maté a mi hermano

No podemos abandonarlo ahí fuera.

Leblanc había salido hacía más de una hora y durante todo ese tiempo la periodista había permanecido junto a la entrada de la tienda. De cuando en cuando echaba un vistazo al exterior, angustiada.

—Podría morir. No queda mucho tiempo de luz.

—No conoces a Leblanc. Ese hombre es un demonio, es peor que Fantomas. Sería capaz de sobrevivir al infierno.

—Él se ha ido. Tú, en cambio, sigues aquí —espetó ella en tono acusatorio.

—Lo hago por vosotros.

—Supongo que también robaste las botellas de gas para hacernos un favor.

—Fiona, cómo puedes pensar... —dijo el barón en tono indignado—. Te juro que no sabía nada.

Von Reichlin señaló a Boroda. El kazajo estaba dentro del saco de dormir, con la frente perlada de sudor, a pesar del frío. Tenía los ojos entornados. Por la boca abierta, seca, salían fragmentos de frases carentes de sentido.

—Jean-Pierre, menudo cabrón..., te enseñé todo... Michel..., no lo entiendes..., yo quería ayudarlo... No podía más... Michel..., piensa en tu padre...

Profería una letanía alucinada, interminable. Nadie le prestaba atención. Fiona se encogió de hombros.

—Está mal. Hay que buscar un médico.

—¿Dónde? Nunca lograremos transportarlo hasta el campamento base y con esta tormenta nadie puede llegar hasta aquí. Solo podemos esperar a que la radio vuelva a transmitir.

—No podemos dejar a Michel ahí fuera.

—Quizá haya bajado ya.

—Sabes de sobra que no es así. Quiere encontrar el cadáver como sea.

—Incluso en el caso de que lo encuentre, con estas condiciones no podrá hacer mucho.

—Tú has dicho que quiere esconderlo, no recuperarlo.

—¿Qué crees que puede hacer? ¿Cavar un agujero en la nieve y enterrarlo? Lo encontraríamos de todas formas al cabo de unos días. ¿Tirarlo por un precipicio? No podrá hacerlo solo. Con este viento apenas si se puede caminar. Mientras siga la tormenta no tenemos nada que temer.

Permanecieron en silencio, absortos en sus pensamientos. Iaan dormía y Boroda desgranaba de vez en cuando un rosario de recriminaciones, insultos e improperios. Luego se hundía en una suerte de sueño febril.

De repente, Fiona se incorporó.

—No puedo más. Voy a buscarlo.

El sherpa se movió de inmediato.

—Tú no puedes hacerlo. Iré yo.

—Iremos juntos, Ten. Si quiere, Hans puede ayudarnos también.

El barón negó con la cabeza.

—Me quedaré con Toli. No pienso poner en peligro su vida por ir a buscar a Leblanc. Por mí puede morir congelado. Que se vaya al infierno.

Ten se preparó para salir, al igual que Fiona. El sherpa insistió para que la periodista se quedara en la tienda, pero esta no se daba por aludida.

—Yo tengo la culpa de que Michel se haya marchado. De manera que ahora me corresponde ir a buscarlo.

—Demasiado peligroso, demasiado peligroso... —repetía el sherpa—. Demasiado esfuerzo para ti.

Pero Fiona, testaruda, no daba su brazo a torcer. Abrió la tienda, asomó el busto y una pierna y se levantó en medio de la tormenta de nieve, que la sacudía por todas partes.

Hizo ademán de enderezarse... y tropezó con una cosa blanda.

Alzó la cabeza.

Michel.

Había vuelto.

Leblanc la empujó dentro de la tienda y entró inmediatamente después.

El barón enmudeció.

Leblanc se quitó la capucha y las gafas, que estaban incrustadas de hielo.

Su cara, que expresaba una profunda turbación, quedó a la vista. Tenía las facciones tensas y los ojos enrojecidos. Casi no podía hablar, se había quedado ronco.

—Tenéis razón. —Al cabo de unos segundos añadió—: Yo maté a mi hermano.

La causa no era el frío

¡Ah, por fin! —Von Reichlin estaba radiante de satisfacción. Había esperado diez años para saborear ese momento—. Por fin... —repitió.

Pero Leblanc no le hacía caso. Le daba igual que su enemigo hubiese vencido. Hablaba dirigiéndose exclusivamente a Fiona, que lo observaba atónita.

—Mataste a tu hermano...

Leblanc se quitó el plumífero. Se movía como si fuese un sonámbulo, mirando fijamente hacia delante.

—Lo maté. No puedo ocultarlo más.

—Dijiste que no te acordabas de nada...

El barón se volvió hacia ella, sobreexcitado.

—Una mentira detrás de otra, ¿aún no lo has entendido? —Luego se dirigió a Leblanc—: ¿Qué ocurrió esa noche?

Parecía un comisario de policía a punto de arrancar una confesión. Leblanc ni siquiera oyó su pregunta. Hablaba siguiendo su propio impulso.

—Me desperté a eso de las dos de la madrugada. Casi nunca me sucede. En alta cota duermo sin mayor problema, pero esa noche presentía que iba a ocurrir algo. Estaba inquieto. Abrí los ojos. Todo se hallaba oscuro y silencioso y, sin embargo, sentía que algo había ocurrido. No sabía qué, pero sí que había ocurrido. Hans dormía tranquilo en la tienda... —Hablaba del barón como si este no estuviese presente—. Salí del saco de dormir y luego de la tienda. Era una noche espléndida, había una miríada de estrellas por encima de nuestras cabezas. Ni el menor asomo de viento. Las condiciones ideales para tratar de llegar a la cima, a pesar de que el cohete que habían disparado la noche anterior desde el campamento base anunciaba mal tiempo... Quizá pueda conseguirlo, pensé. Corrí a la tienda de Jean-Pierre para despertarlo y encontré su saco de dormir vacío. —Leblanc se detuvo, como si esperara a que Fiona visualizase la escena: el saco de dormir vacío, su desasosiego—. Pensé que Jean-Pierre había intuido el buen tiempo antes que yo y que había decidido intentar alcanzar la cumbre. ¿Por qué no me había dicho nada? Me sentía decepcionado, enfadado. En esa época la relación que nos unía era serena... En cualquier caso, pensé que, por suerte, me había dado cuenta casi enseguida y que me iba a dar tiempo a alcanzarlo. Volví a mi tienda, me vestí, saqué de la mochila todo lo que no era indispensable para poder caminar lo más ligero posible y partí. De inmediato encontré las huellas de Jean-Pierre. Dado que había trazado el camino, podía andar más rápido que él. Estaba seguro de que en una hora, más o menos, vería la luz de su frontal. Llevaba media hora andando cuando... —El barón contuvo una sonrisa de satisfacción. Leblanc prosiguió—: Cuando me di cuenta de que detrás de

mí, algo más abajo, había otro alpinista. ¿Quién podía ser? Alguien del campamento que había notado nuestra ausencia y quería reunirse con nosotros. La presencia de un tercer compañero podía ser útil, así que frené el ritmo para que me pudiese alcanzar. Por desgracia, como sabes, era Hans.

—Sí, por desgracia —comentó Von Reichlin riéndose sarcásticamente.

—Me dijo que Jean-Pierre no se encontraba bien, que no lo conseguiríamos, que intentarlo era una locura. Pretendía que regresásemos, pero lo único que le preocupaba de verdad era que Jean-Pierre y yo pudiésemos llegar a la cumbre los primeros. La expedición había sido organizada de forma que pareciese un triunfo del alpinismo austriaco y nosotros le estábamos arruinando el plan. Lo mandé al infierno y seguí adelante siguiendo las huellas de Jean-Pierre. Al cabo de media hora lo alcancé. —Leblanc hizo acopio de valor para continuar. Fiona lo escuchaba conteniendo la respiración; se encontraba al borde de una revelación que podía remediar diez años de remordimientos. Había olvidado que era periodista—. Cuando lo divisé comprendí que se hallaba al límite de sus fuerzas. Los días anteriores había estado mal y subir de cota no había hecho sino empeorar sus condiciones. Aun así tenía intención de seguir. Ya no quedaba mucho. Unos trescientos o cuatrocientos metros. Le pregunté si creía que podía lograrlo y me contestó que sí. Nos atamos y seguimos juntos, un paso tras otro. Con extrema lentitud. El sol estaba ya alto, lo peor parecía haber pasado, pero, de improviso, resbalamos. No sé si fue culpa de Jean-Pierre o mía. A esa altura es difícil darse cuenta de lo que ocurre. Caímos por una pendiente muy pronunciada: debíamos pararnos como fuese o acabaríamos destrozados. Jean-Pierre consiguió darse la vuelta y clavó un piolet en el hielo, pero el contragolpe fue tan violento que se le resbaló de la mano. Seguimos deslizándonos, ya no entendía nada, lo único que sentía era el hielo, que me arañaba la cara; la nieve, que me impedía ver; las sacudidas eran extremadamente rápidas... ¡Pam! Algo me detuvo de golpe. En cuanto abrí los ojos vi a Jean-Pierre a mi lado, rodando hacia la boca de una grieta. Le tendí una mano de manera instintiva y, de milagro, alcancé la suya. La apreté con fuerza, pero lo único que quedó en mis dedos fue su guante. Incapaz de reaccionar, vi cómo caía en la grieta. En una fracción de segundo clavé el piolet en la nieve, me aferré a él y esperé a que se produjese el contragolpe, preparado para amortiguarlo. Resistí el tirón de la cuerda y logré soportar el peso de Jean-Pierre. Antes, sin embargo, até la cuerda al piolet, hundí un clavo en el hielo y la fijé. Me asomé a la grieta. Jean-Pierre se balanceaba en el vacío, unos veinte metros más abajo. Sonreía. —«Sonreía», repitió Leblanc para sus adentros. «Sonreía»—. No podía hacer una polea para tirarlo hacia arriba: con las prisas por partir la había olvidado. Tampoco había cogido los jumares. Qué estúpido... Cuando estaba a punto de decírselo, Jean-Pierre se adelantó: «No te preocupes, hermano», me dijo, «subiré con los prusik».

—¿Los prusik? —preguntó Iaan.

—Son unos nudos especiales que sirven para fijar dos cordeles a la cuerda que te sujeta. Formas un pedal, metes el pie, luego el otro y subes poco a poco. Es una maniobra de emergencia.

—¿Y después? —remachó Fiona, irritada por la interrupción.

—Le dije que lo esperaría, pero él sacudió la cabeza. «No quedan muchas horas de luz. Si no pierdes tiempo puedes conseguirlo. Me las arreglaré solo». Lo miré durante unos minutos, incapaz de tomar una decisión. Él volvió a sonreír y me dijo: «Vete, hermano, vete».

Fiona miró a Leblanc horrorizada.

—Y tú... ¿qué hiciste?

Leblanc desvió la mirada.

—Cogí la mochila y me marché.

Fiona sintió el impulso de alejarse como si hubiese visto una serpiente en un sendero de montaña. Von Reichlin estaba satisfecho, pero no escandalizado. Había escuchado muchas historias similares.

—En ese momento solo tenía dos elecciones —continuó Leblanc sin mirar a Fiona—. Podía bajar al campamento para pedir auxilio y volver a ayudar a mi hermano o...

—O seguir solo —concluyó el barón con aire triunfal—. Y eso fue lo que hiciste, ¿verdad, Michel? El sol aún estaba alto, te quedaban unas cuantas horas de luz. Solo faltaban cuatrocientos metros para llegar a la cima, tal vez trescientos. Uno como tú podía lograrlo en tres horas, quizá menos. Tenías la posibilidad de subir a la cumbre, volver a bajar y, en caso de que todavía tuviese necesidad, ayudar a tu hermano. A saber cuándo se volverían a dar las condiciones atmosféricas de ese día: quizá nunca, durante el resto de la temporada. Era el momento justo y debías aprovecharlo para hacer tu entrada triunfal en la historia del alpinismo. ¿Qué riesgo corrías? Tu hermano podía salir solo gracias a los prusik. En el fondo, no era tan grave.

—¡Él estaba de acuerdo! —protestó Leblanc—. Cuando me dijo «Vete, hermano», era consciente de lo que decía. Sería una victoria para mí, pero también para él. Así pues, le di mi piolet, porque había perdido el suyo. Lo recuperé subiendo a la cima. Empecé a trepar a un ritmo infernal, quería acabar lo antes posible.

—Y Toli te vio en ese tramo.

—Creo que sí. Tardé menos de tres horas en llegar. Había perdido la cámara fotográfica durante la caída, de manera que dejé dos guantes como prueba. El mío y el de Jean-Pierre. Como si él hubiese subido también. Se lo debía. No me paré ni siquiera un minuto, volví a toda prisa resbalando por la nieve. Pero, cuando llegué a la grieta... —Michel no tenía valor para continuar. Los otros permanecieron callados. Fiona estaba petrificada por el horror, en tanto que el barón saboreaba la victoria.

Tenzing se mostraba inescrutable, como de costumbre, e Iaan hacía lo que corresponde a un fotógrafo: observar—. Las huellas indicaban con toda claridad que Jean-Pierre había conseguido salir del agujero, pero, en lugar de dirigirse hacia abajo, hacia el campamento, sus pisadas revelaban que había reiniciado el ascenso. Sin embargo, no me había cruzado con él —concluyó Michel en tono grave.

—¿Qué hiciste?

—Seguí sus huellas, por supuesto. Había enfilado una vía de ascenso distinta de la mía, quizá pensaba que con ello ganaría tiempo. Estaba exhausto, pero aun así encontré la fuerza que necesitaba para volver a subir la montaña. El sol se estaba poniendo y, al final... —Hizo una pausa mientras la imagen revivía en su mente—. Vi el rastro de un alud. Con una nitidez absoluta. Las huellas de Jean-Pierre desaparecían de repente. Era evidente lo que había ocurrido. Lo llamé gritando como un loco. Incluso excavé en varios puntos con la pala con la esperanza de encontrarlo. Pero era inútil y yo estaba desfallecido, destrozado.

—¿Y luego? —insistió Fiona, que había recuperado el control de sus sentimientos.

—¿Qué podía hacer? ¿Regresar y contar que había abandonado a mi hermano? Perdí la cabeza. Lo único que quería era escapar. Así que atajé por la cima, pasé al otro lado, a la vertiente donde nunca había estado nadie. Bajaba como una exhalación sin darme cuenta de nada, lloraba, gritaba, gemía, tenía alucinaciones... No me quedaba agua, no me había parado..., proseguía al azar rodeado de séracs, quería morir..., deseaba acabar también en una grieta o arrollado por un alud...

—Y, en cambio, aquí estás, sano y salvo, rebosante de salud —observó sarcástico el barón.

—Deambulé por la montaña como un loco durante varios días hasta que, por fin, llegué al pueblo...

—Y te inventaste la historia de la amnesia para no tener que contar la verdad.

Michel agachó la cabeza.

—No tenía el valor de confesar. ¿De qué habría servido? De esa forma, al menos, recordarían a Jean-Pierre como se merecía...

—Tu altruismo me conmueve. No obstante, puede que Jean-Pierre no hubiese sido de la misma opinión.

—¿Y en estos años...? —preguntó Fiona.

—He vivido todo este tiempo con un sentimiento de culpa que no me daba tregua. A diario pensaba: «Ahora lo contaré todo». Luego no tenía el valor de hacerlo y lo posponía al día siguiente. La única forma de no sentir el dolor era matarme de cansancio. Volví a escalar: solo. No quería volver a sentirme responsable de otro ser humano. Solo conseguía un poco de paz a ocho mil metros. Después perdí incluso esa. No tenía ningún sentido continuar. El recuerdo de Jean-Pierre me atormentaba,

cualquier paisaje me recordaba a mi hermano. Todos sufrimos alucinaciones a alta cota, pero a mí solo me persiguió una: Jean-Pierre, colgado de la cuerda, diciéndome: «Vete, hermano». Así que decidí que nunca volvería al Himalaya.

—Salvo para buscar su cadáver.

—Se lo debo. Es lo único que puedo hacer por él. Cuando lo encuentre podré enterrarlo. Por fin dormiré en paz. Luego contaré todo. Pero eso me corresponde a mí, únicamente a mí. Vosotros no tenéis nada que ver.

—¿Contarlo todo? Supongo que no esperarás que te creamos —dijo el barón—. Después de diez años no estarás dispuesto a renunciar a tu reputación, desde luego. El mejor alpinista de todos los tiempos... No, mi querido Michel. Tú no has venido para honrar el cadáver de Jean-Pierre como pretendes que creamos. Lo único que quieres hacer es esconderlo por segunda vez, quizá en el fondo de otra grieta, durante diez años más. Pero yo te lo impediré.

—Haz lo que te parezca —dijo Leblanc—, pero no te entrometas o será peor para ti.

La amenaza flotó en la tienda. Con un movimiento involuntario, Von Reichlin se volvió para mirar a Boroda, que deliraba en el saco de dormir. Fiona, en cambio, no podía apartar los ojos de Leblanc. La conmoción que había sentido en un principio se había transformado en una sensación de extravío. La mujer bajó la mirada, en tanto que un escalofrío le ponía la piel de gallina. Pero la causa no era el frío.

Empezó a sollozar

Cuarto día a cota siete mil, aquí, en el Kinsoru. La misteriosa y repentina llegada de Michel Leblanc resulta cada vez más enigmática. En efecto, el misterio de la desaparición de su hermano, Jean-Pierre, hace diez años parece estar a punto de resolverse... Sus acusadores tenían razón: Michel Leblanc, la leyenda del alpinismo mundial, el mejor escalador de todos los tiempos, abandonó a su hermano en una grieta para poder llegar a la cima de la montaña... No, espera, lo vuelvo a grabar... Sus acusadores podrían tener razón: él mismo parece dispuesto a admitir que abandonó a su hermano, cegado por la ambición de alcanzar la cumbre... No, no funciona... Las acusaciones contra Michel Leblanc cada vez son más concretas, si bien solo el efectivo hallazgo del cuerpo en esta parte de la montaña... ¡Mierda!

»Cuarto día, a cota siete mil, aquí, en el Kinsoru. La tormenta de nieve, que por un momento parecía estar a punto de remitir, se ha recrudecido. Nos obliga a estar encerrados en esta maldita tienda sin darnos tregua. Hemos venido aquí para encontrar el que, con toda probabilidad, es el cadáver de Jean-Pierre Leblanc, y daremos con él como sea. No es una decisión fácil, porque nos restan únicamente tres días antes de perder cualquier esperanza de recibir auxilio desde abajo. El campamento base será desmantelado y a partir de ese momento solo podremos contar con nuestras fuerzas. Si alguien encuentra esta cinta, avise, por favor...».

Fiona no pudo continuar. Metió la cabeza dentro del saco de dormir y, poco a poco, haciendo un esfuerzo denodado para dominarse, empezó a sollozar.

Ha llegado el momento de la verdad

Un grito.

Fiona abrió desmesuradamente los ojos.

¿Dónde se encontraba? Y las manos...

Caminaba en la nieve alta siguiendo la sombra que estaba delante de ella. ¿De quién se trataba? No se acordaba... Lo único que sabía era que, si quería salvarse, debía seguirla. Apenas divisaba la espalda curvada de su acompañante, que se inclinaba hacia delante para vencer la resistencia del viento. Se hallaba unos diez pasos detrás de él. Por mucho que se esforzaba le resultaba imposible alcanzarlo, caminaba demasiado deprisa... Y ella estaba agotada. Debía decirle que se parase al menos un momento para descansar... Tendió los brazos en un estúpido intento de llamarlo y en ese momento vio que en lugar de las manos tenía unas ramas. Unas ramas finas y largas que se extendían hacia el hombre que la precedía, que casi lo rozaban. Cuando estaba a punto de tocarlo oyó un ruido encima de ella. Alzó la mirada perpleja. Un aleteo. ¿Cómo era posible? ¿A esa cota? Un cuervo se materializó en la niebla. Abrió las alas y, planeando, fue a posarse en sus dedos, que se habían transformado en ramas. Descendió brincando hacia ella. Abrió el pico. Grajeó algo que no pudo entender.

—¿Qué? —gritó al viento.

El cuervo grajeó una vez más y, de nuevo, ella no lo comprendió. Fiona estaba segura de que se trataba de un mensaje importante, un mensaje que podía salvarle la vida..., pero era imposible entender lo que el cuervo quería decirle. No obstante...

El grito. De nuevo.

Tremendo, terrorífico, desesperado.

Fiona se restregó los ojos. No veía nada. Solo oscuridad. Se incorporó en la noche y alargó la mano envuelta en un guante de microfibra delante de ella. Aliviada, comprobó que las falanges no se habían convertido en ramitas de árbol.

El sueño fue perdiendo gradualmente los colores, luego los contornos, hasta que, por fin, se desvaneció.

La mujer recordó de improviso dónde estaba. La montaña, la tienda, el barón, Leblanc.

El grito.

Michel.

Se arrastró por la tienda, en medio de los cuerpos dormidos, y llegó al saco de dormir del francés. Estaba vacío.

Debía de estar fuera, en medio de la tormenta. ¿Por qué gritaba?

Abrió a toda prisa la cremallera de la tienda. El viento había amainado, pero

seguía soplando. A tientas, Fiona logró encontrar la frontal. La encendió y apuntó hacia el exterior.

Lo vio.

Michel solo vestía un forro polar, unos pantalones ligeros de microfibra y unos calcetines; aun así no parecía notar el frío extremo de la noche himalaya.

Rodaba furibundo por la nieve, luchando contra un enemigo imaginario.

—¡No, Jean-Pierre, no! —gritó Leblanc. Asestó un puñetazo al aire, trató de desasirse, dio un par de pasos para escapar y volvió a caerse. Lanzó un nuevo grito—: ¡Cuidado, Jean-Pierre! ¡Está detrás de ti!

Fiona se estremeció. ¿Qué estaba sucediendo?

Salió precipitadamente de la tienda. Se arrodilló al lado de Michel, que gimoteaba, le aferró los hombros y lo zarandó; la luz de la frontal le dibujaba unas sombras espectrales en la cara.

—¡Michel!

Si bien tenía los ojos abiertos, el alpinista no la veía. La agarró por la cintura y la lanzó lejos de él. Sin más, como si hubiese tirado un periódico viejo a una papelera. Fiona cayó sobre un hombro. Gracias a la nieve, que amortiguó el golpe, no se hizo daño. Una vez más, la fuerza de Michel la había dejado asombrada: su cuerpo contenía a duras penas una energía insospechable.

Michel había empezado a luchar de nuevo contra su enemigo imaginario; rodaba por la nieve a la vez que intentaba detenerlo.

—¡No, Jean-Pierre, no! —repitió desesperado.

Fiona hizo ademán de volver a acercarse a él, con precaución. Temía la reacción de Leblanc. Cuando estaba a punto de inclinarse hacia el francés, oyó una voz a sus espaldas.

—Espera. —Von Reichlin apoyó una mano en su hombro en actitud protectora. También había encendido la frontal—. Podría ser peligroso. A menos que no sea uno de sus habituales numeritos.

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿No ves en qué estado se encuentra?

—Solo son alucinaciones. Puede que ayer no bebiera bastante líquido. El esfuerzo de arrastrar a Toli debe de haberlo extenuado.

A mitad de la enésima contorsión, Leblanc se quedó parado. Yacía boca arriba, con un brazo alzado.

Permaneció varios segundos en esa posición, con los ojos muy abiertos.

Poco a poco, la tensión fue desapareciendo. Apoyó el brazo en el suelo, a su lado. Ya no hablaba y tenía los párpados cerrados.

—Se acabó —dijo el barón—. Ahora podemos meterlo en la tienda.

Von Reichlin llamó a Ten, que, mientras tanto, se había despertado y había asistido a la escena. Entre los tres pudieron levantarlo y llevarlo a la entrada del

refugio. Mientras metían dentro al francés, uno de los camales del pantalón se le enrolló hasta la ingle. Fiona miró la pierna desnuda. Una larga cicatriz atravesaba la parte posterior del muslo, desde la cadera al hueco de la rodilla.

Fue un visto y no visto, porque el barón barrió enseguida con una mano la nieve que cubría la ropa de Leblanc y lo metió dentro del saco de dormir.

Michel dormía pacíficamente.

—Cuando se despierte no recordará nada —anunció el barón.

—El relato de la muerte de su hermano debe de haberlo trastornado —observó Fiona—. ¿Y si...? —No pudo acabar la frase.

El barón la escrutó inquisitivo. Comprendió y negó con la cabeza.

—¿Si respetásemos su secreto, quieres decir? Pero ¿qué clase de periodista eres?

—La mujer se ruborizó y no supo qué responder—. No —dijo el barón—. Diez años de mentiras son suficientes. Ha llegado el momento de la verdad.

Quinto día

La guerra nos ha seguido hasta aquí

Leblanc se despertó un par de horas más tarde. Tal y como había predicho el barón, no recordaba nada de lo que había ocurrido. Se volvió hacia Fiona, que, de nuevo, no había podido conciliar el sueño.

—¿Qué tiempo hace? —preguntó.

—El de siempre —contestó ella—. Parecía que el viento había cedido un poco, pero ahora es más fuerte.

Iaan se despertó también, bostezando groseramente.

—Un café y un bollo, por favor —dijo.

—Pondré el agua a hervir.

Fiona cogió el hornillo y, no sin cierta dificultad, abrió la válvula del gas. Dos o tres cerillas resbalaron de sus manos enguantadas antes de que pudiese encender una.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Leblanc al verla en apuros.

—Puedo hacerlo sola.

La periodista llenó el cazo de nieve y esperó a que esta se disolviese.

Boroda dormía pesadamente. Su nariz emitía un silbido grave que seguía el ritmo de sus poderosos pulmones. La fiebre del día anterior había bajado. Fiona pensó que tal vez encontraría en la mochila del kazajo una medicina que lo aliviase. Pero no podía decírselo a los demás sin revelarles que había registrado sus cosas a escondidas. Si Anatoli empeoraba, encontraría la forma de inducir a uno de ellos a meter la nariz en su equipaje.

Por fin, el agua rompió a hervir. La mujer cogió la caja de té, pero cuando estaba a punto de echar una cucharita se detuvo de golpe.

En el cazo se había formado la misma espuma negruzca que había notado ya hacía dos días. Se iba hinchando y pegándose a los bordes. A Fiona se le escapó un gesto de fastidio.

—¡Otra vez!

Miró contrariada el líquido marrón.

—Es la guerra —le explicó Leblanc.

—¿La guerra? ¿Qué guerra? —preguntó Iaan intrigado.

—La guerra del Golfo.

—¿Qué tiene que ver la guerra del Golfo con esto?

—Los pozos incendiados.

—¿Te refieres al humo del petróleo en llamas?

Leblanc asintió con la cabeza.

—Los monzones lo han traído hasta aquí. El año en que tuvo lugar se creó una especie de efecto invernadero, incluso a estas cotas. El tiempo había cambiado, hacía

más calor. Se desencadenaron tormentas a siete mil metros, un fenómeno que nunca se había producido hasta entonces. La lluvia y la nieve se mezclaron con el humo del petróleo y se depositaron en la montaña. Nadie sabe a ciencia cierta qué profundidad alcanzó la contaminación y durante cuántos años seguiremos encontrando hielo sucio.

Iaan miraba fascinado la espuma que subía en el cazo como si fuese nata venenosa.

—Es increíble. Uno piensa en venir aquí, a siete mil metros, a las montañas más altas de la Tierra, para alejarse de todo y de todos y, en cambio... —Se quedó pensativo por unos instantes—. Y, en cambio, la guerra nos ha seguido hasta aquí.

No tuvimos tiempo

Después de desayunar Iaan se había vuelto a adormecer.

—Despertadme cuando llegue la primavera —había dicho antes de cerrar los ojos. Se sentía exhausto, cualquier movimiento, por pequeño que fuese, bastaba para extenuarlo.

Boroda yacía inmóvil, al igual que Tenzing. También el barón dormitaba: el salvamento del kazajo en primer lugar y la recuperación de Leblanc durante la noche lo habían dejado desfallecido. La tormenta arreciaba fuera. Y la tranquilidad relativa que reinaba en la tienda inducía al torpor.

También a Fiona le habría gustado descansar. Tenzing tenía razón: a esa altitud era imposible recuperar las energías. Lo único que cabía hacer era no perder demasiadas. Y, cuando uno estaba al límite de sus fuerzas, el único remedio era bajar. Pero la curiosidad podía con el cansancio. Fiona se acercó a Leblanc, que estaba tumbado en su saco de dormir con los ojos clavados en el vacío.

—¿Te apetece hablar? —le preguntó susurrando.

—No, pero estoy seguro de que tú lo harás de todas formas.

—No quiero juzgarte...

—No has hecho otra cosa desde que llegué.

—Yo... sé que me equivoco..., pero no puedo hacer nada.

—Eso es: no hagas nada.

Fiona no le prestó atención. Llevaba demasiados años trabajando como periodista para preocuparse por los sentimientos de los demás. Los lectores estaban por encima de todo.

—Olvidemos el asunto de tu hermano, es demasiado... complicado. Pero esa otra historia, la de los Alpes...

—No sé qué os habrá contado Hans, pero supongo que habrá sido el mismo rollo que los periódicos han publicado un sinnúmero de veces.

—No te considero el tipo de persona que abandona a un amigo. Yo no estaba allí, de acuerdo, desde la distancia es difícil juzgar...

—Veo que no pierdes el vicio.

—¡Vamos, Michel! Ese hombre era como un hermano para ti, además del herido más grave. ¿Cómo pudiste dejarlo morir allí para salvar a tu socio comercial?

El hombre, que no había dejado de mirar la parte superior de la tienda ni por un momento, se volvió hacia ella.

—Pido clemencia al tribunal.

—La ironía no te salvará, Michel.

Leblanc cambió de tono. El sarcasmo dio paso a la irritación.

—Te he confesado que maté a mi hermano, ¿qué más quieres?

—No lo mataste, lo abandonaste. Pensabas que podía salvarse solo.

—¿No oíste lo que dijo Hans? Me cegaba la ambición.

Fiona cabeceó.

—Es posible, pero ahora quiero saber por qué dejaste morir a tu amigo en el Eiger.

—¿Quieres oír algo bueno? Dejé morir a Rudolf porque me hacía sombra. Era mejor que yo, así que, en mi fuero interno, lo odiaba. ¿Qué mejor ocasión para desembarazarse de un molesto contrincante? ¿Cómo?, ¿no lo sabías? Rudolf y yo competíamos para participar en la expedición al Himalaya que había financiado Heinemann. Solo quedaba un puesto. ¿Te basta como explicación?

—Los alpinistas no se matan entre sí para tener sitio en una cordada. Estás echando balones fuera. La verdad es dolorosa, lo sé, pero es necesario que la afrontes si quieres superar lo que te sucedió. ¿Aún no lo has comprendido, Michel? Hace diez años te quedaste bloqueado en esa montaña y todavía no has sido capaz de bajar.

Leblanc la miró maravillado. Las palabras de Fiona habían logrado penetrar en el búnker de su corazón.

—Rudolf era mi mejor amigo, es cierto —empezó a contar Michel con voz inexpresiva, de manera que solo ella pudiese oírlo—, pero el agradecimiento que sentía por Robert era aún mayor. Tú no lo sabes, ni tampoco Hans, pero Jean-Pierre...

Leblanc sacó una fotografía del bolsillo del forro polar. Se la enseñó. En ella aparecían los jóvenes hermanos Leblanc, uno al lado del otro, pegados a una pared de roca. Una imagen que emocionó a Fiona de forma visible.

Michel volvió a guardar la fotografía. Luego decidió que, llegados a ese punto, cualquier precaución era inútil.

—Jean-Pierre, él..., la droga, ¿entiendes?

—¿Jean-Pierre...?

Fiona se quedó atónita. ¿Jean-Pierre? Imposible. No obstante, quizá... Si de verdad era así eso explicaba muchas cosas... Jean-Pierre, quién lo habría dicho.

—No sé cuándo empezó. Mi hermano no era una persona muy equilibrada. Era capaz de sentir un gran entusiasmo, pero también de sumirse en terribles depresiones. No lograba estar con la gente. Tal vez no se soportaba a sí mismo... Mi padre siempre lo consideró el más débil de los dos, y a él le dolía. Un psicoanalista hablaría de falta de autoestima. En cualquier caso, no sé decirte cuándo empezó, pero sé quién fue el primero que se la hizo probar.

Señaló el otro extremo de la tienda con la cabeza.

—¿Boroda...? —preguntó Fiona.

—Jean-Pierre y él fueron amigos durante cierto tiempo. Anatoli le suministró las primeras sustancias. Excitantes y analgésicos, sobre todo. Pueden ser de gran ayuda

cuando te dedicas a la montaña. Te sientes invencible. Yo jamás he querido probar esas porquerías, pero Jean-Pierre..., él era diferente. «¿Por qué no?», me dijo cuando lo descubrí. «Tú también deberías probar, hermanito».

—Pero Heinemann... ¿qué tenía que ver con todo eso?

—Al final Jean-Pierre comprendió también que ese camino no le llevaba a ninguna parte. Se revolvió contra Anatoli, lo acusó de haberlo arruinado. Creo que incluso lo denunció. Así fue como se rompió su amistad. Por eso se pelearon en Katmandú. A partir de ese día se odiaron.

—¿Y tú?

—Traté de apoyarlo. Funcionaba durante cierto periodo, luego Jean-Pierre caía de nuevo. No podía estar sin ella. Un buen día desapareció, me dejó un mensaje: «Me voy a la India, olvídate». No podía decírselo a nuestro padre: no sospechaba nada y era mejor así. La desconfianza que sentía por Jean-Pierre se habría convertido en desprecio... Tenía que ocuparme solo del asunto, pero ¿cómo? Ya no tenía ninguna relación con mi padre, tampoco dinero, así que...

—Heinemann.

—Me dio el dinero que necesitaba. Volé a la India. Me llevó dos meses, pero al final encontré a Jean-Pierre. Su estado era lamentable. Si no hubiese ido a buscarlo habría muerto. Gracias al dinero de Robert pude ingresarlo en una clínica suiza, donde se desintoxicó en tres meses. ¿Comprendes ahora?

—Cuando te encontraste en ese reborde, después del accidente...

—¿A quién debía socorrer? ¿A mi amigo Rudolf o a Robert, que le había salvado la vida a Jean-Pierre?

Fiona se había quedado sin palabras. Buscar la verdad era como subir una montaña. Cuando creías estar cerca de la cima detrás de un reborde había otro, y otro, y otro más... En ese momento, le pareció patético todo lo que había hecho en la vida. Sintetizar la historia de un hombre en unas cuantas líneas..., ¡ridículo! Para contar la vida de Michel no habría bastado un libro.

—Siempre he pensado que debía proteger a Jean-Pierre. Tal vez ese fue el mayor error. Él se rebelaba: contra nuestro padre, contra mí. Papá era incapaz de controlarlo y eso lo sacaba de sus casillas. Le habría gustado que lo hiciese yo, como si fuese más sencillo... Por eso me tenía ojeriza. Jean-Pierre..., tú no lo conociste... Era un joven extraordinario. Inteligente, preparado, brillante..., mucho más que yo. Cuando teníamos un problema serio en la montaña él encontraba siempre la solución. No obstante, todos pensaban que yo era el mejor, quizá porque era más serio. En cambio, a mí me habría gustado ser como él. Él no tenía miedo de decir a la cara de quien fuese, incluso a la de mi padre, lo que pensaba. Se saltaba las reglas. Era capaz de pasar olímpicamente de ellas. Jean-Pierre era... libre. ¿Y sabes una cosa? —Michel sonrió a Fiona—. En una ocasión me dijo que a él le habría gustado ser como yo.

Pese a que no podía evitarlo, estaba harto de luchar contra todo y contra todos, en particular contra sí mismo. «Tú eres tan tranquilo...», me dijo una vez, «¿por qué no puedo ser como tú?». Cómico, ¿no?

—Sucedde entre hermanos. Nos queremos, nos odiamos, nos envidiamos.

—De niños nos pasábamos la vida riñendo. Vencía siempre yo, porque era el mayor. Sin embargo, siempre tenía la impresión de que era Jean-Pierre el que había ganado. Teníamos grandes proyectos. Después de escalar todos los ochomiles queríamos atravesar el Antártico. A pie. Solos. Únicamente a Jean-Pierre se le podía ocurrir una idea tan increíble. Pero no tuvimos tiempo de hacerlo... —Fiona le cogió una mano. La apretó. Él ni siquiera se dio cuenta—. No tuvimos tiempo —repitió.

He encontrado el cuerpo

La tormenta está amainando —anunció Tenzing—. Dentro de poco el viento cesará.

Fiona se volvió hacia él.

—¿Cómo lo sabes? No me parece que la situación haya cambiado mucho.

Ella, Iaan y el barón se precipitaron a la entrada de la tienda y abrieron la tela.

En apariencia la tormenta azotaba con la misma fuerza. No obstante... Tal vez era la intensidad de la luz, o la sugestión, pero daba la impresión de que los copos de nieve que se arremolinaban en el aire no tenían el color blanco opaco propio de la grava. No. En ese momento resplandecían en el aire como lo que en realidad eran: cristales de hielo.

—Si el viejo Ten dice que está amainando podéis creerlo —afirmó Michel en el interior de la tienda. Su comentario tocó el punto sensible de Von Reichlin.

—¿Tenéis intención de confiar en las dotes parapsicológicas de vuestro sherpa? Como queráis. Yo prefiero realizar personalmente el control.

El barón verificó el barómetro que estaba incorporado al altímetro. Acto seguido, se puso el mono y las botas y salió.

—¿Crees que podemos ir a buscar el cuerpo? —preguntó de nuevo Fiona, necesitada de aliento.

—Podemos probar —contestó Tenzing—, aunque preferiría que no lo hiciésemos. Última ventana de buen tiempo. Luego monzones. Ventana breve. Puede que muy breve. Puede que solo unas horas. Debemos aprovecharla. Debemos bajar al campamento base. Deprisa. Si el mendigo rechaza la moneda a un hombre, este no volverá a pararse delante de él.

Fiona titubeaba.

—¿No podríamos volver a probar la radio? —inquirió al final.

—Es inútil —respondió Michel—. Las tormentas producen muchas alteraciones electromagnéticas. Además... —No acabó la frase.

—¿Además...?

—Aun en el caso de que pudiésemos hablar, dudo que alguien esté dispuesto a arriesgar la vida para venir hasta aquí. Subir con este tiempo es muy peligroso. Solo podemos contar con nosotros mismos. —Fiona contempló el interior de la tienda. ¿Contar con quién? ¿Con el barón? ¿Con Michel?—. Ten tiene razón. Si el tiempo mejora de verdad, tenéis que bajar, él os guiará —dijo el francés.

—¿Y tú?

—Yo me quedo, aún puedo resistir.

—No es cierto —intervino el sherpa—. Ni siquiera tú puedes permanecer tanto

aquí. Si esperas demasiado nadie más en el campamento base. Quédate más tiempo que nosotros, de acuerdo. Pero cuando bajas, ¿qué encuentras? Ninguna tienda, nada de comida, nada de gas, nada de medicinas, ningún yak, ningún helicóptero. Debes volver con nosotros.

—Ten, mi padre murió hace diez años y no tengo la menor intención de ocupar su puesto. —A continuación se dirigió a Fiona—: Prepara mucho té. Debéis estar preparados, con los termos llenos.

La botella del hornillo se había acabado. Con las manos cubiertas por unos ligeros guantes negros de microfibra, Fiona cogió otra. Trató de encajarla, con torpeza. El contenedor marrón se le resbaló de las manos y rodó hasta el fondo. La botella emitió un silbido a la vez que el hedor a gas apestaba la tienda.

—¡Cógela! —gritó Fiona a Leblanc.

Michel la aferró e intentó enroscarla al hornillo sin conseguirlo. El gas estaba saturando el aire. La mujer empezó a toser.

—Abre —le ordenó Leblanc, y ella apartó la tela de la entrada.

Michel lanzó afuera la botella. La periodista dejó abierto un instante: el viento furioso de los siete mil metros necesitó apenas unos segundos en purificar la atmósfera. Fiona cerró de nuevo la cremallera.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él al tiempo que le cogía las manos.

Antes de que Fiona pudiese reaccionar, le quitó los guantes. Los dedos de ella estaban tan blancos como la nieve.

—Te estás quedando congelada —constató Michel asombrado.

La periodista apartó bruscamente las manos y las metió bajo las axilas.

—No importa.

—Claro que importa. ¿Por qué no has dicho nada?

—¿Qué debía hacer, lloriquear? ¡Dios mío, mirad mis manos! —gimió confiriendo a su voz un tono chillón—. Debería haber gritado algo parecido, ¿verdad?

—Estúpida. ¿Crees que las feministas te darán una medalla cuando te amputen las manos? —Fiona no pudo responder. Las palabras de Leblanc le habían hecho olvidar su enfado. ¿Amputación?—. Tienes que beber algo enseguida para recuperar la circulación en los capilares. Preparo el té. —Michel rebuscó en su mochila, acto seguido en la de Tenzing, luego dio una vuelta a la tienda. Pero no encontró las botellas: las que había recuperado tras perseguir a Boroda y al barón se habían acabado. La última la había lanzado fuera de la tienda hacía unos minutos—. Se ha acabado el gas —anunció sombrío.

—Paciencia. Preparémonos —dijo Fiona.

—¿No lo entiendes? No es solo el té. Ni siquiera dispondremos de agua.

Iaan se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Qué problema hay? Ahí fuera está lleno de nieve.

—Idiota —lo reprendió Michel—. Comer nieve no sirve para nada. Es un alivio momentáneo. A esta cota necesitas beber, al menos, cinco litros al día. Y sin gas...

—¿Cuánto podremos resistir? —preguntó la mujer.

—Veinticuatro, cuarenta y ocho horas como mucho. Después nos debilitaremos tanto que ni siquiera podremos salir de la tienda.

—No tenemos mucho tiempo —reflexionó Fiona sin dirigirse a nadie en particular. La periodista se examinó las manos. Leblanc notó su mirada.

—Ahora están blancas. Luego se tornarán azules y, al final, negras.

Fiona se asustó y volvió a mirarse las manos. Ya esa noche, cuando había salido para socorrer a Michel, que era víctima de alucinaciones, se había dado cuenta de que había perdido la sensibilidad. Aún podía moverlas, aunque a duras penas, pero parecían más bien unos dispositivos mecánicos dirigidos a distancia por el cerebro. Ya no sentía ni el calor ni el frío, ni la aspereza ni la suavidad. Era como si sus manos la estuviesen abandonando poco a poco, como si se estuviesen muriendo de manera autónoma. Primero azules, luego negras, luego... el cirujano. Por un instante se imaginó manca. ¿Qué le pondrían? ¿Unas prótesis? ¿Unos garfios? ¿Podría escribir después?

Desechó horrorizada la idea. ¡No! Quería seguir viviendo, y vivir con sus manos. Quería seguir pulsando las teclas del ordenador, apretar los palos de golf, empuñar cuchillos y tenedores, recargar relojes y atarse los cordones de los zapatos...

Leblanc la observaba y podía adivinar sus pensamientos. Cuántas veces había vivido una situación similar. Los dedos de las manos, de los pies, la nariz... La montaña te podía arrebatarse la vida o contentarse con un pedazo. El billete de salida era distinto para cada persona. Sin embargo, Fiona... En ese momento de desasosiego la mirada de la mujer había perdido todos los velos y él, por fin, cayó en la cuenta. Sus ojos..., era increíble..., el mismo tono de verde..., idéntico... ¿Cómo era posible que no lo hubiese notado antes?

—El viento ha cesado —anunció Leblanc—. También las nubes se están abriendo. La visibilidad es buena. Debéis apresuraros. Tardaréis apenas unas horas en llegar al campamento base. Allí encontraréis toda el agua que necesitéis, pero tenéis que daros prisa.

—No sé si lo lograremos si vamos solos con Ten —dijo Fiona.

—Podéis deslizaros con los pantalones durante varios cientos de metros, así perderéis cota rápidamente. Una vez abajo, la circulación de la sangre volverá a ser normal. Deberías lograrlo en...

La tienda se abrió mientras Leblanc hablaba.

Von Reichlin se asomó. Se quitó la capucha y las gafas. Fiona, Michel, Tenzing e Iaan lo escudaron en silencio.

El barón miró en derredor, como un director de orquesta cuando sube al podio.

—Rápido, venid —dijo haciendo un esfuerzo para contener la emoción—. He encontrado el cuerpo.

Yo voy

Michel se abalanzó sobre el barón con el semblante tenso.

—¿Dónde está?

—Al fondo del Cerro, antes de la cresta.

—Debería estar más alto —observó Michel dubitativo. ¿Cabía la posibilidad de que el indonesio se hubiese equivocado? ¿De que no se tratase del cadáver de Jean-Pierre sino del de uno de los otros doscientos alpinistas que habían muerto en el Kinsoru?

—Quizá los aludes lo hayan arrastrado hasta aquí abajo —sugirió Tenzing—. En ocho meses suceden muchas cosas.

—Tenemos que ir a verlo de inmediato —afirmó Michel mientras se metía la cubierta de las botas. Con cierta dificultad, debido a las manos ateridas, Fiona lo imitó.

—Quietos —ordenó o, mejor dicho, imploró Tenzing—. ¿Qué queréis hacer?

—Por fin hemos encontrado el cuerpo de Jean-Pierre —respondió Fiona—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Tiempo bueno durante unas horas. Nada más. Solo podemos bajar al campamento base. Quizá ni siquiera eso. Tiempo precioso. Muy precioso.

—El cadáver está allí, al fondo del Cerro. Lo he visto —repitió el barón, testarudo.

—¿Era él? —preguntó Michel.

—No lo sé. No se veía mucho.

—En ese caso vamos —exhortó el francés.

Tenzing se interpuso entre él y la salida de la tienda.

—Detente, Michel. Última posibilidad para nosotros. No podemos dejar que escape.

—Escapar..., has usado la palabra justa. Es lo que mejor sabes hacer. Como en esa ocasión, en los Alpes.

—Piensa, Michel. Abandona. Volveremos en otoño. Aquí muchos arriesgan la vida, no solo tú.

—Iaan y Fiona son tus clientes, si no me equivoco. Hans y el ruso llegaron por su cuenta. Como ves, no soy responsable de nadie.

—Si tú no los ayudas, Fiona e Iaan no viven.

Michel se volvió exasperado hacia la periodista y el fotógrafo.

—Oigamos. ¿Vosotros qué pensáis?

Fiona tardó en contestar unos segundos. Unos segundos en los que una serie de imágenes relampaguearon en su mente: sus dedos congelados, la cara risueña de

Jean-Pierre, la tormenta, el campamento base, su despacho de Londres, su padre...

—Yo voy contigo —respondió al final escuchando sorprendida sus palabras, como si las hubiese pronunciado otra persona. Al hablar se sintió aliviada: había tomado la decisión. Ahora que se encontraban tan cerca de la meta no podía echar todo a perder. Al infierno con sus manos, o incluso con su vida: lo único que contaba era lograr el objetivo que se había marcado. En un instante comprendió lo que debían de sentir los alpinistas cuando, exhaustos, después de haberse quedado sin agua y con la noche cerniéndose sobre ellos a cuarenta grados bajo cero, divisaban la cumbre—. ¿Y tú, Iaan? —preguntó Fiona.

—Sois unos estúpidos —susurró este. En un principio los demás pensaron que bromeaba, como de costumbre. Luego se dieron cuenta de que el fotógrafo había perdido de golpe su habitual tono jocoso—. Malditos estúpidos —repitió aún más serio.

Fiona se aproximó a él. Jamás lo había visto indignado. También los otros observaban a Svarbard.

—¿Qué ocurre, Iaan? ¿Qué te pasa?

—Me dais asco —contestó silabeando.

—Iaan...

—¿Sabéis? Ya he asistido a una escena como esta. En Beirut, hace muchos años.

—¿En Beirut? Pero tú...

—Nunca te lo he contado, Fiona, pero al principio de mi carrera me ocupaba de algo bien distinto. Era reportero fotográfico de guerra. En esa época la guerra civil en Beirut estaba en pleno apogeo y todos los días arriesgaba la piel. Un día, una de las numerosas facciones combatientes, puede que los maronitas, o la que fuese, secuestró al cónsul honorario de un país insignificante, como Sri Lanka o Lesoto. Su gobierno prácticamente no se dio cuenta, de manera que nuestros amigos decidieron eliminar al desgraciado para armar un poco de bulla en la prensa. Pero, seamos sinceros, ¿a quién le interesa el cónsul honorario de Botsuana?

—¿Y luego...?

—Solo hay una forma de lograr un poco de publicidad: hacer llegar unas buenas fotos al escritorio de un periodista. Así que nos llamaron, a mí y a otros cinco o seis colegas, y se inició una especie de subasta. Una subasta con todas las de la ley. Pensamos hacer saltar la tapa de los sesos al capullo: ¿quién da más?

—Pagasteis por fotografiar la ejecución... —dijo Fiona horrorizada.

—Exacto. No pretendo disculparme: yo también participé. Pensaba que tenía el deber de documentar lo que estaba ocurriendo, sin importar de qué porquería se tratase. Y, además, seamos francos: una escena de ese tipo no tiene precio. ¿Recuerdas la fotografía del oficial survietnamita que dispara su revólver en la cabeza del condenado? Aún la imprimen doscientas o trescientas veces al año en los

periódicos de todo el mundo. Por suerte no tenía bastante dinero. La subasta la ganó un colega de AP y, está de más decirlo, todos compraron sus imágenes.

—Nunca me lo habías dicho...

—Mi carrera acabó ahí. Había partido para trabajar como fotógrafo de asalto, para contar los horrores de la guerra, para echar en cara la verdad a los que estaban cómodamente en su casa... Comprendí que todo era inútil. Mejor dicho, aún peor. Es mejor ocuparse de la familia real, o de un futbolista que se corta el pelo a lo mohicano, o de un jeque que deja embarazada a una modelo... Tonterías, pero, al menos, no hacen daño a nadie.

—Pero nosotros...

—¿Qué, Fiona? ¿Me estás diciendo que vosotros sois distintos? No creo. Está a punto de abrirse la subasta del cadáver de Jean-Pierre Leblanc. ¿Quién da más?

—Aprecio sus escrúpulos morales, señor Svarbard —terció el barón—. Por desgracia no tenemos tiempo para dedicarnos a una disertación filosófica que yo pospondría hasta un momento más conveniente. En cualquier caso, me parece que la mayoría no abriga la menor duda al respecto: iremos a buscar el cuerpo. Usted y Ten son libres de bajar si quieren.

—No puedo abandonar a Fiona —replicó el sherpa.

—En ese caso pueden quedarse aquí —concluyó el barón—. Toda esta charla nos está haciendo perder un tiempo precioso.

—Jean-Pierre os trae sin cuidado —afirmó Tenzing—. También a ti, Michel. Solo queréis usarlo para obtener lo que deseáis. Lo único bueno es dejar que repose en paz en esta montaña. Él amaba la montaña, aquí siempre es feliz. Enterrad a Jean-Pierre, enterrad vuestro odio. Recuperad la paz con los demás y con vosotros mismos. ¿No lo entendéis? El Kinsoru os pone a prueba.

—Si has acabado, Ten —dijo Michel—, apártate. Yo voy.

Cortado por la mitad

Michel salió de la tienda. Echó a andar a buen paso, siguiendo el rastro que había dejado el barón.

—¡Rápido, movámonos! —los animó Von Reichlin—. Tenemos que darle alcance antes de que haga desaparecer el cuerpo o de que oculte alguna prueba.

—¿Y él? —preguntó Fiona señalando a Boroda, que seguía profundamente dormido.

—Lo dejaremos aquí. No le sucederá nada.

—Pero...

La periodista estaba perpleja. Anatoli no le gustaba, pero abandonar de esa forma a un herido... Podía necesitar ayuda... A Hans le daba igual. La crueldad del barón había asomado por fin bajo el barniz de aparente cortesía. Nada podía interponerse entre él y su venganza.

—Yo voy —anunció Von Reichlin, y salió, seguido de Fiona.

—No me parece que nos dejen elección —dijo Iaan dirigiéndose al sherpa—. Dado que estamos obligados a permanecer aquí arriba, más vale que vayamos a ver.

Salieron. Tenzing guió a Fiona y a Iaan. El aire arremolinaba los copos de nieve y el cielo estaba cubierto. A pesar de ello, otra luz, más intensa y brillante, anunciaba la llegada del sol.

Fiona estaba agotada. Solo podía pensar en poner un pie detrás de otro siguiendo las huellas de Tenzing. El viento aún soplaba con una fuerza terrible y parecía querer arrastrarla de un momento a otro. Michel y el barón..., ¿qué ocurriría cuando encontrasen el cadáver? Se volvió para mirar a Iaan. Sí, había cogido la cámara fotográfica...; incluso en esas condiciones era todo un profesional.

Caminaron durante media hora, mientras la nieve dejaba de caer poco a poco. «Es una locura», se dijo Fiona a la vez que apretaba los puños para comprobar si sus manos aún respondían. Sus manos... ¿Valía la pena correr un riesgo de ese tipo? Jean-Pierre...

De repente la mujer chocó con Tenzing. No se había dado cuenta de que el sherpa se había parado. ¿Qué estaba sucediendo?

Rodeó a Tenzing y comprendió. A pocos metros estaban, de pie e inmóviles, Michel y Von Reichlin. Cara a cara, como dos vaqueros de una decadente película del Oeste. En medio de ellos, en el suelo, una pequeña mancha oscura emergía de la nieve.

Fiona se precipitó hacia delante sin pensárselo dos veces. Casi había llegado cuando una mano la detuvo.

—Aparta —ordenó Michel. Su expresión era dura, lúgubre, firme. Ella pensó que

en ese momento habría sido capaz de matar.

La mujer no respondió. Se limitó a mirar fijamente lo que había aparecido en la nieve.

Un guante.

No estaba apoyado sin más, como el guante de un niño que aprende a esquiar. Apuntaba directamente hacia arriba, hacia el cielo. En esa posición jamás habría podido resistir solo la furia del viento.

Dentro del guante había una mano.

Michel se volvió hacia Von Reichlin.

—No os mováis. Yo me ocuparé de él.

Cada uno de ellos vigilaba a los demás con el temor —anhelo, miedo— de que la espera de diez años se viese frustrada.

El francés se inclinó hacia el guante y con la cautela de un arqueólogo empezó a excavar alrededor de él.

De la nieve fue emergiendo la manga de una chaqueta de plumas roja.

El codo.

El hombro.

Y luego...

La cabeza.

Michel se detuvo conteniendo la respiración.

Esos ojos, esa barba...

Fiona sintió flaquear las piernas. También ella lo había reconocido.

Tenzing había recuperado a su viejo amigo.

No cabía la menor duda.

Jean-Pierre.

El alpinista congelado sonreía. Sonreía con el brazo alzado, como si durante todo ese tiempo hubiese estado esperando a sus amigos, que, por fin, habían ido a buscarlo. Parecía estar a punto de dar una palmada en el hombro de su hermano mayor.

El barón exhaló un suspiro tan fuerte que ahogó el ruido del viento. Diez años de espera y ahora...

Michel empezó de nuevo a excavar con delicadeza. Liberó el cuello, el tórax... Se detuvo. Más abajo la nieve estaba dura, se había solidificado alrededor del cuerpo. Leblanc no podía seguir haciendo el hoyo, y no había llevado la pala.

Intuyendo la dificultad, el barón dio un paso hacia él.

—¡No te muevas! —le gruñó Leblanc—. No te muevas.

Von Reichlin se detuvo.

Michel abrazó el cuerpo de su hermano aferrándolo por las axilas.

Su primer abrazo después de diez años...

Hizo acopio de todas sus fuerzas y tiró de él. Pensaba que tendría que vencer la resistencia de la nieve congelada, pero el hielo cedió de inmediato. El francés había tirado con excesiva fuerza y cayó hacia atrás mientras el cuerpo de su hermano resbalaba.

Cuando se incorporó se quedó petrificado.

Jean-Pierre estaba tumbado boca arriba.

Michel miró hipnotizado sus ojos, sus brazos, su pecho.

Eso era todo.

Lo único que quedaba de su hermano era un cadáver cortado por la mitad.

Un golpe de piolet en la espalda

—Es la fuerza del glaciar —dijo el barón.

Fiona se volvió hacia él. A pesar de su desdeñosa altivez, también Von Reichlin se había quedado impresionado con la tétrica visión de la mitad del cadáver, que conservaba un trozo de cuerda atado al arnés.

—¿Qué quieres decir, Hans?

—El glaciar se desliza hacia abajo con una energía terrible. Podría romper un pilar de cemento, no digamos un cuerpo humano. No es la primera vez que veo una escena como esta.

La explicación, fría y racional, debería haberla tranquilizado, pero no fue así. Lo único que comprendió Fiona era que en la montaña había muchas formas de morir. Sus manos... ¿acabarían también como el cadáver de Jean-Pierre, amputadas?

En tanto que los demás no lograban apartar los ojos de la escena, Iaan —que se encontraba a espaldas del grupo— empuñó la cámara fotográfica. Sin usar el visor y sin descolgarla del cuello, sacó varias imágenes. Estaba acostumbrado a robar instantáneas sin llamar la atención de sus protagonistas. No quería provocar a Leblanc: Michel estaba ya bastante turbado por el hallazgo del cadáver de su hermano y podía ser peligroso.

Mientras seguía disparando —había ajustado la cámara de forma que no hiciese ruido—, Iaan vio algo medio enterrado en la nieve que los demás no habían percibido. Cerró la funda de la cámara y, con aire en apariencia indiferente, se acercó al objeto. Todos seguían concentrados en el cadáver cortado por la mitad. Con un gesto fingidamente casual, el fotógrafo se inclinó, alargó una mano y cogió lo que estaba en la nieve. Se lo metió en el bolsillo. «Bueno, bueno», pensó. «Después tendré tiempo de echar un vistazo».

En el ínterin Michel se había sobrepuesto al horror. Se acercó al cuerpo.

—Quieto. ¿Qué haces? —lo intimó el barón.

Michel no contestó.

Von Reichlin hizo ademán de aproximarse, pero Leblanc, con un movimiento rápido, sacó la navaja multiusos y la apuntó hacia el barón.

—No te acerques. No quiero que nadie lo toque, ¿me habéis entendido? Vosotros no tenéis nada que ver con Jean-Pierre. ¡Nada! —El barón se detuvo de golpe. No pretendía desafiar la cólera de Leblanc—. He venido hasta aquí para enterrar el cuerpo de mi hermano. He esperado diez años y por fin puedo hacerlo.

—Lo único que quieres hacer es esconderlo. —Los ojos del barón ardían de frustración. Se dirigió a los demás—: ¡No debemos permitirselo! ¿No lo entendéis? Si dejamos que lo haga, nadie podrá sostener ya que Jean-Pierre murió en esta parte

de la montaña.

Fiona permaneció inmóvil, en silencio. Tanto el francés como el austriaco le hablaban a ella, como si fuese un juez y tuviese que resolver la controversia. Nadie tomaba en consideración a Iaan, y aún menos a Tenzing.

—¡Tienes que impedirselo, Fiona! —suplicó de nuevo el barón.

La periodista se sentía como si estuviese tratando de mantenerse en pie sobre una barra de equilibrio. Era tan difícil tomar una decisión... ¿Por culpa de la sangre densa, de la altitud, del oxígeno rarefacto? Puede que no.

—Hans tiene razón, Michel. No hay ninguna razón para que lo hagas ahora. Transportaremos el cuerpo a la tienda. Deja que le echemos un vistazo...

—¡No! —gritó Leblanc—. No.

Fiona dio un paso hacia él.

—¿Por qué no, Michel? ¿Qué quieres ocultarnos?

El francés hizo rechinar los dientes. Fiona y el resto del grupo contrajeron los músculos, listos para hacer frente al ataque de Leblanc. En cambio, contra toda expectativa, Michel agachó la cabeza en un indudable gesto de rendición. Guardó de nuevo la navaja. A continuación, cogió el trozo de cuerda que todavía estaba atado al cadáver congelado y se lo pasó por los hombros. Empezó a arrastrar el cuerpo. Avanzaba con dificultad por la nieve fresca.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó el sherpa.

—Déjame en paz, Tenzing. Marchaos todos.

Pero nadie hizo caso de su invitación. Formando una insólita procesión fúnebre a siete mil metros, regresaron lentamente a la tienda. Avanzaban dando un paso detrás de otro, parándose cuando Leblanc se paraba, caminando a su misma velocidad. Emplearon más de una hora en regresar al campamento.

Leblanc colocó el cuerpo muy cerca de la tienda, casi en la entrada. Era como si, después de haber encontrado de nuevo a su hermano, quisiese tenerlo a su lado, en un último acto de amor.

Fiona alargó una mano hacia el cadáver.

—¡No lo toquéis! ¡Nadie debe tocarlo! —exclamó Michel.

—Ya basta —intervino el barón aproximándose a él—. Estamos hartos de tus arrebatos sin sentido. Y dado que no estás loco, Michel, el motivo es otro. —Dio un paso hacia Leblanc—. ¿Qué estás tratando de ocultarnos?

El barón y el francés estaban cara a cara. Inesperadamente, Leblanc dio un violento empujón a Hans y lo tiró al suelo. Hundido en la nieve, el barón levantó de forma instintiva las piernas para defenderse del ataque de Michel.

—¡Basta! ¡Parad ya! —gritó Fiona mientras los dos hombres se tiraban del pelo—. ¡Haz algo, Ten!

El sherpa no se movió: sabía que no le estaba permitido mezclarse en los asuntos

de los occidentales. Y, de haber podido, no lo habría hecho. Su karma aún estaba muy vinculado a la tierra, todavía debían recorrer un largo camino para purificarse, equivocarse un sinfín de veces.

Irritada, Fiona se echó encima de ellos para separarlos.

—¡Mirad! —Hans, Michel y Fiona ni siquiera se dieron cuenta de que Iaan los llamaba—. ¡Mirad! —gritó el fotógrafo más fuerte, y los dos hombres se detuvieron por fin. Michel soltó el anorak del barón y Hans aprovechó la circunstancia para ponerse de pie. Fiona y Tenzing se aproximaron al fotógrafo, que estaba arrodillado junto al cadáver. Michel y el barón se reunieron también con él—. Mirad —repitió Svarbard cuando se aseguró de que tenía toda su atención.

El fotógrafo había girado el cadáver, que ahora estaba boca abajo.

La chaqueta de Jean-Pierre tenía en la espalda un largo corte vertical.

Iaan se la quitó y la arrojó a un lado.

Debajo, el forro polar presentaba un desgarró análogo.

Iaan lo subió como si fuese un médico que debía auscultar a un paciente.

Todas las dudas quedaron despejadas.

La espalda del alpinista muerto estaba atravesada por una herida larga y profunda, aún manchada de sangre coagulada.

Jean-Pierre había sido asesinado con un golpe de piolet en la espalda.

Es un diario

¡Baja esa cámara!

Michel bufó a Iaan, que había empuñado el aparato. Svarbard extendió el brazo izquierdo para protegerse, en tanto que con la mano derecha sacaba fotografías sin parar.

—¡Para! —gritó de nuevo el francés a la vez que trataba de agredirlo. Pero en esa ocasión Fiona fue lo bastante rápida como para interponerse.

—Déjalo en paz —le intimó, gélida—. Es su oficio y, en todo caso, no creo que sea esto lo que nos debe preocupar. —Leblanc miró el cuerpo extraviado, como si solo en ese momento hubiese comprendido el alcance de lo que habían descubierto—. Aquí está el cadáver de tu hermano, Michel —prosiguió ella—. Y por lo visto murió a causa de un golpe de piolet. Creo que ha llegado la hora de que nos expliques unas cuantas cosas.

—¿Qué queréis? —gruñó él desfallecido, y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo—. No sois un tribunal.

—No tardarás en tener que responder ante uno de verdad. Por ahora tus jueces somos nosotros.

—Vosotros no sabéis —contestó el francés sin mirarla con un hilo de voz—. Vosotros no lo entendéis.

—Yo, en cambio, lo comprendo de sobra —intervino el barón.

—¿Qué quieres decir?

—Tu confesión, llamémosla así. Te felicito, Michel, has demostrado que eres un gran actor.

—Es cierto —corroboró Fiona con acritud. Detestaba descubrir que alguien la había engañado—. Te has burlado de nosotros con tu penosa historia sobre lo que ocurrió ese día. Jean-Pierre se encontraba mal, tú le diste alcance, la caída, la grieta, la cuerda cortada, los guantes... ¡Nos has contado un montón de patrañas, Michel!

El francés entró en la tienda sin responder. El barón y Fiona lo siguieron. Tenzing aguardó unos segundos. Sin que nadie lo viera, Iaan examinó la chaqueta de plumas desgarrada de Jean-Pierre palpándola con suma atención.

En el interior del refugio Michel se había ovillado en el suelo. Había metido la cabeza entre las rodillas y se había tapado las orejas con las manos, como si quisiese abstraerse del mundo. Pero el barón no tenía la menor intención de soltar su presa.

—¡Claro, la confesión! ¿No lo entiendes, Fiona? Cuando nuestro querido amigo salió de la tienda aparentemente ofendido, lo que en realidad pretendía era buscar por su cuenta el cadáver. Por desgracia para él, lo encontró demasiado cerca y demasiado pronto. Temía que lo siguiésemos y, de hecho, el sherpa y tú os disponíais a salir para

ir a buscarlo. Gracias a las huellas en la nieve fresca lo habríais alcanzado con facilidad, lo habríais sorprendido justo al lado del cuerpo. Así pues, la única solución era regresar a toda prisa para anticiparse a nuestros movimientos. Para poder retenernos en la tienda necesitaba algo clamoroso, ¿y qué pensáis que se le ocurrió? ¡Una confesión! ¡Una larga, completa y desvergonzada confesión! Era la mejor manera de ganar tiempo, además de nuestra confianza.

El francés permanecía inmóvil en su rincón con la cabeza pegada a las piernas. No dijo una sola palabra.

—¿Es cierto, Michel? —preguntó Fiona con severidad—. ¿Fue así?

Creía tener derecho a saberlo. Allí dentro era la única que lo había defendido y se sentía traicionada. Pero Leblanc no contestó.

—Ese día, en la montaña, las cosas debieron de suceder de forma distinta a la que nos has contado —prosiguió el barón—. Hasta ahora siempre había pensado que Michel había abandonado a Jean-Pierre debido a su desmedida ambición, pero ahora todo ha asumido una nueva perspectiva... Matar a su hermano para llegar solo a la cima. Me parece increíble...

—La cima no tiene nada que ver —aseveró la periodista, distante—. Es una pura cuestión de dinero.

Todos contuvieron el aliento. Leblanc no reaccionó.

—¿De qué dinero hablas, Fiona?

—De la herencia de su padre, Henri Leblanc. Varios millones de dólares —reveló ella a su pesar. Hasta ese momento había querido guardar el secreto y se había negado a atribuirle importancia. Pero en ese momento, después de lo que había visto... ¡Jean-Pierre asesinado!

—Pero ¡no es posible! Michel y Jean-Pierre heredaron juntos el imperio de su padre, todos lo saben.

—Te equivocas, Hans. Por sorpresa, Henri Leblanc dejó el control de sus empresas a Jean-Pierre al mismo tiempo que liquidaba a Michel legándole una pequeña parte de su patrimonio.

—Me parece imposible. Existe una ley.

—La ley existe para las personas como nosotros. Una herencia de ese tipo no pasa por un notario. Basta crear una sociedad de vigilancia en el extranjero, domiciliada en cualquier paraíso fiscal. A esos niveles la cuestión es bien diferente.

—¡Pero Michel era el hijo predilecto de Henri! Todos lo consideraban el más juicioso. ¿Cómo sabes lo de la herencia?

—¿Has olvidado que soy periodista?

—Pero tú te ocupas de los reyes, las reinas, la mundanidad, los chismorreos... Ni siquiera el *Financial Times* debe de haberse enterado de una cosa semejante.

—Tengo una fuente reservada y muy fiable. Nadie comprendió nunca por qué el

padre actuó de esa forma. Quizá fue un acto impulsivo o quiso castigar a Michel por haber ayudado a Jean-Pierre a ser alpinista.

—Si lo que dices es cierto, eso lo explicaría todo. Michel tenía una magnífica razón para matar a Jean-Pierre. Quizá en un principio confió en que el mal de montaña lo dejase seco, pero cuando se dio cuenta de que eso no iba a suceder pasó a la acción. ¿Comprendes ahora, Fiona? —la apremió el barón—. ¿Entiendes en qué situación nos encontramos? ¡Michel ha logrado ocultar su delito durante diez años! Y ahora somos los únicos que sabemos la verdad. —Von Reichlin hablaba como si Leblanc no estuviera presente—. Ahora Michel estará dispuesto a lo que sea para ocultarlo. Estamos encerrados en esta tienda con un asesino y las próximas víctimas somos nosotros.

Leblanc alzó la cabeza como si fuese un lobo que olfatea el viento.

—Solo he venido hasta aquí para recuperar el cuerpo de Jean-Pierre y enterrarlo. Es lo único que quiero.

—¿Y esconder así las pruebas de tu homicidio? No te lo permitiremos. —Si bien el barón hablaba con agresividad, Fiona notó que se mantenía a cierta distancia del francés—. Deberíamos organizar turnos de guardia —propuso Von Reichlin con la frialdad de un sargento que se encuentra al frente de un cuartel—. No podemos consentir que nos sorprenda.

—¿No te parece que estás exagerando, Hans? —le preguntó Fiona—. En el fondo todavía hay que demostrar que Michel... —No concluyó la frase. Ni siquiera ella estaba convencida.

—Puede que esto nos ayude a aclarar las ideas —dijo Iaan, que había permanecido en silencio hasta entonces.

Todos se volvieron hacia él.

El fotógrafo sostenía en una mano un cuaderno con la tapa desgastada. Además estaba deformado, casi plegado en dos.

—¿Dónde lo encontraste? —inquirió Fiona.

—En la chaqueta de Jean-Pierre. Se la quité y al hacerlo palpé algo rígido en el bolsillo. Le eché un vistazo mientras peleabais. —Lo mostró como si fuera una bola con el número ganador de la lotería—. Es un diario.

Mañana llegaré a la cima

Trece de diciembre. Recibido el cargamento en el campamento base. Parte del material se ha extraviado durante el trayecto. Por suerte solo comida. Deben de haber sido los sherpas. Mal tiempo, pésimas previsiones. Pese a todo, mucho entusiasmo entre los compañeros. Me siento bien.

Catorce de diciembre. Ha nevado, más de cincuenta centímetros. Hemos excavado todo el día alrededor de las tiendas y de la cocina. Cansadísimo. Malas previsiones.

Quince de diciembre. Hemos excavado todo el día. Los sherpas quieren más dinero.

Dieciséis de diciembre. Más nieve. Un poco de nerviosismo. Me siento bien.

Diecisiete de diciembre. Por fin un poco de sol. Por unos instantes he divisado la cima entre las nubes. Da miedo. Está tan lejos... Parece inalcanzable. Muchísima nieve. ¿Será una locura? Pero debo llegar a la cima. Cueste lo que cueste. Él está aquí, noto que me observa, estudia mis movimientos, se ha convertido en mi sombra. Intuye mis pasos. Es el único que sabe lo que pienso. Tengo que darme prisa.

Dieciocho de diciembre. Quería aprovechar la tregua del mal tiempo para hacer una salida de unos mil metros, pero el jefe de la expedición se ha negado. Demasiado peligroso. No soporto cuando los austriacos se ponen a hablar en alemán entre ellos. Tengo la impresión de que quieren dejarme de lado. Me trae sin cuidado. He dicho que mañana iré a inspeccionar un poco, con los austriacos o sin ellos.

Diecinueve de diciembre. ¡Por fin! Se han decidido. Hemos subido a cota siete mil. Muy pesado, a causa de la nieve. Uno de los sherpas y yo nos turnamos para ir a la cabeza. Los demás no podían. Encontramos un buen sitio para instalar el campamento I. Bastante protegido del viento. Volvimos al campamento base cuando ya había anochecido. Agotado. Dejé que los demás me adelantasen y después vomité. Me siento muy débil. Él está cerca, lo siento. Me espía. Espera el momento apropiado para asestar el golpe. Pero yo estoy alerta. Confío en poder dormir.

Veinte de diciembre. Casi no he pegado ojo. Siento latidos en la cabeza. Me cuesta moverme. Por suerte mal tiempo. Me quedo en la tienda.

Veintiuno de diciembre. Aún mal tiempo. Me encuentro mejor.

Veintidós de diciembre. Sol espléndido. Partimos. Nos movemos todos juntos, como un grupo disciplinado de escolares. ¡Cómo nos dirigen estos austriacos!

Veintidós de diciembre. Por la tarde. Me he parado durante la subida. Él está aquí, a mi lado. Tengo que hacer como si nada. No debo asustarme. Puedo escapar de él. Llegaré a la cumbre como sea. Resisto.

Veintitrés de diciembre. Bloqueados en cota. Tormenta. Viento de casi ciento

sesenta kilómetros por hora. Él ya no me busca. Puede que haya renunciado.

Veinticuatro de diciembre. Aún bloqueados. Como cena de Nochebuena solo sopa de verduras. No aguanto más. Hoy he podido mantenerlo a distancia. Alguna molestia, nada grave.

Veinticinco de diciembre. Estupendo, nos ponemos de nuevo en marcha. Es mi regalo de Navidad. Tiempo espléndido. Hemos subido seiscientos metros más. Instalado el campamento II. Exhausto. El peligro parece remoto. Siento que lo conseguiré.

Veintiséis de diciembre. Tormenta. Parados.

Veintisiete de diciembre. Más nieve. He excavado todo el día.

Veintiocho de diciembre. Mucha nieve durante la noche. La tienda se ha hundido por el peso. Creí que iba a ahogarme. Trabajamos durante cinco horas con las frontales. Estoy reventado.

Veintinueve de diciembre. He dormido durante todo el día. No hay noticias de él. ¿Habrá renunciado? ¿O está esperando a que llegue el momento propicio para acabar conmigo?

Treinta de diciembre. Buen tiempo. Partimos una vez más. Fijado el campamento III. Estamos a menos de mil metros de la cima. Con un equipo rápido podemos lograrlo.

Treinta y uno de diciembre. Hemos enviado a los sherpas a montar un depósito de material quinientos metros más arriba. Podríamos necesitarlo durante el descenso.

Uno de enero. Bajamos al campamento base para recuperar las fuerzas. Él parece ausente.

Dos de enero. Hemos vuelto a bajar. Yo he continuado por el valle, solo con él. Me ha acompañado mostrando su mejor cara, como un salteador de caminos que primero te sonrío y luego te degüella. Su sonrisa no me engaña, pero le sigo la corriente. Baño en los manantiales calientes. ¡Qué felicidad!

Tres de enero. Nueva subida al campamento base. Buen tiempo.

Cuatro de enero. Campamento II. He ido muy rápido. Él no ha podido darme alcance. Estoy bien.

Cinco de enero. Campamento III. Él ha llegado. Está aquí, a mi lado. Sé que quiere matarme antes de llegar a la cima. No se lo permitiré.

Seis de enero. He dormido fatal. Mareos y náuseas. La herencia complica las cosas, ahora es más difícil resistir. ¿Por qué lo hiciste, papá? Habría sido mejor que me hubieses olvidado. Pero ahora debo concentrarme en la cima.

Siete de enero. Tormenta. Estoy perdiendo energías. Ya no puedo esperar más. Él está aquí, podría asestarme un golpe en cualquier momento.

Ocho de enero. La radio no funciona. Cohetes desde el campamento base: mal tiempo o, al menos, eso parece. Pero da igual. No puedo esperar más. Tengo que ir

como sea.

Nueve de enero. Es la una. Muchas estrellas. Sereno. He preparado una mochila ligera. No dispongo de más tiempo. Tengo que aprovechar la tregua que me ha concedido. Tengo que subir antes de que él me dé alcance o será el final para mí. ¡Vamos! Mañana llegaré a la cima y todo habrá terminado.

Hemos perdido la última oportunidad de salvarnos

Michel estaba perplejo. Miraba alucinado el cuaderno rasgado cuya existencia jamás había sospechado.

—Por suerte todos hablamos francés bastante bien —dijo el barón con el habitual tono acusatorio—. Me parece bastante explícito.

Fiona tenía los labios apretados. Había intentado defender a Michel hasta el último momento, pero ya no podía por menos que reconocer la verdad: se había equivocado. En caso de que aún fuese necesario, ese diario constituía la última e inequívoca prueba.

—Hans tiene razón —corroboró la periodista—. Es evidente que tu hermano tenía miedo de ti. Temía que lo matases a causa de la herencia. Es indudable.

—¿Qué...? —Michel parecía estar saliendo de un estado de trance—. ¿Qué estáis diciendo?

—Esperad —intervino Tenzing—. ¿No os habéis dado cuenta?

—¿De qué deberíamos habernos dado cuenta?

Fiona estaba perdiendo la paciencia.

—Diario de Jean-Pierre coincide con lo que decía el barón. Gemelo que lo sigue, ¿recordáis? Tal vez explicación. Jean-Pierre piensa que alguien lo sigue. En cambio simples pesadillas. *Norgal ki lawaa*.

—Os aseguro que si vierais un doble que os sigue a diez metros de distancia y que parece tan real como vuestra mano derecha, lo escribiríais de manera muy explícita, sin circunloquios —replicó el barón—. El diario de Jean-Pierre cuenta otra cosa.

Fiona sacudió la cabeza.

—Hans tiene razón. Jean-Pierre hace unas referencias muy precisas. Se siente amenazado por alguien y solo puedes ser tú, Michel. Querías matarlo para apoderarte de la herencia.

—Pero ¿qué estáis diciendo? Jean-Pierre era mi hermano... Lo quería mucho..., intentaba protegerlo... ¡Dámelo!

Leblanc se abalanzó sobre Iaan, quien lanzó el diario a Fiona.

—Qué prisa.

Pero la periodista tenía las manos entumecidas y no pudo coger al vuelo el cuaderno, que fue a parar al fondo de la tienda. El barón se adueñó de él.

—Iaan tiene razón. Estás deseando apoderarte del diario de Jean-Pierre. Quieres destruirlo para eliminar una prueba.

—No comprendo... —Michel estaba desorientado—. Jean-Pierre jamás había escrito un diario. No escribía nada. Decía que no le importaba que los demás supieran

lo que había hecho —reflexionó—. No sé por qué escribí esas cosas. No lo entendéis. Mi hermano no era... como los demás. Puede que pareciese la persona más normal del mundo, pero su mente se hundía de improviso. Se transformaba en otra persona. Tenía lagunas de memoria o unas alucinaciones que consideraba reales. Como una vez con mi padre...

—¿A qué te refieres?

—Al día en que mi padre tuvo el accidente. Jean-Pierre, él y yo estábamos escalando una pared. Mi hermano era el primero de la cordada, le correspondía asegurarla. En cambio mi padre cayó justo cuando estábamos llegando a la cima. Jean-Pierre me dijo siempre que la culpa había sido del clavo, que se había salido de repente de la roca.

—¿En cambio?

—No había ningún clavo. Recuperé la cuerda y lo verifiqué: Jean-Pierre se había olvidado de fijarla. Un descuido imperdonable para un alpinista. No obstante, él estaba convencido de haberlo hecho.

—¿Estás insinuando que tu hermano intentó matar a tu padre? —preguntó Hans.

Todos callaron, turbados por la pregunta que flotaba en el aire. Hasta que una voz dijo:

—No es cierto. —Se volvieron hacia el sherpa. Tenzing los había sorprendido—. No es cierto —repitió—. No es así.

—No puedes saberlo, Ten —replicó Leblanc—. No estabas allí.

—Jean-Pierre me habló mucho de eso.

—¿De qué? —lo apremió Fiona—. ¿Qué te contó?

—El primero de la cordada no era Jean-Pierre, sino Michel. Él olvidó fijar cuerda.

—Pero ¿qué dices? —Michel temblaba de indignación—. Cómo se te ocurre... —Leblanc estaba tan confuso que no atinaba con las palabras. Cambió de expresión—. Ahora lo entiendo. Nunca me lo has perdonado, ¿eh, Ten?

—Tu corazón lleno de odio, Michel. Tan lleno que el odio salpica y nos ensucia.

—Déjate ya de tonterías. Sabes de sobra a qué me refiero: la sociedad Kinsoru.

—¿Qué sociedad? ¿De qué estáis hablando? —preguntó Fiona.

Leblanc se dirigió a los demás, ignorando al sherpa.

—La sociedad Kinsoru, que tenía el mismo nombre que esta montaña. Mi hermano la fundó poco antes de partir y tenía la intención de ponerla en manos de Ten. Jean-Pierre estaba obsesionado por la ecología y quería invertir parte del capital aquí, en Nepal, para ayudar a la población. Tenía el propósito de vender nuestras empresas en Europa para trasladarse al Himalaya. Y pretendía nombrar a Tenzing director de la sociedad.

—La avidez es la condena de quien desea demasiado —dijo el sherpa—. Si dejas de desear, dejas de sufrir. Yo dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —inquirió la periodista.

—Cuando Jean-Pierre murió, nuestros directores bloquearon el proyecto. Era una locura. Y el bueno de Tenzing se tuvo que resignar a volver a su trabajo de guía. Nunca me lo ha perdonado.

—Pretendes que creamos que Jean-Pierre estaba loco —observó el barón—, pero no era así. Los que lo conocieron lo saben.

—Ese diario es una prueba, Michel —lo atacó Fiona—. Se lo entregaremos a las autoridades. Como has dicho, no estamos en un tribunal, pero tenemos la responsabilidad de conservarlo.

—Pruebas... No sabéis lo que estáis diciendo.

—Es posible. Otros te juzgarán, pero hasta que llegue ese momento...

—¡Basta! ¡Dadme ese diario!

Leblanc agarró el brazo de Von Reichlin para obligarlo a dejar el cuaderno. La periodista intervino. Lo atacó por la espalda y le arañó la cara. El francés la apartó de un manotazo.

—¡Ayúdanos, Ten!

Fiona miró al sherpa, que hasta ese momento había permanecido inmóvil. Ella le había pedido explícitamente que interviniera. ¿Qué debía hacer? Su trabajo consistía también en proteger a sus clientes en cualquier circunstancia. Sin dudarle un minuto, Tenzing se arrastró como un rayo por la tienda, cogió a Leblanc por detrás y tiró de él. El francés intentó desasirse del sherpa, pero cuando se encontraron cara a cara perdió de golpe toda la energía. Se deshinchó como un *soufflé* agujereado.

El barón jadeaba debido al esfuerzo que le había supuesto la pelea.

—¿Habéis visto? Me ha agredido. Os digo que quiere matarnos. —Von Reichlin se masajeó el brazo dolorido. Leblanc tenía una fuerza terrible en las manos—. No nos deja elección. Tenemos que impedirle que nos haga daño.

—¿Qué quieres decir, Hans?

—Éramos cuatro contra uno y nos ha costado reducirlo. No podemos permitirnos el lujo de descansar, ni siquiera por turnos. Sucumbiremos.

—¿Qué propones? —preguntó Fiona temerosa de la respuesta del barón.

—Tenemos que inmovilizarlo —sentenció Von Reichlin.

Se volvieron hacia Leblanc, que yacía en el suelo. Ni siquiera entre cuatro podían detenerlo. La situación se estaba estancando peligrosamente. Pero cuando el barón cogió una cuerda y se aproximó tímidamente a él, este no reaccionó. Tenía los ojos cerrados y parecía indiferente a todo.

—Ayúdame, rápido. —Con unos movimientos veloces, Von Reichlin ató las muñecas de Michel a la vez que Fiona le sujetaba los tobillos—. Ya está —anunció el barón—. Ya no tenemos nada que temer.

Iaan, que no había tomado parte en la operación, estaba en la entrada de la tienda,

con la tela abierta. Escrutaba el cielo.

—¿Oís? El viento vuelve a soplar y la tormenta es más fuerte que antes. Hemos perdido la última oportunidad de salvarnos.

Se ha escapado

No tuve una sed así ni siquiera cuando pasé un día entero escondido en un barco esperando a que el rey se tirase del yate desnudo.

—¿Qué rey?

—Uno cualquiera, da igual. Basta que sea un rey para que la gente pierda el juicio.

Estaban metidos en los sacos de dormir, iluminados por la frontal. Desde que lo habían inmovilizado, Leblanc no había vuelto a agitarse. Yacía como un peso muerto, con los ojos cerrados, respirando con mayor lentitud. No se había movido ni había pronunciado una palabra. Lo habían tapado con el saco de dormir.

—La deshidratación es muy rápida a esta altura. Peor que en cualquier desierto —sentenció el barón.

—Has hecho bien en decírmelo. Ahora me siento más tranquilo —dijo Iaan.

—El aire es seco, sin contar el viento. Cada centímetro cuadrado de piel emana una cantidad increíble de vapor acuoso.

—Si al menos pudiésemos consolarnos con un bonito bronceado...

Iaan se volvió hacia el ábside, donde guardaban las mochilas. Empezó a rebuscar en la suya.

—Mañana tenemos que bajar como sea —prosiguió el barón—. Si permanecemos unidos podemos conseguirlo. Por eso os aconsejo a todos que des...

—¡*Faramba!*

Se volvieron hacia Iaan, que gemía y gesticulaba frenéticamente.

—¿Qué ha pasado?

Fiona se acercó a él a toda velocidad. El barón se reunió con ellos al instante.

El fotógrafo se tapaba la boca con las manos, una mueca de dolor le contraía la cara.

—¿Qué pasa? Enséñanoslo.

Iaan bajó una mano. Mantuvo la otra, que sujetaba una lata de comida, delante de los labios.

—¿Qué ha ocurrido?

El barón echó una mirada y a continuación soltó una carcajada desdeñosa.

—Los aficionados de siempre...

—¿Qué ha pasado, Iaan? —preguntó Fiona. Después comprendió. La lengua de Iaan se había quedado pegada a la lata.

—*He fisto unas gofas de humedad...* —gruñó como pudo Svarbard.

—No te preocupes. Yo lo arreglaré —dijo el barón.

Apretó la lata con las manos y las mantuvo allí unos minutos. El calor de su

cuerpo la descongeló poco a poco, haciéndola gotear. Iaan no tardó en liberarse de ella.

—Uau. Qué gusto da recuperar la lengua.

—Procurad estar atentos a lo que hacéis. A siete mil metros cualquier distracción puede ser peligrosa. Y ahora intentemos dormir un poco, nos conviene —advirtió Von Reichlin. A continuación se echó en el saco de dormir y apagó la Petzl—. Buenas noches.

La oscuridad era absoluta. Fiona esperaba poder conciliar el sueño, pero cada vez que cerraba los ojos empezaba a contraer las manos con un movimiento mecánico. Por mucho que se repetía que era una estupidez pensarlo, temía que el sueño le entumeciese definitivamente los dedos. Apretaba y aflojaba el puño, una y otra vez... Había perdido el control de los nervios.

—Iaan... —susurró con un hilo de voz.

—¿Qué sucede? —contestó en voz baja su amigo a la vez que se volvía hacia ella, que se encontraba tumbada a su lado—. ¿Hay otra lata que desea que la lama?

—Iaan..., ¿crees que Hans tiene razón? Sobre Michel, quiero decir —murmuró la periodista al oído del fotógrafo de manera que los demás no la pudiesen oír, aunque estuviesen despiertos.

—Bueno..., las circunstancias están en su contra.

—No me parece convencido.

—Oye..., si hubiese querido matarnos le habría bastado esperarnos fuera de la tienda y dejarnos secos uno a uno. La tormenta le habría facilitado las cosas.

—Pero...

—Además, ¿no viste que no se resistió cuando lo atamos? ¿No te parece extraño que un vil asesino se rinda a una banda de medio pelo como la nuestra? Excluido el pobre Boroda, creo que sería interesante comprobar quién de nosotros es más rápido a la hora de escapar...

—¿Entonces? ¿Qué piensas?

—No lo sé. No tengo las ideas muy claras, pero considera la posibilidad de que Michel...

—¿...?

—De que Michel esté encubriendo a otro. Nadie sabe si él y Jean-Pierre estaban efectivamente solos en la montaña ese día. El diario de Jean-Pierre alude a una presencia misteriosa e inquietante. ¿Y si no se refería a su hermano? ¿Y si alguien se hubiese reunido con ellos durante el ascenso? Quizá Michel quiere proteger a una tercera persona y por eso no puede contarnos la verdad. ¿Recuerdas lo que gritó anoche, cuando deliraba? «¡Cuidado, Jean-Pierre! ¡Está detrás de ti!». Parecía referirse a una tercera persona.

Fiona no había caído en la cuenta. Eso no probaba que Michel hubiese matado a

Jean-Pierre, si bien era cierto que no se encontraban en el centro de Londres. ¿Una tercera persona en una montaña de ocho mil metros? Además, Michel había sufrido una alucinación, nada más: era difícil considerar como prueba lo que había dicho en un estado de tal alteración.

—Pero Hans debía de saberlo, ¿no? En esa época solo estaba su expedición.

—Puede que fuese otro miembro de su equipo. —El fotógrafo se dio media vuelta—. Ahora tengo sueño. Si llega un hombre lobo dile que abrimos mañana a las cinco de la mañana. Buenas noches.

Fiona sacó la pequeña grabadora digital del bolsillo del forro polar y la encendió. Miró el led rojo iluminado. El contador giraba. La luz la hipnotizó, en tanto que la memoria electrónica grababa tan solo el silencio. No se movió durante un minuto, mientras se esforzaba por encontrar la frase más adecuada para empezar.

«Medio cadáver en la montaña maldita...».

O...

«Horror a siete mil metros de altitud...».

Al cabo de unos segundos, que le resultaron interminables, Fiona volvió a pulsar con los dedos congelados la tecla *power*. El led reverberó un poco antes de debilitarse y, al final, apagarse por completo. La periodista se tumbó en el saco de dormir pensando que era la primera vez que no encontraba las palabras justas. Palabras..., nada más inútil que ellas.

Apretar, aflojar..., apretar, aflojar..., apretar, aflojar... Sin querer empezó a murmurar una vieja cantilena que le habían enseñado cuando era niña.

—*Winzy Winzy Araña...* —Mientras la pronunciaba juntaba y separaba los dedos siguiendo el ritual de la canción—. *Winzy Winzy Araña...*

Pulgar e índice, pulgar y medio, pulgar y anular...

Fiona contuvo la respiración. Sí, también Iaan se había quedado dormido. En el interior de la tienda se oía una pequeña sinfonía de suspiros. El pesado y enfermo de Boroda, el regular del barón, el inconstante de Iaan... ¿Y Michel? Trató de concentrarse, pero no pudo distinguirlo. ¿Habría muerto? La idea, en lugar de aliviarla, la preocupó. Y fuera, a pocos metros de ella..., había medio cadáver congelado.

Apretaba y aflojaba, apretaba y aflojaba, apretaba y aflojaba los dedos. El movimiento era tan hipnótico que al final se adormeció. Dadas las circunstancias, no podía soñar nada que no fuera terrorífico y, de hecho, soñó que se encontraba en la ladera de la montaña, sola, en medio de una tormenta. No veía nada, caminaba al azar, de cuando en cuando intentaba gritar, pero la voz no le salía de la garganta. Estaba sola y, sin embargo, sentía que alguien la estaba siguiendo. Se volvía de golpe para sorprender al desconocido que le pisaba los talones..., pero era inútil.

De repente, la tormenta cesó y la nieve desapareció como por encanto, como por

efecto de una primavera repentina. Fiona entrevió un charco de agua de cuya superficie se elevaban unas lentas volutas de vapor. Un manantial caliente... Después de todo el frío que había padecido, el deseo de zambullirse en él era irresistible. Al precipitarse en esa dirección divisó a un hombre bajo un árbol. Pero, sí..., ¡era Jean-Pierre! En persona, sonriendo bondadoso. Estaba tumbado de espaldas en la orilla, con el pecho desnudo y sumergido en el agua de cintura para abajo.

—Ven —le dijo—. Ven tú también.

Ella no se hizo de rogar. Sin necesidad de desprenderse de una prenda tras otra, de repente vio que se había quedado desnuda. Se acercó a él. Se encontraba a su lado, a punto de tirarse, cuando el agua empezó a bajar como si alguien hubiese quitado el tapón del desagüe de una pila. El nivel bajaba a toda velocidad. Fiona miró alrededor sin comprender lo que estaba sucediendo. Acto seguido posó los ojos en Jean-Pierre y se quedó sin aliento. Su cuerpo estaba cortado por la mitad, echado en la arena mojada. Pero él no parecía darse cuenta...

—Ven —le repitió con la misma sonrisa dulce—. Ven, Fiona...

Le tendía la mano. Ella se retrajo disgustada. Él alargó el brazo e hizo ademán de aferrarla...

—¡No! —trató de gritar la mujer sin conseguirlo—. ¡No! —gritó esta vez a pleno pulmón mientras se incorporaba en la oscuridad de la tienda.

Le llevó varios segundos darse cuenta de que solo había sido un sueño. A pesar de la temperatura, tenía la frente sudada.

—¿Qué pasa? —preguntó el barón con voz somnolienta.

—Nada..., he tenido una pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí.

Cuando se disponía a echarse de nuevo a dormir oyó una imprecación ahogada. Era Von Reichlin.

—¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre?

—Leblanc. Se ha escapado.

Sexto día

Michel Leblanc había vuelto

Mirad. Las cuerdas están cortadas.

Iaan hizo un gesto de irritación.

—¿Alguno de vosotros lo registró? —Nadie contestó—. La navaja multiusos. La llevaba en el bolsillo, ¿os acordáis? Cuando amenazó a Hans. —El fotógrafo arrojó en un rincón los trozos de cuerda—. Menudos carceleros somos, realmente penosos.

El más alarmado de todos era Von Reichlin. Sus facciones contraídas manifestaban verdadero terror.

—¡Y ahora está ahí fuera, maldita sea! Ya no podemos movernos.

—No me parece que hasta ahora nos hayamos desplazado mucho.

—Es cierto, pero mañana tenemos que partir. Mañana desalojarán el campamento base. Solo disponemos de veinticuatro horas. Y, sin embargo, no podemos salir de la tienda, ¡*Teufel!*.

—No te alteres tanto, Hans. No me parece oportuno.

Hans se enfrentó a Iaan, furibundo.

—Michel está fuera con la única intención de matarnos, uno detrás de otro. Gracias a la tormenta le resultará aún más fácil. ¡No tenemos ninguna esperanza de salir con vida!

—Cálmate. Si Michel hubiese querido matarnos como dices, habría podido hacerlo fácilmente esta noche. La hoja de la navaja es bastante larga. En cambio, se ha limitado a liberarse y a poner pies en polvorosa.

—Iaan tiene razón, Hans. Michel no ha aprovechado la ocasión.

—¡No lo entendéis! Es evidente que no podía abandonar cuatro cuerpos degollados en medio de la montaña. En el hielo, en cambio, será más fácil eliminarnos sin levantar sospechas...

—¡El cadáver! —exclamó Iaan, por asociación de ideas.

Sin añadir nada más, abrió la tienda y echó un vistazo fuera. La luz del alba se reflejaba en los copos de nieve, que se arremolinaban al caer.

—El cuerpo de Jean-Pierre sigue estando aquí. Michel no lo ha enterrado.

—No tuvo tiempo de hacerlo —observó el barón—. Tal vez Fiona se despertó cuando él acababa de salir. Tuvo que renunciar. —Pausa—. Por ahora.

—Creo que, por el momento, deberíamos olvidarnos de Leblanc y pensar en nosotros —apuntó Fiona—. ¿Qué opinas, Ten?

Mientras discutían, el sherpa había abierto una caja. Valiéndose de un clavo de hielo, separó un trozo de verdura congelada y empezó a chuparlo.

—Será mejor que comamos algo. Lamer agua no basta, pero mejor que nada de agua.

—Y después de chupar los polos de calabacín, ¿qué sugieres que hagamos, Ten?

—Tenemos que bajar. No podemos quedarnos aquí. Mañana todos muertos.

—¿Qué dices, Hans?

—Pues que no hay ninguna razón para que nos quedemos. Hemos encontrado el cadáver. Y el diario... ¿Dónde está el diario?

—Lo tengo yo, Hans. Lo he guardado en el saco de dormir.

—Ah, bueno. Así que tenemos pruebas suficientes. Debemos marcharnos. Pero hemos de tener cuidado durante el descenso.

—¿Nos estás proponiendo que avancemos formando una tortuga, como la falange romana? —preguntó Iaan.

Entretanto, Tenzing preparaba las mochilas. Sacaba de ellas todo lo que no era indispensable. Debían aprovechar al máximo la energía que les restaba. El sherpa imploraba benevolencia a los dioses: no sabía quiénes eran, ni tampoco si vivían de verdad en esas montañas. Los occidentales le habían hablado en alguna ocasión de algo a lo que llamaban el ángel de la guarda. Deseó con todas sus fuerzas que existiese de verdad un ángel de la guarda para todos, y que estuviese preparado para sujetarlos si daban un paso en falso, o, en caso de que se les escapase una cuerda de la mano, para bloquearla.

Fiona esperaba que uno de ellos dijese algo, pero, dado que nadie hacía alusión al tema, lo abordó ella.

—¿Y él?

El barón siguió su mirada.

—¿Te refieres a Anatoli?

—A él, sí. A tu amiguito.

Von Reichlin se encogió de hombros.

—Está mal.

—Eso también lo sé yo. ¿Cómo pensáis transportarlo?

El barón bajó los ojos sin responder. Fiona se dirigió a Tenzing, que esquivó su mirada y siguió trajinando con las mochilas. La periodista se volvió hacia Iaan.

—No me mires, Fiona. Soy el último recluta.

La mujer sentía que la rabia se iba apoderando de ella.

—¿Cómo pensáis transportarlo? ¿Hay una camilla de emergencia? Quizá podamos construir una con los palos...

—Está mal —repitió el barón como si fuese la solución a una ecuación complicada.

El silencio se volvió a instalar entre ellos.

—¿Eso significa que queréis abandonarlo aquí?

El tono de Fiona revelaba la indignación que sentía. Cuando estaba en Londres, colaboraba como voluntaria en varios hospitales infantiles cada quince días. A decir

verdad, dicha actividad no acababa de gustarle: es más, a medida que se iba acercando la fecha del siguiente turno, se sentía atenazada por una angustia creciente. Todo ese sufrimiento... Pero su concepción de la verdad iba indisolublemente unida a la de la justicia: el que tiene debe compartir. Un psicólogo habría hablado de sentimiento de culpabilidad. Y ahora... ¡iban a abandonar a Boroda! Era inconcebible.

—¿De verdad no podemos hacer nada por él, Ten?

Se había dirigido a la única persona que consideraba dueña de una auténtica moralidad. Estaba dispuesta a aceptar su veredicto como si fuese el de un padre confesor. Un padre...

El sherpa negó con la cabeza.

—Demasiado pesado. Demasiado peligroso. Imposible. Milagro si conseguimos llegar nosotros al campamento base. Después podemos mandar médico, pero ahora...

Ten alzó los ojos al cielo invocando la intervención de una divinidad, la que fuese.

Fiona se aproximó al kazajo, que seguía respirando de forma ruidosa. Su rostro, tan gigantesco como el resto de su cuerpo, se había relajado en una expresión de quieta beatitud. Cuando era niña le habían enseñado que hasta el más vil de los hombres podía redimirse, y que la acción más infame de todas era abandonar a alguien sin haberle prestado auxilio.

—Yo no voy con vosotros —anunció, si bien su tono no fue tan asertivo como habría querido—. Yo no voy con vosotros —repitió, si bien con mayor debilidad.

Iaan la abrazó.

—Fiona..., Fiona... No creas que no te entiendo, pero no podemos hacer nada por él. Estamos demasiado cansados. Puede que ni siquiera nosotros logremos salvarnos. Ésta es una de esas situaciones en las que, elijas lo que elijas, cometes un error.

Ya, pensó ella. Cometes un error, sea cual sea la elección. Igual que lo que le sucedió a Michel en los Alpes. ¿Arrancar a su amigo de las garras de la muerte o convertirse en el salvador de su hermano? ¿Nosotros o Boroda? Hasta ese momento Fiona pensaba que la geometría de la moral era más bien sencilla: el que confundía sus formas era un indolente, o un egoísta. Pero a siete mil metros de altitud el contorno de los derechos y los deberes se difuminaba como los dibujos a carboncillo. ¿Qué era justo hacer? Según parecía, al aumentar la altitud, no solo el aire sino también la ética se iban rarificando. A medida que se subía resultaba cada vez más difícil distinguir entre el bien y el mal...

—No podemos hacer nada, Fiona..., absolutamente nada.

Iaan la abrazaba. De improviso, la periodista comprendió que el suyo no era el gesto fraternal del que comparte el dolor, sino el del cómplice que pretende distribuir

la responsabilidad.

—Déjame —dijo ella rechazándolo—. Echad un vistazo a su mochila. Quizá haya algo dentro que lo pueda ayudar.

Von Reichlin la miró crispado. Cada minuto que desperdiciaban suponía una posibilidad menos de salvarse.

—¿Por qué su mochila?

—Porque dentro hay medicinas.

Con un resoplido de impaciencia, el barón abrió la mochila de Boroda y echó una mirada al contenido de la misma. Calcetines, pilas, micropilas, guantes de microfibra, latas de comida, baterías, cartas, guías...

—No sé qué estaba tramando —dijo el barón cuando acabaron de registrarla—, pero ahí dentro ni siquiera hay una aspirina.

Fiona se abalanzó sobre la mochila y rebuscó frenética en su interior. No había nada..., los estimulantes y los analgésicos habían desaparecido. Pero ¿quién...? ¡Michel, por supuesto! ¡Solo podía haber sido él!

—Escuchad, tenemos unas doce horas de luz. Más vale que nos apresuremos —les advirtió el barón. Incapaz de reaccionar, Fiona miró el saco vacío de Boroda—. ¡Vamos! —la apremió de nuevo Von Reichlin.

Ella percibió su voz tan lejana como cuando, siendo una niña, sus compañeras la llamaban desde el patio para que saliese al recreo mientras ella estaba en el aula acabando los deberes.

—Vamos —le dijo Iaan al tiempo que le agarraba una mano. Fiona se desasió.

Con movimientos mecánicos se puso la chaqueta de plumas. Mientras se estaba calzando las botas, la cremallera de la entrada se abrió unos centímetros y varias botellas de gas aterrizaron, en rápida sucesión, dentro de la tienda.

Ten, Hans, Iaan y Fiona las miraron boquiabiertos, tan asombrados como si hubiesen visto un pez volador.

Del exterior les llegó una voz:

—Ahora podremos preparar el desayuno.

Michel Leblanc había vuelto.

Se quedaron completamente a oscuras

¡Quieto!

El barón había cogido un piolet y lo blandía, amenazador, contra Leblanc.

—Bájalo, Hans. He venido a ayudaros. —Michel había entrado con despreocupación en la tienda. Haciendo caso omiso de Von Reichlin, había enroscado una de las botellas al hornillo. La llama prendió a la primera—. Ahora prepararemos un té caliente. Debes beber mucho, Fiona. Si eso no basta para reactivar la circulación, calentaremos agua y meterás las manos en ella.

El barón seguía empuñando el piolet con una actitud agresiva que, sin embargo, cada vez resultaba más ridícula.

—Vamos, atémolo antes de que vuelva a escapar.

Iaan se volvió hacia Von Reichlin.

—¿Te importaría dejar ese artilugio? No quisiera que nos estropease los muebles.

—Tenemos que inmovilizarlo de nuevo, ¿no lo entendéis? Quiere matarnos.

Fiona perdió los estribos.

—¡Basta ya, Hans! Michel ha regresado con las botellas. Ha venido a salvarnos, y no a matarnos. Para hacerlo le habría bastado dejarnos aquí. Baja el piolet.

Con cautela, Hans apoyó la herramienta a un lado, al alcance de su mano.

—Os arrepentiréis.

Fiona se sentía furiosa, sobre todo consigo misma. Por un momento había llegado a creer que Michel había matado realmente a Jean-Pierre. Pero ¿y ahora? ¿Qué debía pensar? Había recibido una buena lección. Los demás estaban a punto de abandonar a Boroda alegando un estado de necesidad, en tanto que Michel..., Michel, que habría podido salvarse de sobra solo, había regresado para socorrerlos.

La periodista no esperó a que el líquido se enfriase. Bebió un largo sorbo, pero el té estaba tan caliente que le quemó la lengua y el esófago. Sintió que bajaba al estómago para reanimar su cuerpo. El calor se iba expandiendo gradualmente por las piernas y los brazos, igual que el primer metro de la mañana ilumina los túneles subterráneos que han permanecido a oscuras durante toda la noche. Un nuevo sorbo, otro más... Quizá, al final, no perdería los dedos.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó a bocajarro.

—No tenía adónde ir. El viento sopla muy fuerte.

—¿Y el gas?

—Recordé que el año pasado una expedición coreana fue arrollada por un alud poco antes de llegar a la cima. Habían instalado el último campamento rayando la cota ocho mil, y este disponía de todo el equipo necesario.

—¿Has subido a ocho mil metros? —preguntó Von Reichlin sorprendido—. Con

este tiempo es imposible.

—Tuve suerte. Sabía que nunca os convencería de que me dejaseis ir, así que preferí esperar a que llegase la noche y resolver el problema por mi cuenta.

—Con la navaja —apuntó Iaan.

—De aquí a la cima el camino está marcado, es ineludible, así que no tuve que buscar mucho. Encontré un palo que asomaba en la nieve y comprendí que se trataba del campamento coreano. Excavé un poco y la cueva de Alí Babá se abrió ante mis ojos. —Leblanc señaló las botellas—. Había bastantes. Y también comida. Cogí todo lo que pude meter en la mochila. Con estas aún podemos resistir un poco, aunque no nos queda demasiado tiempo. Me preocupa la nieve. Arriba se ha acumulado mucha.

—No todas las desgracias hacen daño —observó Iaan en tono filosófico—. Los pobres coreanos nos han salvado. ¿Cómo se dice en latín? *Mors tua vita mea*, creo, perdonad la pronunciación.

Boroda estornudó y todos se volvieron hacia él. Era la primera señal de vida que daba el kazajo en muchas horas. Lo daban por desahuciado, de manera que se quedaron estupefactos. Moviada por el sentimiento de culpabilidad, Fiona se apresuró a acercarse a él con una taza de té en la mano.

—Él también debe beber.

Michel la ayudó a verter la bebida en los labios del herido, un sorbo cada vez. Mientras llevaban a cabo la operación, Fiona le preguntó en voz baja, para que los demás no la oyeran:

—¿Por qué las cogiste?

—¿...?

—Las medicinas de Anatoli. Estaban en su mochila, las vi. Ahora ya no están.

—¿Medicinas? ¿De qué tipo?

—Analgésicos, estimulantes..., cosas por el estilo. ¿Por qué las cogiste?

—Yo no he cogido nada. Ni siquiera sabía que Toli las tenía.

—Solo puedes haber sido tú.

Michel la miró enojado.

—¿No puedes dejar de juzgar ni por un momento?

Le devolvió la cuchara y se apartó de ella.

«Maldita sea», pensó Fiona. «Qué estúpida he sido».

La periodista siguió vertiendo té caliente en la boca de Boroda. El kazajo tosió en un par de ocasiones: se le había atravesado alguna gota.

Cuando acabó, Fiona se reunió con los demás. Estaban sentados en corro, en silencio, bebiendo té. Ella tomó varias tazas más. Fuera, las ráfagas de viento habían arreciado.

—Me gustaría que reflexionerais —atacó el barón—. Leblanc supone un gran peligro para nosotros.

—¡Basta ya, Hans! Michel ha vuelto con las botellas. Nos ha salvado la vida — replicó la mujer.

—Leblanc... Esto es el colmo... ¡Un asesino! No puedo seguir haciendo como si nada. —El barón se debatía entre la furia y la indignación—. ¿No me creéis? Entonces ¡mirad! —Se descalzó con un movimiento rápido y, acto seguido, se quitó el calcetín. Con una sonrisa de ambigua satisfacción, alargó lo que quedaba de su pie derecho para mostrárselo mejor. Tenía los cinco dedos amputados, de ellos solo quedaba un metatarso liso y regular, que recordaba el casco de un caballo—. ¡Mirad!

Fiona, que solo lo había entrevisto hacía cuatro días, examinó horrorizada, aunque también fascinada, el pie del barón. Sus manos podrían haber tenido ese aspecto...

—Comprendo tu amargura —dijo Iaan—, ya no podrás pintar con los pies, eso da al traste con tu carrera para siempre.

Von Reichlin no le hizo caso.

—Preguntad al héroe qué ocurrió.

Leblanc había perdido su inicial aplomo. Estaba cohibido.

—Y dale con las viejas historias, Hans. Nunca cambiarás.

—¿Tienes miedo de explicar lo que me sucedió?

—Yo no tuve la culpa.

—Ah, ¿no? ¡Esta sí que es buena! Querida Fiona, si de verdad piensas que nuestro amigo Leblanc ha tenido la delicadeza de volver para salvarnos la vida, te equivocas de medio a medio. Aún no puedo decirte el motivo, pero estoy seguro de que solo ha regresado porque le conviene. Quizá para recuperar el cadáver de su hermano. Leblanc es incapaz de realizar un acto desinteresado.

—¿Qué le ocurrió a tu pie?

—Fue hace doce años, antes de la expedición del Kinsoru. Nos estábamos entrenando en los Andes, en la zona del Aconcagua. Unas montañas de siete mil metros, las más difíciles de la Tierra. El tiempo era espantoso. Algunas zonas no tienen más de cinco o seis días de sol al año. Leblanc y yo habíamos subido juntos. El buen tiempo parecía aguantar, así que habíamos elegido un equipo ligero. No obstante, durante el descenso él no se sintió bien. Vomitaba y estaba mareado. En fin, que no podía seguir adelante. Por si fuera poco, se desencadenó una tormenta terrible. Lo único que pudimos hacer fue excavar un agujero en la nieve, en un reborde de un metro de ancho, y aguardar a que pasase la tormenta. Fue una noche espantosa, con ráfagas de viento de doscientos kilómetros por hora y temperaturas de cuarenta grados bajo cero. Pensaba que no sobreviviríamos. Fue así, ¿no, Michel? —El francés no contestó—. Yo habría podido conseguirlo. Habría podido llegar al campamento en unas tres o cuatro horas. ¡Pero no! Entonces seguía creyendo en la amistad, en la solidaridad entre alpinistas. Así que me quedé al lado de Michel toda la noche,

corriendo el riesgo de morir... —El barón se interrumpió, reviviendo esos momentos—. Por la mañana el mal tiempo había cesado. Tardamos una hora en ponernos de pie. Leblanc apenas podía caminar. En algunos tramos tuve que cargar con él, arriesgándome a caer yo también. Llegamos al campamento por la noche, exhaustos. Nos daban ya por muertos. Nos llevaron con los mulos a un pueblo cercano y de allí al hospital. Viajamos en una camioneta sin amortiguadores durante un día entero... En el hospital el médico me dijo que ya no podía hacer nada. Los dedos estaban negros. Había que amputar antes de que la gangrena se extendiese al resto del pie. Ése fue el resultado de mi altruismo.

Volvió a mostrar el pie amputado, como si fuese un soldado herido que ambiciona una medalla.

—Hiciste lo que considerabas tu deber —observó Fiona—. Pero ¿qué tiene que ver Michel?

—¿Que qué tiene que ver Leblanc? Bueno, eligió la mejor manera de mostrarme su agradecimiento —dijo el barón desdeñoso—. Me robó a mi mujer. —Con el pie aún al aire, el barón se volvió para rebuscar en su mochila. Cogió el cuaderno, lo abrió y sacó la fotografía que Fiona había encontrado cuando había registrado el equipaje—. Aquí está —dijo exhibiéndola igual que un abogado muestra una prueba decisiva a un tribunal. Iaan y Tenzing observaron el rostro de la mujer de pasada. Michel volvió la cabeza hacia otro lado—. Se llama Henriette —dijo Von Reichlin a modo de presentación. Los demás se quedaron sin aliento: demasiadas revelaciones en poco tiempo, y todas ellas desconcertantes—. Dos años después de que le salvase la vida en la Patagonia, Michel me robó a mi mujer. Se fugaron juntos sin decirme una palabra. Ella ni siquiera me dejó un mensaje. Cuando, al final, pudimos hablar, se limitó a decirme que no podía hacer otra cosa.

—No es así, Hans, y tú lo sabes.

Michel escrutaba al barón con una expresión a caballo entre el reproche y el remordimiento.

—¿De verdad? En ese caso explícanos lo que ocurrió.

—Se había enamorado.

—A mí me dijo que no podía hacer otra cosa. Es muy distinto, ¿no crees? Pienso que, de una forma u otra, la obligaste.

Von Reichlin había adoptado el tono petulante de los enamorados que han sido víctimas de una traición.

—Vamos, Hans, sabes de sobra que vuestra relación estaba muerta. Y que la culpa era tuya.

—Por lo visto, nuestro héroe del alpinismo es también asesor matrimonial. ¡Magnífico!

—Lo habíais hablado un centenar de veces, pero tú hacías oídos sordos. Henriette

ya no te quería, Hans.

—Y tú tuviste la amabilidad de brindarte para consolarla, ¿verdad? Qué caballero.

—Cometí un error. Tú me habías salvado la vida y yo... Pero ¿qué podíamos hacer? Nos habíamos enamorado. —Michel se dirigía sobre todo a Fiona que, en ese momento, se estaba sirviendo la enésima taza de té—. Sucedió en el hospital del pueblo, después de la desgracia de mi hermano. Hans y ella habían acudido a verme. Henriette me visitaba a diario, me cuidaba, estaba tan débil... Todo surgió de la manera más sencilla. Era la primera vez que conocía a una mujer que compartía mi pasión por la montaña. No era necesario hablar con ella, intuía todo por los gestos, las expresiones. Y, además... —Hizo una pausa—. Además tenía unos ojos verdes magníficos..., iguales que los tuyos.

Fiona se quedó atónita.

—Y ahora... ¿dónde está?

—Desapareció —admitió Michel al tiempo que desviaba la mirada avergonzado—. Un día me dijo que debía salir un momento para comprarme un regalo. Al cabo de una hora llamaron al timbre, era el chico de los recados de una tienda. Me entregó un paquete, dentro había un piolet. Henriette nunca volvió.

—Debería haberte dejado morir en esa montaña —intervino el barón con dureza.

—Sí..., quizá habría sido mejor.

Von Reichlin había perdido el dominio de sí mismo.

—Señoras y señores, ahora saben toda la verdad sobre Michel Leblanc, el temerario conquistador de los ochomiles himalayos. Tiene valor para escalar solo las montañas más impracticables de la Tierra, pero no para enfrentarse cara a cara al amigo al que pretende robarle la mujer. Eso habría sido más difícil, ¿verdad, Michel? Podrías haberme confesado abiertamente tu traición. En cambio, huiste como un ladrón, amparándote en la noche.

—He dicho que cometí un error.

—Y, ahora, ¿qué pensáis? ¿Seguís creyendo que nuestro amigo aquí presente está dispuesto a arriesgar su vida para salvarnos? ¿No creéis que, en el fondo, sería capaz de matarnos para salvarse, a sí mismo y su dinero?

El comportamiento teatral del barón chocaba con las circunstancias, pero Von Reichlin no se daba cuenta. Había esperado muchos años para poder pronunciar su alegato final y ahora estaba deseando conocer el veredicto definitivo. Alguien debía juzgar —y condenar— a Michel Leblanc.

—Un auténtico melodrama de alta cota —observó Iaan—. Él, ella y el otro. Ciertas cosas no se leen en los periódicos.

—Puede que no fuese una acción muy edificante desde un punto de vista moral, pero es asunto vuestro —dijo la periodista, que había hecho carrera con la vida privada de los demás.

—No estoy de acuerdo, querida Fiona. Puedes considerarlo un episodio privado, pero muestra a la perfección la personalidad de nuestro querido Leblanc.

—En mi opinión, este episodio, como lo llamas tú, Hans, solo pone en evidencia el tipo de relación que existe entre vosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Hans. Hace dos días que no nos hablas de otra cosa que de las gamberradas alpinistas de Michel Leblanc. La subida, Jean-Pierre abandonado en una grieta, la fuga, la herencia... Pero todo eso siempre te ha traído sin cuidado. Michel habría podido matar a todos los hermanos, padres, primos y consuegros del mundo y tú no habrías arqueado una ceja. Lo único que te interesa es que Michel te quitó a tu mujer.

—Te equivocas. Yo...

—Por favor, no nos eches un sermón. Hace poco has estado a punto de abandonar a Anatoli para salvar el pellejo. ¡Vamos! He de reconocer que el viaje ha sido muy instructivo. He comprendido muchas cosas del mundo del alpinismo. A estas altitudes se cometen las peores bajezas: cada uno piensa exclusivamente en sí mismo, los demás se pueden ir al infierno. Basta de los insoportables discursos contra Leblanc y su presunto fratricidio. Todos hemos comprendido cuál es la verdad.

—¿Y cuál es, si se puede saber...?

—Odias a Michel por lo que pasó con tu mujer. Es muy sencillo.

—Yo...

Pero el barón no pudo concluir la frase. Un soplo poderoso, prolongado y amenazador de viento penetró en la tienda. El soplo de un alud. Tras un instante de terror, se quedaron completamente a oscuras.

Está viva

No podía respirar. Ni abrir los ojos. Le parecía que alguien le había aplastado la cara con una almohada y se había sentado encima.

Con un gesto instintivo, Fiona trató de limpiarse la cara y se dio cuenta de que no podía mover los brazos.

Terror.

¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido?

Luego recordó.

El silbido.

El alud.

Había quedado sepultada en la nieve.

Sepultada: jamás lo había pensado, pero ese verbo transmitía fielmente la sensación que experimentaba.

Sepultada.

«Calma, no pierdas la calma», se dijo.

En ese momento se dio cuenta de que le costaba respirar.

El aire, el maldito aire se estaba acabando.

«No quiero morir. Así no».

El servicio de emergencia de su cuerpo entró en acción. La periodista recordó lo que estaba haciendo cuando el alud había arrollado la tienda. Hablaba. Con Hans. Pero esa no era la cuestión relevante. Bebía té, eso es. Así que...

Apretó los dedos como pudo. ¡Ahí estaba! Sí, todavía empuñaba la taza. Tal vez, haciendo un esfuerzo...

Manipuló el recipiente moviendo la mano en la medida en que le era posible. Tenía que excavar..., sí, excavar...

Valiéndose de la taza logró hacer un pequeño agujero. Hizo acopio de todas sus fuerzas y las concentró en los músculos de la muñeca. ¡Adelante!

La mano se movió. Buena chica.

La respiración se iba haciendo cada vez más entrecortada. Si no quería morir ahogada por un estúpido alud debía darse prisa.

Luchando contra la presión de la nieve consiguió mover el antebrazo, luego el brazo entero. ¡Podía doblar el codo! Usó la taza como si fuera un pico y se abrió camino hasta la cara.

¿Qué era lo que decían los manuales de alpinismo? En caso de que te arrastre un alud debes intentar crear una bolsa de aire delante de la cara. Así que, por el amor de Dios, ¡excava!

A duras penas, con el corazón que latía enloquecido por el esfuerzo, Fiona

consiguió formar una minúscula caverna delante de ella.

«Quizá pueda abrir los ojos», pensó.

Los abrió.

Oscuridad.

Trató de no caer en el desaliento. «Razona», se dijo, «razona con serenidad». ¿Qué más decían los malditos manuales de alpinismo? Lo importante es lograr situar arriba y abajo. De hecho —se percató justo en ese instante—, no tenía la menor idea de la posición en que se encontraba. La fuerza de la gravedad no funciona cuando una masa de nieve te aplasta el cuerpo con una presión de varias toneladas.

Así pues, ¿qué debía hacer?

Escupe.

¿Escupo?

Escupe.

Fiona volvió a hacer acopio de todas sus fuerzas, recogió una microscópica cantidad de saliva en el interior de la boca y escupió.

Al cabo de unos segundos de angustiosa espera sintió que el escupitajo aterrizaba en su nariz.

Bien, se felicitó a sí misma. Eso significa que estoy tumbada de espaldas. Que la parte superior está delante de mí, y la inferior detrás.

Empuñó la taza como si fuese un arma letal y empezó a clavarla en la nieve que tenía por encima de ella. En unos minutos el corazón le latía a toda velocidad, y se dio cuenta de que ya no podía respirar.

Un momento.

Un momento de reposo.

Contó hasta cien y luego empezó de nuevo a excavar, la operación requería su tiempo.

Un golpe cada vez.

«Así, golpe a golpe, nunca me liberaré», pensó de repente.

¡No! No debo ceder. Tengo que continuar.

Al cabo de diez minutos ya no podía más. El brazo le dolía a causa del esfuerzo. Y, como mucho, había excavado unos treinta centímetros.

¿Cuántos metros de nieve había por encima de ella?

Nunca lo conseguiría.

«En el fondo, no se está tan mal», pensó al tiempo que relajaba los músculos. Era como yacer en un gigantesco vientre materno. Ya no notaba el cansancio, ni la fatiga, ni el frío, ni el miedo. Se deslizaba por un maravilloso tobogán que la conducía poco a poco hacia la muerte. A decir verdad, los coreanos no habían sufrido tanto.

Cuando estaba a punto de adormecerse, la nieve se aclaró delante de ella, semejante a un cielo invernal próximo al alba.

«Tengo alucinaciones», pensó. «No me imaginaba que la agonía fuese así».

La luz se intensificó. Era tan cegadora que se vio obligada a cerrar los ojos.

«¡Cerrad esa ventana!», gritó mentalmente.

Luego, el instinto se impuso. Abrió de nuevo los ojos. La luz se había teñido de azul. ¿El cielo? No, era imposible. ¿Entonces?

Trató de fijar la mirada. Veía algo liso. Sí, era un objeto ancho, terso, traslúcido y azul.

Una pala.

Una cara se asomó por el agujero que se había abierto en la nieve.

Michel.

Sus ojos la escrutaron, después giró la cabeza. Fiona temió por un instante que la abandonase.

—Venid —gritó Leblanc dirigiéndose a alguien que se encontraba fuera de su campo visual—. ¡Está viva!

Rogaba para que no preguntase por él

Más que un campamento, el suyo era ya una especie de vivaque torcido. De alguna forma, Michel, con la ayuda de Tenzing, había logrado poner en pie la tienda. Dos palos doblados sostenían la tela a duras penas: el resultado era, a decir poco, desalentador. Debido al viento, que lo azotaba implacable, el refugio no resistiría mucho.

Por suerte habían recuperado el hornillo, las botellas de gas y parte de los víveres. Por el momento, al menos, no corrían peligro de deshidratarse. Los cinco se apiñaban en el interior. Solo Boroda estaba tumbado, dormido o inconsciente, olvidado en un rincón, como si fuese un estorbo.

Michel y Von Reichlin habían podido liberarse inmediatamente después de que el alud los arrastrase y se habían puesto a buscar a los demás con unas palas. Al primero que habían encontrado había sido a Iaan; Anatoli, por su parte, tenía medio cuerpo fuera; por lo visto, la nieve lo había hecho rodar sin llegar a enterrarlo. Después hallaron a Tenzing. Fiona había sido la última en aparecer.

—Unos minutos más y habrías muerto —diagnosticó Michel—. ¿Cómo van tus manos?

Fiona extendió los dedos y los observó. Habían recuperado un color casi normal.

—Diría que bastante bien.

—El contacto con la nieve es un excelente remedio en caso de congelación.

Tenzing trajinaba con el té. Todos bebieron con avidez pasándose unos a otros la única taza superviviente, la que había salvado Fiona.

—La próxima vez que critique esta deliciosa bebida dadme una bofetada —dijo Iaan.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Fiona dirigiéndose a Michel.

—Tenemos que marcharnos de aquí lo antes posible. No resistiremos mucho en estas condiciones.

—Seguro que no, si te quedas con nosotros —comentó con acritud el barón.

—Otra vez no, Hans —lo intimó Fiona.

—No me siento seguro con Michel en la tienda. Está esperando a que llegue el momento oportuno para eliminarnos.

—El alud me ha parecido una magnífica ocasión.

—Fui el primero que se liberó. No podía hacer nada en mi presencia.

—Pero te ayudó a encontrarnos, ¿no?

—No tenía elección. Ahora esperará a que las circunstancias sean favorables. Os sugiero que no nos separemos.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche, hermosura? —le preguntó Iaan en tono

meloso.

Pero el barón no los escuchaba.

—Engañó también a su hermano.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Michel amenazador.

—Lo comprendí cuando vi el cadáver.

—Deja en paz a Jean-Pierre. No te lo permito.

—Creo que tendiste una trampa a Jean-Pierre.

—Pero ¿qué dices?

—La expedición era demasiado peligrosa para él. Tal vez sabías que sus condiciones físicas no eran óptimas...

—¡Cállate!

—Y por eso lo convenciste para que participase.

—¡Basta! No digas una palabra más o...

—Claro que sí, no hay nada que ocultar. Jean-Pierre era un loco dispuesto a correr cualquier riesgo. No tuvo que ser difícil...

Michel hizo amago de agredir al barón. Al final logró dominarse, contuvo a duras penas su indignación.

—No paras de soltar veneno, como las serpientes. Sabes de sobra que fuiste tú el que mató a Jean-Pierre.

Todos contuvieron el aliento. El barón adoptó una expresión displicente.

—Esta sí que es buena. ¡Así que yo maté a Jean-Pierre!

—Eres responsable de lo que pasó ese día. Tú y tus amigos.

—¡Otro complot! Vamos, amigos, miradlo: ¡este hombre está chiflado!

—El asunto del cohete, Hans. ¿Te acuerdas? —El barón enrojeció, Michel había metido el dedo en la llaga—. Te refrescaré la memoria: cohete azul en caso de buen tiempo, cohete amarillo en caso de malo.

—Lo único que pretendes es desviar la atención del delito que cometiste.

—No. Quiero que los demás sepan qué clase de hombre eres, eso es todo.

—No des tantos rodeos, Michel —terció Fiona—. Cuéntanos lo del famoso cohete.

—Estábamos en el último campamento, esperando para poder conquistar la cima. Las comunicaciones por radio se habían interrumpido, o al menos eso fue lo que nos dijeron a Jean-Pierre y a mí. Por eso nos habíamos puesto de acuerdo con el campamento base, para poder saber en cualquier caso las previsiones meteorológicas. El acuerdo preveía que lanzaran un cohete amarillo si el tiempo era malo, azul si era bueno.

—Y ellos dispararon uno amarillo.

—Todos estábamos fuera de la tienda cuando en la oscuridad se dibujó la estela de la señal, que subía hacia las estrellas. Jean-Pierre y yo nos encontrábamos cerca,

ansiosos: sabíamos que no disponíamos de muchos más días para llegar a la cumbre. Corríamos el riesgo de fracasar. Esa noche seguimos el rastro luminoso que ascendía, ascendía, ascendía... Parecía que jamás se iba a detener. Luego explotó. Contuvimos la respiración. Amarillo. Debíamos postergar la subida. A saber hasta cuándo. El jefe de la expedición decidió que al día siguiente Jean-Pierre y yo podíamos descansar, en tanto que los demás, entre los cuales se encontraba Hans, debían preparar un tramo del recorrido con las cuerdas fijas. Entramos de nuevo en las tiendas, desilusionados. Antes de meterme en el saco de dormir examiné el equipo y me di cuenta de que las pilas de la frontal estaban descargadas. Miré en mi mochila, pero no tenía ninguna de reserva. Sabía que Hans siempre llevaba una de recambio. Él no estaba, de manera que eché un vistazo al interior de su mochila. Pero, en lugar de las pilas, encontré algo que jamás habría imaginado. —Hizo una pausa—. Rollos fotográficos. Una decena. Los miré sin entender por qué los había metido en la mochila que había preparado para el día siguiente. Comprendía que hubiese cuerdas, clavos de hielo, chocolate, pero ¿rollos? ¿Para qué le servían todas esas películas si solo debía ocuparse de trazar el recorrido en un día de mal tiempo? A esa cota nadie carga con un peso inútil. Eh, Hans, ¿qué sentido tenía?

—Estás divagando. Te estás inventando una maquinación basándote en un cohete amarillo que dispararon hace diez años.

—Bah, la respuesta que me di entonces, mi querido Hans, fue distinta. Empecé a sospechar que estaba sucediendo algo extraño. Uno no lleva auestas todos esos rollos si pretende pasar el día fijando cuerdas en el hielo, en medio de la niebla. Pero si lo que pretende es llegar a la cima, la cosa cambia.

—¿Quieres decir que...? —comenzó Fiona, pero Michel no le dejó concluir la pregunta.

—Quiero decir que los austriacos sabían de sobra que al día siguiente haría buen tiempo. Los del campamento base dispararon adrede un cohete amarillo para engañarnos, a Jean-Pierre y a mí. Pero Hans y los demás conocían la verdadera previsión del tiempo: creo que la radio funcionaba y que simulaban que estaba averiada. Se encontraban listos para alcanzar la cima y querían impedirnos que fuésemos con ellos. Después nos habrían dicho que los meteorólogos se habían equivocado. Como excusa argumentarían que, dado que estaban ya en camino, habían aprovechado el *inesperado* buen tiempo para subir a la cumbre.

—Pero ¿por qué debían engañaros?

—Era una expedición austriaca, Jean-Pierre y yo éramos los únicos extranjeros. Debía ser una empresa exclusivamente suya, al cien por cien. ¡Conquistar la cumbre en invierno, por primera vez! Era una hazaña clamorosa. Tenían que deshacerse de nosotros valiéndose de una estratagema: los austriacos sabían que Jean-Pierre y yo éramos los mejores. De hecho, habían aceptado que formásemos parte del grupo por

esa razón: debíamos abrir el camino; luego, llegado el momento, pensaban atarnos al último palo, justo antes de alcanzar la meta.

El barón cabeceaba.

—¿Qué os he dicho? Está loco. Es un psicótico con manía persecutoria. Las cosas sucedieron de manera mucho más sencilla: las previsiones del tiempo eran erróneas. Punto final. ¿Cuántas veces sucede?

—No, Hans. Sabes de sobra que las previsiones eran correctas. Los meteorólogos habían previsto sol para ese día: lo descubrí un mes después, cuando volví a casa y lo verifiqué. Los del campamento base dispararon adrede el cohete equivocado para engañarnos. Yo no confié mis sospechas a Jean-Pierre, pero él también debió de comprenderlo, de manera que se preparó para salir de noche, para pillaros por sorpresa.

—Si las cosas sucedieron como aseguras —intervino Fiona—, ¿por qué Jean-Pierre no te puso sobre aviso?

La mirada de Leblanc se empañó.

—No lo sé. —Al cabo de un segundo añadió—: Pero estoy seguro de que todo ocurrió como te he contado. Cuando Hans descubrió que nos habíamos marchado ya era demasiado tarde. No le quedaba más remedio que dejarnos proseguir con la esperanza de que solos fracasaríamos.

—No es cierto —rugió el barón—. Y aunque así fuese, ¿qué tengo que ver yo con la muerte de tu hermano?

—Si tú no hubieses hecho lanzar ese cohete, Jean-Pierre y yo habríamos subido en cordada con vosotros. Y Henriette...

—¿A santo de qué sacas ahora a colación a Henriette? —preguntó Fiona.

El barón se mordió los labios. Respondió Michel:

—Henriette acompañaba a Hans en la expedición y se había quedado abajo, en el campamento base. Esa noche descubrió por casualidad el truco del cohete falso. Creía que se había casado con un héroe y esa circunstancia le hizo comprender que su marido era un vulgar tramposo. Por desgracia no podía advertirnos a Jean-Pierre y a mí, y lo lamentó el resto de su vida. Habría podido salvar a mi hermano, pero no tuvo oportunidad de hacerlo. Jamás pudo perdonárselo.

—Tú tampoco debes de ser un gran paladín —lo atacó el barón, congestionado de rabia—, dado que Henriette te abandonó sin dejarte ni siquiera un mensaje.

—¡Michel! —espetó Fiona—. ¿Te das cuenta de que aún no nos has explicado por qué murió Jean-Pierre con un golpe de piolet en la espalda? —El francés callaba, miraba al vacío—. Michel... —imploró ella.

—Vosotros no sabéis —contestó—. Vosotros no podéis entender...

Enmudecieron durante unos segundos. Iaan suspiró con aire fatalista.

—Comparado con vosotros, los alpinistas, el Líbano es un club inglés. —Michel

y el barón miraban al suelo. Los viejos rencores son como el cáncer: si no lo extirpas, se propaga hasta matarte—. Ha sido una historia muy interesante —comentó Iaan—, pero por el momento creo que lo más urgente es pensar en nuestra supervivencia. ¿Tenzing?

—Dioses de la montaña siguen enfadados con nosotros. Quizá preferís a Alá o a Jehová. Con este tiempo locura bajar al campamento base.

—Pero solo nos quedan veinticuatro horas... —murmuró Fiona.

—Se acabó la cháchara —soltó Von Reichlin—. Dadme la radio. Iré a probarla. Al final del Cerro la señal es mejor.

Hans hizo ademán de alargar la mano hacia el bolsillo de la mochila de Tenzing, donde se encontraba el aparato, pero Leblanc le agarró la muñeca.

—Quieto.

—¿Qué quieres? ¿Por qué te entrometes? —Se dirigió a los demás—: ¿Veis como tengo razón? ¡Quiere impedir que nos salvemos!

—No. Quiero impedirte que cuentes más embustes.

—¡Estás loco! Yo...

Michel se volvió hacia Fiona.

—Si lo dejamos solo, nunca tendremos la certeza de que nos ha dicho la verdad.

—Pero ¿qué interés puedo tener...? —protestó el barón.

—Michel tiene razón —afirmó la mujer—. Lo odias demasiado. Si logras entrar en comunicación con el campamento base, eres capaz de contarnos cualquier cosa para convencernos de que secundemos tus intenciones.

Von Reichlin la miró estupefacto. ¡Leblanc, de nuevo! ¡Se valía de la fascinación que ejercía sobre las mujeres para seducirlas, para reducirlas a seres carentes de voluntad! Maldito...

—Dadme la radio —dijo Leblanc—. Iré yo.

Fiona lo miró indecisa. La racionalidad se impuso al final.

—No, Michel. Hans también tiene parte de razón. No podemos fiarnos de ti después de que... —No tuvo fuerzas para continuar, si bien todos comprendieron a qué se refería: al cadáver que yacía a escasos metros de ellos, ahí fuera, en la tormenta.

—Yo, en cambio, me fío de ti, Fiona. Y también de Iaan. Id con él al final del Cerro y probad la radio. De esta forma todos estaremos más tranquilos.

—¿Y tú, Michel? —preguntó con suspicacia el barón.

—Yo trataré de abrir una pista para el descenso, por si acaso la radio funciona y nos vemos obligados a intentar lo que sea. Procuraré preparar el salto de roca que hay aquí abajo: es el punto más peligroso y, con toda probabilidad, el viento habrá arrancado todo.

—¿Y el sherpa?

—Se quedará aquí con Boroda. Anatoli podría necesitar ayuda.

El barón sopesó la propuesta de Leblanc como si fuese un corredor de bolsa que ve a un temible competidor presentar una oferta ventajosa. Intentó comprender si la proposición del francés ocultaba alguna insidia. Pero no era así: ellos permanecían en grupo, en tanto que Michel debía partir solo. Cabía la posibilidad de que no regresase: quizá solo estaba esperando la ocasión propicia para largarse. Su juego había quedado al descubierto: la única posibilidad que le quedaba era la fuga. Trataría de desaparecer antes de que ellos tuviesen tiempo de regresar al campamento base.

—De acuerdo —dijo al final Von Reichlin.

Michel miró a Fiona aguardando su respuesta. La periodista titubeaba. Habría preferido quedarse con Leblanc..., pero Hans no iba tan desencaminado. Si se examinaban los hechos desde un punto de vista puramente racional, depurados de cualquier emoción, era más prudente confiar en Von Reichlin que en Leblanc. En el fondo, aún quedaba por explicar la presencia de un cadáver con un corte en la espalda.

—De acuerdo —asintió Fiona.

—Yo también —corroboró Iaan.

—En ese caso vamos —dijo el barón a la vez que hacía ademán de moverse, pero Michel lo detuvo.

—Un momento. Oigamos la opinión de Tenzing.

El sherpa cabeceó con actitud fatalista.

—Haced lo que queráis. Todo inútil. Nuestras vidas son gotas de rocío en una hoja de loto. Quizá los dioses sacuden la hoja, quizá no.

—Así pues, crees en los dioses de la montaña.

—Los dioses no viven en la montaña, sino aquí dentro. —Se tocó el pecho, a la altura del corazón.

—Estupendo —dijo Iaan—. Después de estas palabras de aliento diría que podemos marcharnos. *Tashi Delek* a todos.

El grupo se había dividido. Hans abría el camino a Fiona y a Iaan, en dirección al final del Cerro. Desde ese punto, en un día de buen tiempo se podía ver el campamento base: no había otro sitio mejor en la montaña para tratar de establecer contacto con él. En el lado opuesto, Michel cortaba la nieve fresca a un ritmo que solo él podía soportar. Desapareció de la vista en unos minutos dejando a sus espaldas un profundo rastro. En el interior de la tienda, Anatoli Boroda yacía en el saco de dormir con los ojos cerrados; su respiración era profunda, solo se interrumpía al deglutir, cosa que hacía rápidamente. El sherpa Tenzing estaba arrodillado, inclinado hacia delante; tenía los brazos cruzados y su cabeza rozaba el suelo. Canturreaba una letanía de oraciones. Sabía que el dios de la venganza no tardaría en llegar y rogaba para que no preguntase por él.

De su nuca manaba un arroyuelo de sangre

¿Oiga? ¿Campamento base? ¿Oiga? ¿Me oyen? —El barón llevaba diez minutos gritando por el micrófono del aparato. El esfuerzo que hacía para ahogar el ruido del viento lo había dejado ronco—. No lo entiendo —dijo dirigiéndose a Fiona—, la radio parece funcionar, las pilas también. Es como si...

Se interrumpió de golpe.

A pesar de la capucha y las gafas con las que se cubría, Fiona intuyó por su semblante que al barón se le había ocurrido algo.

—¿Qué quieres decir?

—Todo es muy extraño. La radio, que debería funcionar, no funciona... ¿Y si hubiera sido Michel?

—Para ya, Hans. Estás obsesionado.

—Reflexiona. Puede haberla manipulado en cualquier momento. Era lo primero que debía hacer: impedir que pudiésemos entrar en contacto con el campamento base para que nadie se enterara de lo que habíamos descubierto.

—Es ridículo.

—Analiza los elementos con calma. Michel es el único que puede sobrevivir a una tormenta de este tipo. Sí, ya sé lo que vas a decirme —la advirtió—, que volvió para salvarnos. Pero también para recuperar el cadáver de su hermano, no lo olvides. Y ahora...

—¿Ahora...?

—Pues que ahora ha logrado separarnos. Nosotros tres aquí, él a saber dónde, el sherpa con Anatoli...

Fiona intentó dominar sus sentimientos, pero no pudo impedir que una oleada de ansiedad la sacudiese. Después de todo, Hans no se equivocaba del todo. El grupo se había dividido por primera vez: era el momento propicio para que cualquiera que pretendiese entrar en acción...

—¡Volvamos, rápido! —dijo Von Reichlin como si le hubiese leído el pensamiento—. Tengo miedo de que suceda algo...

El barón aguardaba una señal de Fiona. Al final, la periodista asintió.

—Tienes razón, Hans. No es prudente que estemos sep...

Fiona se detuvo a media palabra.

Una voz la había interrumpido.

La voz de la radio.

—Oig..., sición..., mantener... ntacto...

La voz iba y venía, alterada por unos chirridos cada vez más fuertes.

—Oiga..., oiga..., soy Hans Von Reichlin, estoy con Fiona Simmons... Estamos

bloqueados a cota siete mil, justo en el Cerro... Necesitamos ayuda... ¿Me oís?

—Okey..., sición..., petid..., rfavor...

—¡Estamos en el Cerro! En el Cerro, ¿me habéis entendido? Somos seis, y la vida de todos está en peligro. ¿Me oís?

—Mos..., ota habéis dic...

—¡Siete mil! —gritó el barón con todas sus fuerzas—. ¡En el Cerro!

—Stoy..., menta..., enti...

Se produjo una especie de estallido. A continuación la radio se limitó a zumbar como un abejorro atrapado bajo un vaso boca abajo.

Von Reichlin probó una y otra vez, pero no consiguió volver a establecer la conexión. Al final tiró la toalla, extenuado.

—Las pilas se están agotando, es inútil insistir.

—¿Habrán comprendido?

—Esperemos. Es nuestra última posibilidad. Y ahora volvamos.

—¿Volver? —preguntó Iaan—. ¿Adónde? —El fotógrafo señaló la zona en que se encontraban. Mientras intentaban entrar en comunicación habían pisoteado la nieve que los rodeaba. Resultaba imposible comprender por dónde habían llegado: la tormenta reducía su campo visual a unos cuantos metros—. Tal vez por aquí —dijo Iaan a la vez que trastabillaba.

—¡Quieto! —El barón corrió en pos de él y le agarró la chaqueta. En ese preciso instante una ráfaga de viento barrió las nubes e Iaan pudo ver bajo sus pies un precipicio interminable—. Por el otro lado —dijo el barón. Iaan tardó unos segundos en dominar sus nervios.

El regreso fue lento, con continuas paradas y cambios de dirección. Von Reichlin iba a la cabeza, pero no parecía estar muy seguro del camino. Trataba de ayudarse con la brújula y el altímetro. Fiona sentía que su cuerpo iba desfalleciendo, como un motor que avanza cada vez más despacio hasta que se enfría. Para no desanimarse se obligó a pensar en el té caliente que bebería apenas llegasen a la tienda. Detrás de ellos, Iaan los seguía con la resignación del último elefante de la fila, que avanza pegado a la cola de los que lo preceden.

—Deberíamos estar cerca, más o menos —anunció el barón dirigiéndose a Fiona. A la vez que pronunciaba la frase, la periodista distinguió el contorno sesgado del refugio.

—¡Ahí está! —señaló con el guante.

El barón asintió con la cabeza y echó de nuevo a andar. Fiona dio tres pasos antes de tropezar.

¿Tropezar? ¿Con qué? ¿Qué demonios podía haber bajo la nieve?

Se inclinó, más por curiosidad que por auténtica necesidad.

Contuvo la respiración, antes de erguirse.

Gritó.

Tumbado en el suelo, a sus pies, estaba Tenzing.

De su nuca manaba un arroyuelo de sangre.

Había abierto los ojos

¿Tenzing? ¿Qué le ha pasado?

Nadie contestó. Fiona, Iaan y Hans, acurrucados en el interior de la tienda, se limitaron a escrutar a Leblanc, que se asomaba a la entrada. Boroda yacía al fondo, en el mismo sitio donde lo habían dejado. A su lado estaba el sherpa inmóvil, echado en el saco de dormir, con la cara ensangrentada.

—¿Qué ha pasado? —repitió el francés.

De nuevo, nadie le respondió. Los demás se limitaron a mirarlo con hostilidad.

Michel entró, se aproximó a la periodista y extendió una mano para acariciarle un hombro.

—¡No me toques! —exclamó ella al tiempo que retrocedía—. No me toques —repitió con voz más queda.

Leblanc buscó los ojos de Iaan.

—¿Qué demonios está sucediendo?

—La sección de heridos aumenta y el hecho nos preocupa un poco.

Michel resopló irritado.

—¿Queréis explicarme qué ha sucedido?

—Encontramos a tu amigo ahí fuera, con la cabeza partida.

—Ya lo veo, pero ¿cómo...? —El francés dejó la frase a medias—. Creéis que he sido yo, ¿verdad?

El barón contrajo la cara en una expresión desdeñosa.

—No creemos —dijo subrayando el «mos»— que haya muchas otras alternativas. Fiona, Iaan y yo estábamos juntos. Boroda... —Señaló al kazajo con la cabeza sin terminar la frase—. Tú, en cambio, te encontrabas solo en la montaña, nadie te vigilaba. Podrías haber vuelto en cualquier instante y haber agredido al sherpa por sorpresa.

—¿Por qué debería haberlo hecho? Ten...

—¡No somos idiotas, Michel! Primero Anatoli, ahora Tenzing. ¿Quién es el siguiente?

—Si queréis proponeros, hacedlo —terció Iaan dirigiéndose a los demás—. Yo no tengo prisa.

—Vosotros tres... —empezó a decir Leblanc.

—Estábamos juntos, no nos perdimos de vista ni un solo momento. A propósito, la radio ha funcionado durante unos minutos. Te lo advierto, Michel: es probable que en el campamento base hayan oído nuestro sos. Quizá alguien esté ya en camino para socorrernos. Cuidado con lo que haces.

—¡Yo no he hecho nada! Bajé unos doscientos metros, hasta el salto de roca. Tal

y como me imaginaba, el viento había arrancado las cuerdas. Fijé otras. Luego volví...

—Supongo que, por desgracia, no habrás visto a nadie que pueda confirmar tu coartada... —sugirió Iaan con amargura.

Michel se quitó la capucha. Fiona y los demás contuvieron el aliento, asombrados por lo que vieron.

El francés tenía un enorme cardenal en la sien.

—¿Qué es eso? —preguntó Fiona mirando horrorizada el hematoma.

—Perdí el apoyo mientras fijaba un clavo. Resbalé una decena de metros y me di un golpe en la cabeza.

—Pero qué... —exclamó Hans—. ¡Es increíble!

—Michel, supongo que no pensarás que nos vamos a creer una historia así —dijo Fiona—. Ten está medio muerto y tú tienes un moratón en la cabeza...

—Podéis verificarlo. Las cuerdas están allí, fijadas a la roca. Y son las mías.

Von Reichlin cabeceó.

—Ninguno de nosotros puede bajar a verlo. Y puedes estar seguro de que no tenemos la menor intención de separarnos de nuevo. Te gustaría, ¿verdad?

—Yo... —dijo Michel al mismo tiempo que se masajeaba la sien.

—Ten cuidado con lo que haces —lo amenazó el barón empuñando el piolet—. Te estamos vigilando.

—Resbalé. Me di un golpe en la cabeza con la roca —repitió Leblanc. Pero su tono no era convincente—. ¡Un momento! —dijo el francés al cabo de un instante—. Ahora me doy cuenta. ¡Fue Boroda!

—Ya. Se sentó en la silla de ruedas y persiguió a Tenzing amenazándolo con la bolsa de suero —dijo Iaan.

Leblanc no le hizo caso.

—Era el único que tenía interés en eliminar a Tenzing.

—Además de ti, por supuesto —observó el barón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fiona a Leblanc. Von Reichlin la miró crispado. ¡Ahí estaba! ¡De nuevo! Siempre dispuesta a tragarse sus increíbles mentiras...

—Es evidente. Tenzing sabía el secreto de Boroda.

—Demasiados secretos —comentó Iaan—. Y todos a la vez.

—Lo comprendió cuando Toli contó que me había visto en la montaña el día del accidente —prosiguió Leblanc—. Dijo que me había visto desde otra montaña mientras subía solo.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—La montaña solo podía ser el Machapuchare. Y Ten lo intuyó de inmediato.

—¿El Fish Tail? —inquirió Iaan.

—El Fish Tail, como lo llaman los americanos. La montaña sagrada. Era el único punto desde el que Anatoli podía verme, dada la línea de ascenso que yo había elegido.

—¿Y qué hacía Anatoli en el Fish Tail? —preguntó Fiona.

—Nadie puede escalar el Machapuchare. Las autoridades nepaleses no permiten hacerlo. Es la montaña de los dioses. Creo que Anatoli subió ese día a escondidas. Tú lo sabes, Hans: los oficiales nepaleses deberían seguir a las expediciones para verificar que estas respetan el programa que han presentado. En realidad los militares no tienen ninguna gana de hacerlo y se quedan en el fondo del valle para beber y comer. Anatoli habría podido separarse sin ningún problema de ellos para echar un primer vistazo a una eventual vía de subida.

—Pero ¿por qué? ¿A quién podría interesar el Machapuchare?

—Es la única cima del Himalaya que sigue intacta. ¡La única! La época de las grandes conquistas terminó hace tiempo, pero todavía queda la cumbre de siete mil metros que nadie ha pisado hasta ahora. La montaña prohibida... Muchos grandes alpinistas han pedido permiso para subir y nunca lo han conseguido. Estoy seguro de que un sinfín de ricos americanos pagaría lo que fuese para regresar a casa con un trofeo como ese. Gente que se sentiría orgullosa de enseñar una foto en la que aparecen en la cima preparando una barbacoa para los amigos. Mirad, he conquistado la última montaña de la Tierra...

—¿Y Tenzing qué tenía que ver con eso? —preguntó Fiona.

—Cuando Anatoli contó que me había visto, Tenzing entendió lo que había ocurrido. Debió de quedarse aterrorizado. ¡Escalar el Machapuchare, la montaña sagrada! Lo considera un sacrilegio. No obstante, creo que Anatoli intuyó que Ten se había dado cuenta. Rabioso, Boroda no pudo contenerse y dijo que me había visto. Luego comprendió que había cometido un error. Había puesto su futuro en manos de Tenzing.

—¿Su futuro...?

—Nada más regresar al valle, Ten referiría todo a las autoridades nepalesas. La carrera de Anatoli como guía estaba acabada, eso por descontado. Además, un delito de ese tipo se paga con la cárcel. Toli habría terminado en una prisión nepalesa, cosa que no debe de ser nada agradable...

El silencio se instaló en la tienda. Tres cerebros rumiaban las revelaciones de Leblanc, sopesándolas con atención.

—Te estás inventando una sarta de mentiras, Michel. Lo tuyo son puras conjeturas que no se tienen en pie. ¡Míralo! —enunció el barón señalando a Boroda—. ¿Te parece capaz de levantarse para matar a alguien? —Von Reichlin se acercó a Anatoli. Observó su cara. Los músculos faciales del kazajo estaban relajados, con la inexpresividad propia de los que están en coma. Su respiración era regular—. Mira —

dijo el barón a la vez que le daba una violenta bofetada en la mejilla. Boroda no reaccionó: solo se le puso morada la piel en el punto en que había recibido el golpe —. No oye nada —concluyó—. Está acabado.

—Tienes razón —opinó Fiona—. Tu explicación no tiene sentido, Michel. Boroda no puede haberse levantado mientras tú...

—Esperad un momento —la interrumpió Iaan—. ¿Os acordáis del primer día, cuando Hans llegó con Anatoli?

—Es difícil de olvidar —contestó la periodista.

—Toli tenía hambre y no veía la hora de comer algo. Cogió un tarro de pepinillos y lo rompió golpeándolo con la cabeza. Así. —El fotógrafo remedó el gesto—. Quizá simuló que se desmayaba después de caerse y golpearse la nuca con la botella de oxígeno. O tal vez recuperó la conciencia y siguió fingiendo a la espera de que llegase el momento oportuno...

Todos se volvieron hacia el kazajo como si esperasen recibir una señal que les indicase cuál era su verdadero estado de salud. El barón cabeceó.

—Vosotros, los periodistas, trabajáis demasiado con la fantasía. No olvidemos el único elemento concreto de que disponemos: ahí fuera hay un cadáver con una puñalada en la espalda.

—Es cierto, yo...

Fiona no concluyó la frase. Un gemido la interrumpió.

Detrás de ella, Tenzing había abierto los ojos.

Está muerto

La mirada del sherpa vagaba por la tienda sin detenerse en nada. Fiona se arrodilló a su lado.

—Ten... —Le acarició la nuca a la vez que le alzaba la cabeza. El sherpa la miró sin reconocerla—. Rápido, un poco de té —ordenó la periodista.

—Yo lo intentaré —dijo Iaan.

Hans y Michel se acercaron también a Tenzing y se pusieron uno a cada lado de él. Fiona le limpió la sangre que tenía en la cara con un pañuelo de papel humedecido con saliva. El sherpa miró primero hacia un lado, luego hacia el otro. Sus ojos se iluminaron al cruzarse con los de Leblanc.

—*Nga go nenok* —masculló.

—¿Qué? —preguntó Leblanc al tiempo que se acercaba a él hasta que casi le rozó la cara.

—*Nga go nenok* —repitió con más fuerza Tenzing.

—*Nangda makhi, khag min* —respondió el francés.

La cara del sherpa asumió una expresión de miedo, como si uno de sus terribles dioses se hubiese materializado ante él.

—*Cila ngala gyao? Nga kyore dalza yin, kyola tse nata* —dijo agitado.

—*Ngala dukpa terup?* —insistió Michel. El sherpa negó con la cabeza como pudo. Tenía los ojos alucinados—. *Ngala dukpa terup?* —preguntó una vez más Leblanc. Tenzing sacudió de nuevo la cabeza y cerró los ojos, extenuado. Pero Leblanc lo apremiaba, su mirada era febril—. *Tamrye lapsing khyore fermi tang fesa mi mothongdo.*

El barón había seguido el diálogo con creciente preocupación, como si percibiese un desastre inminente y no supiese qué hacer.

—¡Basta! ¡Cállate! —exclamó.

—¿Qué te ocurre, Hans? —preguntó Fiona.

—No hablo la lengua de los sherpas, vosotros tampoco. No sabemos lo que están diciendo.

—Supongo que Michel nos lo traducirá ahora. ¿Verdad, Michel?

—Pero ¿quién nos asegura que nos cuenta la verdad? —dijo el barón antes de que Leblanc pudiese hablar—. ¿Has visto la expresión del sherpa? ¡Podría haberlo amenazado! ¿No lo entiendes? Estamos de nuevo en sus manos.

—Para ya, Hans —replicó Leblanc—. Lo único que ha dicho Ten es que pudo fijar un tirante de la tienda. Alguien lo golpeó por la espalda, pero no vio quién era.

—¿Ves? ¿Qué te he dicho, Fiona? —La mirada del barón reflejaba su profundo desasosiego—. ¡Nadie sabe quién ha sido! ¡Estamos como antes! Tenemos que

fiarnos de su palabra. —Von Reichlin agarró al sherpa por el cuello y lo sacudió—. ¡Vamos, despiértate! ¡Habla en inglés!

Debido al zarandeo, la cabeza de Tenzing se balanceaba a un lado y a otro, pero sus ojos seguían cerrados.

—¡Basta, Hans! —lo intimó Fiona—. ¿No ves que no puede responder?

—¡Solo él puede decirnos la verdad! ¡Solo él!

—Quizá sea mejor que antes le demos un poco de té —terció Iaan mientras se acercaba con una taza humeante.

Fiona se encargó de verter la bebida en la boca del sherpa, como ya había hecho con Boroda. La expresión del semblante de Tenzing se relajó. El sherpa se había hundido en un sueño tranquilo. Por el contrario, el barón era presa de una agitación incontrolable. Con ojos de obseso, hablaba sin parar.

—Nadie está ya seguro aquí dentro. Primero Anatoli, luego el sherpa. Tenemos que marcharnos, marcharnos, marcharnos... ¡Ahora, enseguida! —De buenas a primeras se acercó a la entrada de la tienda y la abrió—. ¡No me quedaré aquí esperando a que Michel me mate! Prefier...

Se interrumpió al advertir una presencia amenazadora a sus espaldas.

Se volvió poco a poco, temeroso.

Boroda se cernía sobre él con los ojos encendidos, el pelo desgreñado, la boca cubierta de una baba amarillenta y la frente perlada de sudor.

Mientras discutía el kazajo se había deslizado sigilosamente fuera del saco de dormir. Su masa corpórea llenaba la tienda como una sombría amenaza.

—Toli... —murmuró el barón.

—Ahí están. Se acercan —murmuró Boroda con la mirada perdida en el vacío.

A continuación el kazajo agarró un piolet y se abalanzó sobre el barón. Von Reichlin se hizo a un lado para esquivarlo. Tras caer al suelo, Hans giró para defenderse. Solo entonces entendió cuáles eran las verdaderas intenciones de Boroda. Al kazajo no le interesaba él, sino la entrada de la tienda. Anatoli se escabulló por la apertura gateando y blandiendo el piolet por encima de su cabeza.

Los cuatro salieron a tiempo de asistir a una escena terrible. Boroda había empezado a arrancarse la ropa.

—Calor... Tengo calor... —reiteraba una y otra vez mientras el viento gélido del Himalaya le azotaba la piel; estaban a treinta bajo cero—. ¡Calor! —repitió en tanto se desprendía con violencia de las últimas prendas y se quedaba desnudo en medio de la tormenta. Echó a correr empuñando el piolet, golpeando con violencia el aire—. ¡Malditos! —gritó—. ¿Estáis contentos? ¿Eh? Por fin lo habéis conseguido...

Sus pies descalzos se hundían cada vez con mayor fatiga en la nieve.

Un paso.

Dos pasos.

Tres pasos.

Cuatro pasos.

Cinco pasos.

Al sexto, Boroda se quedó sin fuerzas y se desplomó como un Cristo del revés. No se movió.

Los cuatro enmudecieron, incapaces de reaccionar. Después se acercaron a él, circunspectos.

Michel se arrodilló al lado de Anatoli y le palpó la garganta y las muñecas.

Acto seguido se volvió y alzó la mirada hacia los demás supervivientes.

—Está muerto.

Solo puedes odiar de verdad a quien has querido

Michel, Fiona, Iaan y Hans contemplaban turbados el cadáver del kazajo.

—No lo entiendo —dijo la mujer—. ¿Con quién peleaba?

El barón se encogió de hombros.

—Con los enanos, creo. Estaba obsesionado con ellos. Por lo visto pensó que, al final, habían ganado la partida.

Michel retrocedió un paso en dirección a la tienda.

—Tenemos que dejarlo aquí.

—¿Dejarlo aquí? —preguntó Fiona.

—No podemos transportarlo. Pesa demasiado.

La periodista observó el cuerpo, trastornada. Se dio cuenta de que le costaba desembarazarse de los principios de buena educación que le habían inculcado: no se tiran papeles al suelo y no se abandonan los cadáveres.

—Leblanc tiene razón —corroboró Hans—. Dejémoslo aquí.

Von Reichlin se encaminó cansino hacia la tienda. Michel lo siguió.

—En una película alguien diría ahora una oración —apuntó Iaan—. El problema es que no recuerdo ninguna.

La última en abandonar el cuerpo fue Fiona. Se aproximó al refugio con paso lento. «Ahora estaremos más cómodos», fue lo primero que pensó al entrar y, de inmediato, se reprendió por ello. Boroda había muerto y eso significaba más comida, más gas, más espacio, más agua para todos. Si bien no era eso lo que le habían enseñado, no dejaba de ser la verdad.

—¿Qué le pasó, Michel? —preguntó.

—Creo que ha muerto de un edema pulmonar. El oxígeno rarefacto puede ser letal, incluso para los que están acostumbrados a la montaña.

—No entiendo... ¿Por qué se desnudó? —preguntó de nuevo la periodista—. ¿Había perdido el juicio?

Leblanc negó con la cabeza.

—No sé darte la explicación médica, pero es una cosa que ya he presenciado. A esta altitud bastantes enfermos sienten un calor insoportable poco antes de morir. Se quitan el anorak, los pantalones, los guantes... Algunos siguen quejándose del calor después de haberse quedado completamente desnudos. Otros se tiran a la nieve y ruedan por ella... Creo que es una reacción química.

Una lúgubre atmósfera de angustia flotaba en la tienda. Fiona detestaba estar mano sobre mano, sin poder hacer nada por ella y los demás. Se acercó a Tenzing para ver cómo se encontraba. Mientras se movía, su mirada se posó en el saco de dormir de Boroda, que estaba abierto por un lado. Se aproximó a él y metió una mano

dentro.

—Mirad —dijo.

—¿Qué son? —preguntó Michel.

—Medicamentos.

El barón se aproximó a la periodista. Agarró uno de los botes y leyó las indicaciones de la etiqueta. Luego se lo pasó a los demás.

—Estimulantes, analgésicos, opiáceos..., hay de todo.

—Así pues, fue él mismo el que los cogió, Anatoli.

—¿Cogerlos? ¿A qué te refieres? —preguntó el barón.

Fiona se vio obligada a confesar. A esas alturas daba igual.

—Registré a escondidas su mochila y vi los fármacos. Cuando Anatoli se hirió pensé que podrían ayudarlo. Por eso os dije que mirarais en su mochila. Pero habían desaparecido. —Calló durante un instante antes de proseguir—. Creí que se los había robado Michel cuando cortó las cuerdas con las que lo habíamos atado —confesó bajando la mirada. Había enrojecido a su pesar.

—En cambio, las había cogido Boroda —concluyó el francés.

—Probablemente se despertó por la noche y pensó que las medicinas podían ayudarlo. Aprovechando que dormíamos, abrió la mochila y las escondió en su saco de dormir. Los estimulantes debieron favorecer su recuperación.

—Por eso lo encontramos fuera del alud —observó Michel—. En realidad Anatoli estaba despierto y debió de nadar en la nieve para mantenerse en la superficie. Las medicinas lo estimularon, pero de forma solo momentánea. Es probable que a la larga no hayan hecho sino empeorar sus condiciones.

—Debe de haber ocurrido eso. Anatoli fingió que se desmayaba. Nos hizo creer que estaba en coma, cuando en realidad solo esperaba la ocasión más propicia para agredir a Tenzing.

—Un momento —intervino el barón—. Ésas son meras suposiciones. *Cualquier otro* —lo dijo con un tono particularmente intencionado—, *cualquier otro* podría haber cogido los medicamentos y esconderlos en el saco de dormir de Boroda para acusarlo.

—No me miréis a mí —dijo Iaan—. La droga solo se la compro a mi camello de confianza.

Fiona inclinó la cabeza hacia delante, como si el gesto pudiese ayudarla a tirar al suelo las ideas inadecuadas y a retener las justas.

—No lo sé..., todo es tan complicado...

Las fuerzas la estaban abandonando. También su cerebro se adormecía. Cada vez le resultaba más difícil distinguir la realidad: era como mirar un paisaje invernal desde una ventana a la vez que el aliento empaña el cristal.

La periodista se volvió hacia Tenzing. El sherpa tenía los ojos entreabiertos y la

mirada atenta.

—Ten..., ¿cómo estás?

—Mejor... —contestó el sherpa en inglés—. ¿Qué ha pasado?

—Anatoli... ha muerto. Michel dice que ha sido un edema. —Incluso la construcción de la frase ponía de manifiesto sus dudas—. ¿Quién te agredió? ¿Lo viste?

Tenzing sacudió la cabeza. Luego cerró los párpados. Masculló algo en voz sumamente baja. Hizo ademán de levantar un brazo, pero no pudo.

—Michel... —dijo. El francés se aproximó a él.

—Las banderas... —susurró Tenzing.

—Las banderas..., sí.

—En mi mochila.

Michel la abrió. Hurgó en el interior hasta que encontró lo que buscaba. Sacó unos triángulos multicolores de tela.

—Las pondré enseguida —aseguró Michel dirigiéndose a Tenzing.

—Ve..., los dioses esperan.

Leblanc salió y Fiona lo siguió.

El francés, venciendo como pudo la resistencia del viento, ató las banderas a una de las cuerdas que sostenían la tienda. Las ráfagas las azotaban con violencia, las agitaban como si fuesen pescados que han mordido el anzuelo.

—¿Qué son? —preguntó Fiona.

—Banderas de oración. Los sherpas las cuelgan cuando muere alguien. Es una forma de invocar la misericordia de los dioses para el que se ha marchado.

Fiona estaba perpleja.

—¿Tenzing quiere rezar por Anatoli? ¿Por él, que lo agredió...?

—¿Sabes que me dijo Jean-Pierre en una ocasión? —la interrumpió Michel—. Solo puedes odiar de verdad a quien has querido.

Estaba realmente dispuesto a matar

Te viene bien que Anatoli haya muerto, ¿eh, Michel? —dijo el barón mirando con aire de desafío al francés—. Has encontrado un estupendo chivo expiatorio.

—¡Hans! —replicó Fiona—. Creo que es evidente quién golpeó a Tenzing. — Pero no estaba convencida, así que cambió de tema—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos que esperar a que llegue el auxilio —contestó el francés—. Tenzing no puede andar y hemos perdido mucho material en el alud. Nos faltan un par de crampones, y no tenemos bastante cuerda para asegurarnos todos. Bajar sería demasiado arriesgado. ¿Quieres un poco de té?

Fiona negó con la cabeza.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—¿Desde el campamento base? Puede que un día. Puede que más. Depende del tiempo. Si nos han oído, claro está.

—Yo esperaré como mucho hasta mañana —anunció el barón—. Lo único que quiere Michel es que nos quedemos aquí para matarnos uno a uno.

—¿Quieres marcharte? Tú mismo.

Pero Von Reichlin no se movió.

—Nunca sabremos la verdad —comentó lúgubre el barón—. Todos tienen un motivo para mentir.

—Tal vez los hombres pueden mentir —dijo Iaan—, pero las imágenes no.

A la vez que pronunciaba la frase sacó de debajo del forro que llevaba puesto un objeto metálico.

Una cámara fotográfica.

—¿Dónde la has cogido? —preguntó Leblanc, turbado.

—Es un magnífico ejemplar de Minox. Un aparato pequeño y ligero, óptimo para la montaña.

—¿Dónde la has encontrado? —rugió Leblanc.

—Cerca del cadáver de tu hermano. Mientras recuperabais el cuerpo la vi en medio de la nieve. —Los cuatro observaron fascinados el objeto—. Creo que es la que perdiste hace diez años. ¿Me equivoco?

Leblanc miraba al fotógrafo con odio.

—Dámela. No tienes ningún derecho a tenerla.

—La encontré yo. De no haber sido por mí, ahora estaría enterrada bajo varios metros de nieve. En estos seis días hemos escuchado muchas historias, una distinta de la otra. Tú, tu hermano, Hans, Anatoli, Tenzing, la montaña, el Machapuchare... A saber cuál es la verdad.

—Dámela. No me obligues a repetírtelo.

—¿Sabes qué he aprendido trabajando en este oficio? Pues que las únicas que no mienten son las imágenes. —Leblanc lo escrutaba, torvo—. Puede que aquí dentro esté la explicación de todo.

—¡Dámela!

Michel se abalanzó sobre el fotógrafo, que trató de proteger el aparato llevandoselo a la espalda. Fiona hizo ademán de defenderlo. También el barón, tras unos instantes de indecisión, intervino: aferró el brazo del francés e intentó retorcérselo. Pero la ira había multiplicado por diez la fuerza de Leblanc. Le bastaron unos cuantos movimientos para desembarazarse de la periodista y del barón. Dio un empujón a Iaan y le arrancó la cámara de las manos.

Leblanc se ovilló en un rincón, como un animal en posición de combate. Escondió el aparato bajo su camiseta, como si fuese un objeto precioso. A continuación extrajo del bolsillo la navaja e hizo saltar la hoja.

—Ojo con acercaros. Os lo advierto: mataré al que intente quitarme la cámara. Es mía, exclusivamente mía.

Fiona lo observaba perpleja, no tanto por la amenaza que acababa de pronunciar, sino por su actitud.

—Michel... —dijo.

—No te acerques, Fiona. Lo que he dicho vale también para ti. Ninguno de vosotros debe entrometerse en algo que solo nos concierne a Jean-Pierre y a mí.

—¿Veis? —exclamó el barón preocupado a la par que complacido—. ¿Veis? ¡Tenía razón!

—Michel —suplicó nuevamente ella—. Michel...

—¡Lejos! ¡No te acerques! —Lanzó violentamente la navaja en dirección a ella.

La periodista dio un paso hacia atrás. Era indudable: el francés estaba realmente dispuesto a matar.

Os contaré todo

La situación se había estancado peligrosamente. Fuera, la tormenta era cada vez más fuerte. Dentro de la tienda, Leblanc los amenazaba. No podían hacer nada, tan solo esperar a que Michel recuperase el control de sus nervios. Fiona y el barón estaban paralizados. Tenzing yacía en el suelo, desfallecido. Para gran sorpresa de todos, Iaan se levantó y se puso de rodillas.

—Vosotros podéis seguir jugando si os apetece al pequeño Jack el destripador. Yo salgo a dar una vuelta. —Bajo la mirada atónita de Leblanc y de los demás, Iaan se puso la chaqueta y las botas. Parecía que se estuviese preparando para salir de excursión—. Nos vemos luego —dijo a la vez que abandonaba la tienda.

—Está completamente loco —observó el barón con fatalismo. ¡El noruego se podía ir al infierno! A fin de cuentas, estaban en manos de Leblanc. Los iba a matar a todos, uno a uno. Quizá el fotógrafo tuviese razón: era mejor intentar la fuga en solitario.

—No lo entiendo —murmuró Fiona—. ¿Qué mosca le ha picado?

Leblanc protegía con una mano la cámara fotográfica que escondía bajo el forro polar a la vez que con la otra empuñaba la navaja. La repentina salida de escena de Iaan lo había dejado sorprendido. ¿Qué trataba de hacer? Se le escapaba algo.

—¡Maldición! —imprecó de repente.

Sacó la cámara fotográfica y la examinó. ¡Claro! Cómo es posible que no lo hubiera pensado antes...

Leblanc tiró el aparato a un rincón y se precipitó fuera de la tienda.

—¿Qué pasa, Michel? —preguntó Fiona.

Pero Leblanc no respondió. Desapareció en un instante.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó la periodista dirigiéndose al barón.

—No lo entiendo..., quizá sea mejor que vayamos a ver.

La curiosidad había vencido sus temores. ¿Qué había en esa cámara que preocupaba tanto a Leblanc? Tal vez, después de diez años, iba a poder saber la verdad...

Cuando estuvieron listos, Hans y Fiona salieron de la tienda. Michel se había evaporado. Encontraron fácilmente las pisadas de Iaan, por las cuales había caminado también el francés. Las siguieron prestando gran atención, para no perderse en la tormenta. Las huellas se dirigían a la zona del Cerro, donde empezaba el descenso hacia el campamento base. Cuando llevaban unos minutos andando el barón alargó un brazo.

—Ahí están.

Fiona alzó los ojos y divisó en la tormenta dos figuras, una al lado de la otra. Hizo

amago de acercarse a ellas, pero Von Reichlin le agarró un brazo.

—Cuidado.

Molesta, Fiona dio un tirón para desasirse y se encaminó hacia Michel e Iaan. A medida que se aproximaba a ellos la escena se iba aclarando, igual que cuando se trabaja con el objetivo la imagen desenfocada de una diapositiva para que resulte más nítida.

Ahí estaban.

Michel empuñaba la navaja y apuntaba la hoja hacia Iaan.

El fotógrafo tenía el brazo tendido delante de él. Sujetaba algo en una mano.

Fiona dio un paso hacia ellos.

El brazo de Iaan se cernía sobre una cicatriz oscura y recortada en la nieve, de una longitud de un metro.

Una grieta.

Fiona dio otro paso.

El fotógrafo alargó imperceptiblemente los dedos y ella comprendió.

—Por fin —gritó Svarbard en la tormenta—, empezaba a cansarme.

El barón se aproximó también y se quedó por prudencia detrás de Fiona.

—¿Qué ocurre? —le preguntó pegándose a él. El contacto con su cuerpo le hizo estremecerse.

—Es el rollo de la cámara de Jean-Pierre —explicó Iaan a voz en grito—. Lo saqué antes de enseñarle la Minox a Michel. Quería ver cómo reaccionaba.

—¡Estás loco! —gritó el barón—. ¡Ahora te matará!

—¿Estás seguro? No creo.

Leblanc temblaba. Se encontraba a menos de un metro de distancia de Iaan. Habría podido agredirlo en cualquier momento con facilidad y, sin embargo, permanecía inmóvil.

—Ahora nuestro amigo Leblanc tendrá a bien contarnos qué sucedió de verdad. O...

—¿O? —preguntó el barón.

—O dejaré caer este cargador en la grieta. Y *bye-bye* a nuestro querido Jean-Pierre.

Von Reichlin no lograba dominarse.

—¡Estúpido! ¿No lo entiendes? Eso es lo que pretende: ¡hacer desaparecer las pruebas del delito!

Iaan cabeceó.

—¿Tú crees? Yo pienso que no. Mirad.

Hizo amago de alargar los dedos. El rollo resbaló un milímetro hacia el abismo de hielo sucio.

—¡No! —exclamó Michel—. No lo hagas.

—¿No lo habéis notado? —dijo Iaan—. Cuando Michel me quitó la cámara fotográfica, la apretó contra su cuerpo como si fuese la cosa más valiosa de este mundo. Si hubiese querido hacer desaparecer unas pruebas comprometedoras, habría destruido de inmediato la película. No: a Michel le interesan estas fotografías mucho más que a nosotros. —Leblanc permaneció en silencio. No perdía de vista el rollo, aterrorizado por la posibilidad de que cayese en la grieta—. Y ahora nos explicarás todo, empezando desde el principio. ¿Verdad, Michel?

El fotógrafo sostuvo con dos dedos el cargador, igual que un prestidigitador que exhibe al público un velo para demostrar que no hay truco.

—No —gritó Michel. Tiró la navaja y a continuación dijo—: De acuerdo. Os contaré todo.

Como si se alegrase de morir

—Empezó como os he dicho —comenzó Michel.

Habían vuelto a entrar en la tienda. El francés, una vez aplacado el furor, se había resignado. Debía afrontar la verdad por primera vez en diez años. Había temido, aunque también esperado, que llegase ese momento. Era hora de pedir misericordia por sus pecados.

Hablaba lentamente. Por precaución, Iaan seguía cerca de la entrada, listo para tirar afuera el rollo que tanto interesaba a Michel.

—¿Qué es esto? ¿La versión actualizada de la confesión que hemos oído ya? —preguntó desdeñoso el barón.

—Lo único que pretendía cuando os conté la otra historia era desviar vuestra atención —admitió Michel—. Había encontrado el cuerpo, pero no podía enterrarlo antes de que llegaseis. Tenía que ganar tiempo. —Su expresión se endureció de nuevo. Prosiguió—: Ésta es la verdad.

Así pues, esa noche se había despertado poco antes de las dos. En realidad, más que un sueño el suyo había sido un duermevela. Por los rollos fotográficos que había encontrado en la mochila de Hans había comprendido que los austriacos estaban tramando algo y se hallaba preparado para reaccionar. Pero a las dos tuvo un mal presentimiento. Con el corazón en un puño salió a buscar a Jean-Pierre y encontró su saco de dormir vacío. ¡De manera que también él se había dado cuenta del truco de los austriacos! ¿Por qué no lo había avisado? ¿Por qué no lo había despertado?

—Hace diez años que me lo pregunto —dijo Michel con tono melancólico—, y aún no he encontrado la respuesta.

Fuese como fuese, Michel se negaba a permitir que su hermano partiese solo. En los días precedentes Jean-Pierre se había sentido mal: Michel sospechaba que la altura empezaba a debilitar su físico. De esta forma, se preparó a toda prisa y se dispuso a seguir a su hermano. Gracias al rastro que había dejado, confiaba en darle alcance en poco tiempo. Después vio que una frontal avanzaba tras él y se detuvo a esperar. Hans Von Reichlin le alcanzó al cabo de una hora.

—De inmediato comprendí que no estaba preocupado por nosotros, sino por el hecho de que pudiésemos llegar a la cima antes que él y sus compañeros.

—No es cierto —protestó el barón de forma poco convincente—. No es cierto.

En todo caso, Michel se libró de Von Reichlin. ¡Que se fuesen al infierno, tanto él como los austriacos! Lo único que importaba en ese momento era encontrar a Jean-Pierre. Si de verdad estaba resuelto a llegar a la cumbre, lo ayudaría.

Lo encontró al cabo de una hora y media, cuando la luz del sol había empezado a iluminar las cimas más altas del Himalaya. La luz del sol, que regalaba calor y vida...

Abajo, en cambio, el terrible frío nocturno atenazaba aún los músculos y el cerebro...

Jean-Pierre había divisado en la lejanía la luz de su frontal y lo esperaba inmóvil, sentado en la nieve. Cuando llegó a su lado, Michel se despojó de su mochila y la tiró al suelo exhalando un suspiro de alivio. Después se dejó caer al lado de Jean-Pierre. A esa cota incluso un peso de diez kilos suponía un esfuerzo tremendo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Michel con tono de reproche—. ¿Por qué no me dijiste que querías marcharte?

La reacción de Jean-Pierre, sin embargo, fue muy distinta de la que se esperaba.

—Aquí está, el santurrón de mi hermano, siempre dispuesto a correr en auxilio de su pequeño, indisciplinado y temerario Jean-Pierre.

—Pero ¿qué dices, Jean-Pierre? Yo solo...

—Querías ayudarme, ¿verdad? ¡Por supuesto! ¡Antes incluso de que *piense* que necesito ayuda apareces, listo para prestármela!

—No entiendo lo que dices, J-P...

—¿No lo entiendes? ¿De verdad? Pero cómo, hermanote, justo tú, que eres tan inteligente... Que te pasas la vida corriendo detrás de mí por miedo a que cometa alguna idiotez. Esta noche salí solo porque confiaba en que, por fin, me dejarías ir por mi cuenta. ¡Pero no! Dime una cosa, mi buen samaritano, ¿no será que te reconcomía la idea de que pudiese llegar a la cima del Kinsoru antes que tú?

—Jean-Pierre, si me hubieses llamado...

—Me habrías ayudado, supongo. Pero ¿por qué demonios he de ser siempre yo el que necesita ayuda? Dime, ¿crees que estoy en dificultad? Si has llegado hasta aquí es porque no me quedó más remedio que abrir una pista en esta nieve fresca de mierda; de no ser así te habría saludado con la manita.

—Estos últimos días no estabas bien, Jean-Pierre. No disimules.

—Un poco de mal de montaña. Les sucede a todos. Hasta al gran Hermann Buhl. Pero estoy aquí, ¿no? Y no me parece que nadie me haya ayudado a llegar.

—Podemos avanzar en cordada.

—¿Puedes hacerme un favor, Michel? ¿Puedes dejarme en paz? Déjame respirar, olvida que existo. ¿Quieres ayudarme? De acuerdo. En ese caso vuelve y dile a Hans que no me has encontrado. Nos veremos en el campamento esta noche.

—No puedo dejarte ir, J-P. En estas condiciones no.

—¿Por qué eres tan cabezota? Cuando estuve en la India tuviste que venir también a dar el coñazo, a salvarme de lo que tú llamabas el demonio de la droga. ¡Removiste cielo y tierra, hasta pediste dinero a Robert para poder ser mi salvador una vez más!

—Yo...

—Dime una cosa, Michel: ¿te has preguntado alguna vez, una sola, si yo quería de verdad? ¿Si prefería que me salvaras o morir como me daba la gana?

Jean-Pierre hablaba a voz en grito, en el silencio de la noche himalaya. Michel apenas podía sobreponerse al desconcierto.

—Pensé que era mejor...

—¡Ése es precisamente tu error, pensar! ¡Pensar en lo que es mejor o peor para mí! No has hecho otra cosa durante toda tu vida. ¡Jean-Pierre, no hagas esto, Jean-Pierre, no hagas lo otro! Peor, mucho peor, que tener un padre.

—Pero, justo papá...

—Lo sé: papá. Papá te encargó que cuidases de mí, dado que él no conseguía hacerlo. Pero ¿nunca se te ocurrió que yo no deseaba que nadie, insisto, que nadie me cuidase? ¿Lo has pensado alguna vez? —Michel no sabía qué responder—. Siempre has querido ser el mejor, el más bueno, el más sabio, el más responsable. Dime la verdad, yo te resultaba cómodo. Si no hubieses tenido un hermanito tan imbécil, todas esas cualidades no habrían servido para nada. Me utilizabas para poder destacar.

—Jean-Pierre, pero ¿qué dices? Yo...

—Papá solo tenía ojos para ti. Si hubiese podido, me habría borrado de la faz de la Tierra y de su memoria. ¿Sabes una cosa, Michel? Él se avergonzaba de mí. Y tú..., tú también.

—No es verdad... Sabes de sobra que papá te dejó todo a ti. Eso significa...

—Significa tan solo que quería castigarte. No tomó esa decisión porque me estimara. Quería que me controlases y no lo conseguiste. Debía de estar muy enfadado contigo. ¿Sabes una cosa, Michel? Papá era un cabrón de primera categoría.

La noche era serena. Ni siquiera soplaba una ráfaga de viento. Estaban a solas con las estrellas, que brillaban con la última luz antes de ser engullidas por la bola de fuego del sol.

—No es cierto, Jean-Pierre. Papá y yo siempre te hemos querido...

—Por descontado, como a un perrito. Mejor dicho, como a un pájaro enjaulado. Me queríais a condición de que me portase como un angelito y no diese demasiado la lata. Vosotros me dais el pienso y yo debo piar a voluntad. También esta vez, Michel: también esta vez te has entrometido.

—Yo solo...

—Organicé toda la expedición. Los teutones no valen un carajo, tú también lo sabes. Me necesitaban para tener, cuando menos, la esperanza de conseguirlo. ¡Todo estaba listo cuando, de repente, apareces tú y metes la nariz!

—Yo no he...

—Tú nunca haces nada malo, lo sé, gracias por recordármelo. Pero diez días antes de que partiésemos me llamó ese medio nazi de Von Reichlin y me dijo que quería contar también contigo. Si tú no participabas todo se iba al garete.

—J-P, te juro que yo...

—Tú no querías, tú no pensabas, bla, bla, bla. El caso es que te entrometiste en una expedición que había organizado yo, ¡solo yo! —Jean-Pierre respiró. Aún no había acabado de desahogarse. Prosiguió—: Cuando, ayer por la noche, vi la penosa pantomima del cohete, comprendí que era la ocasión de zafarme de ellos, pero, en especial, de ti. Por fin iba a poder demostrar que soy más fuerte y mejor que tú. Solo hasta la cima. ¡Solo! Por fin todos iban a enterarse de quién es el mejor de los dos. — Michel no lograba replicar. Jamás habría imaginado que iba a acabar en el banquillo de los imputados, siendo objeto de unas acusaciones demasiado graves y demasiado circunstanciales—. ¡Pero no! También esta vez has tenido que meterte donde no te llaman. Te molestaba la idea de que pudiese hacerte sombra, ¿verdad? El mundo iba a saber que yo soy el auténtico alpinista, y no tú. Así que te apresuraste a seguirme para volver a impedírmelo. Muy bien, hermanote: lo has vuelto a lograr. Los periódicos volverán a escribir tu nombre en los titulares y el mío en la última línea, al final del artículo.

Michel se quedó sin aliento. La perspectiva se había invertido inesperadamente ante sus ojos: era como pasar al otro lado del telón y asistir a una tragedia desde detrás del escenario. Sí, debía de ser así: su hermano siempre había vivido la vida detrás del escenario.

—No sé qué decirte, J-P... No me había dado cuenta. Pero si quieres llegar a la cima de esta montaña te ayudaré.

Jean-Pierre soltó una carcajada despreciativa.

—Y dale... Aún no lo has entendido... No quiero que me ayuden.

—Escúchame. Te seguiré hasta la cima. Nos ataremos en cordada. Si quieres, puedes subir solo a la cumbre. Me pararé antes.

—¡Os odio, a ti y a tu bondad! Qué generosidad, qué altruismo... Pero ¿sabes una cosa? No te necesito.

—De acuerdo, J-P... Haz lo que quieras.

—¡Por fin! —exclamó Jean-Pierre—. Y ahora, hermanote, despeja el camino.

Jean-Pierre se puso la mochila y empezó a subir de nuevo.

Michel lo seguía a una distancia de unos cien pasos, sin perderlo de vista. Su hermano nunca se volvía, pese a que sabía que el otro iba detrás. Mientras escalaba bajo la luz matutina del Himalaya, Michel observaba temeroso a Jean-Pierre. Durante la última hora había aminorado la marcha y ahora se paraba cada pocos pasos para recuperar el aliento. Michel temía que Jean-Pierre se estuviese sintiendo de nuevo mal. Caminaba cada vez más despacio. La cima se encontraba quinientos o seiscientos metros por encima de sus cabezas. Calculó que a esa velocidad no la alcanzaría antes de las cinco: el plazo máximo para poder regresar con vida.

Todo sucedió sin que Michel se diese cuenta. Quizá porque estaba demasiado concentrado en su hermano no notó que un puente de nieve cedía. La franja de nieve

friable se hundió bajo su peso y antes de poder reaccionar Michel cayó en una grieta.

Mientras se precipitaba hacia el fondo se golpeó dos o tres veces con las paredes de hielo. Luego chocó violentamente con algo.

Abrió los ojos. Una sutil franja de cielo se recortaba en lo alto, unos veinte metros por encima de él. Michel se volvió hacia un lado y sintió una punzada en el hombro. Se incorporó a duras penas y, por fin, comprendió dónde había ido a parar. Estaba en un pequeño reborde que apenas tenía medio metro de ancho. A sus pies las paredes lisas de la grieta caían verticalmente hasta perderse de vista. Un movimiento temerario y no saldría jamás de allí.

Michel verificó el estado de su cuerpo. Los brazos, las piernas, las manos: excepto alguna que otra contusión, no parecía que se hubiese roto nada. La boca de la grieta, que estaba a considerable altura por encima de su cabeza, tenía una anchura de poco más de un metro. Inmediatamente después el agujero se ensanchaba como si fuese un embudo. La pared de hielo azulado subía por encima de Michel como los lados de un tejado, con una fuerte inclinación: era imposible superarla contando tan solo con los crampones y el piolet.

Mientras sopesaba la situación, una cara se asomó por el borde de la grieta. Era Jean-Pierre.

—¿Todo bien?

Michel agitó una mano y sonrió.

—Todo bien, J-P. No me he hecho nada.

—¿Seguro? ¿Ni siquiera una costilla rota?

—Unas cuantas magulladuras, eso es todo.

—No te preocupes. Te sacaré en un minuto con la polea.

—No.

—¿Cómo que no?

—No, Jean-Pierre. Me las arreglaré solo.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué significa «no»?

—Son las doce y media, J-P. Solo tienes seis horas de luz y faltan cuatrocientos metros para llegar a la cima. Si te quedas a ayudarme nunca lo conseguirás.

Jean-Pierre se encogió de hombros.

—Paciencia. Von Reichlin se correrá cuando se entere.

—Escúchame, J-P. Aún lo puedes lograr. Deberías llegar a la cumbre a eso de las cinco, y, si te das prisa, todavía te quedará bastante tiempo para bajar.

—¿Y tú qué harás, mientras tanto?

—Lánzame una cuerda y fíjala en el hielo. Saldré solo con los prusik.

—No. Ahora preparo la polea.

—Es inútil. Aunque lo hagas, yo no engancharé el arnés. Si me niego a colaborar no podrás alzarne —afirmó Michel. Jean-Pierre vacilaba—. ¡Vamos, no pierdas

tiempo! —lo apremió Michel—. ¡Saldré solo! No creo que me lleve más de un par de horas. Si lo consigo a tiempo te seguiré. De no ser así, volveré al campamento.

Jean-Pierre reflexionó. Después desapareció del campo visual. Unos segundos más tarde lanzó una cuerda al interior del agujero. Una sutil serpiente de fibra colgaba en el vacío, justo delante de Michel. Jean-Pierre volvió a aparecer en lo alto.

—Hecho, hermanote. La he fijado a un par de clavos.

—Perfecto, J-P. No tardaré en salir.

Jean-Pierre lo miró con una expresión extraña.

—No te apresures demasiado.

Y se marchó.

—¡Entonces fue él el que te abandonó! —exclamó Fiona en el interior de la tienda—. No al contrario.

Leblanc bajó la mirada.

—En ese momento lo único que contaba para Jean-Pierre era llegar a la cima. La cima y nada más.

Michel hizo el nudo prusik para atar un cordel a la cuerda que le había lanzado Jean-Pierre. A continuación lo enganchó al arnés, a la altura del pecho. Repitió la operación con un segundo cordel, pero en esta ocasión se lo ató a la altura de la rodilla. En el otro extremo del segundo cordel hizo un anillo lo bastante ancho para poder meter la bota. Acto seguido introdujo el pie y se alzó, igual que si subiese un peldaño. Luego movió el primer nudo —el del cordel atado al arnés que se encontraba a la altura de su pecho— hacia arriba para asegurarse. Colgaba en el vacío, en medio de la grieta. Había avanzado veinte centímetros, una fracción microscópica del trayecto en vertical que debía realizar. Se detuvo, jadeante. A esa altitud el menor esfuerzo dejaba el cuerpo sin energía. En los Alpes habría tardado como mucho una hora en salir. Pero allí, a ocho mil metros... Le llevó casi tres.

Cuando llegó arriba trepó por el borde de la hendidura y luego se dejó caer en la nieve. Respiraba entrecortadamente. Se le había nublado la vista. A esa cota, el esfuerzo que había realizado para alzarse veinte metros habría podido matarlo. Tardó una eternidad en recuperarse. Si no hubiese sido por Jean-Pierre, habría renunciado y habría regresado al campamento. Pero no podía hacerlo. Su hermano estaba subiendo a la cima y debía ayudarlo.

Miró el reloj.

Las tres y media.

Por lo general era la hora límite para completar un ascenso. A las tres se regresaba. Los alpinistas más expertos podían llegar a las cuatro, puede que incluso a

las cinco. Más tarde uno se adentraba en el lúgubre territorio de la muerte. Y Jean-Pierre no estaba en condiciones de afrontarlo.

Haciendo un esfuerzo, Michel se echó la mochila al hombro y siguió las huellas de su hermano. Contaba diez pasos y se detenía para respirar. Continuaba empujado tan solo por la fuerza de la desesperación.

El sol había empezado a ponerse. Llegaron las primeras alucinaciones debidas a la altitud y la deshidratación. El inmenso glaciar se había transformado en una extensión infinita de hierba. En lugar de la nieve veía un prado verdísimo, al estilo inglés. Aquí y allá había unas sombrillas de tela basta y unos palos de golf clavados en sus correspondientes agujeros. Michel podía incluso distinguir los búnkeres de arena. En lugar de las ráfagas violentas que soplaban en el Himalaya, el francés sentía una ligera brisa, que hacía oscilar dulcemente los banderines. Podía ser el campo de Honfleur, donde había jugado de niño. Cuando estaba en un tris de detenerse para buscar un punto de referencia, la parte racional de su mente logró recuperar el equilibrio. A pesar de que no pudo borrar la visión nítida y detallada que se mostraba ante sus ojos, su cerebro lo obligó a no dar crédito a los sentidos.

«Sigue», se dijo Michel. «No hagas caso».

Pero era difícil no prestar atención al ruido atrayente del arroyo que fluía a poca distancia de él.

«No lo pienses», se repitió.

Sin embargo, apenas debía desviarse unos metros..., ¿qué podía suceder? Bebería hasta reventar y luego reemprendería la marcha. Cinco minutos.

Cediendo a su instinto, Michel se encaminó hacia el torrente. En lugar de la mochila le parecía llevar al hombro el saco de los palos. Miró sus pies: las botas habían desaparecido. En su lugar vio un par de zapatos bicolors con tacones y flecos. Exhaló un suspiro de satisfacción: andar con ese calzado era realmente otra cosa. Empezaba a sentirse bien, le gustaba pasear por la hierba, era tan relajante...

Divisó un árbol de copa tupida, quizá un olmo, que arrojaba sombra en la orilla, y le pareció el lugar indicado para hacer una pausa. Al dar la vuelta al tronco vio sorprendido que al otro lado había un hombre. Un hombre que dormía a la sombra de la planta.

«Qué extraño», pensó Michel.

Se inclinó para darle una palmada en el hombro y el sujeto, que dormía con los ojos cerrados, se volvió hacia él con un gemido de satisfacción.

Jean-Pierre.

La alucinación se desvaneció de golpe: los prados, el arroyo, la hierba y las sombrillas desaparecieron. La infinita extensión blanca de nieve y hielo los sustituyó. La brisa retrocedió ante el viento furioso del Kinsoru.

—¡Jean-Pierre! —gritó Michel zarandeando a su hermano—. ¡Jean-Pierre! —Le

dio un par de bofetadas. Éste abrió levemente los ojos. Parecía aturdido, farfullaba palabras confusas—. ¡Jean-Pierre!

Michel lo sacudió a la vez que lo llamaba de nuevo. Jean-Pierre se repuso. Abrió los párpados, irritado.

—Dichosos los ojos.

Michel le ofreció el último sorbo de su termo. El té caliente le hizo efecto de inmediato. El rostro de Jean-Pierre recuperó el color.

A duras penas, trastabillando, su hermano se puso en pie.

—Gracias por la ayuda —masculló—, pero ahora desaparece.

Michel se inquietó.

—J-P, tenemos que volver enseguida al campamento. No puedes seguir.

Como pudo, Jean-Pierre se llevó la mochila al hombro.

—El viejo vicio, ¿eh, hermanote? Siempre tienes que decirme lo que debo hacer.

Sin añadir nada más, Jean-Pierre se dirigió hacia la vía de ascenso arrastrando los pies. La cima estaba allí, a tan solo doscientos metros de ellos.

Michel corrió en pos de él.

—¡Detente, Jean-Pierre! No lo conseguirás. Ya es demasiado tarde y estás mal. — El otro no respondió, se limitó a encogerse de hombros—. ¡Detente!

Michel le agarró de la mochila y lo obligó a pararse. Jean-Pierre se volvió iracundo.

—¡Déjame!

—Detente, Jean-Pierre. Mañana...

—Mañana no tendré otra posibilidad, ¿no lo entiendes? Se me ha agotado el tiempo.

Jean-Pierre dio unos cuantos pasos más. Michel volvió a darle alcance. Aferró una manga de su chaqueta y lo retuvo.

—Jean-Pierre, no te permitiré...

No acabó la frase. Su hermano se volvió de golpe. Blandía un piolet por encima de su cabeza.

—¡Basta! —gritó con ojos alucinados—. ¡Basta! —repitió.

Michel dio un salto hacia atrás, pero aun así no pudo esquivar el golpe. La punta del piolet le desgarró el pantalón y se le clavó en el muslo.

—¡La cicatriz! —exclamó Fiona en la tienda—. La cicatriz de la pierna... Así que fue Jean-Pierre...

—Estaba fuera de sí —le contestó Michel meditabundo—. Jamás he comprendido lo que le ocurrió.

Ignorando el dolor, Michel intentó detener una vez más a Jean-Pierre. Su hermano se abalanzó sobre él. Rodaron juntos por la pendiente, entrelazados el uno al otro. A

medida que caían iban perdiendo las cuerdas, los crampones, los piolets y las mochilas. Y la cámara fotográfica.

Rápido, cada vez más rápido.

De golpe, la montaña dejó de remolinar alrededor de ellos.

Michel pudo ver que su hermano resbalaba hacia el borde de un salto. Tendió la mano para agarrarlo; Jean-Pierre alargó el brazo. Michel cerró los ojos al tiempo que lo apretaba con todas sus fuerzas.

Cuando abrió de nuevo los párpados vio que su mano solo aferraba un guante. Corrió hacia el borde del precipicio.

Miró abajo.

A unos quince metros, sobre un resalte de una anchura de varios metros, se abría un agujero negro en el manto de nieve blanda, similar a la huella de un animal gigantesco.

—¡Jean-Pierre! —gritó.

Silencio.

—¡Jean-Pierre! —volvió a chillar.

No hubo respuesta.

No podía ser... Quince metros no eran muchos, si uno caía en una capa de nieve fresca... Había gente que había caído del Eiger, unos trescientos metros, y no se había hecho nada...

—¡Jean-Pierre!

Quizá una costilla o una pierna rotas, pero no podía ser morir así, no podía ser...

—¡Jean-Pierre!

Ni siquiera el viento le contestó.

Michel miró una vez más. Estaba sucediendo algo.

En un principio le pareció una sombra, un halo que se iba tornando cada vez más oscuro.

Después asumió un color preciso.

Rojo.

Una corona purpúrea se iba ensanchando poco a poco en el punto en que había caído Jean-Pierre y teñía la nieve que lo circundaba.

El blanco se transformaba en rojo, como si la punta de una pluma cargada con tinta bermellón estuviese apoyada en un trozo de papel absorbente.

—¡Jean-Pierre! —gritó por última vez Michel, desalentado.

Se levantó. Cogió la cuerda de la mochila, fijó un clavo en el hielo y descendió en doble.

No podía haber ocurrido de forma tan absurda, no a Jean-Pierre...

Michel se acercó con prudencia al punto en el que se había precipitado su hermano. Sus botas se hundían en la nieve manchada de sangre.

—Jean-Pierre —dijo en voz baja.

Se asomó al agujero que había hecho el cuerpo de su hermano.

Allí estaba.

Tenía el piolet clavado en la espalda.

—Tú no tienes ninguna culpa —pudo decir Jean-Pierre en un susurro—. Debía acabar así.

Acto seguido esbozó una dulce sonrisa, como si se alegrase de morir.

¿Qué debía hacer?

El piolet... era mío —explicó Michel—. No había puesto el protector.

Agachó la cabeza, vencido por el peso del espantoso error, que no conseguía perdonarse.

Los demás lo escuchaban conteniendo el aliento. Fiona estaba muy alterada, al borde de una crisis nerviosa.

—No fuiste tú —dijo tratando de consolarlo cuando, por fin, recuperó el control de sí misma—. Tu hermano...

Pero Michel la interrumpió antes de que pudiese acabar.

—Si no lo hubiese seguido a toda costa..., si no me hubiese empeñado en protegerlo...

—Pero ¡él estaba mal! Habría muerto de todas formas.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Michel se llevó las manos a la cabeza—. Yo no lo sé.

Fiona le acarició el pelo. Al final, la periodista salió vencedora.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Qué ocurrió?

Leblanc alzó de nuevo la cabeza y la miró fijamente a los ojos.

—Después...

Michel abrazó a Jean-Pierre e intentó levantarlo, pero su cuerpo estaba inerte, la mirada extraviada.

—Resiste, J-P... Te llevaré de vuelta al campamento... Te salvaré...

Necesitó varios minutos para rendirse a la evidencia: su hermano estaba muerto. Cuando lo hizo, dejó caer su cuerpo en la nieve, se arrodilló y rompió a llorar. Todos los esfuerzos de una vida —los suyos y los de su padre— habían sido en vano. Jean-Pierre había salido al encuentro de su destino, igual que un barco se dirige a puerto. No había habido manera de desviarlo de su rumbo.

Mientras lloraba, Michel oyó un fuerte silbido por encima de él. No tuvo tiempo de levantar la cabeza para averiguar lo que estaba sucediendo. El frente de un alud, de una longitud de varias decenas de metros, lo embistió de lleno, al igual que al cuerpo de Jean-Pierre. Rodó durante un tiempo que le pareció interminable, incapaz de entender lo que estaba acaeciendo, sometido por completo a la nieve. Cuando se detuvo vio que estaba en la superficie del alud, unos doscientos metros más abajo del punto donde se encontraba sobrecogido.

Se levantó a duras penas, dolorido. Tenía pulsaciones en un ojo y supuso que debía de estar hinchado. Movía con dificultad la pierna, herida por el golpe que le había asestado Jean-Pierre. Por lo demás, solo tenía unas cuantas contusiones. Pese al

dolor, el cuerpo le seguía respondiendo.

Logró ponerse de pie. Lo rodeaba el rastro atormentado del alud. Nada más.

—¡Jean-Pierre! —gritó. Silencio—. Jean-Pierre —volvió a llamarlo con menor convicción.

El cadáver de su hermano debía de haber sido arrastrado a saber dónde y debía de estar sepultado bajo una montaña de nieve. Era imposible recuperarlo.

Michel dio varios pasos por la superficie irregular del desprendimiento. Vio que algo sobresalía en la nieve. Se agachó para sacarlo.

El piolet.

El piolet de Jean-Pierre.

Lo miró como se mira la reliquia de un santo.

¿Qué debía hacer?

Conocía a Jean-Pierre

En el interior de la tienda, mientras la tormenta arreciaba alrededor de ellos, Michel Leblanc rompió a llorar. El dolor y el remordimiento habían fermentado durante diez años en su interior y por fin habían logrado explotar, igual que las exhalaciones del mosto hacen reventar un tonel agrietado.

Fiona abrazó conmovida el cuerpo del francés, que temblaba al sollozar.

—Michel, Michel —se limitó a decirle.

El barón observaba la escena con una expresión desdeñosa, pero no osaba intervenir. Era mejor dejar que Leblanc dijese lo que quisiera: a fin de cuentas, luego podría utilizarlo en su contra.

El francés se sobrepuso. Se enjugó las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—Nunca comprendí lo que le sucedió a Jean-Pierre ese día —dijo—. Peleábamos de vez en cuando, por supuesto, incluso de forma violenta. Pero agredirme así... Debía de haber ocurrido algo que yo no sabía, o que no entendí... Pero, llegados a ese punto, ¿qué podía hacer? —preguntó, más a sí mismo que a los demás—. Es evidente que no podía volver al campamento y contar la verdad. ¿Podía decirles que mi hermano me había abandonado en una grieta, que me había atacado con un piolet, que había intentado matarme? —Michel negó con la cabeza—. No podía. No había conseguido salvarlo y eso constituía mi mayor fracaso. Lo único que podía hacer era proteger lo poco que quedaba de él: su memoria. Nadie sabría nunca lo que había sucedido realmente ese día.

—Aun a costa de hacer recaer las sospechas sobre ti —observó Fiona.

Michel se encogió de hombros.

—¿Qué más daba ya? Jean-Pierre estaba muerto. Si no podía regresar seguiría adelante. Yo también podía morir; de hecho, esperaba que fuese así. Empujado por la fuerza de la desesperación, llegué a la cima cuando el sol se estaba poniendo ya. Dejé los dos guantes: era la única manera que me quedaba de rendir homenaje a Jean-Pierre. Quería que todos creyeran que había llegado conmigo a la cumbre. Por lo demás, pensaba que no sobreviviría a un vivaque a más de ocho mil metros sin equipo. En cambio... —Michel se detuvo un instante para revivir la película que había proyectado ya un millón de veces—. En cambio, a la mañana siguiente aún estaba vivo. Desesperado, empecé a bajar por el otro lado de la montaña. Todo me traía ya sin cuidado, yo en particular. Bajaba de cualquier manera, sin elegir el camino. Estaba seguro de que acabaría cayendo en alguna grieta, o que moriría de sed. Las alucinaciones eran incesantes y cambiaban continuamente. Perdí el sentido del tiempo, tenía la impresión de estar viviendo un sueño..., hasta que llegué al

pueblo.

—Entonces te inventaste la historia de la amnesia.

—No tenía elección. No quería contar nada. ¡Que pensasen lo que les diese la gana! Me daba igual.

—Permitiste que te acusaran de haber dejado morir a tu hermano sin decir nada...

—Me importaba un comino lo que dijeren. Lo único que contaba para mí en ese momento era que no ensuciasen la memoria de Jean-Pierre.

—¡Así que lo protegías a él! —exclamó Iaan—. Creía que estabas encubriendo a una tercera persona, pero lo que pretendías era defender a tu hermano.

—¿No lo entendéis? —preguntó Michel—. Era la última cosa que podía hacer por él. O quizá la penúltima. Después de ese día no volví a escalar en cordada: no quería sentirme responsable de nadie más. Solo arriesgaba mi vida. Aun así, sabía que me quedaba una cosa por hacer: encontrar el cadáver de Jean-Pierre y enterrarlo. Cuando leí que el indonesio había visto un cuerpo, comprendí que se trataba de él. Debía encontrarlo como fuese, antes que los demás. Era la última forma que me restaba de pedirle perdón.

—O de ocultar tu delito —precisó el barón.

Michel se encogió de hombros.

—Es cierto, quería ocultar algo, si bien no es lo que piensas, Hans. Si hubiesen encontrado el cuerpo de Jean-Pierre con la herida en la espalda, habría tenido que contar la verdad. Quería que todos siguiesen considerando a mi hermano un gran alpinista que había muerto después de realizar una magnífica hazaña.

—Pero ahora nos has dicho, de todas formas, la verdad —objetó el barón.

—Porque me habéis obligado. Además, puede que después de diez años ya no importe.

Se hizo un silencio embarazoso.

—Bueno —dijo Iaan—. Creo que te lo has merecido.

Le tendió el rollo. El barón abrió la boca para protestar, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Michel cabeceó.

—Guárdalo tú, Iaan. Es mejor. Me fío de ti. —El barón se quedó atónito—. No tengo nada que ocultar —añadió Michel.

El fotógrafo se metió el rollo en el bolsillo.

—¿Por qué le dabas tanta importancia?

—No tengo ninguna fotografía de Jean-Pierre. Cuando nos fuimos de casa las rompió todas. «Así papá no podrá clavarnos alfileres». Eso dijo. No dejaba que lo fotografiasen, nunca, ni siquiera cuando escalábamos juntos. «Lo que cuenta es llegar a la cima, me importa un pito que los demás se enteren», decía siempre. Solo me dejó que lo retratase como quería en el Kinsoru, a saber por qué. Y ahora que han pasado diez años, el recuerdo de su cara se está desvaneciendo... A veces me cuesta ver sus

ojos, la nariz, la boca... Se está convirtiendo en un fantasma...

En la tienda flotaba una atmósfera de conmovida solidaridad. Von Reichlin, sin embargo, no se daba por vencido.

—Es tu palabra, sin más —lo acusó el barón—. Como todo lo que has contado hasta la fecha. No nos has dado una sola prueba de lo que dices.

—La cicatriz —apuntó Fiona.

—¿La cicatriz?

—La cicatriz en la pierna. Donde Jean-Pierre lo golpeó.

El barón resopló.

—¡Una cicatriz! Eso no significa nada.

Callaron. La tienda vibraba debido a la violencia del viento.

—Lo que no puedo perdonarme es no haber comprendido lo que le sucedía a mi hermano —dijo Michel—. Si hubiese intuido que me odiaba tanto, no lo habría seguido a toda costa. No lo habría obligado a atacarme. No entendía a mi hermano: esa es la verdad.

—No, no es así —replicó Fiona—. No podías saberlo.

Michel la miró estupefacto. Quizá era la primera vez que no alcanzaba a interpretar las palabras de la periodista, que, por lo general, era muy explícita.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay algo que no sabes, Michel.

—¿Que no sé...? ¿Cómo es posible?

—¡Por fin! —terció el barón—. ¡Por fin se ha decidido!

—¡Habla claro, Hans! ¿Qué quieres decir?

—Pregúntaselo a Fiona. ¿Aún no lo has entendido, Michel? Ella conocía a Jean-Pierre.

Entrevista – 3

Ahora debería preguntarle algo sobre su expedición.

—¿Por qué «debería»?

—He venido hasta aquí para eso. He volado diez mil kilómetros.

—¿Su periódico se ocupa a menudo del alpinismo?

—No, lo cierto es que no... Pero en este caso...

—Supongo que el hecho de que me haya convertido en uno de los jóvenes más ricos de Europa no tiene nada que ver.

—A decir verdad...

—La verdad, eso es. Dejémosla estar. En cualquier caso, y ya que me lo ha preguntado, le contaré algo sobre la expedición, a pesar de que su periódico publicará, como mucho, dos líneas sobre el tema. El objetivo es llegar a la cima del Kinsoru. Como usted, a buen seguro, no sabe, el Kinsoru tiene una altura de ocho mil cuatrocientos treinta y cinco metros, y no es la montaña más alta del mundo, aunque sí la más difícil. Además, es de una gran belleza. Mírela cuando tenga tiempo. Los lugareños están convencidos de que es una montaña mágica. La morada de los dioses. Tonterías, pensará usted. Y puede que tenga razón. Pero reflexione por un momento: si fuese un dios, ¿en dónde le gustaría vivir? ¿En Picadilly Circus, arriesgándose a envenenarse con el esmog o a que un taxi la atropelle? Si uno debe morir, ¿qué mejor lugar que una montaña como esta? El Kinsoru fue conquistado por primera vez en 1963 por los japoneses. Nosotros probaremos un camino diferente, que nadie ha intentado hasta la fecha. No me apetecía repetir lo que habían hecho ya los demás, ¿qué gusto puede tener? Además, estamos en invierno, con las dificultades que eso conlleva. En una sola noche pueden caer metros y metros de nieve.

—¿Y si tuviese que dar una puntuación al grado de dificultad de la empresa?

—¡Una puntuación, por el amor de Dios! ¿Pretende hacer una libreta de calificaciones, como las que se usan en los partidos de fútbol? En ese caso, veamos... Nieve: nueve. Dificultad alpinista: diez. Estación: diez. Meteorología: nueve y medio. Expedición: entre cuatro y cinco. ¿Debo continuar?

—Su hermano estará con usted en el grupo.

—No es el único. De hecho, la mayor parte de los alpinistas son austriacos. Quieren clavar su bonita bandera roja y blanca en la cima del Kinsoru. Francisco José se sentiría orgulloso de ellos.

—Pero su hermano irá también...

—Por supuesto, cómo no. ¿Quiere un poco de leche de yak?

—Estábamos hablando de su hermano.

—Los sherpas están convencidos de que la leche de yak tiene unas propiedades

milagrosas. No puedo atestiguarlo personalmente, pero me parece tónica. Cuando menos, distinta de la leche de vaca habitual. Me crié a base de caviar y champán, ¿sabe? Menudo coñazo... Disculpe, menudo aburrimiento. A buen seguro este lugar le habrá parecido sucio y maloliente, hasta el punto de resultarle insoportable; sin embargo, a su manera Katmandú es una ciudad bonita. Pero no puede imaginarse cómo son los valles más apartados... Unos lugares remotos, suspendidos en el tiempo. Hay una zona donde se pueden admirar antiguos castillos, idénticos a como eran hace mil años. Quizá Marco Polo durmió en ellos. París, Notre Dame, la torre Eiffel, los Campos Elíseos... son una menudencia comparados con ellos. Y el aire..., ¿ha notado el aire? No existe nada semejante en ningún otro lugar del mundo. Es el champán del aire, si prefiere el Château-Lafitte. ¿Sabe? Aquí siempre me he sentido como en mi casa, desde la primera vez que aterricé. En Francia me siento prisionero, incluso cuando era niño. Ahí fuera hay un mundo inmenso, y mi padre... mi padre quería que frecuentase una universidad de Economía. Extraño, si lo piensa. Dedicar la vida al dinero cuando uno tiene ya tanto. Haría falta una escuela para aprender a gastarlo, en todo caso. Para mí el dinero siempre ha representado tan solo la libertad: la libertad de probar lo que quería. Todo, en pocas palabras. ¿Dónde estudió usted?

—Hablábamos de su hermano.

—En Cambridge, o en donde diablos haya estudiado, ¿no le enseñaron que la insistencia es una de las faltas más graves que se pueden cometer?

—Soy periodista. Insistir forma parte de mi profesión.

—De acuerdo, mi hermano... Era un alpinista muy prometedor. ¿Qué más?

—¿Cómo es su relación con él?

—¿Tiene hermanas?

—Soy hija única.

—Entonces no puede entenderlo. ¿Sabe que, según la ley, los hermanos son parientes de segundo grado? Da que pensar. Un hermano es más que un primo, menos que un padre. A veces preferirías no tenerlo a tu lado.

—¿También aquí, en el Kinsoru?

—¿Le parece fácil tener que competir desde niño con alguien que es casi igual que tú pero, al mismo tiempo, muy diferente?

—Dígame usted.

—Las comparaciones entre hermanos son inevitables. Entre chicos aún más.

—¿Le habría gustado tener una hermana?

—¿Qué es esto, una sesión de psicoanálisis? Lo siento, creo que nuestro tiempo ha concluido.

—Un momento más. Dicen que su hermano es un tipo extraño, pero, debo confesárselo, me parece que usted tampoco se queda corto.

—Le garantizo que si lo conociese no sabría decir cuál de los dos está más pirado.

¿Ha pensado alguna vez en ser actriz?

—Se lo agradezco, Michel. Y...

—Espere. ¿Qué ha dicho?

—Se lo agradezco.

—No, eso no. Luego.

—Nada. Solo he dicho: se lo agradezco, Michel.

—Creo que ha llegado el momento de aclarar algunas cosas.

—¿Aclarar? ¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, al hecho de que yo no soy Michel Leblanc.

—¿...?

—Michel es mi hermano. Yo soy Jean-Pierre.

—Dios mío, es increíble. No sé cómo...

—Al portero le preguntó por Leblanc, ¿no es así? Y este le dirigió a mí.

—De verdad, no entiendo cómo...

—Cuando vuelva a Roma debería echar una buena bronca a los del archivo: ¿qué recortes le han dado? Usted quería entrevistar a Michel Leblanc, el joven talento del alpinismo internacional, y no a Jean-Pierre, su hermano menor en todo.

—No sabe cuánto lo lamento.

—Si fuese un hombre la retaría a duelo. En su caso, en cambio, me limitaré a invitarla a cenar.

—Yo no...

—Salga a cenar conmigo y la perdonaré.

Desde entonces no he podido volver a enamorarme

Tú... ¿tú lo conocías?

Fiona no pudo sostener la mirada de Michel. Bajó los ojos.

—Yo... Nosotros...

Lo había conocido hacía diez años, la víspera de que la expedición se pusiese en camino. El director de su periódico, un diario de gran tirada, había pensado que podía ser una bonita historia: los jóvenes herederos de una dinastía de industriales que arriesgan la vida por una empresa alpinista al límite de lo posible... Dinero, peligro, aventura: eran tres elementos que atraían a sus lectores. Fiona, joven esperanza del periodismo popular, había sido enviada a Katmandú para entrevistar a Michel Leblanc, el hermano mayor y también el más famoso de los dos, pero al final había acabado con el micrófono encendido delante de Jean-Pierre. Por la noche, después de haber aclarado el embarazoso error, se habían reunido a la mesa de un pequeño local llamado Ka, una especie de bar de mala muerte que frecuentaban los alpinistas de medio mundo.

—No soy novio de ninguna princesa ni de ninguna estrella de cine. ¿Te sigo pareciendo interesante?

La alusión al tenor de sus artículos no la ofendió. Como mucho la sorprendió. Jean-Pierre los había leído. Fiona comprendió que se encontraba frente a un tipo de hombre inusual. A diferencia de otros personajes famosos que había entrevistado, a Jean-Pierre le traían sin cuidado los periódicos, la publicidad, los lectores y la fama. Por alguna razón, que no había previsto, le fascinaba. Jamás había conocido a un hombre tan rico y, a la vez, tan poco interesado por el dinero y el lujo. Incluso cuando le reveló que era, en realidad, el único heredero de su padre, no pareció atribuir excesiva importancia a lo que consideraba un detalle secundario. Jean-Pierre tenía unas opiniones poco conformistas, parecía que, en el fondo, todo le daba igual, hasta su vida. Lo único que le interesaba era llegar a la cima de esa montaña.

La cena concluyó con una copa en otro bar, la copa con un paseo y el paseo... Fiona se encontró en su cama sin saber cómo. No estaba acostumbrada a unos cortejos tan rápidos; mejor dicho, no estaba acostumbrada a que la cortejaran. Su agresividad disuadía a muchos hombres, y, de los pocos que lo habían intentado, muchos habían sido rechazados. Fiona había tenido alguna que otra experiencia sentimental, movida, en todo caso, por el interés científico y no por una verdadera pasión. El sexo y el amor solo le interesaban cuando escribía sobre ellos en el periódico. Los hombres eran unos enemigos con los que era imposible pactar cualquier tipo de tregua.

En Katmandú, en cambio, todo se desarrolló con suma naturalidad. Fiona no se sorprendió de lo que le estaba sucediendo y Jean-Pierre lo aceptó con desenvoltura, aunque también con desapego. A Fiona le habría gustado dejar huella en él, pero no lo consiguió.

La única satisfacción parcial la tuvo durante la noche, cuando llegó el momento de las confidencias. Fue el único momento en que Jean-Pierre se soltó.

—¿Qué clase de persona es tu hermano?

—Un buen muchacho. Uno de esos tipos un poco aburridos que en el colegio son siempre los primeros de la clase, ¿sabes a qué me refiero?

—Pero te quiere mucho.

—Diría que demasiado. Se cree mi ángel de la guarda. No es culpa suya: mi padre se lo inculcó. Estaba convencido de que debía protegerme de mí mismo y luego la misión pasó a Michel.

—¿Y tú?

—Por lo general no me opongo, así está contento. No obstante, de vez en cuando me toca los huevos y lo mando a la mierda. ¿Sabes una cosa? Me gustaría ser como él: tranquilo, pacífico, sereno, seguro de lo que está bien y de lo que no lo está. O, al menos, eso parece. A mí, en cambio, siempre me cuesta mucho comprender qué partido debo tomar...

—Pero ahora os disponéis a partir juntos.

—¿Qué es esto, otra entrevista?

Fiona soltó una risita.

—No, no te preocupes.

—Porque, de ser así, me presentaré en la redacción de Londres y les diré a todos que me has dejado preñado. —Ella se echó a reír—. Mañana saldremos en dirección al campamento base. Habría preferido que Michel se quedase en casa, pero también esta vez se me ha pegado como una lapa.

—Lo hace con buena intención.

—También los cruzados y la Inquisición mataban por el bien de la humanidad. Creo que el mundo sería mejor si todos fueran como yo: unos perfectos egoístas. Jesús y su manía de salvar al prójimo han echado el mundo a perder.

—Quizá un día seas tú el que deba cuidar a Michel...

—Puede ser, ahora que mi padre me ha dejado todo el pastel a mí. Divertido, ¿no te parece? Michel se ha pasado la vida como un perrito detrás de él y al final... Puede que, después de todo, hasta mi padre tuviese una pizca de sentido del humor. O al final comprendió que yo no era el único al que le faltaba un tornillo. Michel tiene unas obsesiones que pueden parecer inocuas, pero que son capaces de llegar a resultar estremecedoras si lo conoces bien. Es tan preciso, tan metódico, tan organizado, tan inflexible... A veces da miedo. He llegado a pensar que no es...

humano. Te diré algo divertido: a pesar de que se comporta como un alpinista rudo y salvaje, Michel conserva algunas manías de petimetre de la alta sociedad. Por ejemplo: le da asco comer en la cazuela de la que se han servido los demás. Así que ¿sabes lo que hago cuando estamos en la tienda? Pues preparo la comida y se la ofrezco diciendo: «El señor está servido», como si fuese un mayordomo de Buckingham Palace...

—Por eso lo sabías —exclamó Michel—. Él te lo dijo.

—Jean-Pierre te quería mucho. A su manera te quería.

Jean-Pierre se durmió a eso de las tres de la madrugada. Durante unos minutos Fiona admiró su cuerpo esbelto, los músculos secos, sin el menor rastro de grasa. No tenía sueño. Se levantó a curiosear la habitación del alpinista. Echó un vistazo a las guías que había esparcidas alrededor de la cama, abrió el pasaporte abandonado en la mesita de noche y comparó la fotografía del documento con el original dormido. Miró por la ventana: de día Katmandú era una Babilonia infernal de tráfico y personas que bullían por todas partes. De noche la actividad cesaba por completo y en la ciudad se instalaba el silencio altanero de las montañas circunstantes. De repente, una carpeta fina que contenía unos folios llamó su atención; estaba en la papelera, completamente arrugada.

Intentó resistir la tentación, pero el instinto de periodista la venció. Tras cerciorarse de que Jean-Pierre seguía durmiendo, se acercó a los papeles y los cogió.

—Entonces es un vicio —exclamó Von Reichlin—. ¿No te han enseñado que no es de buena educación inmiscuirse en los asuntos de los demás?

—Soy periodista —contestó Fiona—. Me pagan por meter la nariz donde sea.

Fiona no sabía lo que estaba buscando. Puede que únicamente la clave que le permitiese comprender a un hombre sumamente complicado. Sin embargo, lo que encontró era bien distinto.

Dejó la carpeta en la mesa e intentó alisarla como pudo con la mano. Luego la abrió.

Echó una ojeada a los folios que contenía. Los leyó a toda prisa, a la luz de la luna, que entraba por la ventana.

Al principio no entendió qué era: se trataba de unos términos técnicos y una serie infinita de números incomprensibles. ¿A qué se referían? No lo comprendía.

Llegó a la última hoja, que sintetizaba, con un lenguaje anodino y racional, los resultados que aparecían en las demás.

Análisis.

Análisis médicos.

Fiona sonrió. ¡Qué tonta! Era evidente que antes de iniciar una empresa de ese tipo los hombres de la expedición se habían sometido a un reconocimiento médico exhaustivo. Para subir a ocho mil metros hay que estar en perfecta forma física.

La periodista se hallaba a punto de volver a echar todo a la papelera cuando otro folio llamó su atención. Era papel de fax, que alguien había arrugado meticulosamente hasta reducirlo a una pelotita compacta. Fiona se inclinó para recogerlo. Lo abrió procurando no romperlo.

La fecha era del día anterior. El fax había sido enviado desde una consulta médica de París al hotel de Katmandú. Estaba escrito en francés, pero eso no suponía un obstáculo para ella, que había nacido en Canadá.

Querido Jean-Pierre: Le escribo para comunicarle los resultados de los últimos análisis, que han requerido varias semanas de profundización. Tal y como le anticipé, se trata de unas pruebas muy sofisticadas que es necesario llevar a cabo en laboratorios especializados. En nuestro caso, los confié al Departamento de Fisiología de la Sorbona. Por desgracia, y de acuerdo con mis suposiciones, que se basaban en las conclusiones de los primeros exámenes, me veo obligado a comunicarle...

Fiona palideció. El folio le resbaló de las manos.

Alzó los ojos para mirar a Jean-Pierre, quien dormía plácidamente en la cama.

Fiona recuperó el fax, lo releyó una vez, otra.

El final era claro y perentorio.

Jean-Pierre sufría una grave descompensación cardiaca asintomática. Incompatible con la actividad alpinista. Subir a ocho mil metros significaba una muerte segura. El médico planteaba la hipótesis de una operación bastante arriesgada con un resultado incierto: una nueva técnica que se había desarrollado en Estados Unidos y que parecía ser la única posibilidad de lograr una curación completa. En cualquier caso, Jean-Pierre debía abandonar la expedición y regresar de inmediato a París. Su permanencia en una altitud superior a los cuatro mil metros comprometía de manera irremediable sus posibilidades de sobrevivir. Debía olvidar para siempre el Kinsoru. Nunca volvería a subir a una montaña.

Fiona leyó y releyó las líneas que había escrito el médico. Luego, trastornada, hizo de nuevo una pelota con el folio y lo dejó caer en la papelera. Inmóvil a los pies de la cama, miró a Jean-Pierre, que dormía con la expresión serena de un niño. ¿Podía ser esa la cara de un hombre que iba a morir?

Por la mañana, mientras desayunaban juntos, ella sentía una opresión que le impedía hablar. Jean-Pierre, en cambio, se mostraba alegre, animado por el frenesí que precede a los grandes acontecimientos. No dejaba de bromear y de decir tonterías.

Fiona le aferró de repente una mano.

—Quédate —le dijo—. Quédate conmigo. —Él la miró asombrado. La observó como hace un aficionado a los acertijos que sopesa a primera vista uno complicado—. Vámonos juntos. A donde quieras. La montaña puede esperar.

Jean-Pierre la miró intensamente. Luego su cara se ensanchó al sonreír.

—¿Qué es esto, una declaración de amor?

—Sí..., si quieres. Quédate conmigo. Volvamos a Europa. Olvídate del Kinsoru.

Él se inclinó hacia ella.

—¿Sabes una cosa? —La mantuvo en suspense durante un instante—. Puedes pedir lo que sea a un alpinista, salvo que abandone la montaña.

Dicho esto se puso de nuevo a untar mantequilla en un trozo de pan, tan alegre y risueño como siempre.

—Se marchó esa misma mañana, supongo que para reunirse contigo —dijo Fiona mientras el viento sacudía la tienda—. No lo volví a ver.

—Tú... Jean-Pierre no me dijo nada.

—Regresé enseguida a Londres y a partir de ese día no me despegué de la Reuters. Sabía que me comportaba como una estúpida: preocuparme tanto por un hombre con el que solamente había pasado una noche... Pero no podía hacer nada para remediarlo. No dejaba de pensar en tu hermano. Algo había cambiado en mi interior: había conocido a un hombre que desmentía lo que siempre había pensado de su sexo. Buscaba constantemente noticias sobre vuestra expedición y cuando no encontraba nada era feliz, porque eso significaba que todo iba bien. Luego, una tarde, los teletipos teclaron un flas procedente de Katmandú. Jean-Pierre había muerto. El título me hundió en la desesperación, pese a que no me sorprendió. Su corazón enfermo había cedido al final, tal y como había previsto el médico. Lo que, en cambio, no me esperaba era la crónica de lo que había ocurrido. Jean-Pierre no había muerto de un ataque cardiaco, sino en un accidente de montaña. Me quedé atónita. Desde entonces he leído todo lo que se ha escrito sobre vuestra expedición, pero jamás he encontrado la paz. Ninguna de las versiones me convenció. Cuando el indonesio vio el cuerpo me emperreé en venir aquí. Quería comprender lo que le había sucedido a Jean-Pierre. Tenía que dar por zanjada una historia que había iniciado hacía diez años. ¿Sabes, Michel? Desde entonces no he podido volver a enamorarme.

Pero ¿de quién?

Jean-Pierre enfermo... No lo sabía... No podía imaginarme...

Michel Leblanc no encontraba las palabras. La revelación de Fiona había abierto una nueva perspectiva: era como descubrir una habitación en la que nunca has entrado en la casa en la que vives.

—Después de lo que me has contado, Michel, creo que lo entiendo —prosiguió Fiona—. Jean-Pierre sabía que arriesgaba su vida si escalaba el Kinsoru. No podía resignarse a la idea de abandonar el alpinismo: era lo único que contaba para él. Habría podido seguir viviendo en París, gozando de buena salud, o en un barco, en los mares del sur, disfrutando de su dinero. Pero esa vida no le iba.

—No —convino Michel—, no le iba. Jamás se habría conformado.

—Los análisis habían sido realizados unas semanas antes. Se enteró de que estaba enfermo cuando ya estaba organizando la expedición. Naturalmente, no dijo nada a nadie. Decidió continuar. Prefería morir como siempre había vivido a sobrevivir lejos de las montañas. Se unió a la expedición consciente de que le esperaba la muerte.

—Por eso me dejó fotografiarlo. Y el diario...

—La mañana en que nos separamos quiso hacerme un regalo. A su manera. Dijo que escribiría un diario detallado de la expedición. De esa forma podría disponer de material para escribir un reportaje extraordinario. Y añadió otra cosa...

—¿Te habló de mí?

Fiona negó con la cabeza.

—Me dijo que estuviese preparada, porque vuestra expedición estaba destinada a tener un final sorprendente, una noticia clamorosa que dejaría estupefactos a los lectores. —La periodista se conmovió. Durante diez años había domesticado esos recuerdos como si fueran unos perros callejeros a los que había enseñado a no gruñir. Pero en ese momento ella misma había soltado las cadenas que los aprisionaban. Jamás le había contado a nadie lo que había ocurrido y sus palabras habían resucitado a Jean-Pierre. Lo sentía a su lado, vivo, real, tan irónico como cuando lo había conocido. Si hubiese regresado del Kinsoru, si hubieran iniciado una relación, si se hubiesen incluso casado, la pasión se habría calmado, quizá se habría transformado en otra cosa. Pero el pesar por el destino inconcluso había mantenido vivo, incluso reforzado, el amor. Fiona recuperó el control de la voz y prosiguió—: Creo que el enemigo al que alude el diario era su enfermedad. Jean-Pierre sabía que no le quedaba mucho tiempo. Su único deseo era llegar a la cima: lo que sucediese después no le importaba. Pero debía salir exitoso de su última empresa, la mayor de todas.

—Y esa noche...

—Esa noche debió de comprender que era la ocasión adecuada. Decidió

aprovechar el asunto del cohete para provocarte. Sabía que tratarías de detenerlo y no podía perder más tiempo. Se marchó solo: la meta parecía estar al alcance de la mano. Quería vencer a la montaña, a la muerte, y también a ti, Michel. No solo quería demostrar que era más fuerte que tú, sino, sobre todo, que podía hacerlo mejor que tú.

—Yo no había entendido... —Michel cabeceaba—. No había entendido nada...

—Jean-Pierre había ocultado su enfermedad a todos. Era la única forma de alcanzar la cima. Tú no lo sabías y lo seguiste para detenerlo. Una vez más te entrometiste, y justo en el momento más importante. Ponte en su lugar, Michel: querías sustraerle no solo la cima, sino también la posibilidad de morir cómo y cuándo había decidido. Tu padre y tú lo habíais vigilado durante toda su vida, y pretendías dirigir también su muerte. Tuvo que resultarle intolerable.

—Por eso estaba tan furioso conmigo..., por eso me golpeó con el piolet...

—Sabía que no le permitirías ir. Era la única forma de librarse de ti.

La tienda se sumió en un absoluto silencio. Durante varios minutos Michel perdió conciencia de lo que le rodeaba. Partiendo de esas revelaciones, analizaba retrospectivamente su pasado, el suyo y el de Jean-Pierre. Los particulares, los detalles, los matices y las circunstancias que anteriormente le parecían irrelevantes asumían en ese momento otro cariz. La verdad de Fiona era como la ficha de un dominó que, al caer, tira todas las demás hasta..., hasta su infancia. ¿Por qué su padre nunca había soportado a Jean-Pierre? ¿Tal vez intuía en su interior la semilla de autodestrucción que había cultivado desde que era niño?

—Es increíble —dijo Michel, aún turbado—. He buscado la verdad durante diez años, pero, por lo visto, debía subir aquí para descubrirla.

—Nosotros no descubrimos la verdad —afirmó Tenzing desde su saco—. Es la verdad la que nos sale al encuentro. Tenías una cita con ella aquí, en esta montaña.

—Bueno, bueno —comentó el barón—. Como decís vosotros, los franceses, *tout se tient*.

—Pero tú, Hans, ¿cómo lo sabías? —preguntó Fiona.

—¿Lo tuyo y lo de Jean-Pierre? Digamos que he dedicado varios años de mi vida a reconstruir lo que sucedió hace diez, incluido lo que Michel y Jean-Pierre hicieron durante los preparativos de la expedición.

—¿Merecíamos tanta atención?

—No tenía todo claro y quería comprender lo que había ocurrido entre vosotros. Al indagar descubrí que habíais pasado la noche juntos en Katmandú. Mismo hotel, misma habitación. Bastante evidente, ¿no?

—¿Y sabías también que estaba enfermo? —inquirió la periodista.

—No. Por desgracia, no. Creo que solo lo sabía él y su médico, que, desafortunadamente, nunca me ha querido recibir. Por lo demás, si Michel lo hubiese sabido no estaríamos aquí discutiendo...

—¿Qué quieres decir?

—¡Vamos! Si Michel hubiese sabido que Jean-Pierre estaba enfermo, ¿crees que se habría esforzado tanto para seguirlo por la montaña y matarlo con un golpe de piolet en la espalda? Por supuesto que no. Lo habría dejado marcharse tan tranquilo, a morir por su cuenta.

—¡Aún con esa absurda teoría, Hans! —le reprochó Fiona—. ¡Olvidas que Michel siguió a su hermano para salvarlo!

—O para matarlo con calma en el único momento en que no habría testigos. No, muchacha: nunca sabremos la verdad. Por un lado solo contamos con algunos hechos, y por el otro con un par de versiones del propio interesado. Cada uno puede pensar lo que quiera. Por lo demás, no servirá de mucho. Cuando cese la tormenta, el primer alpinista que pase por aquí encontrará seis cadáveres y medio. Supongo que los periódicos se harán eco de la noticia. Diez años después de la muerte del famoso alpinista y joven millonario Jean-Pierre Leblanc, su hermano fallece también en el valeroso intento de recuperar su cadáver: porque será algo así, ¿verdad, Fiona? Nadie sabrá lo que hemos descubierto.

A Fiona le habría gustado replicar, pero no sabía qué decir. Hans tenía razón: estaban destinados a morir en la montaña.

La voz de Michel retumbó en la tienda.

—Yo me ocuparé. —Fiona, Iaan y el barón se volvieron hacia él—. No podemos esperar más. Incluso en el caso de que estén en camino, la ayuda llegará demasiado tarde. No tenemos elección. Yo os guiaré hasta el campamento base. Partiremos hoy, a las dos de la madrugada.

Lo miraron en silencio durante un instante. Luego el barón hizo una mueca teatral.

—¿Tú? Esta sí que es buena. El lobo que pretende hacer de perro pastor.

—Quizá Michel tenga razón, Hans —dijo Fiona con calma—. Es nuestra única posibilidad.

—¿No entendéis que quiere matarnos a todos? Pretende arrastrarnos ahí afuera para asesinarlos uno a uno. ¡Es la misma estrategia que utilizó con su hermano!

—¿Qué propones?

—Que esperemos aquí. Los socorristas están en camino.

Fiona señaló al sherpa, que se había vuelto a dormir.

—¿Y Tenzing?

El barón cabeceó.

—Si de verdad queréis marcharos no podéis llevarlo con vosotros. No podréis transportarlo. Es demasiado fatigoso, dadas las condiciones en que nos encontramos.

Fiona captó la mirada de incomodidad de Iaan.

—No —intervino Michel con dureza—. No abandonaré a nadie. Tenzing vendrá

con nosotros y vosotros me asistiréis. Lo único que debemos hacer es ayudarlo a resbalar por la nieve. Cuando lleguemos al salto de roca lo bajaré yo. Lo conseguiremos.

—¿Y qué hacemos con el material que hemos perdido?

—Me las arreglaré sin los crampones —respondió el francés—. Y haremos tiros de cuerda más cortos para bajar. No tenemos otra alternativa.

El barón se retorció las manos, agitado por la ansiedad y el miedo. Michel estaba tranquilo, era completamente dueño de sí mismo.

Fiona miró a uno y a otro. Debía tomar una decisión. ¿Qué elegir: el instinto o la razón? Debía fiarse de uno de ellos. Pero ¿de quién?

Séptimo día

Adiós, Jean-Pierre

La breve noche himalaya llegó sin que ninguno de los cinco pudiese conciliar el sueño. Fiona daba vueltas en el saco de dormir mientras trataba de resolver su dilema. Iaan se preguntaba si lograría bajar hasta el campamento base o si su brillante carrera de fotógrafo estaba destinada a interrumpirse justo con el único reportaje serio que había realizado desde hacía mucho tiempo. Tenzing rezaba, analizaba su vida, trataba de comprender si su karma estaba destinado a elevarse o si sus pecados lo harían reencarnarse en alguna forma de vida inferior. El barón temblaba de rabia y miedo, de envidia y desesperación: ¡diez años! Había pasado diez años intentando aniquilar a su enemigo y sus esfuerzos no iban a servir para nada. Henriette... ¿Por qué te fuiste, Henriette? Michel no te merecía. ¡Es un asesino! En cuanto a Michel Leblanc... Michel era el único que había conseguido cerrar los ojos. La experiencia, el cuerpo entrenado, le permitían dominar sus nervios.

A las dos Fiona todavía no había perdido su determinación. La periodista aguzó las orejas: el viento seguía soplando, pero con menor intensidad. Puede que Michel tuviese razón, puede que fuese la última ocasión que tenían de...

—No te dejes convencer —le susurró al oído una voz en la oscuridad. Se volvió de golpe. Von Reichlin se había acercado a ella y trataba de persuadirla por última vez—. Si nos dispersamos en la montaña, los socorristas no nos podrán encontrar con esta tormenta. ¿Sabes lo que ocurrió en mil novecientos noventa y seis en el Everest? Un grupo de alpinistas llegó a cincuenta metros del campamento, pero nadie logró encontrarlos. Tres de ellos murieron. A nosotros nos sucederá lo mismo.

Fiona cerró los ojos tratando de aislarse. Hans..., ¡no podía soportarlo más! Pero... ¿y si tuviese razón?

—Entonces, ¿habéis decidido algo?

La voz de Michel retumbó en la tienda. Encendió una Petzl. Estaba ya medio levantado, completamente despierto.

Los demás se miraron a la espera de que uno de ellos diese el primer paso. Su vida dependía de esa decisión.

«Y ahora ¿qué hago?», se preguntó Fiona. Aún no había tomado ninguna decisión cuando su mirada se posó en un detalle.

En el bolsillo del forro polar de Michel asomaba la punta de una fotografía.

Michel y Jean-Pierre en la montaña, uno al lado del otro, risueños.

La periodista puso punto final a sus vacilaciones.

—De acuerdo, voy contigo.

Hans se volvió de golpe hacia ella, sorprendido. Iaan no perdió tiempo.

—Yo también —dijo el fotógrafo.

—¡Estáis locos! —espetó el barón—. Vosotros queréis morir.

—Es nuestra única oportunidad, Hans —afirmó Fiona—, y tú lo sabes.

—Entonces preparémonos —ordenó Michel—. Coged solo lo indispensable. Tenemos que caminar con el menor peso posible.

Todos prepararon sus mochilas. Von Reichlin permanecía inmóvil, estaba furibundo. No quería partir con Leblanc, pero tampoco deseaba quedarse solo en el campamento. Cogieron una de las telas de la tienda y envolvieron a Tenzing, que seguía dentro de su saco de dormir. El sherpa estaba acomodado en el interior de un capullo que resbalaría con facilidad en la nieve.

En tanto que Fiona trajinaba con las cuerdas y los crampones, Michel se acercó a ella.

—¿Por qué te has decidido a venir? —le preguntó susurrando.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Pero no era cierto. Lo sabía de sobra. A decidirse la había ayudado la fotografía que había visto en el bolsillo de Michel, la fotografía de él y Jean-Pierre. Quien ha amado tanto no puede ser un canalla.

—Solo nos queda una cosa por hacer —dijo Michel cuando las mochilas estuvieron preparadas.

Lo siguieron al exterior de la tienda iluminándose con las frontales. La tormenta aún arreciaba: nieve y viento. El francés arrastró el cadáver de Jean-Pierre hasta dejarlo cerca de un punto en el que asomaba la roca. Comenzó a coger piedras y a colocarlas alrededor y encima del cuerpo de su hermano, formando una especie de minúsculo túmulo.

—¿Qué hace? —preguntó Fiona.

—Un *chorten* —le contestó el barón—. Es una tumba. O un monumento funerario, si lo prefieres, tal y como se usa en esta zona.

La periodista recordó los numerosos túmulos de piedras que había visto durante la marcha de aproximación y luego en la montaña. No se había preguntado qué eran. Ahora lo entendía.

—Así que te has rendido, Hans. Michel te ha convencido también a ti.

—De ninguna forma, querida. Ese *chorten* es un magnífico punto de referencia. Cuando vuelva aquí, después de los monzones, será más fácil encontrar de nuevo el cuerpo.

Michel empleó casi una hora en completar la obra. Cuando acabó, el montón de piedras parecía capaz de desafiar a la peor de las tormentas.

Leblanc se irguió para contemplar su obra.

—Adiós, Jean-Pierre.

Estaba a salvo

Esperadme. Iré también con vosotros.

Se volvieron hacia el barón, que estaba ya listo, con la mochila al hombro.

—¿Te unes a la compañía, Hans? —preguntó Michel.

—No me habéis dado más opción. Solo no puedo sobrevivir.

—De acuerdo. Nos turnaremos para arrastrar a Tenzing.

—Oh, no. No quiero darte la posibilidad de agredirme cuando tenga las manos ocupadas. Cargar con el sherpa es una locura, así que tú te ocuparás de él.

Fiona enrojeció, encolerizada.

—¡Hans! No te comportes como el más despreciable de los...

—Te has dejado engatusar por él, Fiona. Pero yo no me trago sus historias.

El grupo se puso en marcha. Michel e Iaan arrastraban el fardo en que habían envuelto a Tenzing. A sus espaldas, Fiona vigilaba que no se girase. A la cola iba Von Reichlin, que se mantenía a cierta distancia de seguridad. Todos llevaban las lámparas frontales encendidas.

Anduvieron lentamente hasta llegar al final del Cerro, recorriendo un tramo que era casi llano. Luego iniciaron la bajada.

—Engánchate a los mosquetones —ordenó Michel—. Fiona obedeció. —Ve tú delante, Iaan. Yo iré detrás para frenar a Tenzing.

La pendiente se hacía cada vez más escarpada. El capullo que encerraba al sherpa tendía a tomar velocidad y Michel debía realizar un gran esfuerzo para frenarlo. El fotógrafo clavaba los talones en la nieve para detener también el fardo que se le venía encima. Fiona no podía ayudarlos, ya resultaba bastante difícil pensar en sí misma... Se concentraba en cada paso para no equivocarse. La bajada era cada vez más empinada: un pie en falso significaba la muerte.

Emplearon casi dos horas para llegar al salto de roca que constituía la única dificultad alpinista del recorrido. La claridad del alba penetraba a duras penas en la tormenta de nieve. La luz de las frontales seguía siendo indispensable. Michel colocó a Tenzing en un lugar protegido y se paró a respirar. Después se acercó al borde del precipicio.

—Lo más rápido es bajar en doble —dijo—. Tenemos que darnos prisa. No hemos avanzado mucho. A este paso no llegaremos a tiempo al campamento base.

—La culpa es del sherpa —intervino el barón—. Él es el que nos obliga a ir despacio.

Leblanc se volvió para mirarlo, desafiante.

—Tenzing se queda con nosotros. Si quieres adelantarte puedes hacerlo.

—Por una vez, Michel, te tomo la palabra.

El barón cogió el único trozo de cuerda que quedaba y lo fijó con un clavo en la nieve. Luego, con unos movimientos rápidos, bajó en doble.

—Hans se ha ido. Es tu turno, Iaan.

—¿No hay un ascensor en alguna parte, por casualidad?

Obedeciendo las indicaciones de Michel, Iaan descendió también por la pared casi vertical, dejando resbalar la cuerda por los mosquetones.

—Ahora te toca a ti, Fiona. Luego bajaré a Tenzing. Tú e Iaan deberíais poder cogerlo juntos.

La tormenta de nieve había hecho cristalizar unas pequeñas estalactitas de hielo en las cejas y en la barba de Leblanc. La periodista lo miró a los ojos tratando de llegar a su alma.

—De acuerdo —contestó.

Enganchó la cuerda al mosquetón de la abrazadera y se preparó para bajar de cara a la montaña.

—Apoya las puntas de los pies en la pared y todo irá bien —le recomendó Michel.

—Nos vemos abajo —respondió ella, e hizo resbalar la cuerda.

Después de todo, era fácil. Bastaba dejar deslizarse la cuerda por las manos flexionando las rodillas y rebotando contra la pared mientras dabas unos grandes saltos verticales.

Pese a que intentaba animarse, Fiona no podía por menos que pensar que en ese momento su vida dependía por completo de Michel. Era el momento de la verdad que tanto temía Hans: en esas circunstancias a Leblanc le habría resultado fácil...

Sus pensamientos se interrumpieron.

Un tirón.

Fiona cayó de golpe varios metros mientras aferraba en vano la cuerda con las manos. «Ahora sabré lo que significa morir», tuvo tiempo de pensar.

Otro tirón, igualmente brusco.

Fiona estaba quieta. Se balanceaba en el vacío girando sobre sí misma, colgada de la cuerda, inmóvil. Lo único que podía hacer era rezar.

Miró hacia arriba.

Michel...

¿La habría engañado? ¿Se había fiado de quien no debía?

Al cabo de unos segundos interminables, en el borde se asomó una figura que no pudo distinguir debido a los remolinos de nieve.

—Fiona... —la llamó una voz.

Michel.

—¡Sí! —vociferó ella—. ¡Estoy aquí!

—¿Va todo bien?

—Me he asustado un poco. ¿Qué ha pasado?

—El clavo del hielo. Cedió. Por suerte yo sujetaba la cuerda. No te preocupes. Te ayudaré a bajar.

La mujer notó que volvía a descender unos cuantos centímetros cada vez. Pendía en una nada gris de nieve y viento. No podía divisar a Michel en lo alto ni veía el reborde más abajo donde podía posarse. Su vida estaba literalmente en manos de Michel. Le habría bastado poco para acabar con ella dejándola precipitarse al suelo. Otro trágico accidente de montaña... Pero no. Fiona reaccionó. «Tengo que dejar de pensar como Von Reichlin. Las suyas son solo las conjeturas de un hombre cegado por el odio. Michel nunca...».

De repente, Fiona notó que sus pies rozaban algo.

Miró abajo.

Había llegado al reborde sin darse cuenta. Podía valerse de nuevo de sus piernas para caminar. Suspiró aliviada, dejando salir la ansiedad y el miedo que la habían atenazado durante todo el descenso.

Estaba a salvo.

Un piolet clavado en el hielo

Fiona e Iaan esperaban con los brazos abiertos a que Michel bajase a Tenzing. Parecían los fieles de una religión que aguardaban el descenso de su dios. En el torbellino de la tormenta el cuerpo del sherpa se fue materializando poco a poco. «Está claro», pensó Fiona. «Eso es lo que sucedió ese día en el Eiger: Michel salvó a Heinemann y dejó morir al otro».

Acomodaron a Tenzing en la nieve. El sherpa estaba consciente, pero apenas podía mover los brazos. Los miró agradecido.

Ajustaron el fardo y echaron de nuevo a andar. Hans había vigilado la maniobra a distancia, sin ayudarlos.

Aunque media hora antes parecía que la tormenta había remitido, el viento arreciaba de nuevo. El sol no tardaría en aparecer, pero la tormenta ofuscaba la luz. Las ráfagas azotaban sus rostros. Fiona ya no sentía la cara: tenía la impresión de llevar puesta una máscara de hielo que podía caerse a pedazos en cualquier momento. Lo único que contaba era poner un pie detrás de otro. Caminar, eso era todo. Ni siquiera alcanzaba a comprender si estaba subiendo o bajando. Se limitaba a seguir las huellas de sus compañeros a la vez que se preguntaba si Michel sabía adónde iba o estaba también desorientado. Le parecía imposible comprender dónde se encontraban. Si apenas distinguía la figura de Iaan delante de ella, no digamos lo que debía de ser reconocer la línea de descenso. Al pensar que en cualquier instante podía mover la bota en el vacío se quedó sin aliento.

—Quietos —les ordenó de improviso Leblanc—. Tenemos que superar la grieta en este punto. Debe de haber una escala en alguna parte. —Fiona se detuvo. En el algodón iridiscente de la tormenta casi no podía divisar la estrecha hendidura que estaba delante, a escasa distancia de ellos. Si Michel no la hubiese obligado a parar, habría caído dentro de ella—. Esperadme aquí —los intimó Michel antes de desaparecer a su derecha. Se pegaron unos a otros, como si fueran ovejas asediadas por una manada de lobos. Al cabo de unos minutos Leblanc volvió a su lado—. Es tal y como recordaba. Está allí. Debemos apresurarnos. A pesar del viento, la temperatura está subiendo: es el efecto de los monzones que se aproximan. El hielo cada vez es más fino. Y peligroso.

Michel e Iaan se pusieron a arrastrar de nuevo a Tenzing. Fiona y Hans caminaban en pos de ellos con la cabeza hundida entre los hombros. Tras recorrer un breve tramo Michel se detuvo. Delante de él, la periodista podía intuir la franja geométrica de la pasarela lanzada en horizontal sobre el abismo de hielo.

—Iaan y yo la cruzaremos primero, con Tenzing. Luego lo haréis Hans y tú —dijo Michel.

El francés aseguró al sherpa con una cuerda, que ató a su abrazadera. Con suma cautela pisó el primer travesaño de la pasarela. Un instante, luego Leblanc dio un paso, otro y otro más. Quedó suspendido en el vacío, con la vorágine blanca por debajo de él. Bastaba un momento de incertidumbre, una vacilación...

Mostrándose sumamente cauto, Leblanc arrastró a Tenzing por la pasarela. Lo movía poco a poco, de manera que resbalara por el metal gélido sin ladearse. Iaan lo seguía. Le habría gustado ayudarlo, pero estaba demasiado ocupado cuidando de sí mismo. Solo, Leblanc corría el riesgo de caer en la grieta con el sherpa.

—Apártate —ordenó el barón a Fiona.

Von Reichlin tiró del mono de Iaan. El fotógrafo se volvió. Hans le indicó con un ademán que retrocediese e Iaan obedeció encantado. Luego el barón subió a la escala. Con la ayuda del austriaco, que sujetaba a Tenzing por los pies, Leblanc pudo transportarlo al otro lado sin mayor problema.

—Venid —gritó Michel cuando llegó al otro extremo de la grieta con los otros dos—. ¡Daos prisa!

Fiona había notado la inquietud de Iaan. El fotógrafo tenía miedo. Le convenía moverse enseguida, antes de que el terror lo paralizase.

—Ve tú, yo te sigo —le dijo.

Su compañero no protestó. Para atravesar la pasarela se vio obligado a agacharse. Avanzaba a gatas, aferrándose a los travesaños. La mujer comprendió que tenía vértigo. Iaan era víctima de sus fantasmas.

El fotógrafo tardó casi diez minutos en cruzar el puente de metal. Al llegar al otro lado se dejó caer en la nieve, exhausto.

—Vamos, Fiona. No tengas miedo —la alentó Michel.

La periodista puso un pie en el primer travesaño. Procuraba no mirar abajo, hacia la vorágine que se abría por debajo de ella. Pero apenas apoyó la bota sintió una vibración, como si la superficie se hubiese hundido ligeramente. Reculó de forma instintiva.

—¡Date prisa! —imploró Leblanc desde el otro lado de la grieta.

Fiona comprendió. El borde donde se apoyaba la pasarela había cedido unos centímetros. A pesar de la nieve que se arremolinaba en torno a ella, podía distinguir la grieta que se había formado y que ahora corría paralela al margen del precipicio.

—¡Date prisa, antes de que se hunda todo!

Michel trataba de animarla, pero la periodista estaba petrificada por el miedo. No podía apartar los ojos de la hendidura. Estaba segura de que si al final osaba atravesarla, la pasarela caería al vacío con ella. Retrocedió.

—¡No puedo! —gritó en el viento—. Seguid vosotros. Buscaré otro paso.

—¡No hay más pasos! —respondió Michel vociferando también—. Debes cruzar por aquí. ¡Ahora mismo!

Antes de que Leblanc pudiese acabar la frase, el barón se había lanzado ya a la pasarela. Resuelto, atravesó de nuevo la grieta con unas cuantas zancadas y se reunió con Fiona.

—La pasarela resistirá. Por poco tiempo, pero resistirá —le gritó—. Átate con una cuerda a Leblanc. Yo sujetaré la escala en este lado. —Eso hicieron. Michel le tiró una cuerda y ella la fijó a su abrazadera. Mientras tanto, Hans había clavado el piolet en el hielo. Aferró el mango con una mano y la pasarela metálica con la otra—. Si el hielo cede yo me encargaré de él. ¡Y ahora vete, deprisa!

Fiona posó de nuevo el pie en la pasarela. Sintió que se balanceaba, pero parecía resistir.

Un paso, otro.

La escala resbaló unos centímetros y se inclinó detrás de ella, que se puso de rodillas. Se agarró a una barra para no caerse.

Fiona se volvió. Un borde de hielo había cedido en el filo de la hendidura. La escala solo se apoyaba en un lado, en tanto que el otro colgaba en el vacío, en un equilibrio precario. Solo la mano de Hans impedía que se cayese.

—¡Apresúrate, Fiona! No resistiré mucho tiempo —le gritó con la voz ahogada por el esfuerzo.

«¡Apresúrate, Fiona!», repitió el barón en su fuero interno, apenas podía hablar ya. Henriette lo había abandonado porque lo consideraba un canalla. Pero esta vez no: esta vez las cosas irían de otra manera.

La periodista avanzó dos pasos y a continuación intentó dar un salto. Aterrizó de bruces en la nieve. Apenas tuvo tiempo de volverse.

Al otro lado de la grieta se rompió un grueso bloque de hielo, justo a los pies del barón. Por un momento, Hans logró aferrarse al mango del piolet, a la vez que la pasarela se hundía en el abismo. Fue cosa de un instante, un fotograma detenido en el vacío: el barón suspendido encima del remolino, colgado de una sola mano a la herramienta.

Después, Von Reichlin cedió. El guante fue resbalando, centímetro a centímetro, por el mango del piolet. Envuelto en un silencio irreal, el barón soltó su presa y cayó al agujero. Fiona contuvo la respiración esperando oír un ruido, que no se produjo. En el lugar donde antes estaba Hans solo quedaba la nieve, y un piolet clavado en el hielo.

Con un suspiro

Quedaban cuatro. Una patrulla consumida que luchaba para no sucumbir. Echaron de nuevo a andar como pudieron hacia una meta tan inalcanzable que parecía arcana.

Los esfuerzos para recuperar a Hans habían resultado inútiles. Michel se había asomado al precipicio, cortando la oscuridad con la luz de la frontal.

—No lo veo. Parece muy profundo.

Tumbada en el borde de la grieta, Fiona lo había llamado con todas sus fuerzas.

—¡Haaaaans!

Silencio.

—¡Haaaaans!

Nada.

Lo habían llamado durante mucho tiempo sin obtener respuesta. Al final se habían visto obligados a reemprender la marcha. No podían poner en peligro la única posibilidad que tenían de salvarse para buscar a alguien que, a buen seguro, ya estaba muerto.

Al cansancio del camino se había añadido el horror por lo que había sucedido. A la vez que avanzaba como una autómatas, Fiona trató de encontrar de nuevo una brújula que orientase su alma. Infructuosamente. Una vez más se había equivocado al juzgar: había condenado a Hans por ser un individuo oportunista y vil, corroído por la envidia. En cambio... Hacía una semana todo estaba muy claro. En ese instante, sin embargo, sentía que había perdido todos los puntos de referencia.

Un paso tras otro. Se preguntó si valía la pena seguir adelante. La alternativa era dejarse caer en la nieve y aguardar la muerte: quizá fuese mejor así.

La primera frontal en fallar fue la de Iaan.

—¡Eh! ¿Quién ha apagado la luz?

Luego le tocó a la de Fiona. Su campo visual se redujo de golpe, como si hubiese entrado en una habitación a oscuras. La sensación de opresión y de peligro se acrecentó.

Únicamente quedaba la Petzl de Leblanc, que abría camino al grupo arrastrando a Tenzing. La periodista y el fotógrafo procedían a tientas, pegados el uno al otro como si fuesen unos evadidos encadenados. La fuerza de la montaña los iba debilitando.

La frontal de Michel lanzó un último resplandor de luz más intensa y se apagó por completo. Leblanc se detuvo en tanto que los demás se arrimaban a él.

—¿Alguien tiene pilas de reserva?

Silencio.

Michel titubeó. Ni siquiera él podía avanzar en esas condiciones, era demasiado peligroso. Pero si se quedaban allí morirían también. Los cuatro constituían un débil

núcleo de vida en esa montaña inmensa: su calor se iría atenuando gradualmente hasta extinguirse del todo. Fiona recordaba la turbación que le habían producido ciertos informes que había leído sobre los alpinistas que habían sobrevivido inmóviles al hielo durante dos o tres días. En el Himalaya no se moría de golpe, sino poco a poco. Para empezar el frío atacaba los brazos y las piernas, luego iba subiendo por el tronco. El corazón podía continuar latiendo durante horas o hasta días enteros mientras el resto del cuerpo estaba ya sin vida. Algunos alpinistas habían sido encontrados con una temperatura corporal que la medicina consideraba imposible, pese a lo cual seguían vivos. «Dios mío», pensó Fiona aterrorizada, «no quiero acabar así».

—Solo nos queda esperar —concluyó Michel en tono melancólico—. Estamos en la vía de ascenso. Si han salido a buscarnos de verdad nos cruzaremos con ellos aquí.

Sin embargo, sabía lo poco convincentes que resultaban sus palabras. Los socorristas podían pasar a diez metros de ellos y no se darían cuenta. Todos eran conscientes de que la situación era desesperada. Miró la hora: las tres. Quedaba poco tiempo. Estaba anocheciendo.

—Necesitaríamos uno de esos cohetes —gritó Iaan en la tormenta—. Azul o amarillo, o con bolas.

Leblanc abrió los brazos: no tenía cohetes, ni pilas, ni luces. Regresar era imposible, seguir equivalía a un suicidio. Diez años después, el Kinsoru había ganado la partida. A saber lo que habría pensado Jean-Pierre.

—Un momento —dijo Iaan—. No tenemos cohetes, pero... —Sacó la cámara fotográfica de un bolsillo del anorak. Pese a que Michel les había conminado a ir ligeros, jamás habría abandonado el aparato—. Creo que es el momento oportuno de decir que he tenido una idea fulgurante —exclamó empuñando la cámara. Apretó el botón.

El flas disparó tres, cuatro, cinco destellos cegadores: era un aparato muy potente, de sesenta NG. Acostumbrados a la oscuridad, la intensidad de la luz los cegó. Por unos instantes en sus retinas solo quedó impresa una huella roja. Luego, poco a poco, el mundo volvió a cobrar forma a su alrededor, un pedazo a la vez, como el primer día de la creación. Los copos que se arremolinaban en el aire y el manto de nieve que cubría la roca fueron reapareciendo ante sus ojos. Volvieron a ver a Tenzing, tumbado en el suelo, y los perfiles inmóviles de sus compañeros.

Si bien la imagen del mundo se tornaba cada vez más nítida, un puntito luminoso se negaba a desaparecer.

Es más, daba la impresión de que cada vez era más fuerte.

Contuvieron el aliento sin comprender lo que estaba sucediendo. El puntito se balanceaba lentamente dibujando en la oscuridad una especie de péndulo hipnótico. Un movimiento familiar que Fiona no supo descifrar al principio. Hasta que, por fin,

comprendió.

¡Claro..., era un hombre! ¡Un hombre que caminaba con la frontal encendida! ¡Y se dirigía hacia ellos!

—Creo que nos han visto —dijo Michel con un suspiro.

Una semana después

Pero no se lo diga

¿Puedo entrar?

Iaan se asomó a la habitación. Tras recibir una señal de aprobación, entró con un brazo en la espalda para esconder lo que llevaba. Contempló a su amigo que yacía en la cama. Tenía un gotero en un brazo y la cabeza vendada. Estaba comiendo: movía la cuchara haciendo un esfuerzo, como si le costara apuntar a la boca.

Verlo así, tan minúsculo, dentro de una cama demasiado grande para él era enternecedor. Tenzing había envejecido de golpe: su rostro rugoso ya no tenía la intensidad de un hombre sabio, sino la de un anciano. Costaba creer que fuese uno de los alpinistas más fuertes del mundo.

—Ven —lo invitó el sherpa. Iaan se acercó a él.

—Qué bien huele —comentó el fotógrafo señalando el plato.

—Sopa de verdura. Los médicos no me dejan comer otra cosa.

Tenzing acabó la comida y se giró para poder dejar el plato en la mesita que tenía a su lado. Iaan lo cogió.

—Deja, yo lo haré. —El sherpa se avergonzó de haberse mostrado necesitado de ayuda, pero no lo manifestó—. Entonces, ¿cómo estás?

—Aún me duele cabeza.

—A propósito, quería preguntarte...

El sherpa lo interrumpió.

—Me vas a preguntar quién me golpeó allí arriba...

—No consigo desembarazarme de la maldita costumbre occidental de querer saberlo todo.

—¿Conoces a un cantante americano? Creo que se llama Bob. Una vez escribió una canción que dice: *The answer, my friend, is blowin' in the wind...*

Iaan estuvo en un tris de replicar, pero al final se contuvo. ¿De qué servía insistir? Quizá el sherpa no sabía realmente quién lo había atacado. Tal vez no podía decirlo. ¿Qué más daba?

Tenzing esbozó una sonrisa. Iaan le resultaba simpático. Era el único de la desafortunada expedición que siempre trataba de mirar al cielo, y no solo a la tierra. A pesar de que lo simulaba tras un humorismo extraño.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó el sherpa—. No puedo pagar este sitio. Hospital inglés demasiado caro.

—Hemos hecho una colecta ahí fuera. Ya sabes, ese tipo de cosas como «Evita la extinción del abominable hombre de las nieves...». —Tenzing no contestó. Era su manera de dar las gracias—. Y te he traído también un regalo. —Iaan le tendió el paquete que hasta ese momento había mantenido escondido tras la espalda—. Ábrelo.

Tenzing lo observó impasible, como si se encontrase delante de una pared difícil de escalar y tuviese que decidir cuál era el mejor punto de fijación. Luego, moviendo rápidamente una mano, deshizo el envoltorio en un abrir y cerrar de ojos.

Al desplegarse, el papel dejó a la vista una caja de plástico transparente. Dentro había un juguete.

Tenzing lo miró perplejo.

Era una pequeña barca de motor. Teledirigida.

—Te juro que es divertida. A mí me encanta —aseguró Iaan—. Y tal vez te ayude a tener una visión menos fatalista de la vida.

Se abrazaron.

—Gracias, Iaan. Gracias por todo.

—No hagas eso o acabarán tomándonos por una pareja de tortolitos. —El fotógrafo se irguió—. Ahora tengo que marcharme. Mi avión sale dentro de poco y antes debo despedirme de un par de amigos.

Cuando cerró la puerta estuvo a punto de tropezarse con la enfermera que había ido a recoger la bandeja. Posó una mano en el brazo de la mujer.

—Disculpe. He visto un plato en la habitación. ¿Qué ha comido mi amigo?

La joven sonrió.

—Caldo de pollo. —Guiñó un ojo—. Pero no se lo diga.

Tashi Delek a ti también, Michel

De manera que esta era la famosa entrevista.

Michel se quitó los auriculares y se los tendió a Fiona junto con la grabadora digital.

Estaban sentados en los modernos asientos del nuevo aeropuerto de Katmandú. Si no lo hubieran construido con los pequeños ladrillos rojos que caracterizaban los edificios de la ciudad, podría parecer una escala europea. Fuera, varias gallinas picoteaban tranquilamente en la pista de aterrizaje.

El sol que entraba por las ventanas los obligaba a llevar puestas las gafas oscuras: en el glaciario habían contraído una molesta oftalmítis.

—Jean-Pierre está ahí dentro —añadió Michel—. Pero tú nunca la has publicado.

Ella sacudió la cabeza sin dar una explicación. En parte se avergonzaba, en parte se sentía feliz. Nadie había escuchado la entrevista hasta ese momento.

Permanecieron en silencio, cohibidos. Michel cambió de tema.

—Pensándolo bien, es curioso. Nos hemos salvado gracias al menos experto de nosotros. Da que pensar.

—No subestimes a Iaan. Bromea siempre, pero eso es, precisamente, lo que lo ayuda a mantener la lucidez.

—Aquí está.

A una decena de metros de ellos, Svarbard alzó una mano para saludarlos. En la otra llevaba dos sobres, grandes y finos, de papel marrón. Se abrió paso entre la multitud de personas que circulaban por el pasillo: turistas occidentales cargados con mochilas a la última moda, campesinos locales con grandes cestas abarrotadas de productos, numerosos policías de aspecto poco tranquilizador. La amenaza de los guerrilleros maoístas había obligado al Gobierno a estrechar las redes de vigilancia.

—He tenido que soltar una buena propina —dijo Iaan en cuanto se sentó al lado de ellos—. Pero el tipo me ha dejado usar la cámara oscura. Quería revelar personalmente las fotos.

—¿Y...? —preguntó Michel ansioso.

—La película se vuelve muy frágil cuando se expone a un frío intenso. Si no la hubiese tratado con el mayor de los cuidados se habría deshecho. He tenido que ponerla poco a poco a temperatura ambiente y abrir el contenedor con la mayor precaución. El celuloide se había apelmazado un poco, pero logré sacar algo de todas formas.

—Entonces... —dijo Michel tendiéndole la mano.

—Un momento. Antes me gustaría enseñaros las mías. Deberíais pagar la entrada, pero haré una excepción.

El fotógrafo cogió la primera imagen y se la dio a la periodista.

El contorno inconfundible del Fish Tail se recortaba netamente en el azul del cielo, perfecto en todos sus detalles. Fiona no pudo por menos que admirar la belleza de la imagen. Iaan era un verdadero artista.

La periodista pasó la fotografía a Michel y miró la siguiente.

La cara de Tenzing aparecía en un primer plano en la «luz dorada», la luz maravillosa y fugaz del alba y del crepúsculo. El rostro del sherpa ocupaba por completo la fotografía y, pese a ello, en ella quedaba espacio para un trozo de Himalaya. Fiona podía sentir el frío, el ruido del viento, la nieve cayendo, ligera.

La tercera imagen representaba la curva de un arroyo. Bajo el único árbol un niño agachado se inclinaba para beber cogiendo el agua con la mano. Fiona se acordaba del lugar, en el que se habían parado a descansar durante la marcha de aproximación. Lo recordaba como un sitio anónimo, seco, polvoriento y abandonado. Iaan, en cambio, había conseguido captar la poesía de la desolación, a la vez que la fuerza y la esperanza que el niño infundía a la imagen.

—Es..., es preciosa, Iaan —dijo sin poder evitarlo.

—Ya verás las demás.

Fiona las contempló demorándose en cada ocasión en la belleza que Iaan había logrado aferrar, al igual que un sastre experimentado que sabe realizar un traje elegante incluso con la peor de las telas. Paisajes, retratos, viejos, niños, cimas nevadas: todos los encuadres hablaban del Himalaya y de su gente.

La periodista pasó la última a Michel. Le costaba sobreponerse a las emociones que las imágenes le suscitaban.

Leblanc observó la última instantánea y a continuación se la devolvió a Iaan. El fotógrafo la dejó en el montón que formaban las demás sobre una mesita de plástico.

—¿Y... el resto? —preguntó Michel.

—No hay nada más.

—Me refería a...

—A las fotos que saqué ahí arriba. Las he tirado.

Fiona lo miró estupefacta.

—Pero... ¡esas fotos valían un Pulitzer, Iaan!

—¿Qué es? ¿Un nuevo producto para pulimentar muebles?

—Quieres decir...

—¿Qué podía hacer? ¿Sacar a la luz una vieja historia que habría destrozado la vida de un amigo con el único objetivo de ver mi nombre escrito en la portada de *Time*, que me entrevistaran un sinfín de veces, ganar medio millón de dólares? Un momento, ahora que lo pienso... —Esbozó una sonrisa—. ¿Sabéis una cosa? —prosiguió—. Tenzing tenía razón sobre las fotografías. Ese hombre posee un auténtico talento. Un alma para cada paisaje, un paisaje para cada alma. Una imagen

como esta es más verdadera que cualquiera de las que he sacado en toda mi vida.

—Lástima que sean muy pocos los que saben mirarlas como se debe —comentó Michel—. No bastan los grandes fotógrafos: es necesario que existan también grandes observadores.

Iaan amagó levantarse.

—Por desgracia, tengo que marcharme. Mi avión despegará dentro de nada.

—Espera —dijo Michel preocupado.

—Ya, tus fotos. Me olvidaba de ellas... —bromeó. Leblanc tendió la mano con ansiedad—. Aquí las tienes —dijo Iaan mientras le entregaba con actitud solemne el otro sobre.

Michel vaciló un instante, luego lo abrió. Sacó la primera fotografía y la escrutó con infinita parsimonia. Cogió la segunda, la tercera, la cuarta... Sentada delante de él, Fiona no conseguía entrever las imágenes: solo el dorso de las instantáneas, blanco y brillante. Debería habérselas arrancado de la mano, pero logró dominar el impulso.

—¿Cómo han salido? —preguntó al final.

Michel le sonrió. Agrupó las fotografías y se las dio.

Fiona miró la primera. Los contornos eran un tanto inciertos, como si la imagen se hubiese sacado con efecto *flou*. Aquí y allí se veían unas manchas blancas. Los diez años que había pasado en el hielo habían deteriorado la película. Aun así, la periodista reconoció el campamento base del Kinsoru. En medio de las tiendas, acurrucado junto a un hornillo de campaña, estaba Jean-Pierre. El corazón le dio un vuelco.

En la segunda aparecía de nuevo: encuadrado de arriba abajo en un precipicio, colgado de una cuerda fijada en el hielo.

Fiona ojeó las otras imágenes, cada vez más deprisa: Jean-Pierre riéndose, Jean-Pierre cocinando, Jean-Pierre durmiendo en el saco, Jean-Pierre con capucha y gafas en medio de una tormenta, Jean-Pierre poniéndose las botas, Jean-Pierre, lejísimos en el glaciar, agitando los brazos en ademán de saludo, Jean-Pierre sentado en la nieve, enfurruñado.

Llegó a la última. El encuadre, un tanto torcido, ponía en evidencia que se trataba de un autodisparo. Jean-Pierre y Michel, uno al lado del otro, desnudos —salvo un pequeño trozo de tela, poco más que un pañuelo, enrollado a la cadera— y sumergidos hasta la rodilla en un balde de agua caliente del que emanaba vapor. Riéndose y abrazándose.

La periodista observó la imagen durante poco menos que un segundo: comparaba las caras de los hermanos tratando de captar los parecidos y las diferencias.

Alzó la cabeza para mirar a Michel que, a su vez, la estaba observando.

—¿Eso es todo? —le preguntó—. ¿Ningún gran misterio que ocultar?

—Eso es todo —contestó él con toda tranquilidad.

En el rollo estaban las últimas imágenes de Jean-Pierre feliz, los últimos instantes serenos de su vida, los últimos recuerdos que Michel había querido recuperar a toda costa para conservarlos siempre consigo. Era el tesoro más valioso que podían devolverle las entrañas de la montaña.

Leblanc hizo ademán de recoger las fotografías, pero en ese momento un joven muy corpulento y pelirrojo, probablemente un americano, le dio un golpe en un hombro con su mochila. Algunas imágenes cayeron al suelo.

—Disculpe —dijo el joven a la vez que se agachaba para recogerlas.

Pero Iaan fue más rápido. Cogió las fotografías del suelo y se las tendió a Michel. El alpinista las manejó con cautela, como si se tratase de un viejo pergamino.

Svarbard se levantó y metió las instantáneas en el sobre.

—Disculpad, tengo que irme.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Fiona.

—¿Quieres saber si todavía tengo intención de prostituir mi arte fotografiando por el mundo a exhibicionistas de tres al cuarto y a presuntos artistas sin talento? No lo sé, tengo que reflexionar. Después de todo, los reportajes de viaje también se pagan estupendamente y me permitirían asegurarme una vejez tranquila.

Michel se puso de pie y le estrechó la mano durante varios segundos, con intensidad. Estaba conmovido.

—Gracias, Iaan. *Tashi Delek*.

El fotógrafo le dio un abrazo.

—*Tashi Delek* a ti también, Michel.

Esta vez las botellas las llevaré yo

Sentados en unas sillas del aeropuerto, Fiona y Michel se demoraban como dos invitados que, bien entrada la noche, no se deciden a marcharse de una fiesta divertida que, no obstante, ha tocado a su fin.

—Solo quedamos tú y yo. Pensaba...

Ella lo interrumpió.

—Lo sabes de sobra, Michel. No escribiré una línea...

—¿Cómo lo explicarás en el periódico?

—No lo sé, pero no me preocupa demasiado. Que se vayan al infierno. En cualquier caso, queda el cuerpo de Jean-Pierre. Alguien podría encontrarlo.

—Por lo general nadie rebusca en los *chorten*: son sagrados. Sea como sea, la temporada ha terminado. Hasta octubre no habrá más expediciones al Kinsoru.

Permanecieron en silencio, como unos jugadores de cartas que aguardan para tirar el as.

—¿Y tú? —preguntó ella al final—. ¿Qué harás ahora?

—Le he estado dando vueltas estos días. ¿Sabes qué era lo que me pesaba más? El dinero. Todo lo que mi padre dejó a mi hermano y que luego ha pasado a mí. Puede que suene ridículo, pero la verdad es que me asusta. Está manchado con la sangre de Jean-Pierre.

—No es cierto, Michel, y lo sabes. En cualquier caso, si te da tanto miedo no será difícil desembarazarte de él.

—Es lo que pienso yo también. Mira la gente que nos rodea. —El francés señaló un grupo de lugareños, desharrapados, cuyos rostros quemados por el sol se ensanchaban en unas sonrisas apacibles—. Ellos necesitan de todo, yo nada. He decidido crear una fundación que los ayude a mejorar sus vidas. En especial a los que habitan en los valles más recónditos, a los pies de las montañas. Quiero contratar técnicos que les enseñen a cultivar los campos, a excavar canales de irrigación, a construir carreteras, casas, colegios, a obtener energía del sol. Hay tanto que hacer que ni siquiera mi dinero será suficiente. La idea no es mía: quiero seguir adelante con los proyectos de Jean-Pierre.

—Michel... —dijo Fiona. En ese momento, como si estuviese dotada de vida propia, su mano superó la distancia que los separaba en busca de la de él. La estrechó—. Michel... —repitió sin que fuese necesario añadir nada más.

Se miraron durante un largo rato; ninguno de los dos podía creer lo que estaba sucediendo. Durante diez años sus existencias habían estado paralizadas y, de repente, se habían liberado, igual que un rompehielos encallado que, por fin, halla la vía para llegar a mar abierto.

—Creo que ahora estoy preparado —le anunció Michel.

Fiona lo miró perpleja.

—¿Preparado... para qué?

—Nuestro viejo sueño, el de Jean-Pierre y mío: el Polo Sur. A pie. Sin trineos ni aviones, ni provisiones.

Fiona retiró bruscamente la mano con pesar. Pero ¡cómo! Se acababan de encontrar y él quería escapar ya. ¿Qué era lo que había dicho Jean-Pierre? Puedes pedir cualquier cosa a un alpinista, salvo que deje las montañas.

La periodista intentó disimular la decepción que sentía. En el fondo, se trataba de un hombre.

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Enseguida. Tengo que ir a Argentina para organizar la expedición.

Michel volvió a cogerle la mano a la vez que sacaba dos billetes de avión del bolsillo de su camisa.

—¿Quieres venir conmigo?

La pregunta retumbó en la cabeza de Fiona como si una campana hubiese sonado demasiado cerca de sus oídos.

¿Quieres venir conmigo?

—Por fin he conseguido enterrar a Jean-Pierre —le explicó Michel—. No solo en la montaña..., sino también aquí. —Se llevó una mano a la cabeza—. Cada uno de nosotros es dueño de su destino. Hice todo lo que pude. —Se detuvo un instante antes de añadir—: ¿Quieres venir conmigo?

Fiona sopesó la propuesta durante unos segundos.

—Con una condición, Michel.

—Lo que quieras.

Ella le apretó con más fuerza la mano y dijo:

—Esta vez las botellas las llevaré yo.

En ese momento el avión despegó las ruedas del suelo

El avión con destino a Londres estaba a rebosar. Mientras el aparato rodaba por la pista, Iaan percibió el olor cada vez más oprimente de las personas apretadas en los asientos mezclado con el de los productos y la comida embutidos en cajas.

Pero no le molestaba. Se sentía alegre, animado por la misma inconsciente voluptuosidad que había experimentado en otras ocasiones, cuando había tenido que dar un nuevo rumbo a su vida. ¿Qué haría cuando llegase a Inglaterra? Aún no lo sabía. No estaba muy seguro de querer seguir viviendo en una ciudad tan caótica, agresiva y maloliente. Después de haber conocido la gélida soledad de las montañas himalayas, no le apetecía encerrarse en un apartamento. ¿Una granja en Essex? ¿Una casa en la playa, en Cornualles? ¿O en Noruega?

El avión se detuvo a la espera de que los controladores le dieran permiso para despegar. Con toda probabilidad eran tan solo fantasías de adolescente... Se evaporarían durante el vuelo, al igual que las buenas intenciones. Tal vez sí, tal vez no. Quizá volvería a abrir una nueva página del libro de su existencia.

Para distraerse echó una ojeada a su vecino. Era un hombre anciano, elegante, con bigote y pelo cano. El clásico caballero inglés que ama la aventura con moderación y nunca se olvida de beber una taza de té a las cinco de la tarde. El fotógrafo bajó la mirada y comprobó complacido que sus deducciones eran exactas: el hombre estaba leyendo un ejemplar de la edición internacional del *Times*. En la nariz llevaba unas gafas para corregir la presbicia.

Los motores del avión, que seguía clavado al suelo, vibraron antes de liberar la potencia necesaria para elevarse en el aire. Iaan llevaba consigo el sobre con las fotografías. Lo sacó y miró las imágenes por última vez. El Kinsoru. Tenzing. Un yak exhausto en la nieve, con las patas dobladas. Michel y Jean-Pierre abrazados en el agua humeante.

¿Michel y Jean-Pierre?

Iaan escrutó la imagen, asombrado. Acto seguido comprendió: cuando el muchacho americano había golpeado a Michel, una de las imágenes del viejo rollo restaurado había caído sobre las suyas y él la había metido en el sobre con las demás. Nada grave: apenas llegase a Londres se la mandaría a Michel por mensajero.

Miró de nuevo la imagen y tuvo la sensación de que la veía por primera vez. Michel y Jean-Pierre abrazados... No, observando la imagen era Michel el que rodeaba con un brazo a su hermano. Debajo de ellos, el agua inmóvil del balde humeante que les llegaba a las rodillas. El agua...

No bastan los grandes fotógrafos: es necesario que existan también grandes observadores.

—Perdone —dijo con urgencia a su vecino de asiento—. ¿Me las puede prestar un minuto?

El inglés lo miró atónito unos instantes antes de comprender que se refería a las gafas.

—Tengo que comprobar una cosa —explicó Iaan con la más afable de las sonrisas.

El inglés no entendía a qué venía tanta prisa, pero, pese a ello, antepuso la buena educación.

—Sí, cómo no —dijo secamente. Acto seguido se quitó las gafas de la nariz y se las tendió.

En ese momento los motores aumentaron las revoluciones y el ruido se hizo ensordecedor. El piloto soltó los frenos y el avión aceleró para despegar.

Iaan no hizo caso. Sin dar las gracias al inglés, acercó una lente a la fotografía.

Los detalles saltaron a la vista como leones listos para atravesar el aro de fuego.

No bastan los grandes fotógrafos: es necesario que existan también grandes observadores.

Michel se reía despreocupado. También Jean-Pierre, aunque con menor convicción. De hecho, su expresión era sombría. A primera vista resultaba imposible darse cuenta, pero el fotógrafo estaba seguro. Algo preocupaba a Jean-Pierre, era evidente que el alpinista intentaba disimular la ansiedad. El vapor se elevaba del agua caliente en lentas volutas similares a los tentáculos de un monstruo marino listo para materializarse.

Iaan examinó el resto. Los cuerpos de los hermanos. Michel era más robusto, Jean-Pierre más delgado. El pelo: el hermano menor era más rubio. Las barbas. Los ojos.

Pero no era eso lo que le interesaba.

El fotógrafo se concentró en el agua. La superficie estaba inmóvil, lisa y nítida como un espejo.

Un espejo...

El agua reflejaba las espaldas unidas de los dos hermanos.

El brazo de Michel rodeaba a Jean-Pierre.

Y las piernas. Cuatro piernas desnudas, una al lado de la otra.

Y, en una de esas piernas...

Una cicatriz.

La marca rosa asomaba por la tela que ceñía las caderas de Michel y le llegaba casi hasta la rodilla.

—¡Fiona! —Iaan no pudo contenerse y murmuró el nombre de la periodista en una especie de grito ahogado.

El caballero inglés se volvió hacia él y lo miró con aire de reprobación, pero el

fotógrafo ni siquiera se dio cuenta.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de pie de un salto.

—¡Azafata! ¡Azafata! —gritó braceando enérgicamente—. Tengo que...

No le dio tiempo a acabar la frase. La aceleración lo hizo recular y caer de nuevo en el asiento. En un último intento de aferrarse de algún modo a la tierra, Iaan se volvió hacia la ventanilla. Vio la pista de cemento correr a toda velocidad debajo de él y la sombra del aparato, que los perseguía, cada vez más lejos.

Como un elefante perezoso, en ese momento el avión despegó las ruedas del suelo.

Ante todo quiero agradecer a Paola Caccianiga sus preciosas sugerencias narrativas. Gracias asimismo a Dario Fregona, que me introdujo en los secretos del alpinismo de alta cota, y a Renzo Benedetti, que se aseguró de que no escribiese demasiadas idioteces técnicas. Gracias de todo corazón también a Darva Gelsen Sherpa, de Lecco, que me ayudó a traducir algunas frases a su idioma.

Un recuerdo especial al grupo de esquí alpino Roccia Rossa, que me ha enseñado a amar la montaña.

Tashi Delek a todos ellos.



PIERO DEGLI ANTONI. Nació en Bérgamo en 1960 y vive en Milán. Está casado y tiene tres hijos. Periodista profesional, ha trabajado para varias publicaciones. En la actualidad trabaja para el programa diario Nacionales. Ha publicado varias novelas, de las cuales Suma de Letras ha traducido al español dos: Pabellón 11 y, ahora, Hielo frágil.